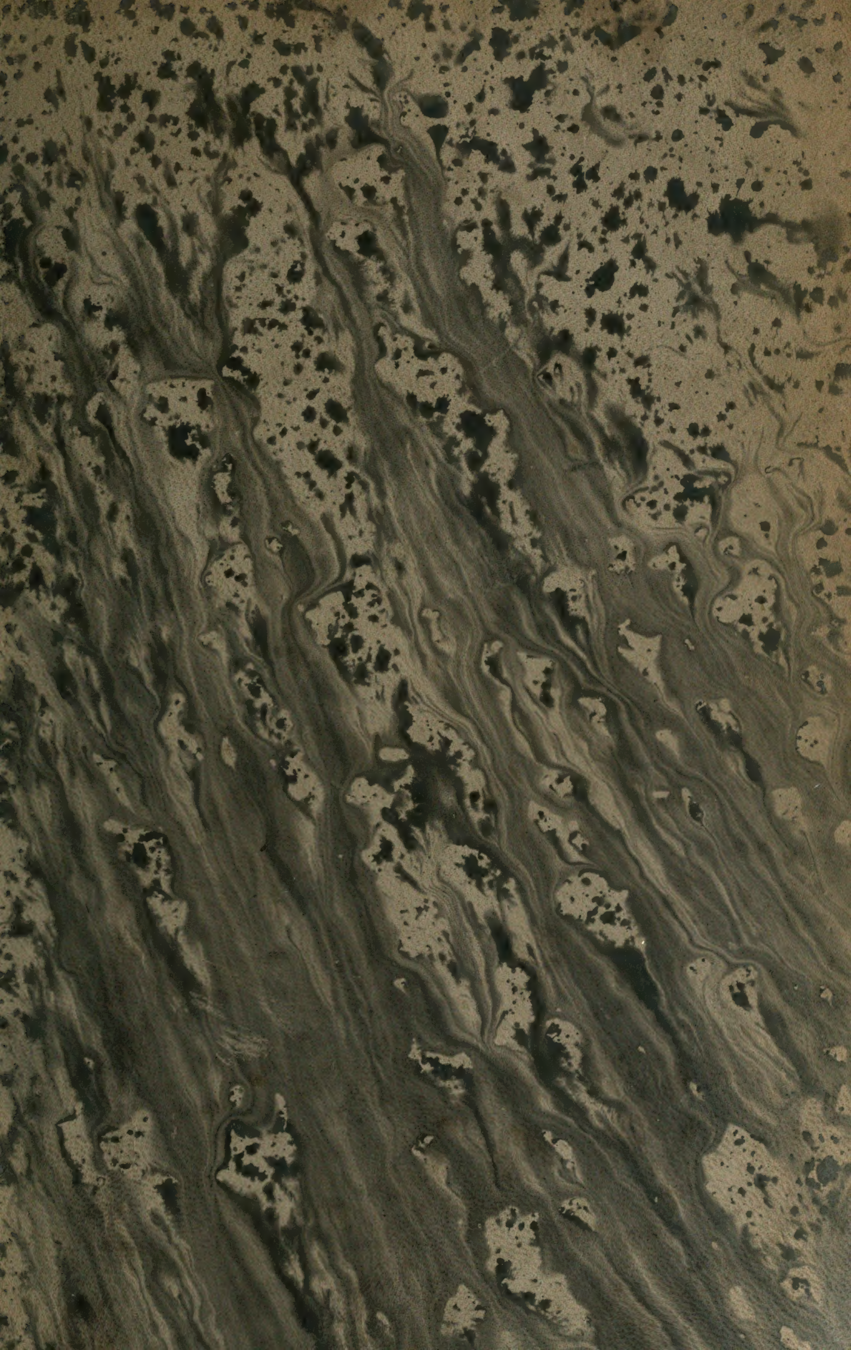
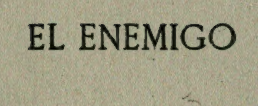










EL ENEMIGO

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

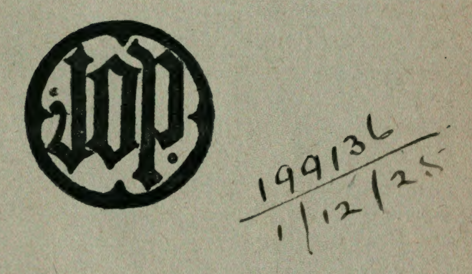
Apuntes para la historia de la caricatura.
Lázaro. (Casi novela.)
Del Teatro. (Lo que debe ser el drama.)
La hijastra del amor. (Novela.)
Ayala. (Estudio biográfico.)
Juan Vulgar. (Novela.)
El Enemigo. (Idem.)
La Honrada. (Idem.)
Dulce y sabrosa. (Idem.)
Novelitas.
Cuentos de mi tiempo.
Tres mujeres. (Cuentos.) Colección Klong.
Vida y obras de Don Diego Velázquez.—Madrid, 1896.
Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.)—Madrid, 1900.
Cuentos. (Colección Mignon.)
Discurso leído en los Juegos florales de Calatayud.—Calatayud, 1901.
La Vistosa. (Cuentos.)
El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del «Quijote».—Madrid, 1905.
Drama de familia. (Cuentos.)
Juanita Tenorio. (Novela.)
Mujeres.
Sacramento. (Novela.)

JACINTO OCTAVIO PICON
De las Reales Academias Española y de Bellas Artes.

OBRAS COMPLETAS

TOMO NOVENO

El enemigo



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito; y cuando fuere hecho, le hacéis hijo del infierno doble más que vosotros.

San Mateo, cap. XXIII, vers. 15.

I

La casa de la calle de Botoneras, donde comienzan los sucesos que aquí se narran, tiene planta baja, con encajera a un lado del portal y al otro tienda de pañolería; tres pisos de dos huecos a la fachada cada uno, con recio balconaje verde, revoque de imitación a ladrillo, descolorido por las escurriduras de las lluvias, alero saliente de robustas vigas y bohardillas a la antigua; completando el conjunto ciertos detalles madrileños, como varillas de hierro para las cortinas de lona que en verano se usan, raquíticos tiestos, cestilla pendiente de una cuerda tendida a la vecindad de enfrente para correo de niñas o tercera de novios, y alguna jaula de codorniz o mirlo. El portal es estrecho y largo; la escalera, de peldaños altos y muy pinos. En el principal vivía, al comenzar este relato, un pañero, contratista de vestuario de presidios, en cuyos tratos solía quedar cla-

vado el fisco; ocupaba el tercero un sastre de gente chula, que era además teniente de *Voluntarios de la Libertad*, como entonces se llamaba a los milicianos nacionales, y se recogía de noche en la bohardilla un matrimonio, sospechado de no serlo, que pasaba el día en los soportales de la calle de Toledo labrando cucharas de palo y vigilando un puesto en que se vendían ligas, bolsillos de punto, castañuelas, navajas y tinteros de cuerno.

Era la Nochebuena de 1872, y en toda la casa, de alto a bajo, sonaba alegre vocerío. El pañero, con varios conocidos y *champagne* de a tres pesetas, solemnizaba un remate de subasta; el sastre obsequiaba a unos parientes, a estilo de su tierra, con manzanilla y aceitunas aliñadas que llamasen el apetito a honrar la cena, y los cuchareros disponían con gente amiga su modesto festejo, no sin salir de rato en rato a la escalera para mandar callar a varios chicos que, armados de tambores, parecían dispuestos a ensordecer al mundo. Cada piso y cada puerta dejaba escapar por sus junturas y resquicios el rumor bullicioso propio de la alegría; sólo en el cuarto segundo había silencio. También allí, sin embargo, se preparaba la cena, pero con más modestia y menos regocijo.

Dos mujeres, madre e hija, hablaban acabando de poner la mesa:

—¿Está todo?

—Falta Pepe con los postres.

—¿Qué le has dicho que traiga?

—Una caja de perada, turrón... La leche de almendras ya está ahí; la chica la subió del café donde suele ir Pepe.

—¿Y el besugo?

—Nadando en salsa; ahora le pondrás las rajitas de limón.

—¿Qué falta?

—Aderezar la lombarda y traer a papá.

—Espera, arreglaremos esto un poco.

Doña Manuela colocó ordenadamente las sillas, avivó la luz de la lámpara y aseguró la falleba del balcón, a través de cuyos vidrios y maderas venían, traídos por el viento impetuoso de la noche, los ruidos de la cercana Plaza Mayor. Oíanse, a lo lejos, sonar de tambores, chillar de chicos, renegar de grandes, gritos, risotadas, y de rato en rato un estrépito infernal y belicoso, movido por una docena de granujas que, a todo correr, subían y bajaban la calle Imperial, llevando cada uno a rastra una lata de petróleo: algunas veces se entraban por la calle de Botoneras, y cuando pasaban ante la puerta de la casa parecía que estallaba un trueno en la caja de la escalera.

Metiéndose bajo la camilla escarbó doña Manue-

la el brasero, arropó el rescoldo y, designando luego el puesto que había de ocupar cada cual en la cena, dijo:

—Tú aquí, papá donde siempre, a su lado Pepe, luego yo, y Millán junto a ti. ¿Te parece bien?

Leocadia, ocupada en sacar del aparador una botella de tinto y otra de Rueda, blanco, hizo como si no hubiese oído.

Era doña Manuela alta, seca de carnes, de aspecto severo y tez rugosa, como pintan a las Parcas, pero sin expresión de dureza. A falta de vivacidad, sus ojos, grandes y garzos, conservaban cierta dulzura que le dió durante la juventud grato atractivo, y aún sus labios, descoloridos por los años, solían entreabrirse como queriendo recordar sonrisas descubridoras de una dentadura que fué preciosa, pero que ya estaba descarnada y amarilla. Algunas hebras negrísimas entre muchas canas, y alguna línea suave en el ajado rostro, restos miserables de encantos vencidos por el tiempo, atestiguaban de que doña Manuela no fué fea, mas sin que su fisonomía ni su talle revelasen picardía o donaire. Debió de ser guapa moza, pero sosona y pava: seguramente, los muchos hijos que tuvo, antes que prueba de su amorosa exaltación, fueron fruto de la vehemencia marital.

—Mira — prosiguió,—pon los almohadones en

pila para que tu padre pueda extender las piernas.— Añadiendo tristemente: —¡Otra Nochebuena! Es decir, un año menos.

Y se entró al gabinete inmediato, mientras Leocadia quedó sola, mirándose y remirándose en un espejo pequeño y malo, de esos que hacen visajes.

Sus facciones conservaban algo de candor infantil; pero en la mirada tenía chispazos de malicia. Para ver mejor quitó la pantalla, que recogía la luz, reflejándola sobre la mesa, y entonces la claridad se repartió por igual en todo el cuarto.

El aspecto del comedor era pobrísimo. El papel de las paredes, antes blanco, estaba pajizo, y sus dibujos azules, ya tomados del humo, parecían negros. Las patas de las sillas, nada firmes, se enredaban etre los descosidos de la pleita a listas blancas y encarnadas; al aparador, falto de molduras, que arrancó el paño de la limpieza, le faltaban tiras del chapeado de caoba; los pocos enseres que sustentaban las tablas eran fuentes ordinarias, tazas de loza, floreros de vidrio, comprados en banasta de a real y medio la pieza. La mesa estaba cubierta con un mantel de granillo, con lista roja en el borde, y sobre su dudosa blancura de lejía casera destacaban cinco platos y otros tantos cubiertos con sus panes: bizcochada para doña Manuela, panecillos bajos

para Pepe, Leocadia y Millán, y para don José rosca muy cocida, pues el viejo hacía alarde del poder de sus mandíbulas, única fuerza que le quedaba.

A guisa de adorno veíanse en la pared algunos cuadros. Sobre el respaldo del sofá de gutapercha resquebrajada, casi tocando con el borde seboso, había bajo cristal convexo un perro de aguas, bordado a realce en cañamazo, con una cesta de flores en la boca, y por bajo un letrero con estambre a punto cruzado, que decía: *A sus queridos papás: lo hizo Leocadia Resmilla, año de 1864.* Encima del chucho había dos estampas iluminadas de la novela de *Matilde y Malek-Adel*, y junto a la puerta que conducía a la cocina una litografía grande: *A la memoria de los mártires de la libertad.* En lo alto de la composición estaban Riego, Torrijos, Mariana Pineda, Zurbano, Porlier y Lacy, y más abajo, separados de éstos por una nube, se abrazaban Bravo, Padilla, Maldonado y Lanuza, a cuyos pies había, como serpiente vencida, una cadena formando caprichosos dibujos. La otra puerta que separaba el comedor del gabinete, tenía los vidrios tapados con visillos de algodón rojo, y cuando alguien la dejaba entornada, en seguida se oía el tic-tac de un antiguo reloj de pesas, que lanzaba un quejido metálico antes que sonase el timbre en cada hora.

Segura de estar sola, Leocadia siguió unos instantes mirándose al espejo, con una horquilla entre los dientes, atusándose el pelo... Era el tipo de la muchacha madrileña, lista, vivaracha, de pocas carnes, bien proporcionada, esbelta, de andar firme, cabeza pequeña y talle airoso. Tenía las facciones delicadas, de un moreno algo pálido y sin rasgo de notable hermosura; pero en su semblante campeaba con tal imperio la gracia, que, mirándola, nadie echaba de menos la belleza. La línea de su perfil no era pura, ni sus ojos pardos eran muy grandes, ni su boca muy chica; pero el conjunto del rostro resultaba monísimo: las pupilas parecían estrellas adormiladas, la boca un nido de sonrisas inquietas; el mirar y el sonreir formaban juntos un mohín delicioso. Sus manos, deformadas por el trajín diario de la casa, no eran grandes; y los pies, aun mal calzados, parecían pequeños. Su mayor encanto era el tronco del cuerpo. El pecho, muy bien formado, imprimía a la tela del traje una curva preciosa. Si miraba sonriente, parecía sensual; cuando sentía enojo, cobraba expresión de virgen arisca y desabrida. A ratos dulce, a intervalos áspera, siempre segura de sí misma, había en ella asomos de energía, que antes que a la impresión del momento obedecían a la voluntad. En su continente y su figura tenía combinados en extraña mezcla algo de

la muchacha del pueblo, que tiende a parecer señorita, y mucho de la hija de la clase media, que recuerda su origen popular: con pañuelo de seda en la cabeza, parecía menestrala; con sombrero de flores, daría envidia a una señora. Era un tipo esencialmente madrileño; masa que el tiempo y la fortuna modelan a su antojo con las suaves líneas de la dama o con los rasgos graciosamente duros de la chula. Hasta la voz indicaba en ella este dualismo: unas veces su timbre hería desagradablemente el oído, otras lo halagaba con singular dulzura.

—Ven, Leo, vamos a traer a papá—dijo desde el gabinete doña Manuela.

A los pocos instantes, madre e hija, luego que ésta hubo abierto de par en par la puerta que daba al gabinete, aparecieron empujando a duras penas la butaca donde, esforzándose por estirar las piernas, estaba sentado don José.

—¿Lo veis, lo veis?—decía—el viejo:—mientras tengo dobladas las rodillas, todo va bien; en cuanto las estiro, empieza Cristo a padecer. Que Pepe arregle mañana las ruedas del sillón; si no vosotras no podéis conmigo.

—No tienen la culpa las ruedas—repuso doña Manuela;—es que la estera está hecha jirones. Vamos, ¿qué tal así?

Por fin lograron entre ambas acercarle hasta la

mesa, dejándole ante su cubierto; después, Leocadia se metió bajo la camilla para arreglar sobre la banqueta los almohadones medio destripados, con objeto de que pudiera extender las piernas, y al fin quedó el anciano iluminado de lleno por la luz de la lámpara, mostrando en el rostro el cansancio de muchos meses de dolor, aunque no los bastantes para borrar de su fisonomía la bondad, que constituía el fondo de su ser. El pelo y el bigote, canos; las arrugas, cierta tendencia a dejar caer sobre el pecho la cabeza, y, sobre todo, la mirada débil, como cansada de ver las cosas de este mundo, permitían suponer que tenía más de los sesenta.

Su padre fué mayordomo de un grande de España, el cual le empleó en una oficina pública, para que no anduviera metiendo bulla todo el día en los pasillos del caserón señorial, y aquel rasgo de caritativo egoísmo determinó el porvenir del muchacho. Después le enviaron a una provincia, luego a otra y a otra, hasta que, traslado este año, traslado el siguiente, anduvo Pepe media monarquía. Siendo todavía joven se casó en una ciudad de Levante con Manolita, ahora doña Manuela, que al décimo mes de matrimonio comenzó a tener hijos y más hijos. Uno nació en Andalucía, otro en Castilla, otro en Cataluña... Cada permuta, cada trasla-

do, era señal de un alumbramiento de Manuela, bondadosa y pacífica mujer, que parecía venida al mundo para cuidar una casa y poblar un reino. Donde más tiempo permaneció la honrada pareja fué en una capital del Norte, en la cual don José trabó amistad estrechísima con el jefe de una oficina de Hacienda, a quien con su bondad y mucha práctica oficinesca sacó de un grave apuro.

Fué el caso que, cuando el establecimiento del sistema tributario, el jefe de don José quedó envuelto en un proceso, no por falta de honradez, sino por interpretar mal las órdenes nuevas. Sus compañeros y subordinados, progresistas todos, que le aborrecían por ser carlista, le hicieron tan escaso favor en las declaraciones y empeoraron tanto su situación, que a poco le mandan los jueces a presidio: en cambio, don José puso la verdad en alto con su declaración, buscó en el mismo centro donde trabajaba pruebas a favor del desgraciado, y sin otra influencia que la propia hombría de bien, le salvó de la infamia, y quizá de la muerte; asi que, cuando don Tadeo Amezcua salió de la cárcel y el fiscal de la causa le dijo confidencialmente que don José había sido su ángel bueno, no halló en su corazón límites el agradecimiento. Repuesto luego en su destino, tras desempeñarlo cuatro meses por dar satisfacción al amor propio, hizo

dimisión, imaginanndo que podía ser feliz con la fortunita que tenía y con amigos como el que le amparó tan noblemente.

Poco tiempo después de este pequeño drama burocrático y sentimental, parió otra vez doña Manuela, y, estando aún convaleciente, llegó de Madrid para don José uno de los pliegos oficiales que tanto trastorno le causaban: su traslado a Valladolid, con la orden ineludible de ir inmediatamente a tomar posesión del nuevo cargo. ¡Aquéllos fueron apuros! Estuvo a punto de enloquecer; pero su amigo Amezcua le sacó del trance. Hízose don Tadeo cargo del recién nacido, entregándoselo, después de apadrinarlo, a una honrada mujer, esposa de un colono en tierras que por allá tenía; dió dinero a don José para el viaje, y cuando, ya restablecida Manuela, les despidió al pie de la diligencia que había de conducirles a Castilla, les dijo en su lenguaje, algo anticuado y poco natural, pero realmente sincero: —«Marchen ustedes tranquilos. No me pesa la gratitud, pero quiero, para acabar de cimentar nuestro afecto, que ustedes me deban algo. Yo cuidaré del niño al igual que si fuera mío, y cuando le asciendan a usted o salga usted de pobre, en fin, cuando convenga, yo mismo iré a llevarle donde ustedes estén: si es pequeño, irá bien criado; y si mayorcito, educado como Dios

manda; en lo físico, fuerte mozo; en lo moral, todo un hombre.»

Triste era la separación, pero la necesidad fué ley. Partiéronse a Valladolid marido y mujer, durándoles bastante tiempo la amargura de no llevarse al chiquitín con sus hermanos; menos mal, que a los cuatro meses se consolaron algo, porque doña Manuela volvió a declarar que estaba encinta. El cambio de aires debió de tener la culpa. Antes del año, don José era padre de otra criatura.

Aparte tan raro modo de tener que confiar un hijo a manos extrañas, y exceptuada la fecundidad de Manuela, la existencia de don José no fué tal que pudiera tejerse con ella una novela.

En cuantas ciudades estuvo, el trabajo consumió sus días, sus noches el café y sus ocios la lectura de periódicos, a que era muy aficionado, prefiriendo los progresistas; a la casa, quizá por no considerarla nunca segura, le tuvo siempre poco o ningún apego. A cada traslado hacía almoneda, y así rememoraba cuando viejo que en tantos o cuantos años de servicio había dormido en cuarenta y dos camas. Pudo añadir que había pasado por veintiuna oficinas y obedecido a más de treinta jefes, ninguno de los cuales pudo quejarse de él. Don José había nacido para empleado; su escasa inteligencia no le permitía el lujo de tener ideas propias, y, ade-

más, carecía de carácter e iniciatíva para exponerse a ser mártir por meterse a combatir rutinas. Sus impresiones, por lo general poco íntensas, le mantenían igualmente alejado del entusiasmo y la apatía; su gran virtud era amar el trabajo con esa honrada tenacidad de las medianías, que merece el envidiable nombre de constancia. Algo había, sin embargo, que le sacaba de quicio: el carlismo. Para hablar contra el *tigre del Maestrazgo*, poner a don Luis Fernández de Córdova por cima de Zumalacárregui y por las nubes a Espartero, se le animaban los ojos, sus frases cobraban fuerza, sus palabras color, y hacía prodigios con la memoria. Sabía pormenores de cuantas batallas, combates, encuentros y marchas hicieron ambos ejércitos desde las primeras intentonas de don Carlos María Isidro hasta el abrazo de Vergara, y todo lo comparaba y relacionaba con lo presente; así que, por los meses en que da comienzo la acción de este relato, seguía con interés grandísimo el segundo importante alzamiento de los absolutistas, a quienes llamaba siempre *facciosos*, porque esta palabra le parecía envolver algo mortificante y ofensivo. Como no salía de casa, su afán era que le compraran periódicos, suplementos, hojas volantes o extraordinarios, que por aquel año de 1872 se publicaban en prodigioso número, y cuantos amigos iban a verle

sabían que su conversación favorita era el curso de la guerra, cuyas noticias él comentaba con recuerdos de la campaña del 33 al 40, y de los movimientos militares de entonces, que ahora, en concepto suyo, debían repetirse. Pero lo que más sorprendía escuchándole era que, al tratar de los curas que mandaban partidas, hablaba de ellos igual que de los otros cabecillas, haciendo abstracción completa de su carácter sacerdotal, sin que, a pesar de su odio al carlismo, aprovechase la ocasión de condenar la conducta de los clérigos que tal hacían. Limitábase a juzgarlos en cuanto jefes militares de mayor o menor importancia, pero sin atreverse a descargar su indignación sobre ellos, porque, siendo ministros de paz, salieran al campo a matar prójimos. Algunas veces, por frases que se le escapaban, daba a entender que no quería bien al clero, mas nunca proferían sus labios improperios ni frases agresivas; y si alguien las pronunciaba en su presencia, no sólo se abstenía de hacerle coro, sino que procuraba torcer el giro de la conversación. Las personas de su intimidad, sabedoras del fundamento que esto tenía, eran parcas en adjetivos duros al hablar de los curas malos, y, en cambio, no perdonaban ocasión de elogiar a cualquier capellán que se distinguiera por cosa buena, sin que con esto lograran tampoco que don José

dijese claro su parecer sobre la gente de sotana. Respecto a condiciones morales, era lo que el vulgo llama un bendito. Su fidelidad a Manuela, aun en plena juventud, rayó en lo increíble, y con los hijos se caía de puro bueno. Uno de sus mayores placeres consistía en que Leocadia le leyera los periódicos, cuyas noticias de la guerra comentaba, mientras liaba pitillos; y en estos momentos desplegaba tesoros de erudición, refiriendo muchas anécdotas de Olózaga, O'Donnell, González Bravo, Sixto Cámara, Calvo Asensio y Fernández de los Ríos. Otro de sus motivos favoritos de conversación, era explicar la causa de la tirria que tenía a los Borbones, citando continuamente como uno de los libros que más le entusiasmaban, cierto folleto publicado a raíz de la Revolución del 68, en cuyas páginas figuraba la estadística de las víctimas que aquella dinastía costó a España desde que Felipe V entró a reinar. Muchas veces decía: «¡Qué lenguaje el de los números! Desde 1672, cuando aún vivía Carlos II, hasta 1868, el año en que hubo más ajusticiados por delitos políticos fué el de 1866.» En 1872, su ídolo era don Juan Prim. «¡Si él viviera—repetía con frecuencia—no tendríamos guerra civil!»

Cuando estuvo arrellanado en el sillón, pidió *La Correspondencia.*

—Déjate ahora de papelotes, papá; Millán y Pepe traerán noticias.

—Bueno, hija, bueno; pero, al menos, léeme los partes tomados de la *Gaceta*, aunque ésa no dice nunca la verdad.

Leocádia cogió el periódico, y, aproximándose a la luz, leyó así:

«MINISTERIO DE LA GUERRA.—Extracto de los despachos telegráficos recibidos en este Ministerio hasta la madrugada de hoy:

»*Catáluña*.—El Brigadier Arando sostuvo anteayer una acción con todas las facciones reunidas de la provincia de Gerona, a las que batió, causándoles bastantes bajas. El Teniente coronel Pina atacó con su columna a las facciones reunidas de Cosco, Torres, Baltondra, Ferrer y Moliné, que, en número de 400 hombres, se hallaban en Olsana exigiendo la contribución. El enemigo abandonó el pueblo, dejando en poder de la tropa 13 prisioneros, entre ellos el citado Moliné y otros oficiales, causándoles 11 muertos, figurando en este número el cabecilla Cosco, y apoderándose, además, de 24 fusiles rayados y otras armas y efectos de guerra.

»*Provincias Vascongadas*. — Perseguida por la columna Arana la partida de latro-facciosos capitaneada...

—¡Eso es! ¡Latro, latro-facciosos!—dijo don José interrumpiendo.

Leocadia continuó:

»... capitaneada por Soroeta, retrocedió anoche desde Goizueta a unos caseríos del monte Oyarzun. En la provincia de Vizcaya, según las últimas noticias, no quedan más que los dispersos de la partida Maidagan. En el resto de la Península no ocurre novedad extraordinaria.»

De pronto sonaron en la puerta de la casa dos aldabonazos.

—Ahí está tu hermano; baja, hija, baja.

Leocadia cogió la llave de encima del aparador, y salió sin precipitarse. Oyóse a poco en la escalera ruido de pasos sofocados por risas, y entraron con Leocadia en la habitación dos hombres jóvenes, de tipo distinto. Pepe era en varón lo que su hermana Leocadia en mujer: un madrileño de pura raza, pálido, de mirada inteligente, mediana estatura, palabra fácil y movimientos rápidos; el otro era su amigo Millán, que hacía el amor a Leocadia. Pepe vestía como señorito pobre; Millán como trabajador a quien, siendo limpio, le falta tiempo para acicalarse. El primero, acercándose a su padre, le besó cual pudiera hacerlo un niño, y el segundo, antes de saludar, dirigió una mirada a la puerta del pasillo por donde había vuelto a marcharse Leo-

cadia con dos o tres paquetes que trajo su hermano.

—¿Lo ves, papá?—dijo Pepe.—Cuando vengo solo, tarda ésa media hora en abrir; hoy, como sabía que éste venía conmigo, ha bajado a saltos la escalera.

Millán, interrumpiéndole, se aproximó a la mesa y comenzó a dar conversación a don José, por esquivar las bromas de su amigo.

—Sabrá usted que las partidas de Gerona se han disuelto... Lo grave es que por el Baztán han entrado dos jefes con cien hombres, y que, unidos a otra partida, cerca de Estella, andan ya por las inmediaciones de Pamplona.

La *Gaceta* no dice nada; al menos, *La Correspondencia* no lo copia.

—Pero el Gobierno lo sabe, y en el Ministerio de la Guerra no se habla de otra cosa. El hermano de un cajista de casa está de escribiente en la Dirección de Infantería, y allí lo ha oído.

—Y por el Maestrazgo, ¿no hay nada?

—Todavia...

—Como no tengan mano de hierro, estamos perdidos.

—Eso no; la guerra podrá durar lo que la otra, pero a Madrid no vienen.

—La cena es la que viene ahora—dijo doña

Manuela, entrando con una cazuela entre las manos.

En un papel de cigarrillo pudo haberse hecho el *menú* de aquella pobre gente: el clásico besugo, ensalada de lombarda, leche de almendra y los postres traídos por Pepe; no había más. La botella de Rueda estaba destinada a don José, que daría un par de copas a Millán. Los demás acordaron decir que el vino blanco les irritaba mucho. De allí a poco no quedó del besugo sino la raspa; de la ensalada, ni una hoja.

—Vaya, a la salud de esas piernas— decía Millán al viejo, apurando un trago y mirando de reojo a Leocadia.

—¡No volverán a correr como corrieron!

—Todo vuelve, don José, todo; ya ve usted, hasta los carlistas.

Doña Manuela, picada de no haber escuchado todavia un elogio para su guiso, comenzó a tronar contra la política.

—No sabéis hablar de otra cosa. Pues dejarles que vengan. Peores que estos que mandan ahora no serán.

—Calla, mujer. ¡Tú qué sabes! Sería un horror. Vosotros—añadió dirigiéndose a los muchachos— no tenéis idea de lo que hicieron la otra vez. Siete años duró; la gente no podía salir de las ciudades,

fusilaban hasta niños y mujeres... Sería una vergüenza... ahora que el ejército está bien armado y mejor vestido. En la otra guerra se batieron con fusiles de pistón y hasta de chispa, y llevaban en invierno pantalones de hilo.

Leocadia se levantó para ir a buscar la leche de almendras, y volvió en seguida.

—Y todo eso en defensa de la religión—dijo Millán en tono de burla.

—La religión no tiene nada que ver en esto, hijos míos. Cuando se alzaron en armas contra Fernando VII, nadie había ofendido a la religión; durante la guerra, los batallones cristinos gastaban más tiempo en misas que en ranchos; los liberales eran casi más devotos que los absolutistas; nadie se había metido con la Iglesia; y luego, eso ya lo habéis alcanzado vosotros, lo de San Carlos de la Rápita tampoco tuvo que ver nada con la religión. No hay más sino que cuatro provincias quieren imponer la ley a toda España. ¡Si viviera don Juan Prim! ¡Ese sí que era hombre! ¡Buena está la leche de almendras! En fin, ya hemos cenado. Otra Nochebuena! ¡Quién sabe de aquí a la que viene!...

—La pasaremos juntos, como ésta—añadió Millán;—quizá más unidos.

Diciendo lo cual miró a Leocadia, que bajó los ojos entre esquiva y pudorosa.

—Sobre todo, la pasaremos con Tirso—dijo doña Manuela.—Ya es tiempo de que vivamos juntos. Verle llegar ahora va a ser como parir de pronto un hijo de treinta y cuatro años.

—¿Han vivido ustedes siempre separados?

—Casi toda la vida. Ya te hemos contado cómo fué lo de dejarle con don Tadeo. ¿Qué habíamos de hacer? Hemos corrido más provincias que tiene el mapa. Don Tadeo le tomó mucho cariño, ¡eso sí! No le hubiese tratado mejor aunque fuera hijo suyo. Lo único que me supo mal fué lo de hacerle cura; pero no lo pude evitar. Si al menos fuera un cura como Muñoz Torrero o Venegas, o Martín Velasco...

—Calle usted, por Dios, don José. ¿Curas liberales? ¡Son los peores!

Pepe, Leocadia y la madre callaban, sintiendo que se hablara de aquello, porque don José, recordándolo se ponía de un humor de todos los diablos; pero Millán, que desde tiempo atrás tenía deseos de saber la historia del caso, fué poco a poco obligando al viejo a que la contara.

—Ese don Tadeo estaría entregado a gente de Iglesia...

—Cabalito; era un sujeto buenísimo, pero de los que se comen los santos, y que hiló el negocio con gran finura. Tomó cariño a Tirso, eso es indudable. Creo yo que lo primero que se le ocurrió fué

darle carrera, sin fijarse en cuál, hacerle hombre; luego sus ideas, sus relaciones... Cuando me trasladaron de Granada a Zamora, hizo el viaje con el chico sólo para que yo le viera; tenía ya doce años; aquello se lo agradecí mucho, porque únicamente le había visto en dos escapadas cortísimas que hicimos ésa y yo desde Valladolid. Quisimos recoger al muchacho entonces, en Zamora; pero, por un lado, ya comprenderás... las consideraciones... lo mucho que debíamos a don Tadeo... Él insistió en que no se le quitáramos; decía que Tirso era tan bueno, que le había tomado tanto cariño... Además, la situación nuestra no era buena; es decir, nunca lo ha sido; jamás hemos podido ahorrar nada. Ahora, si no fuese por la jubilación, ignoro cómo viviríamos. En fin, para concluir, cuando don Tadeo nos escribió que Tirso quería ser cura, ya le había metido en el Seminario. ¿Qué íbamos a hacer? Aunque tuviera yo más energía que un león..., pues ¡aguantarme! ¡Cualquiera se arrisca a luchar con gente de Iglesia!...

Al llegar aquí calló, temeroso de que se le fuera la lengua.

—¿Pero él tenía vocación?

Pepe, que hacía ya rato daba señales de impaciencia, no pudo aguantar más, y rompió diciendo entre burlón y enojado:

—¡Vocación! ¡Vocación! ¿Quién sabe lo que es eso? Podrá sentirla el hombre harto de vivir y pensar; pero un chico de diez y seis años, como era Tirso entonces, ¿qué entendería de consagrarse a Dios? ¡Fué una verdadera infamia, un engaño, un robo, un secuestro *ad mayorem Dei gloriam!*

—Sí—añadió Millán;—como cuando se meten los jesuítas en familia donde hay niña con dinero, y al poco tiempo cátatela monjita.

—Exactamente lo mismo, chico. Pero es preciso ser justo. En este caso hubo una notable diferencia a favor de don Tadeo, que era un fanático exageradísimo, y, sin embargo, un hombre muy bueno. Indudablemente, se encargó de mi hermano por pagar a papá el favor aquel del proceso que ya te hemos contado; luego, sus ideas, sus amistades con gente de Iglesia, la influencia que sobre él ejercían sus amigotes, su horror a que el muchacho aprendiera lo que se aprende en los libros contra esa mala gente, el no querer enviarle, siendo su ahijado, a un centro de enseñanza donde los realistas de la provincia no querían enviar a sus hijos, todo esto contribuyó al pecado. No hubo en él maldad de intención: don Tadeo creyó hacer una acción meritoria, casi una obra de carídad. No se fijó en que robaba un hijo a sus padres; su propósito fué poner una voluntad al servicio de Dios.

—Vamos, una calamidad hecha hombre.

Doña Manuela callaba, porque, aun disgustándole el modo de hablar de su hijo, comprendía que no le faltaba razón. Leocadia, acostumbrada a escenas parecidas, casi no escuchaba, por tener todo aquello oído hasta la saciedad. Además, lo que absorbía su atención, por el momento, era andar lista para que Millán no la cogiese un pie entre los suyos debajo de la mesa, excesillo disculpado por el amor del novio y favorecido por la clásica camilla, con su largo tapete de bayeta verde, que caía hasta tocar en el suelo. Don José estuvo haciendo con la cabeza signos de asentimiento mientras habló Pepe:

—Tienes razón en todo, hijo mío; don Tadeo quiso hacer un bien y nos fastidió. Porque, la verdad, quien es de la Iglesia, sólo es de ella. Hay días en que me parece que no tengo tal hijo.

Doña Manuela, sin ser muy devota, pues el echar criaturas al mundo no le dejó tiempo para ello, desde que su hijo mayor se hizo cura, comenzó a tener cierto respeto, indeterminado y vago, a la clase sacerdotal; así que cuantas veces asistía a semejantes diálogos, pasaba mal rato. Su falta de ilustración y su escaso sentimiento religioso, no podían prestarle armas para luchar; pero le dolía que siendo Tirso clérigo, y habiendo por el mundo tanta gente

que les guarda consideración, su otro hijo les mirase con tan malos ojos.

—¿Qué edad tiene ahora?—preguntó Millán.

—Echa la cuenta: de los tres hijos que nos quedan, es el mayor; nació el año 38, tiene ahora treinta y cuatro; luego va éste (por Pepe), que tiene veinticuatro, y ésa (por Leocadia), que va a cumplir diez y nueve.

—Si hubieran vivido los otros, serían siete, y a todos los he criado yo—añadió con cierto orgullo la madre,— menos a Tirso. Ahora, por vez primera, vamos a vivir juntos.

—¡Ojalá vivamos en paz!—dijo Pepe.

—¡Avemaría Purísima! — exclamó Leocadia—. ¡Qué cosas tiene este hermanito que Dios me ha dado!

—Lo digo en serio, y bueno es que lo sepáis. Tengo miedo a la venida de Tirso; la deseo y la temo.

Don José callaba tristemente; desde que se supo la próxima llegada a Madrid de su hijo mayor, tenía el alma combatida por los mismos presentimientos que agitaban a Pepe, y escuchándole hablar, le parecía oirse a sí propio.

—Por nuestra parte—prosiguió Pepe, encarándose con Millan—nadie ha de turbar esta armonía. Aquí, lo has visto desde que nos conoces, mis padres viven para Leo y para mí; nosotros para

ellos. Estos muebles, que tienen más años que yo, no han oído nunca una disputa ni la menor falta de respeto. Leo y yo tratamos a los viejecitos con más mimo que chico a juguete nuevo. ¿Sabes por qué? Porque no nos hemos separado nunca, ni nos hemos acostado una sola noche sin besarnos, ni ha tenido uno gozo ni pena que no lo haya sido de todos, ni ha comido nadie un bollo sin guardar a los otros, ni se ha hecho un traje sin pensar en cuánta ropa tenían los demás; en una palabra, chico, aquí no se sabe lo que es egoísmo... (Don José casi lloraba escuchándole.) Y ahora vendrá Tirso, educado lejos de nosotros..., y le recibiremos con los brazos abiertos. Aseguro que estoy deseando que llegue: a más cuidados tocará papá cuantos más seamos en casa. Pero... ¡sabe Dios!

—No hay pero que valga—dijo la madre;—parece que se te queda algo dentro del cuerpo; pues es tan hermano tuyo como ésta, que yo os he parido a todos.

—No entiendes lo que he querido decir, mamá. Para nosotros todas las dichas de la tierra están dentro de estas paredes; podemos o procuramos dárnoslas unos a otros. Cuando venga Tirso le oirás hablar de distinto modo, y verás cómo hay en él alguna aspiración, alguna idea que sobrepuje al cariño que nos tenga.

—Vaya, ¡ya pareció aquello!, las ideas de ahora; calla, hijo, calla.

—Al tiempo, madre, al tiempo.

Habían concluído de cenar. Los ruidos de la calle inmediata iban cesando poco a poco; percibíase más claro el lejano campaneo de alguna iglesia, que anunciaba la Misa del Gallo; los chicos de las latas de petróleo seguían pasando de rato en rato por delante de la casa, y de los otros pisos subían, a intervalos desiguales, cantares, villancicos, carcajadas, gritos y algún maullido de gato que andaba toda la noche oliendo besugo sin comerlo.

—Quitaremos la mesa—dijo doña Manuela, y comenzó por guardar para don José lo poco que quedara de la perada y del turrón.

—¿Quiere usted que le acostemos entre ese y yo?—preguntó Millán al enfermo.— Van a dar las doce; en vilo le llevaremos a usted a la cama.

Como antes hicieron doña Manuela y Leocadia, Pepe y Millán fueron empujando la butaca desde el comedor al gabinete, en cuya alcoba dormía don José; Leocadia se quedó doblando el mantel y las servilletas. Un momento después, don José se despedía desde dentro diciendo a Millán, que había vuelto a salir al comedor:

—Si hay noticias, ven mañana, ¿eh? y tráeme

algún periódico, que es la única distracción que tengo.

—Descuide usted, no faltaré. Adiós, doña Manuela; y de hoy en un año. Adiós, Leo. ¿Quién hace el favor de bajar a abrirme?

La muchacha, que dormitaba en la cocina, acompañó a Millán. Cuando subió de abrirle la puerta de la calle, estaban los dos hermanos sentados en el comedor junto a doña Manuela.

—Esperemos a que papá se duerma—decía Leocadia—no sea que nos oiga.

Dejaron pasar un rato. Leocadia destrenzó mientras tanto el escaso pelo a su madre, recogiéndoselo con un par de horquillas, y luego hizo lo mismo con sus largos rizos castaños. Pepe encendió un pitillo y examinó la lámpara, como quien ha de utilizarla hasta tarde, para que luego no le faltara petróleo.

—Mucho escribes, hermano.

—Yo, cuando quiero a alguien, no soy como tú, que apenas haces caso de Millán. Pues mira: sus intenciones no pueden ser más claras. Esta noche he dicho yo eso de que bajabas pronto a abrirme cuando imaginabas que él venía; pero, en fin, allá tú. A mí me parece que no estás muy expresiva con él.

—¡Tiene gracia! ¿Quieres que me lo coma con la vista? ¡Ni que fuera una estampa!

—No vayas a pensar que pretendo meterte el novio por los ojos. Lo que te digo es que, aunque vivieras cien años, no encontrarías uno mejor.

—¿Es príncipe?

—Sí; como tú princesa.

—Pues, hijo, tú bien haces el amor a una señorita de coche.

En esto se asomó al gabinete doña Manuela:

—Hijos, ya está medio dormido; vamos a hablar pronto cuatro palabras, que estoy rendida y quiero también acostarme.

—Pues mira, mamá, lo que hay que hablar es poco; pero tenemos ya que decidir algo. La botica se lleva un dineral; es necesario gastar menos en todo lo demás. Yo voy a hacer un trabajo para don Luis, que de fijo me pagará bien; pero con esto no hay que contar hasta el mes que viene.

—Bueno; lo primero es despedir a la chica; aunque no son más que treinta reales, algo es algo. Mañana llevará ésta a empeñar la colcha de Filipinas y los candeleritos de plata.

—Lo que debíamos hacer es suprimir parte del gasto diario—dijo Leo.—Que no traigan carne más que para papá, y con decirle que coma en su cuarto para moverse menos, luego nosotros nos venimos al comedor, y así no se entera.

—Yo, con tres cajetillas a la semana tengo bas-

tante. Además, don Luis me da algunos puros y los guardaré para picarlos. ¿Os han dicho algo en la tienda?

—Sí—repuso Leocadia,— por cada docena de pañuelos pagan, según el dibujo, de veinticuatro a treinta y seis reales, y tengo yo que poner lo que haga falta.

—En resumen—dijo Pepe haciendo números con un lápiz al margen de *La Correspondencia*, y murmurando entre dientes las cifras del cálculo—tenemos veintisiete duros de la paga de papá, con diez y ocho de mi sueldo, son cuarenta y cinco, y unos ocho o diez que le den a ésta por los bordados...; de cincuenta y tres a cincuenta y cuatro duros al mes: quitando los veinte, lo menos, quc hay que dar a la lonja por los plazos, y el pico que falta del sastre, quedarán unos treinta y cuatro duros... pongamos a duro diario para el gasto de la casa... la botica es la que nos pierde.

—Pues, hijo, de algún lado hay que sacarlo; ni un cuarto se malgasta... ¿Qué haríamos?

—Ahora, acostarnos; cada cual a su cama. Dejadme a mí: creo que don Luis nos ha de sacar de apuros. Al menos yo he de hacerle un favor que... en fin, ¿quién sabe? Adiós, mamá; y tú, fea, cara de mono: hasta mañana.

Y dando un beso a cada una las echó cariñosa-

mente del comedor. Cogió luego la candileja que había en la cocina, fué con ella a su cuarto, volvió trayendo sobre un cartapacio grande el tintero, plumas, papeles, sobres, tres o cuatro libros, y colocándose lo mejor que pudo se sentó ante la camilla.

Hasta cerca de la madrugada estuvo tomando apuntes, escribiendo párrafos muy cortitos, como extractos, notas seguidas de referencias y citas. Aquello parecía preparar trabajo para que lo aprovechara otro. Cuando en el reloj cercano sonaron las tres el pobre muchacho tenía ya la cabeza pesada, la vista insegura, y su hermoso busto, inclinado aún hacia la mesa, aparecía envuelto en la nube de humo que habían dejado en la atmósfera del cuarto los pitillos consumidos, cuya ceniza, movida por la respiración, revoloteaba sobre las hojas de los libros. Todavía continuó llenando cuartillas un rato, hasta que, yertos los pies y ardorosa la frente, recogió los papeles y los guardó en uno de los volúmenes. Después sacó un plieguecillo para una carta, y quedándose un instante como ensimismado, pensó: «La escribiré por si no nos vemos mañana.» Luego, al buscar los sobres, como hubiese entre ellos uno mayor y más abultado, lo abrió, sacando de él dos o tres cartas y un retrato de mujer, el de la señorita de coche que mentó Leocadia. Contemplándo-

lo un momento pensó: «¡Qué bonita y qué buena es! Sobre todo qué figura tan elegante y tan fina. Todavía me parece mentira que me quiera una mujer así. Pero ya no puedo dudar.»—Y tomando el plieguecillo comenzó a escribir:

«Adorada Paz:»

II

PEPE y Millán se conocieron en 1862, cuando a los catorce o quince años cursaban en el Instituto del Noviciado primero de latín.

Eran ambos entonces de escaso desarrollo físico, inteligentes, guapos, listos sin exceso de picardía, y avisados sin sobra de malicia; pero en su organismo endeble de madrileños criados en casas pobres, prevalecía esa viveza propia de niños educados junto a personas mayores que, sin velar nada, hablan de todo libremente.

Pepe era delgado, alto, larguirucho, con el pelo rubio, rizoso y arremolinado, que dicen ser indicación de genio vivo. Su mirada parecía, al fijarse en las cosas, querer arrancarles la enseñanza que de ellas brota; nunca se le cansaban la boca de preguntas, ni los oídos de respuestas; en cambio, el afán que demostraba para interrogar se le trocaba en calma para oir. Desde pequeño una incredulidad

instintiva le hizo regocijarse menos que otros chicos con los cuentos de aventuras y brujas, y cuando mayorcito siempre tuvo en los labios el *¿cómo?* y el *¿por qué?* A semejanza de los niños que rompen los juguetes para ver lo que tienen dentro, él, obedeciendo quizá a una predisposición poco vulgar, pretendía que se le diese explicación de todo; así que, para negarle lo que pedía era preciso, al menos, simular un razonamiento, convencerle, con lo cual quedaba tranquilo y obediente. Su precocidad no consistía únicamente en el temprano desarrollo de algunas facultades, sino en cierta serenidad de juicio que, dominando sobre las meras impresiones, le hacía rechazar lo que su entendimiento no alcanzaba. Había que explicárselo todo, y la señal de que lo comprendía era una docilidad encantadora. Jamás consiguió una criada divertirle con gigantes de los que tragan carne cruda, con hazañas de ladrones ni leyendas maravillosas de princesas encantadas; pero si escuchaba a sus padres sucesos reales, casos vividos, algo que fuera verdad, entonces, con los ojitos muy abiertos, como perrillo a quien enseñan golosina, se estaba quieto, esperando que la relación terminara para hacer luego preguntas y más preguntas acerca de lo que no podía entender. Con una sonrisa muy burlona rechazaba lo que repugnaba a sus ideas infantiles y a veces sus frases

tenían hasta por la entonación algo de sátira.

Millán era más chico, más inocente, se le engañaba con menos dificultad y le gustaban los juegos violentos y arriscados. La savia de la vida, que el primero tenía como reconcentrada en el cerebro, tomaba en el segundo forma de fuerza física. Uno era de la estirpe de los que piensan, otro de la raza de los que obedecen. Viéndolos jugar juntos, Pepe resultaba voluntarioso, porque Millán parecía plegarse a sus caprichos; pero, a poco que se les observase, era fácil notar que la pasividad de éste no era sino el reconocimiento instintivo de la superioridad de aquél. Además, Millán tenía buenísima índole, y como complaciéndose en ello, dejaba ver que, si en cosas de fuerza estaba la ventaja de su parte, en todo lo restante era de Pepe la primacía En hacer espadas de palo, cortar tablas, correr al marro, saltar al paso, trepar por rejas y encaramarse a tapias no hallaba Millán competidor: para obtener premios, disculpar travesuras y evitar regaños tenía Pepe especial ingenio. Sabía esperar para pedir a tiempo, dejar pasar los primeros instantes de un enfado, no irritar el enojo con respuestas y evocar en ocasión propicia, el recuerdo de lo prometido.

Los comienzos de su amistad fueron una especie de pacto contra el latín y contra aquel modo de enseñar la lengua del Lacio que hacía aborrecibles a

Virgilio y a Cicerón. Formaron una sociedad de socorros mutuos para apuntarse la lección, ahorrarse trabajo al traducir buscando juntos los significados en el diccionario y responder, al pasar lista, uno por otro: hasta llegaron a reunir en común la colección de sellos de franqueo que por entonces hacía todo chiquillo madrileño. Al principio sólo se veían en las aulas o en el claustro del Instituto, que tiene entrada por la calle de los Reyes; luego se citaban en el camino al venir de sus casas, esperándose recíprocamente en la plaza de Santo Domingo, donde llegaban casi a la misma hora, y después seguían juntos hasta el Noviciado, haciendo escala en cuantos escaparates hubiese algo que les llamara la atención. Las mañanas de invierno compraban buñuelos, las tardes de verano chufas, y en todo tiempo alfeñique, mojama, garrofa o caramelos de a ochavo; pero su verdadera delicia consistía en repartirse una cajetilla de pitillos, sin que jamás llegasen a reñir sobre quien gastaba un cuarto más o menos. Durante el primer curso conservaron el aspecto algo encogido de chicos criados entre faldas, y eran limpios de lenguaje, como no hechos a la libertad de andar solos por la calle; mas al poco tiempo fueron abriendo oídos a la malicia, entrósele la picardía al pensamiento como ciencia infusa, aprendieron a decir palabrotas, pegóseles algo de ese impudor que se

recoge al paso, y aumentaron su vocabulario con frases soeces y giros achulados, cuyo sentido acaso no entendían, repitiendo tales cosas por imaginar que hablando gordo harían viso de hombres bragados: mas no por esto se malearon, y aquellas obscenidades y ternos que empleaban entre sí, pero que ante nadie repetían, fueron como un cieno que, si les ensució la boca, no les llegó a manchar el alma.

Una mañana que faltó a su clase un catedrático se marcharon con otros chicos a jugar a la Era del Mico, y esta escapatoria fué para ellos una revelación. De entonces en adelante, cuando calculaban que podían preguntarles la lección, entraban a clase renegando de la declinación y el hipérbaton latino como de las mayores maldades que inventaron los hombres; pero los más de los días, luego de pasada lista, se escurrían, o pinchándose las encías y manchándose el pañuelo, fingían echar sangre por las narices para que les dejaran salir. De esta época data la larga serie de correrías que hicieron por Madrid, evitando siempre ir por calles céntricas donde pudieran hallarse de manos a boca con quien diera en sus casas noticia del encuentro. Así llegaron a conocer palmo a palmo cuantos paseos, carreteras y cuestas rodean a la corte, yéndose a pies qué queréis por esas rondas, como hidalgos de le-

yenda que marchan a ver tierras, y por entonces debió de ser cuando en casa de Millán el padre de éste, y en la de Pepe su madre, notaron que los chicos rompían zapatos como si lo hicieran a porfía. El famoso Marco Polo en lo antiguo, y Livingstone o Stanley en estos tiempos, fueron junto a ellos exploradores de poco más o menos. ¿Qué mayor expedición que ir desde el Noviciado a la Puerta de Hierro haciendo escala en el Puente Verde para llamar *¡todas! ¡todas!* a las lavanderas del río? Pues ¿y el viaje a Moratalaz o Amaniel para ver hacer el ejercicio a la tropa? ¿Y el ir a extasiarse ante los puestos de San Isidro, en vísperas de romería, o marcharse en invierno a ver si se había helado el Canal del Lozoya? Lo que nunca se les ocurrió fué tomar partido en pedrea de las Peñuelas, ver ajusticiado en el Campo de Guardias ni tratar con los barquilleros que, al juego de la cinta, sacaban dinero a los tontos en la Montaña del Príncipe Pío. En cambio, les divertía mucho ver en Palacio la parada o estarse en Santa Cruz oyendo a los charlatanes que desde el pescante de un simón peroraban vendiendo *grasa de león para quitar manchas* o polvos para matar los *insectos solitarios del estómago, que es el intestino donde se mete la comida.* ¿Y el caudal de conocimientos que adquirieron? Por algún tiempo se aficionaron a la me-

cánica, y todos los días iban a ver colocar placas giratorias en las cercanías de la estación del Norte; otra temporada se dieron a la construcción, entreteniéndose en ver levantar piedras en edificios nuevos; después mostraron afición a la industria, contemplando las tripas colgadas en los balcones de las mondonguerías de la calle del Peñón y las tiras de fósforos de cartón puestas a secar en las fábricas de la Ronda de Toledo. Desde el Campo de Guardias hasta la Pradera del Canal, y desde la Fuente de la Teja hasta las Ventas del Espíritu Santo, no quedó rincón que no anduvieran, ni encrucijada por donde no pasaran, siendo uno de sus placeres favoritos recorrer los lugares del Madrid antiguo descritos en novelas de capa y espada a cuarto la entrega, donde aprendieron a retazos y malamente episodios que les hacían mirar ciertos sitios con un respeto entre ridículo y poético, dando como seguro que Felipe II presenció el asesinato de Escobedo desde un portal de la calle de la Almudena, y comentando, como si hubieran asistido a ellas, la muerte de Villamediana junto a San Ginés o aquella aventura de Quevedo cuando desafió a un hidalgo que había pegado un bofetón a una señora. ¡Qué diferencia había entre el entusiasmo con que iban adquiriendo aquella dislocada erudición de lances madrileños y el desprecio con

que miraban las biografías latinas de Cornelio Nepote y los *Trozos escogidos,* que a ellos les parecían la pura esencia de lo inaguantable! A clase de Geografía y de Historia de España les gustaba ir; pero en las de latín y religión no les echaban la vista encima sino en días de lluvia, cuando no sabían dónde llevar el cuerpo. En Abril y Mayo apretaban, y a primeros de Junio volvían a casa examinados, ovantes, con buena nota y con el susto fuera del cuerpo. De esta suerte, paseando mucho y estudiando algo, pero asimilándose fácilmente lo que aprendían, llegaron a ser un término medio entre el estudiante sorbedor de textos, que suele al fin no servir para nada, y el pigre holgazán, que degenera en pillastre.

Hacia 1868, siendo ya dos mocitos que echaban requiebros a las modistas, se graduaron de bachiller, y sus familias determinaron darles carrera. Ambos padres decidieron que estudiaran leyes. En don José, que era un español a la antigua y para quien no había profesión seria sin título académico, influyó mucho el recuerdo de la respetabilidad que a sus ojos tuvieron los oidores y magistrados de chancillerías y audiencias mientras él andaba de provincia en provincia como humilde empleado. No se le ocultó que había de costarle muchos sacrificios, mas cedió a la tentación de ver a su hijo he-

cho personaje de toga con vuelillos. Para él la abogacía era lo de menos: al decir abogado, no concebía al chico defendiendo pleitos, sino administrando justicia. Millán siguió el ejemplo de Pepe porque estimaba bueno cuanto éste hacía.

La vida de estudiantes les duró poco: ambos tuvieron que abandonar la carrera apenas empezada. El infortunio se cebó en sus hogares de modo parecido, y entonces aquella amistad de niños, fundada en juegos y paseos, fué lazo que vino a estrechar la desgracia.

El padre de Millán tenía en los barrios bajos una modesta imprenta, donde, por hacer favor a un amigo, tiró varios números de cierto periódico clandestino. Una noche le sorprendió la policía, y cerrando la imprenta se llevó al dueño a la cárcel del Saladero, donde permaneció, gastándose los ahorros en un cuarto de pago, hasta que el 29 de Septiembre las turbas le sacaron en triunfo con otros presos políticos. Lo que no pudo devolverle la justicia popular, tan enérgica como tardía, fué el dinero prodigado a carceleros y guardianes para que no le molestaran, y al escribano para que activara la causa, ni tampoco la parroquia perdida con la clausura de la imprenta. Cuando el infeliz salió de la cárcel, consumida su fortuna, tuvo que ponerse a oficial de cajista. A sus años el golpe era dema-

siado duro, y se le agravó tanto una afección crónica que tenía en los ojos, que le fué imposible continuar trabajando. Millán no dudó un instante respecto a la determinación que debía seguir: «—Padre—dijo—como me he criado en la imprenta, conozco el oficio. Búsqueme usted trabajo, que con mi jornal habrá para los dos, al menos para usted, que yo necesito poco.» Los libros de Derecho quedaron abandonados y él entró de corrector de pruebas en uno de los primeros establecimientos tipográficos de Madrid, cuyo principal al poco tiempo le encomendó en gran parte la dirección de la imprenta. Cuando Millán tomó aquella resolución dijo a Pepe, dándole cuenta de su situación: «—¡Cómo ha de ser! Vamos a seguir rumbo distinto: tú llegarás donde te lleve la suerte; en cuanto a mí... soy hombre al agua.» Pepe le demostró que la desgracia no era fuerza bastante a quebrantar la ley que le tenía. A veces iba por la tarde a hacerle compañía a la imprenta, o solía buscarle para pasear juntos, y cuanto más derrotado y pobre de ropa le veía, mayor afecto le mostraba, cuidando de no darle ni aun aquellas bromas que, si antes se le antojaban lícitas, ahora le parecían ofensivas.

Dentro de aquel año les igualó su mala suerte. La poca renta del Estado, que don José tenía, quedó con los préstamos que sobre ella tomó y por el re-

traso de los pagos, reducida casi a la nada; la jubilación sufrió considerable descuento, las modestas alhajas de doña Manuela presto aprendieron el camino del *Monte*, hasta las ropas hubo que empeñar: y en la casa de la calle de Botoneras penetró al fin la escasez, con su cortejo de tristezas, como antes había penetrado en la pobre imprenta de los barrios bajos. Pero si Millán sabía un oficio, Pepe carecía de habilidad que pudiera serle útil contra el infortunio. Entonces se pensó en buscarle un destino. Las cartas que escribió don José, las visitas que hizo hasta que se lo impidió su dolencia, no son para contadas. Por fin, un antiguo amigo suyo metió al chico, con un empleo de 5.000 reales, en la Biblioteca del Senado. Pepe, como funcionario público, iba a ganar menos de lo que daban a Millán por regentar la imprenta.

Si cuando chicos no les maleó el exceso de libertad, de grandes no les doblegó la desgracia; ni tampoco intentaron, por salir de apuros, vadear malamente aquella torcida corriente de su vida, que comenzaba a encresparse. Juntos nadaron a pecho abierto contre ella, y sin ocurrírseles vivir a lo perdido o abandonar a sus familias, comenzaron a trabajar, uno en la imprenta que le confiaron, y otro en su humilde empleo de la Biblioteca del Senado. Como Pepe tenía más horas libres que Millán y se

iba muchas veces a hacerle compañía, éste le rogaba con frecuencia que le ayudase, de donde se originó que, durante una larga temporada en que hubo prisas en la imprenta, Pepe se pasó noches enteras corrigiendo pruebas; lo cual su amigo le enseñó con pocas advertencias, y él perfeccionó en algunas semanas. Una alteración de personal que hubo por entonces en la imprenta inspiró a Millán la idea de que aquel favor, que su amigo frecuentemente le hacía sólo para ganar tiempo y anticipar la hora de salir juntos, podía redundar para Pepe en una ganancia, aunque no grande muy oportuna dada la situación de su casa, donde la necesidad se iba entrando a banderas desplegadas desde que comenzó a agravársele a don José la enfermedad de las piernas. Ello fué que, al cabo de unos meses, Millán le dijo:

—Tengo que proponerte una cosa. Creo que te conviene, pero no he podido resolver nada sin contar contigo.

—Habla, chico.

—Desde hace más de tres meses que arreció el trabajo, vienes casi todas las noches a buscarme, y para una vez que consigo acabar temprano y podemos ir un rato al café o a dar vueltas charlando por las calles, lo general es que tengas que quedarte allí conmigo corrigiendo galeradas. Al principio no

sabías lo que te pescabas, lo que tú corregías tenía yo que volver a mirarlo. Hoy, lo que para un cajista cualquiera ofrecería ciertas dificultades, lo has aprendido tú en seguida y bien. Por otra parte, me parece una primada que a lo mejor te pases allí horas enteras sin sacar nada en limpio... En fin, chico, ayer se ha marchado uno de los correctores, el que iba de noche... ¿quieres la plaza? Si se lo digo al amo te la da. Tú le convendrías a él con pedirle algo menos que otro cualquiera, y a ti, como son pocas horas, de noche, y yo te taparé cuando faltes... vamos, que puedes ganar eso... si no te parece mal... Díselo a tu padre.

—¿Y por qué me ha de parecer mal? ¿Qué tengo yo que decírselo a mi padre? Acepto desde ahora... y te lo agradezco de veras. Puedes creerme: ya ves cómo estamos en casa.

—Siempre serán diez y ocho o veinte reales más al día.

No era posible aumentar la amistad que les unía; pero este rasgo contribuyó mucho a confirmarla y, además, hizo que fuera su trato más frecuente, por la índole del trabajo que les ocupaba. Así, los que juntos pensaron seguir una carrera de las reservadas a gente, si no poderosa, al menos acomodada, juntos también, forzados a renunciar a ella, comenzaron a trabajar para vivir y sostener a los suyos.

Menudearon con esto las idas de Millán a casa de Pepe, y aquél, que cuando chico no paró ojos en la hermana de su amigo, fué luego encariñándose con ella hasta que lentamente, como a veces quiere el amor que sean estas cosas, se fijó en lo bonita que era, consideró las pocas exigencias que había de tener mujer tan hecha a batallar con la necesidad, y pensó que le convenía para propia. Pronto se dieron cuenta de ello los padres y el hermano: de suerte que casi antes de que Millán demostrara su amor con atenciones y cuidados, ya ellos lo habían sorprendido sin enojo en sus impaciencias y miradas. Leocadia empezó a recibir las pruebas del afecto de Millán con el agrado natural propio de la mujer para acoger las primeras palabras dulces que escucha; contenta, satisfecha, casi agradecida, mas sin que aquello le produjera impresión tan honda como la que èstaba haciendo en Millán. Éste, si no se sentía aún ciegamente enamorado, estaba en camino; a ella, más que el novio mismo, le gustaba la sensación, nunca experimentada, de saber que había un hombre que gozaba mirándola; y él lo comprendía. A veces, cuando sentados todos, de noche, en torno de la camilla, leían periódicos o jugaban al tute por distraer a don José, Millán, espiando a Leocadía con el rabillo del ojo, creía descubrir en su fisonomía de madrileña vivaracha un gesto in-

definible, un alterársele de pronto la mirada, una ligera sombra de tristeza en medio de la risa, que delataban un estado de ánimo intranquilo y doloroso. ¿Qué tendría? ¿Amargura por la estrechez en que allí vivían todos? ¿Aspiraciones propias aún no definidas? ¿Impulsos latentes de ambición callada? Quizá ella misma no pudiera decirlo. Doña Manuela y don José dieron a los chicos por novios apenas hubo indicio para ello. Pepe, más listo, adivinó que Millán la quería, pero comprendió también que su hermana no estaba tan enamorada como él.

III

En su primera época de estudiante, casi niño, no fué Pepe de esos muchachos que se sientan lo más cerca posible del maestro, aprendiendo de memoria, como loros, cuanto se les manda, antes por obediencia y aplicación irreflexiva que por verdadero amor a estudios, que aún no entienden; en cambio tuvo inteligencia sobrada para comprender que había de llegar un día en que de todas aquellas asignaturas y materias, que juntas querían meterle por fuerza en la cabeza, habría de fijarse en alguna y dominarla, confiando a la perseverancia en el trabajo su porvenir y el amparo de los suyos. Durante esos años en que el hombre ignora la realidad de sus facultades y más aún la de aquello a que debe dedicarse, él, entre dudas y vacilaciones, pugnaba por determinar *lo que sería*, como si a todos permitiera la fortuna marcar el rumbo de su vida. Por fin, con gran contento de su padre, la

afición a la Historia y el interés que, apenas comenzó a hombrear, mostró para seguir en conversaciones o lecturas la marcha de los sucesos políticos—tan agitados en aquel tiempo—le hicieron inclinarse a la abogacía, carrera en que la antigüedad de los pueblos, la política, el derecho y las letras aparecían a sus ojos formando, no un camino más o menos ancho, sino un conjunto de senderos que podían llevarle a suertes prósperas y varias. Quería ser obrero de su propia fortuna y sostén de sus padres. Llegar a *ser algo* le parecía cosa natural. ¿No llegaban otros? Orgulloso propósito de desinterés en aras de su familia nunca lo hizo su pensamiento. Se dijo sencilla y espontáneamente que era necesario en su casa, que allí quien debía trabajar era él, sin imaginar jamás que sus más penosos esfuerzos por lograrlo pudieran llamarse abnegación o sacrificio, ni siquiera deber; lo haría porque sí, porque era el hermano mayor, el único hombre de la casa. Si no, ¿quién lo haría? En sus cálculos no entraba Tirso para nada. Así pensaba cuando tuvo que dejar la carrera al tercer año.

Cada individuo de la familia sintió aquello según su corazón y su carácter. Doña Manuela se entristeció augurando grandes privaciones. «—El pobre ha tenido que dejar los estudios» —decía; sin poder profundizar todo lo que en esta frase iba envuelto.

A Leocadia le mortificó el suceso más que a su madre, y de distinto modo. Mientras Pepe se limitó a trocar la clase por el destino del Senado, decía: «—A mi hermano le han empleado»—y en el tono con que lo pronunciaba descubría algo de amor propio satisfecho. El verdadero disgusto lo tuvo cuando entró Pepe de corrector en la imprenta; aquello de que ganara un jornal la impresionó amargamente, en parte por lo que significaba tal determinación, y más aún por vanidad herida. Su gran temor era que llegara a ponerse blusa para trabajar, como si este detalle representara toda la ruina de la casa. Transigía con la pobreza, pero a lo vergonzante, no enterando al prójimo de humillaciones que no le importaban. La mayor pesadumbre fué para don José. Los tres años de Derecho que cursó Pepe le habían acostumbrado a pensar en su educación como en un esfuerzo costosísimo, mas para él lleno de encantos. El humilde empleado, que pasó la vida a salto de mata de oficina en oficina, sin apoyo ni valimiento, había logrado adquirir tales hábitos de orden y economía, que iba a serle posible dar carrera a este hijo, y dársela a su gusto, no como se la dieron al otro. El pobre viejo con los ojos de la imaginación veía al chico ya vestida la toga de vuelillos blancos, el birrete puesto, la placa en el pecho y sentado en un sillón de alto

respaldo escuchando informes de abogados, que al dirigirse a él hablarían con profundísimo respeto... y de repente vinieron el descuento, las pérdidas, los atrasos, la jubilación, trocando al futuro juez en empleadillo siempre a merced de quien tuviese influjo para quitarle cualquier día la plaza en provecho de otro. La resolución adoptada por Pepe de ir a trabajar con Millán conmovió dolorosamente el ánimo de don José; pero hubiera sido difícil precisar qué le hizo más mella, si el dolor de ver a su hijo llevado a tal extremo o el orgullo de considerarle tan fuerte ante la adversidad.

El más duro para resistir a la desgracia fué quien más perdía con ella; el mismo Pepe, que así como no dió importancia al sacrificio tampoco se entregó a esa resignación callada y triste, cuyo silencio sofoca el dolor sin mitigarlo. Su carácter varió algo sin que él se diera cuenta, mas no llegó a sufrir una verdadera transformación. No le abatió el infortunio, como no le hubiera engreído la fortuna; pero aquella incredulidad burlona, con que siempre acogió cuanto no podía aclarar razonándolo, se hizo más reflexiva. Los reveses no le arrancaron el entusiasmo por lo que amaba ni exacerbaron su escepticismo; pero al convencerse de que las condiciones de la vida habían variado por completo para él, adquirió una serenidad que, contrastando con

los pocos años, daba a sus frases un dejo amargo y melancólico; las sátiras más enérgicas parecían brotar tristemente de sus labios.

Pasadas las primeras semanas de aquella existencia nueva, dividida entre la Biblioteca del Senado, donde su trabajo consistía en dar libros a quien rara vez se los pedía, y las tareas de la imprenta, donde bajo la inspección de Millán iba siendo cada día más útil, comenzó a experimentar cierto reposo que él comprendía no ser definitivo, pero que le halagaba por verlo reflejado en la casa. Su vida de empleadillo y jornalero le producía un puñado de duros, con los cuales había para ir a la compra y casi con igual frecuencia a la botica. De la abogacía no se volvió a hablar; lo de seguir carrera pasó como sueño; y, sin embargo, el haber tenido que renunciar a ella era la pesadumbre de toda la familia. Cada cual la sentía a su manera; doña Manuela no decía sino: «—¡Hijo mío, cuánto trabaja!» El padre no se recataba para confesar aun delante de gentes: «—Estará en la imprenta.» Leocadia, sin disimular la repugnancia a lo que en su hermano había de obrero, hablaba del destino o el empleo, y cuando le veía volver a casa, instintivamente le miraba a las manos temiendo que trajera en ellas alguna sucia señal de su honrosa labor. No lo podía evitar; tenía esa vanidad madrileña que pre-

tende cubrir con perifollos de seda la falta de ropa blanca y que prefiere el adorno de la sala al cuidado de la alcoba.

Pepe mismo participó también, en cierto modo, de ese sentimiento que tiende a ocultar al prójimo la propia miseria. Hubo una persona a quien no tuvo el valor de confesar que trabajaba en la imprenta de Millán, y esa persona fué su novia, la señorita de coche, como la llamaba Leocadia. Pepe había dicho claramente a Paz la situación de su familia: que su padre era un antiguo y modesto funcionario de Hacienda; que él dejó la carrera por falta de recursos para seguirla, ateniéndose a un empleo concedido casi por caridad; pero no pasó adelante; nada dijo de la imprenta, del apoyo de Millán, de las galeradas, ni de sus tareas de jornalero. En un principio no fué completamente franco; primero, por aquella misma pícara vanidad de Leocadia, y después, por falta de valor; aun conociendo a Paz, como llegó a conocerla, tuvo miedo a decirle: «—El hombre a quien amas va por las noches a ganarse un jornal, que cobra los sábados como los herreros y los albañiles.» Imaginó que la perdería; era a sus ojos enteramente absurdo que Paz, después de saber esto, siguiera enamorada de él. La vida moderna le ofrecía a cada paso ejemplos de hijas de familia poderosas a quienes por un ca-

pricho amoroso había que casar con un mal periodista, con un abogadillo, con un cualquiera, aun de lo más pobre de la clase media; pero, ¿quién vió jamás en estos tiempos que una señorita hecha a pisar alfombras entregara la mano a un jornalero? Pepe calló sin temor a que ella supiera toda la verdad, mas sin valor para decírsela con sus propios labios. Al oirla exclamar con frecuencia, entre apasionada y mimosa: «—¡Pepe mío, cuánto te quiero!»—le acometían impulsos de revelarle aquello que ocultaba como una infamia; y luego, contemplándola vestida con todos los primores del lujo, se examinaba las manos al descuido, temeroso, como su hermana, de hallar impresa en ellas la sucia mancha del trabajo.

IV

Don Luis María de Ágreda, senador electivo, gracias al patrimonio e influencia que tenía en su pueblo, era uno de los antiguos progresistas obstinados en sobrevivir a su partido; de aquellos que ponían sobre todo la Soberanía Nacional y para quienes la España contemporánea no produjo sino cuatro hombres de gran valer: Mendizábal, por la desamortización; Espartero, por haber vencido al carlismo; Olózaga, por haber hablado antes que nadie de *obstáculos tradicionales;* y Prim, por seguir sus huellas.

La fortuna de don Luis, con ser respetable, no era sino resto de lo mucho que su padre gastó en conspirar contra Sartorius y Narváez; de él heredó también un grande amor al partido progresista, mucha antipatía a la demagogia, que se le antojaba cosa pagada con el oro de la reacción, y una repulsión invencible a moderados y carlistas. Sus

trabajos en juntas y comisiones de partido, los artículos, proyectos y dictámenes que escribió serían incalculables e infinitas las veces que proyectó terciar en los debates, pero jamás tuvo ánimo para romper a hablar en público ni para enviar dos cuartillas a un periódico. No era tonto, y sin embargo lo parecía, porque sin tener influjo entre los suyos imaginaba que su consecuencia y lealtad debían darle mayor importancia de la que gozaba, resultando algo vanidoso. Como la palabra obedecía mal a su pensamiento, huía los diálogos largos y las conversaciones en corro, limitándose a hacer signos de afirmación o negación con la cabeza, y cuando más a decir frases concisas, que tomaban en sus labios tono de sentencias. Muchos le consideraban como hombre bueno, pero de cortos alcances, y algunos le trataban de burro serio. Los primeros andaban más cerca de lo cierto, porque sin tener una inteligencia privilegiada, era honrado y caballeroso aunque algo agriado el genio por imaginar que debía brillar y bullir más en su partido.

Lo que constituía su verdadero título de gloria, para quien llegase a saberlo, era la educación que dió a su hija. Al enviudar a los treinta y dos años se propuso que Paz, cuando él faltara, estuviese en condiciones de vivir sin ajeno auxilio, que su-

piera manejar su fortuna y aprendiese a conocer su corazón, para no estar expuesta a rapacidades ajenas ni a errores de su inexperiencia. Muchas veces le dijo: «—Has de saber cuánto tienes, duro por duro, y has de pensar siempre en lo que vayas a hacer, para que ni el prójimo te robe ni tú te engañes.»

Paz estuvo tres años en un colegio dirigido por monjas, lo cual nò era del agrado de su padre; pero ¿qué hacer, si no había en Madrid otro linaje de casas de educación? Allí aprendió a escribir con bonita letra, a hablar bastante bien el francés y rudimentos de muchas cosas; de coser, poco; de bordar, algo, y de rezar, mucho. Sin salir del colegio sabía cuanto ocurría en Madrid, hasta interioridades de familias que a nadie importaban; mas, por lo visto, para *las madres* no había secretos; así que, los domingos de salida, don Luis se maravillaba escuchando a su hija cosas que él no oía ni a los murmuradores del Casino. Esto, y un tantico de vanidad que fué surgiendo en el alma de Paz resolvieron a su padre a sacarla del colegio-convento; y aunque quiso hacerlo con gran tiento y circunspección, tuvo por fin que ser enérgico, porque las santas mujeres habían procurado atraerse la voluntad de la niña. ¿Les indujo a intentarlo únicamente la bondad de Paz? ¿Ambicionaron la conquista de

su preciosa voz para la capilla? ¿Prendáronse quizá del entusiasmo con que era de las primeras en gastar sus ahorros de colegiala rica comprando, ya la sabanilla del Cristo, ya la toca de la Virgen, ya el encaje para el paño del altar?

Ello fué que un domingo, no pudiendo don Luis ir a buscarla, envió con el coche a una parienta, la cual volvió sola contando que la *buena madre* había dicho que *mademoiselle* Paz no salía.

Don Luis, temeroso de que estuviese mala, fué inmediatamente a verla, y a disgusto de la superiora hubo que presentar la niña al padre. Pasó éste muy mal rato dándose cuenta, con gran sorpresa, de que su Paz, sin estar castigada ni enferma, se allanaba de buen grado a permanecer allí en vez de pasar el día con él; mas por fin consiguió que le siguiese, y aquella noche no la permitió volver al colegio. «—Aquí no hay más *madre* que yo»—dijo don Luis.—Y desde entonces se consagró al cuidado y educación de su hija, sin perder por eso su desmedida afición a la cosa pública. Las cartas de la superiora y las embajadas del capellán hicieron en vano esfuerzos para recobrar la oveja descarriada, mas no lograron que tornase al redil. Luego don Luis toleró que Paz, de tarde en tarde, gastara algo en sabanillas, mantos y encajes, pero no la dejó volver a poner los pies en el convento. La

mansedumbre, que es gran virtud, evitó que las monjas se ofendieran; no salió de sus labios palabra de reproche, nada intentaron para fomentar la devoción naciente, quizá la vocación frustrada de Paz; pero tampoco se olvidaron de recordarle en días determinados y festividades solemnes que en un extremo de Madrid había una santa casa que se honraba con haberla tenido por discípula y a la cual debía enviar de cuando en cuando alguna limosna para obras de caridad, algún ramo de flores para aquel altar, en cuyas gradas se arrodilló tantas veces.

Como Paz era buena, el tesoro de cariño que halló en su hogar la hizo olvidarse pronto del colegio, y aquella afición monjil se apagó como con la mano. La libertad de acción, el natural orgullo de mandar en su casa y, sobre todo, el dulce amor de padre ahogaron a tiempo la intentona de piadoso secuestro. Unas cuantas semanas de esta vida y el colegio, antes impregnado de plácida poesía, quedó reducido a un conjunto de recuerdos fríos e incoloros. Las flores que se ponía en el pelo, cortadas por su mano en el jardinito de la casa, destronaron a los ramilletes de trapo de los altares; frecuentó los teatros, y la primer sinfonía de Mozart que oyó le gustó muchísimo más que las letanías, salves y motetes. Al cabo de un año don

Luis, escogiendo las casas donde la llevaba, comenzó a presentarla en la titulada buena sociedad, con lo cual sus galas y tocados la preocuparon mucho más que antes las ropas de las santas imágenes.

La serie de impresiones que experimentó pisando salones de casas ajenas no fué, sin embargo, tan agradable como la que sintió entrando a reinar en la suya. A poco de vivir con su padre la enteró éste de sus negocios, explicándole en qué consistía su fortuna, ayudándose de ella para el manejo de intereses, con lo cual Paz llegó presto a persuadirse de que don Luis era un hombre honrado y el origen de cuanto tenía decente y limpio. En cambio comenzó a ver que ni todas las casas ni todos los hombres eran como su casa y su padre. Aunque incompleto y velado por la educación y la hipocresía, el mal llegó claro a sus ojos, causándole una sensación parecida a la que sufriría quien, hecho a respirar aire puro, entrara de pronto en una atmósfera viciada. El instinto suplió a la picardía y el ingenio a la malicia; no pudo la imaginación desentrañar las causas de ciertas cosas, pero vió los efectos y fué bastante para que se le entrase al alma un miedo saludable. En su espíritu surgieron dos impulsos simultáneos: temor ante el espectáculo de la vida y desconfianza del prójimo. Con su padre tenía toda la sinceridad posible; mas esos deseos mis-

eriosos, esas dudas ingenuas que la mujer reserva para dichas en voz baja al elegido de su corazón, no salieron de sus labios. Las frases galantes y las lisonjas le infundían un desasosiego que le impedía mostrarse complacida; era semejante a un pájaro que tuviese miedo a la red. Cuando algún hombre halagaba su oído con ternezas o le pedía esperanzas, ella, involuntariamente, se acordaba de tantas infelices mal casadas, de los hogares que parecían fondas, donde marido y mujer vivían como extraños y acaso como enemigos. El amor propio no la dejó renegar de su hermosura; pero su instinto le señaló un peligro en su riqueza. Ser amada por sí le pareció fácil; saber cuál amor sería sincero, lo juzgó imposible. Hubiera querido andar por el mundo ocultando su riqueza a semejanza de esos príncipes que viajan de riguroso incógnito para agradecer la simpatía que inspiran y oir el lenguaje de la franqueza. «El mejor traje—solía decir—es el que más disimula lo que cuesta.»

Una tarde vió Pepe entrar en la Biblioteca del Senado un caballero como de cincuenta años, alto, canoso, elegante y limpio, que dirigiéndose al principal encargado, dijo:

—Vengo a pedir a usted un favor. ¿Podría usted

recomendarme uno de estos muchachos que tiene usted aquí a sus órdenes, para que venga unas cuantas mañanas a mi casa y me ayude a poner en orden mi librería? Me han hecho los estantes nuevos y hay que trasladar los libros. Un chico juicioso, ¿eh?

—¿Oye usted esto?—preguntó el jefe a Pepe, y contestando al caballero, añadió:—Nadie más a propósito: su formalidad y su ilustración le servirán a usted de mucho. Casi es abogado...

El que hizo la petición miró a Pepe, y con la autoridad que le daban los años, le habló así:

—Vamos a ver, joven. A un muchacho nunca le vienen mal unos cuantos duros. ¿Ha oído usted lo que hemos hablado? ¿Quiere usted venir a mi casa?

—Sí, señor; y haré lo posible por complacerle.

—Pues cuento con usted. ¿Cuándo empezaremos? Porque yo lo tengo allí todo revuelto.

—Cuando usted quiera.

—Mañana mismo. Le espero a usted a las once.

Cuando se hubo marchado, Pepe dió las gracias al bibliotecario y le preguntó quién era aquel señor.

—Es don Luis María de Agreda, muy buena persona. Senador de los que no hablan nunca, progresista a la antigua, pero muy rico. No hace más

que asistir a las votaciones, aunque está diciendo siempre que va a hablar... y nunca habla.

Después le dió las señas de la casa de don Luis y se separaron.

V

Al día siguiente y a la hora convenida llegaba Pepe al hotel del señor Agreda, situado al final de la Castellana. Atravesó el jardín, pequeño y bien cuidado; subió las escalerillas, llenas de macetas, que parecían custodiar dos magníficos perros de bronce, y entró en el despacho, que formaba parte de la planta baja.

El piso era de maderas ensambladas, las colgaduras magníficas, cómodo y lujoso el moblaje, todo muy rico. La mesa indicaba orden, gran pulcritud y poca labor; cuanto había sobre ella estaba bien colocado, pero sin que se notase la confusión propia del trabajo continuo. Los libros eran pocos, ricamente encuadernados y sin señales de manejo frecuente; no debían de ser aquéllos los que era preciso ordenar. En la pared, cubierta de un papel obscuro, rameado de oro, había dos retratos de mujeres que se parecían mucho: sin duda eran ma-

dre e hija. En el de la primera el traje, el peinado, y sobre todo el estilo del autor, traían a la memoria el nombre de Vicente López. El de la más joven era un soberbio trozo de pintura firmado por Emilio Sala. Tenía la retratada ligeramente inclinada hacia adelante la cabeza, el rostro casi en sombra, los ojos cercados de un livor obscuro, una pañoleta de impalpable gasa le cubría los hombros y llevaba en el pelo una pluma de color de rosa, ingrávida, suelta, que parecía poder moverse al más ligero soplo.

Completaban el adorno de los muros unos cuantos grabados ingleses, un retrato de Olózaga, en litografía, con dedicatoria autógrafa, y un título de coronel honorario de la Milicia Nacional del 54, encerrado en rica moldura y expedido a favor del padre de Paz.

—Me gusta la puntualidad—dijo éste, entrando de pronto.—Venga usted conmigo y verá si hay aquí para rato.

Penetraron en una habitación contigua, enteramente llena de libros, donde tres estantes de roble, nuevos y vacíos, ocupaban otras tantas paredes, mostrando sus enormes huecos de madera limpia, recién labrada e impregnada de olor al barniz. En el centro había una gran mesa, también cargada de libros, y además libros por todas partes: en el sue-

lo, encima de las sillas y amontonados en los rincones, todos revueltos, como en casa donde se estuviera de mudanza.

Aquel día no ocurrió más sino que don Luis dió algunas instrucciones a Pepe y éste comenzó a poner en orden los volúmenes, marchándose con el tiempo preciso para almorzar antes de ir al Senado. Al salir de la casa, sólo se hacía una pregunta: «—¿Qué gente será ésta?»

Tres mañanas llevaba Pepe de buscar tomos y juntar los de distintas obras, colocando éstas lo mejor posible, cuando al cuarto día, estando en el despacho despidiéndose de don Luis, oyó de pronto abrir cautelosamente una puerta a su espalda y una voz de mujer que preguntaba:

—¿Puedo entrar?

Era la señorita del retrato, la de la pluma color de rosa. Su figura se destacó por claro sobre el cortinaje obscuro. Llevaba un precioso traje casero muy sencillo, blanco, corto, sin adornos y cuyas mangas descubrían los brazos; mostraba el cuello desahogado y libre, el pelo húmedo hacia las sienes y la tez algo encendida, como recién azotada por el frescor del agua. Al ver que don Luis no estaba solo, se detuvo un instante sin soltar el tirador de la puerta, dudando si adelantar o volverse.

—¿Estorbo?

—No, hija; entra.

Pepe, que se disponía a marcharse, la saludó; contestóle ella, y cogiendo un periódico, se puso a leer. La escena fué rápida y casi muda: el aparecer ella y el despedirse él ocurrió en un momento. «—¡Qué bonita es!»—se decía luego Pepe al echar a andar, ya fuera de la verja del jardinillo de la casa.

Durante las mañanas sucesivas don Luis entró a ver cómo llevaba el muchacho su trabajo, que cundía poco, porque el rato que pasaba allí era corto. Los armarios se iban llenando, sin embargo, y don Luis observó que Pepe al mismo tiempo de guardar los libros tomaba nota de ellos en unas tarjetas grandes para formar un índice. Esto le gustó; el chico debía de ser listo. Paz entró también algunas veces a buscar a su padre, cambiando con Pepe frases triviales. Un día hablaron del tiempo, otro de un reciente y criminal atentado contra los Reyes. El lenguaje de ella era el propio de una señorita bien educada que no se desdeña de conversar con aquellos a quienes la fortuna no es propicia; el de Pepe era respetuoso, casi tímido, de hombre no hecho a pisar casas tan bien puestas ni a tratar con señoras de aspecto tan aristocrático.

Un día Paz, ya vestida para salir con su padre,

estaba esperándole en el despacho, mientras Pepe, con la puerta de comunicación abierta, escribía en el cuarto de los libros papeletas para el índice. Paz leía un periódico, en pie junto a un balcón; Pepe, aprovechando la ocasión, la miraba disimuladamente entre plumada y plumada.

La muchacha era preciosa. Su talle, sin artificio que la oprimiera exageradamente, tenía al cambiar de postura movimientos que revelaban formas esbeltas de curvas admirables. El pelo, casi negro, recogido y alisado con extremada modestia, avaloraba la blancura de la tez, vivificada por venas finísimas y azuladas. Las facciones muy graciosas, y menudas sin mezquindad, recordaban las de aquellos serafines de Goya, inspirados en los rostros picarescos de las hijas del pueblo. Los ojos, de un azul obscuro, como de cielo en noche serena, y los labios muy rojos inspiraban ideas distintas, siendo la severidad de la mirada guarda puesta en defensa de la dulzura de la boca.

No sintiendo Paz ningún ruido en el cuarto donde estaba Pepe, ni chocar de libros contra tablas, ni siquiera el resbalar de la pluma sobre el papel, dirigió hacia allí la vista y le sorprendió mirándola; Pepe bajó la cabeza y prosiguió escribiendo, disgustado, temeroso de que aquello le pareciese mal, y Paz se desvió un poco del sitio donde leía, pero natural-

mente, sin ademán de enojo. Al cabo de un rato, al colocar el muchacho unos libros en su sitio, volvió a mirarla sin que ella entonces pudiera verle. En cambio él la contempló a su gusto; mas de pronto se oyó la voz de don Luis que llamaba a su hija, y al soltar ésta el periódico, por muy presto que Pepe quiso apartar los ojos, Paz le sorprendió por vez segunda en flagrante delito de admiración, a pesar de lo cual, no mostró enfado en gesto ni en palabras, despidiéndose de él afablemente.

A los dos o tres días ocurrió casi lo mismo. Pepe, sólo por disfrutar de aquel regalo de la vista que la fortuna le ofrecía, miró varias veces a Paz, y ella lo notó, sin dar señal de desagrado; antes al contrario, experimentando cierta tranquila complacencia con aquel homenaje mudo que le rendía un hombre imposibilitado por su posición para adularla con esperanza de lograr favores. Ella le miró también alguna vez a hurtadillas, persuadiéndose pronto de que era lo que se llama un hombre guapo y simpático: esbelto, airoso, elegante, no por la ropa, sino por la figura: sus ojos revelaban inteligencia, toda su fisonomía lealtad.

Entonces se despertó en Paz algo de coquetería, no le parecieron mal aquellas miradas, y agradecida al culto que empezaba a recibir, permaneció en el sitio donde estaba. En días sucesivos entró va-

rias veces al cuarto de los libros sin necesitarlo, sólo por saborear aquel placer desconocido de aceptar un tributo que halagaba su vanidad de niña bonita. Pero esta coquetería se le entró al alma, sin que ella lo advirtiera, del mismo modo que él se daba el gusto de contemplarla sin segunda intención: Paz decía algunas veces para sus adentros: «¡Pobre muchacho!» Pepe pensaba: «¡Parezco tonto!» Ninguno advertía lo peligroso de aquel juego.

Mas fué Dios servido—como dicen los devotos—que comenzase a suceder con las palabras lo mismo que con las miradas. Hablaron unas cuantas veces de cosas indiferentes, y él, aun conteniéndose por temor a parecer atrevido, siempre halló ocasión de mostrar ingenio y cortesía. Sus maneras carecían de atildamiento rebuscado y enfadoso; sus frases estaban exentas de esa vulgaridad que hace el lenguaje de un hombre igual al de los demás; en lo que hablaba había siempre algo original; su tristeza parecía sincera, su gracia tenía un dejo amargo. Paz no podía analizar en qué estribaba ello, pero le gustaba hablar con Pepe, y éste siempre la llamaba señorita, expresándose mucho mejor que la mayor parte de los caballeretes que por haberla visto una noche en un baile la llamaban por su nombre de pila.

....

El arreglo de la librería tocaba a su término: unas cuantas mañanas más, y todo quedaría en orden. Pudo haberse concluído antes, pero lo estorbaron dos causas: la primera, que don Luis, cayendo en la cuenta de que podía escribir al distrito por mano ajena, ni más ni menos que un ministro, empleó a Pepe como amanuense; y la segunda, que las conversaciones de éste con Paz fueron adquiriendo mayor desarrollo cada día. Oyéndole, se olvidaba ella de que era sólo algo más que un criado; hablándola, perdía él la noción de la distancia que les separaba. Algunos de estos diálogos tomaron giro extraño.

—Hoy no le quitaré a usted tiempo. ¡Estoy más aburrida!... Voy de tiendas, a escoger un regalo para una amiga que se casa, y no sé qué comprar. Tiene diez y ocho años; fué compañera mía de colegio.

—La edad de mi hermana.

—No sabía que tuviera usted hermanos.

—Además, tengo otro hermano mayor, que es cura. También yo habré de comprar regalo de boda, pues, afortunadamente, Leocadia tiene novio. Si se casa, como esperamos, será para mis padres y para mí una tranquilidad muy grande.

—¿Por qué?

—Las muchachas de la condición de mi hermana no hallan marido fácilmente.

—¿Pues de qué condición es su hermana de usted?

—La vida de mi padre nos ha colocado en una situación muy modesta, señorita, pero superior a la de los infelices que necesitan ganar un jornal: pertenecemos a esas últimas capas de la clase media rayanas con la pobreza, y las mujeres de esta clase son muy difíciles de casar.

—No se me alcanza la razón.

—Es muy sencilla. No pueden casarse con un obrero, porque lo estorba la diferencia de vida y de gustos, y es raro que lleguen a enamorar a un rico. En cuanto a los hombres de posición análoga a la suya... a ésos les está casi vedado el matrimonio.

—¡Qué ideas tan raras!

—No; es frialdad para considerar las cosas. ¿Qué hogar puede crear ni qué existencia ofrecer a su novia un hombre que gana, por ejemplo, lo que yo? Desengáñese usted, señorita: el matrimonio no está al alcance de todas las fortunas.

—¡Cuando digo que piensa usted cosas muy raras! ¿De modo que una muchacha pobre no puede enamorar a un hombre rico, y viceversa?

—Lo primero no es tan difícil; pero el viceversa es punto menos que imposible.

—Explíquese usted.

—Los encantos de la mujer no necesitan la ayuda del dinero. Las cualidades morales y la belleza lo pueden todo. El hombre tiene, primero, que saber agradar; luego, debe disponer de medios para sostener una familia.

—¿Y si esos medios los lleva la mujer? ¿O es que usted no cree que deba casarse el pobre con mujer rica? Pues lo estamos viendo a cada paso.

—No lo niego. El amor y el oro hacen juntos grandes cosas; pero ¡qué pocas veces se unen! Además, créame usted, señorita, siempre resulta sospechoso el pobre que enamora a una rica. Las beldades adineradas son para nosotros como los brillantes para las modistillas: que cuando los lucen nadie los imagina honradamente ganados.

—Es decir, hablando clarito y sin dulcificar las cosas, en nosotras la fortuna puede ser un obstáculo a la felicidad.

—Nunca debe el hombre pedir amor a la que puede enriquecerle. ¿Cómo adquirirá ésta la certeza de que es ella, ella misma, el objeto de la adoración? A una divinidad que nada concede, le es dado creer en la sinceridad de los que le rezan; pero un dios que pagara las oraciones, ¿cómo estaría cierto del amor que le ofrecieran?

—¡Qué sutilezas y qué modo de entender las cosas! Entonces, según usted, la mujer rica no puede

hallar sino marido rico, y no es así. Todos los días se casan ricas con pobres.

—No; ocurre que señoritas más o menos acaudaladas se unen a pillos bien vestidos, elegantes, instruídos y hasta bien educados; pero no habrá usted visto nunca que una señorita rica se case con un hombre digno y verdaderamente pobre.

—Según... Con un pobre, pobre, vamos, que no tenga dónde caerse muerto, no.

—Es natural que la mujer rica desconfíe del hombre. ¿Quién es capaz de descubrir la verdad en corazón ajeno? Por eso no debe exponerse nadie a que le culpen de codicioso cuando sólo pretende ser amado.

—Tristes verdades, si lo son, para las ricas.

Quizá nada tuvieran de extraordinario las frases de Pepe; pero ella no había oído nunca hablar así.

Otro día compró Paz para su gabinete un espejo antiguo con marco de talla, una verdadera obra de arte. Hojas de vid, tallos de yedra, flores, acantos, cintas y volutas encerraban la luna de ancho bisel; fué preciso restaurarlo, y cuando se lo entregaron, mandó dejarlo en el despacho para que lo viese su padre, y allí lo vió también Pepe al descargarlo los mozos. Ella, con esa alegría infantil de quien se recrea en una adquisición nueva, le dijo:

—Mire usted mi compra. En todo Madrid no hay otro igual. Y barato: cinco mil reales.

Pepe, al examinar el espejo, hizo un gesto involuntario.

—¡Qué! ¿Es feo? ¿Le parece a usted caro?

—No; es precioso.

—Entonces... ¡Vamos, hombre, hable usted! ¿Vale menos de lo que me ha costado?

—Señorita, y ¿con qué título puedo yo permitirme comentar sus actos ni aquilatar sus gustos?

—No se trata de eso. ¿Es que le parece a usted mucho dinero? Cuando yo tengo confianza con usted, debe usted tenerla conmigo.

—El marco es hermoso y vale lo que cuesta.

—No es usted sincero.

—¿Por qué, señorita?

—Se lo conozco a usted en la cara; sea usted franco, hombre, sea usted franco. Le ha parecido a usted un despilfarro, ¿verdad?

—¿Y con qué derecho podría yo pensar así?

—Pues deseo que me lo diga usted; le doy carta blanca para que hable; vaya, que quiero que hable usted.

Era un capricho de niña mimada, curiosidad de saber por qué razón lo que a ella le parecía natural producía mala impresión en el prójimo.

—Lo que me ha dicho mi pensamiento—repuso

Pepe tímidamente—es que el dinero no tiene igual valor para todos.

—¡Qué modo tan delicado tiene usted de decir las cosas!; pero cinco mil reales no son más que doscientos cincuenta duros.

—Que representan para una familia pobre doscientos cincuenta días de vida.

—En eso tiene usted razón. No se deben comprar ciertas cosas mientras haya quien se muere de hambre..., pero así está el mundo. Sí, ya lo comprendo; un capricho así representa el bienestar de muchos.

—Y a veces la vida de algunos.

—De modo—siguió Paz—que usted es de esos que dicen que todo debía repartirse entre todos.

—No, señorita. Hay males que no tienen remedio. Habría también que repartir el entendimiento y la virtud, y eso es imposible. Yo no he hecho sino pensar que si a veces, como ahora, la fortuna escoge bien aquellos a quienes favorece, otras, en fuerza de ser ciega, raya en cruel.

—Perdóneme usted. Conozco que he cometido una torpeza. Pero no toda la culpa es mía.

—¿Por qué, señorita?

—No he debido enseñar a usted ese trasto. Por lo que otras veces le he oído decir, su situación de usted, dicho sea sin ofenderle, pues en ello no hay

injuria, no es nada lisonjera. He hecho mal, he sido indiscreta, ¿verdad?

—Señorita, ¡no se ensañe usted conmigo! Mis palabras no encerraban la menor censura.

—No, si la mitad de la culpa es de usted.

—No entiendo.

—La cosa es clara. Usted ha hecho por su ingenio y su conversación que yo le trate como a un amigo, y me he tomado la libertad de enseñarle lo que no debía.

—¿Quiere usted decir que ha enseñado joyas a un mendigo?

—No, Pepe; eso me lastima.

Paz se dolió de aquella respuesta, y desviando de él la mirada guardó silencio; mas su actitud y la expresión de su semblante no indicaron enojo, sino amargura. Parecía que quien la había hablado de tal modo tenía autoridad para hacerlo. Pepe dijo sorprendido:

—Perdóneme usted; pero el error no es mío. Ha tomado usted como grito de la pobreza escarnecida, acaso de una envidia inconsciente, lo que ha sido una observación sencillísima. ¿Cómo ha podido usted creer que yo me atreviera a tanto? ¿Qué soy para usted, señorita? Sólo dirigiéndome la palabra me honra usted. ¿Había de pagarle con descortesía o ligereza?

—No se hable más del caso. Lo que quiero es saber que no le he ofendido a usted.

Y le tendió amistosamente la mano.

Ambos quedaron perplejos, y desde entonces fueron más reservados uno para con otro. Paz se reconvino mentalmente, pareciéndole que hiriendo a Pepe en el pudor de la pobreza había cometido una acción muy fea: Pepe no acertó a definir lo que sentía.

Sus vidas comenzaban a unirse como en el lecho del río suelen juntarse, arrastrados por la corriente, el grano de arena y la partícula de oro.

VI

Cuando Pepe terminó el trabajo para que fué llamado dejó de ir a casa de don Luis; algo parecido al miedo le alejaba de allí. La última mañana que estuvo se marchó aprovechando un momento en que no podían observarle. Preguntáronle sus padres si le habían pagado, y repuso:

—No estaba don Luis; ya le veré en el Senado.

Lo cierto era que como en casa del señor de Agreda quien satisfacía todo el gasto era Paz, a Pepe le mortificó la idea de que fuese ella quien le pusiera en la mano el puñado de duros ofrecido por su padre. Por primera vez sentía brotar en el fondo del alma la soberbia; un mal impulso era precursor del más noble sentimiento; que así a veces en el espíritu del hombre, como en la vida de la Naturaleza, precede la sombra al esplendor del día.

Transcurrida una semana sin que Pepe volviese a la casa, Paz se acusó de ello, ya preocupada con

aquella desaparición, y pensó en el *pobre muchacho* cual si fuese un amigo ofendido; se acordó también de que no le había pagado, pero no se le ocurría modo discreto de enviarle el dinero. ¿Por un criado? No acertaba a explicarse la causa, mas por nada del mundo se hubiera valido de tal medio. ¿Escribirle? Al imaginarlo, no fué miedo de humillarle lo que cruzó por su imaginación, sino vaga y pudorosa resistencia a mostrar deseo de que volviese. Ni aun se atrevió a consultar a su padre; pero no dejaba de pensar en ello, y al entrar en el cuarto de los libros se moría de pena.

Poco a poco la luz se hizo en su alma. ¿Qué era lo que sentía? Nunca le causó turbación la lisonja de hombres que podían desearla como joya colocada al alcance de sus manos, y ahora ponía espontáneo y terco empeño en recordar los dichos más sencillos, las más insignificantes galanterías de un pobrete, a quien aterraba un gasto de cinco mil reales. Aquello le parecía unas veces romántico hasta la ridiculez y le daban ganas de reir; otros ratos se le llenaban de lágrimas los ojos.

Una mañana de la primavera de 1872—ocho o nueve meses antes de aquella cena en que los padres de Pepe hablaron de la próxima llegada de Tirso—

tocaban a misa de once en San Pascual, de Recoletos. El sol iluminaba el césped de los jardinillos, abrillantado por la humedad y oscurecido a trechos por las sombras de las acacias, cuyo aroma embalsamaba el aire. Sobre el azul intenso del cielo destacaban las copas verdinegras de algunos pinos; el ramaje, entre morado y carminoso, de los árboles del amor, fingía detalles de fondo japonés, y de los recuadros encharcados se alzaba el olor penetrante de la tierra mojada. Los niños jugaban en el suelo, esmaltando la arena amarillenta con sus trajecitos de colores claros, o se caían llorando en las socavas de los árboles, mientras las amas y niñeras reían en coro desvergüenzas de algún lacayo. En los bancos, y cada cual con su periódico en la mano, había algunos señores viejos, militares retirados y ancianos achacosos que, sacudiendo el entumecimiento del invierno, salían en busca de un rayo de sol tibio. En el aguaducho, cargado de vasos, descollaban el fanal de los azucarillos y la botija con espita, tras cuya gruesa panza se ocultaban el tarro de las guindas y la bandeja de los bollos, en tanto que la aguadora, dando conversación a un guarda, fregaba en el lebrillo las cucharillas de latón. Por el centro del paseo circulaban rápidamente algunos carruajes de caballos briosos y, junto al encintado, se veían parados unos cuantos simones con el ja-

melgo caído el cuello y el cochero deletreando en el pescante *El Cencerro*. Al otro lado, los tranvías corrían sobre los rieles obstruídos por carros y camiones, que sus conductores apartaban de la vía renegando al oir el pito de los mayorales, y por la larga acera de piedra, en silencio, paso a paso de arriba a abajo, se aburría autoritariamente la pareja de guardias de orden público, entonces llamados *amarillos*, sin otro consuelo que echar miradas subversivas a las criadas de buen ver. De las calles vecinas iban llegando recién peinadas y coquetas las señoritas deseosas de que el novio se hiciera el encontradizo, las niñas ávidas de jugar y las mamás cargadas de devocionarios sujetos con gomas encarnadas. Unas caminaban de prisa con la ligereza de la impaciencia, otras cansadas con la pesadumbre de los años, luciendo, según su gusto, primores de elegancia, arreglos de taller casero, rarezas del capricho y exageraciones de la moda. A la puerta del templo parábase de cuando en cuando una berlina y lentamente se apeaba de ella una dama, cuanto más aristocrática menos engalanada, mostrando en los ojos la soñolencia que deja el trasnochar y en la tez marchita las huellas del cansancio. A pasitos rápidos, inclinado el cuerpo hacia la tierra, con la cabeza baja y la conciencia temerosa, venían pegadas a las fachadas de las casas las vie-

jecillas de zapatos de cabra y mantón negro, y adelantándose a ellas iban las muchachas devotas que, ignorando el poder de la juventud, piden incesantemente al cielo dichas que puede darles el mundo. La campana seguía llamándolas con su tañer monótono, y todas acudían como manada al redil: confundidas ricas y pobres, feas y bonitas, santas y pecadoras, vestales del hogar y sacerdotisas del amor desaparecían por la puerta, codeándose, levantando al entrar un cortinón más pesado que una losa, el cual dejaba entrever la nave del templo mal iluminado por el fulgor amarillento de las velas.

Durante toda la mañana se renovaba aquel público, femenino en su mayoría, y la puerta seguía tragando mujeres que, pasados veinte o treinta minutos, salían abriendo sombrillas o desplegando abanicos, porque, acostumbrada ya a la lobreguez su retina, la luz del sol les ofendía.

Entraban también algunos hombres; pero los más permanecían en los jardinillos formando corros, comentando noticias acabadas de leer en los periódicos que los vendedores voceaban en torno suyo con los *últimos partes del Norte.*

Hacia la calle de Alcalá se oía el cascabeleo de los ómnibus que iban al apartado de los toros, y despacito por el paseo inundado de sol, venía el bo-

rriquillo con sus serones llenos de macetas, escuchándose de rato en rato pregonar al mocetón que lo guiaba: *el tieestóo de claaveles doobles...* Quien se acercase a los corros podía oir fragmentos de conversaciones, y notar que algunos de los que hasta allí acompañaron a su mujer o su hija defendían las ideas del siglo con palabras impregnadas de impiedad moderna.

—Las partidas van en aumento.

—Dicen que el rey se marcha al ejército del Norte.

—Si esto no se sostiene, vendrá Don Carlos.

—Pues crea usted que el fanatismo religioso nos envilece ante la Europa culta.

—Yo tengo miedo a los republicanos. Sería un noventa y tres espantoso.

—Todas las malas pasiones se han abierto camino.

—¡Hay que formar una liga de *los que tienen qué perder!*

—¡Cada día un *meeting!* Estoy de manifestaciones pacíficas hasta por cima de los pelos.

—¡Calle usted, hombre, por Dios! Eso no es compatible con el gobierno. ¡En tiempos de don Ramón y don Leopoldo no había *mitins!* Esto se va.

—Pues yo creo que el rey gana simpatías.

—¡Qué ha de ganar! ¡Si es extranjero!

—Eso no significa nada. Carlos I y Felipe V eran también extranjeros.

De un grupo de señoras salían voces atipladas y chillonas: trataban de chismes y modas.

—Chica, no sabe una qué ponerse: éste es del año pasado.

—Pues te sienta bien. Mira, mira, allí va la de Rodete. La otra tarde fué de las que estuvieron en la Castellana con mantilla blanca y peineta para hacer rabiar a los reyes.

—¡Qué porquería! ¡A mí la reina me da lástima!

—Hija, ¿qué quieres? ¡Como fue azafata de doña Isabel! Los alfonsinos se mueven mucho.

Dos pollitas apartadas de sus mamás sostenían, haciendo dengues y mohines, un diálogo muy vivo.

—¿No entráis?

—No: el padre Enrique dice la misa muy despacio. Y quiero dar tiempo a que llegue *ése*. Mamá le deja ya entrar en casa. Está el pobre muchacho que bebe por mí los vientos.

—¿Y el tuyo?

—Este junio acaba.

—Lo mismo decías hace un año. ¡La carrera que tenga ése!...

—Pues a mí me gusta. ¡Está más cariñoso!

—Chica, con esos trajes de rayas parecen zebras.

—Adiós, que se va mamá.

—Abur, remonísima.

Los *sietemesinos*, en corros o parejas, hablaban groseramente alardeando de conquistadores.

—Te digo que esa señora no es tal señora: me han dicho que *torea*.

—¡Que te calles! Yo la he seguido dos tardes, y ni siquiera me ha mirado.

—Pues yo sé que va a citas.

—¡Sí! Las ganas.

—Ya salen... adiós.

La campana sonaba con más fuerza; los mendigos de la puerta del templo entristecían la voz cuanto les era posible; en el paseo quedaba muy poca gente; las muchachas, medio ocultas bajo grandes sombrillas de colores chillones, pasaban taconeando de prisa por la acera de piedra, y las mamás llamaban a los niños, que corrían como perrillos o se quedaban embobados ante las estampas que veían al paso en mano de los vendedores de periódicos. Lentamente se fué marchando todo el mundo, y la campana cesó de tocar; sólo quedaron allí el estanquero, sentado junto a su cajón, la mujer del aguaducho volcando sobre un plato muy cóncavo el puchero del cocido que acababa

de traerle un chico, y la pareja de *amarillos* que, paseo arriba, paseo abajo, llegaba desde la Cibeles hasta la Casa de la Moneda.

Al mismo tiempo que el sacristán, con su manojo de llaves y su sotana manchada de cera, salió a cerrar la puerta del templo, aparecieron también en ella dos mujeres: una muy joven, airosa y elegante; el tipo de la señorita rica que pone empeño en no parecerlo; y otra casi vieja, bien vestida, pero con gran modestia; canoso el pelo, rugoso el rostro, mitones de encaje y zapatos de rusel. Eran Paz y su aya.

—No ha llegado el coche—dijo la primera.—Nos sentaremos en ese banco.—Y se puso a hacer rayas en la arena con el palo de la sombrilla mientras la anciana miraba al aire como quien piensa en las musarañas.

El calor arreciaba: las sombras de las acacias dibujaban en el suelo contornos muy negros, y por los jardinillos no quedaba sino algún señor viejo arrastrando penosamente los pies. La aguadora seguía saboreando su frugal comida y el estanquero dormitaba de bruces sobre la piedra de probar la moneda. De pronto, llegó el coche y se detuvo junto al encintado del paseo.

—Vamos—dijo Paz viendo al lacayo tirarse del pescante.

Al poner el pie en el estribo, se volvió de pronto para fijarse en los trajes de dos señoras que pasaban, y al mismo tiempo notó con gran sorpresa que un hombre que iba a pocos pasos de ellas era Pepe.

La niña vaciló un instante: su primer impulso fué llamarle; pero sintió en el rostro una oleada de calor; y, avergonzada de su propia idea, tomó asiento junto a la vieja: él se quitó el sombrero, ella le saludó con una inclinación de cabeza, y, después, durante unos segundos, se inclinó hacia la ventanilla. Pepe no se movió. Al arrancar los caballos Paz tornó a mirarle, y entonces lo hizo, primero, clavando en él los ojos con gran tristeza, y, luego, dejando caer lentamente los párpados como si en aquella mirada pretendiera enviarle una expresión de simpatía y una queja. Pepe quedó suspenso, confuso, experimentando una impresión nunca sentida. No fué presuntuosidad de vanidoso la que se le entró en el alma, ni vanagloria súbita de aventuras absurdas, sino verdadero asombro. ¿De qué nacían aquellas muestras de agrado, comedidas, pero clarísimas? El instante de vacilación al subir al coche, y luego la mirada dulce y triste, ¿qué querían decir? Aquella demostración afectuosa impregnada de modestia, pero indudable, ¿a qué obedecía?, ¿qué fundamento podía tener?

No: no bastaba lo sucedido, por muy halagüeño que fuese, para forjarse ilusiones. La dicha vislumbrada era de tal magnitud que en el acto la tuvo por imposible. Había sido objeto de esa afabilidad que, a veces, a modo de limosna, dispensa el poderoso al humilde, y nada más. ¿Por qué hacer castillos en el aire? Sinceramente juzgó preferible dominarse, olvidar, y temeroso de que lo novelesco degenerase en ridículo y humillante, resolvió no volver nunca a poner los pies en casa del señor de Agreda, ni pasar jamás por Recoletos a las horas de misa.

Efectivamente... al otro domingo fué a Recoletos con el intento de verla sin que ella lo notase, y al divisar el coche entró en la iglesia, quedándose en sombra, junto al mamparón de ingreso. Un momento después entraron Paz y el aya, confundidas en un grupo con otras mujeres; dejólas adelantarse, y cuando se arrodillaron avanzó hasta colocarse en lugar propicio para mirarla a su sabor sin ser visto.

La iglesia estaba envuelta en una penumbra gris y sucia: la luz que caía de las altas ventanas de la cupulilla, ocultas por gruesas cortinas azules, no bastaba a esclarecer el ambiente. De rato en rato sonaban campanillazos, y otras veces el chocar de los cuartos dentro del cepillo que un monago presentaba a los fieles pidiendo *para el cultooo de esta*

santa iglesiaaa. Pepe sentía una zozobra inexplicable: cada dos minutos formaba resolución de irse; pero no se marchaba.

De cuando en cuando el remover de las sillas producía un estrépito entrecortado y seco, tras el cual sólo se oía un ruido sordo, semejante al que producen las culebras arrastrándose entre hojarasca seca. Todo el mundo rezaba... El humo de los cirios y ese acre olor humano de gente aglomerada en espacio cerrado, viciaban la atmósfera. Delante, y a la derecha del altar mayor, había otro portátil que sustentaba una Virgen de túnica blanca y manto azul, figurando salir de una gruta hecha, como peñasco de nacimiento, con corcho y cartón piedra. Este era el punto más luminoso del templo. Media docena de velas altas y delgadas, de pábilo muy fino, por que fuese mayor su duración, alumbraban a la santa imagen, que era de rostro aniñado y yesoso, excepto en los pómulos, donde tenía fuertes rosetas carminosas. Las manos, en que el artista se había esmerado, eran excesivamente pequeñas, y a lo largo del cuerpo caían los pliegues de la túnica, tiesos y duros, mal imitados de las esculturas paganas. Pepe miraba alternativamente a Paz y a la Virgen. ¡Qué diferencia! La verdadera divinidad era aquélla. En sus ojos resplandecía toda la vida que faltaba en los de la imagen. ¡Qué

hermosa era la obra de Dios! ¡Y qué mezquina la del hombre!

Paz oía misa con recogimiento, volviendo tranquilamente las hojas del devocionario, que a veces dejaba sobre la falda; pero su rostro no se entristecía con compunción exagerada, ni tenía ese lento parpadear que es a los ojos lo que el estertor a la respiración.

La misa pasó en un soplo y el cura volvió hacia la sacristía, haciendo genuflexiones ante los altares. Cuando Pepe quiso salir halló obstruída la puerta por un grupo de gente que se le había adelantado, obligándole a detenerse. Paz y su aya se dirigieron también a la salida. La vieja no le vió; iba pugnando por que no la estrujaran, sin preocuparse de otra cosa; pero Paz le sorprendió en el momento de levantar el seboso cortinón de la puerta. El, en cuanto puso el pie en la calle, se alejó un poco, siguiendo la línea de la acera; ellas salieron en seguida, y la muchacha miró rápidamente a derecha e izquierda, hasta que, al tropezar su vista con Pepe, en el instante de subir al coche, le saludó turbada. Después, Pepe creyó notar que se levantaba la ventanilla trasera, e igual que la vez pasada, vió a Paz sacar la cabeza para volver a decirle adiós con la mano.

Se fué a su casa como loco. Al ir a tirar del cor-

dón de la campanilla, tuvo que detenerse un momento y hacer propósito de que sus padres no le conocieran en el rostro que le ocurría algo extraordinario. Leocadia le dijo al verle entrar:

—¡Vaya un capricho! ¿Cómo te has puesto lo mejor que tienes para salir tan temprano?

VII

En los corrillos del Senado se susurró por centésima vez que don Luis María de Ágreda terciaría en la discusión de cierto proyecto de ley. El pobre señor lo deseaba con toda su alma, pero no se atrevía. Todo el valor lo malgastaba en casa, unos ratos dando vueltas por el despacho como fiera enjaulada, y otros apoyado en el respaldo de una butaca, que su imaginación convertía en tribuna. ¡Entonces sí que se le venían a los labios períodos redondos, argumentos irrebatibles, frases enérgicas, preguntas de las que no tienen respuesta, todo género de arranques oratorios, hasta que, agotadas las ideas, tenía que callarse! Tal era la disposición de su ánimo, cuando una tarde entró en la biblioteca del Senado huyendo de un noticiero que quería saber si era cierto que tuviese intención de hablar. Pepe, al verle, se fué derecho a él, procurando mostrarse servicial, pero, en reali-

dad, resuelto a buscar manera de frecuentar su casa. El pretexto ya lo tenía pensado, y no era malo.

—¡Pero, hombre — le dijo cariñosamente don Luis,—es usted famoso! Cumplió usted bien conmigo, me arregló la biblioteca, y no ha vuelto a parecer; de modo que quien está en falta soy yo.

—No hablemos de eso; ya tendré yo el gusto de ir a saludarle y a recibir órdenes—y comenzando a poner en práctica un plan que días atrás se le había ocurrido, añadió:—¿Conque va usted a consumir un turno con motivo de ese proyecto de Fomento? ¿Desea usted que le busque antecedentes? Ya es público que intervendrá usted en el debate.

—Gracias, gracias; aún no estoy decidido.

Aquel hombre, discreto y cuerdo en todos los actos de su vida, sintió una turbación indefinible, porque era, como Don Quijote, razonable, sensato para todo, menos cuando aquella maldita manía oratoria hacía en su cerebro oficio de libros de caballería, llenándole el magín de extravagancias y ambiciones.

—¿Conque se dice que hablaré?

—Sí, señor. Se da por seguro. Por eso voy a permitirme decir a usted que acerca de la materia del debate hay aquí datos importantes. Ya antes de la Revolución se trató de lo mismo. Si usted no

quiere molestarse, o sus ocupaciones se lo impiden, podría yo tomar algunas notas y llevárselas.

Al señor de Ágreda un sudor se le iba y otro se le venía; aquello era como si en las calles se esperase ya su discurso. Las palabras de Pepe tenían algo de aura popular y mucho de tentación. Le faltó energía para contestar: «No, señor, no hablo, ni soy capaz de hablar, ni me pasará la voz de la garganta.» Lejos de esto, repuso, como luchando consigo mismo:

—Bueno, bueno; pues si en los *Diarios de Sesiones* hay algo, ya me lo indicará usted, aunque yo tengo un arsenal de apuntes... La cuestión es antigua... Ya, hacia el año cincuenta y siete...

Salió de allí muy preocupado, sin pararse con nadie, temeroso de que le preguntaran: «¿Habla usted?» Se marchó a pie sin esperar el coche, y por las calles se dijo a sí propio el más elocuente discurso que han oído Cámaras en el mundo. Pepe, al verle partir, no pudo reprimir el gozo pensando:— «Ya lo creo que volveré a verla.»

Durante varios días se dedicó a rebuscar antecedentes relativos a aquel proyecto de reformas en Fomento, y en unas cuantas cuartillas anotó todo lo pertinente al caso: disposiciones análogas, decretos contrarios, intentos parecidos, opiniones de hombres políticos, contradicciones de unos, discre-

pancias de otros, y ordenándolo formó un conjunto especie de historia de la cuestión tratada, que suponía gran conocimiento de la materia. Después de estudiado aquello, todo era cuestión de atrevimiento y desparpajo para hilvanar cuatro párrafos sobre la buena fe o la malicia del Gobierno, según el punto de vista que se tomara.

A los pocos días de haber estado don Luis en la biblioteca del Senado, le esperó Pepe en un pasillo.

—¡Señor de Agreda!

—¡Ah, caramba! ¡Ya no me acordaba!—Y esta era la más desenfadada mentira que salió de sus labios.

—He reunido muchos datos que pueden ser a usted de gran utilidad.

—Poco hay que yo no conozca; pero, en fin, lo agradezco... ¿Tiene usted ahí los apuntes?

Pepe llevaba las cuartillas en el bolsillo; mas no le convenía dárselas allí.

—No, señor, no las he traído. ¿Qué necesidad tiene nadie de enterarse? Además, para ahorrar a usted trabajo material, que es lo único que yo puedo hacer, bueno será que, con los papeles en la mano, le haga notar varias cosas.—Y esperó impaciente la respuesta.

—Pues mañana por la mañana, a la hora que solía usted ir antes, le espero en casa. Tiene usted razón, no hace falta que se sepa...

Por su gusto, le hubiese citado para aquella noche, o se le hubiera llevado en seguida a un café, a cualquier parte. Cuando de allí a poco entró en el salón de sesiones, no podía coordinar las ideas. Lo que había hecho Pepe le indicaba que las gentes contaban con un discurso suyo. Sentado en su escaño habitual, y sin oir nada de lo que sus compañeros discutieron aquella tarde, se preguntó con el pensamiento más de cien veces:—«¿Qué habrá hecho ese muchacho?»

A la hora de comer dijo a su hija:

—Creo que me van a comprometer para que hable. Y no me cogerán desprevenido. Mañana puede que venga a traerme unos datos que he tomado en la biblioteca aquel muchacho que arregló los libros.

Paz le oyó turbada y contenta, pero su alegría fué mayor que su inquietud.

A la mañana siguiente llegó Pepe, con su línea de conducta trazada, como general que, tras madurar un plan de batalla, se decide a realizarlo. Le era preciso extremar la astucia para frecuentar la casa hasta conseguir dos cosas: primera, ver a Paz y observar la impresión que le produjera su presencia; y segunda, si no mostraba enojo, lograr que le quedara franca la entrada. Harto sabía que a título de amigo, como visita, de igual a igual, no

era posible; pero ¿qué le importaba si conseguía verla y salir de dudas? Don Luis le recibió en el despacho. Sobre una de las butacas se veían un periódico de modas y un cestito de labor.—«Esto es de ella»—imaginó Pepe, y este *ella* le pareció ambiciosamente ridículo.

—Vamos a ver—dijo don Luis entrando;—ante todo, agradezco muy de veras su atención; pero no creo que haya nada nuevo. ¡He estudiado tanto el asunto!

—Aquí tiene usted—contestó Pepe entregándole las cuartillas.

—Siéntese usted un momento.

Comenzó a leer para sí, y su fisonomía fué tomando una expresión indefinible: pugnaba por disimular la emoción y no podía. Debió de sentir que los ojos se le animaban y, para disfrazar aquel signo de agrado, frunció el entrecejo, murmurando: «—Sí, sí, aquí veo algo nuevo.» Prosiguió devorando renglones; pero cada instante le era más difícil sofocar el gozo, y temiendo que se lo conociera en la cara, dejó de leer.

—Tengo bastante; lo agradezco muchísimo; aprovecharé algo, sí, señor; ¡vaya si aprovecharé!

Pepe casi no le oía... ¿Tendría la poca suerte de que no apareciese Paz por allí?

—Quisiera que observase usted—dijo, por alar-

gar la entrevista—que he procurado reunir todo lo que se habló al iniciarse hace años el proyecto: lo que propuso González Brabo... lo de Bravo Murillo, estas notas de Calvo Asensio...

Don Luis tuvo que suspender la lectura: cada cuartilla se le antojaba un billete de entrada a la inmortalidad. ¡Vaya si hablaría! Del hombre estimado sólo por consecuente iba a surgir el orador.

Oyóse en esto ruido de pasos, y Paz se asomó a la puerta del despacho a tiempo que su padre repetía:

—Gracias, muchas gracias.

—No sé de qué se trata—dijo ella entonces a Pepe;— pero yo también se las doy a usted.

Don Luis cogió de nuevo los papeles, que parecían tener imán para sus manos, y, entretanto, los muchachos se miraron en silencio. Pepe arrostró con valor la mirada de Paz. ¡Cuánto hubiera dado en aquel instante por poder decirle con los ojos todo el tropel de ideas vanidosas, de ambiciones absurdas que habían anidado en su pensamiento! Paz tuvo que disimular su alegría por no aparecer desapudorada; mas no hizo mohín de disgusto ni frunció siquiera el lindo entrecejo. Ya no era misterio para ellos la atracción que habían ejercido uno sobre otro.

—Sí, señor; de esto se puede sacar partido—murmuraba don Luis.

Pepe trató de prolongar la visita y, mirando hacia el cuarto de los libros, repuso:

—Quisiera concluir de arreglar allí algo que olvidé días pasados.

—Haga usted lo que guste.

Pepe pasó a la pieza contigua, y don Luis, sin poderse contener, hojeó de nuevo las cuartillas. Paz dejó transcurrir unos minutos, y en seguida entró también en la estancia inmediata. Pepe, sin vacilar, se acercó a ella, y en voz temblorosa, con acento de sinceridad, le dijo:

—Señorita, esta vez no me ha traído la casualidad, sino la astucia; pero si mi presencia la enoja, no volveré jamás a verla. No necesita usted decir una sola palabra: me bastará su silencio... No nos volveremos a ver nunca.

Paz no desplegó los labios, y, sin embargo, a los ojos de Pepe se asomó toda la dicha soñada. La señorita, la muchacha rica, escuchó aquello sin el menor enojo, presa de una turbación deliciosa; él, entonces, le ofreció la mano, y ella se la estrechó rápidamente entre las suyas, sintiendo al mismo tiempo que se le enrojecía el rostro. Ninguna frase de todos los idiomas de la tierra hubiera podido ser tan elocuente como aquel sonrojo. En seguida salieron al despacho, sin hablarse.

Cuando él se marchó, Paz corrió a su cuarto, se

acercó a un balcón y, levantando un poco el visillo, le vió desaparecer tras los troncos de los árboles del paseo. La partícula de oro se había adherido al grano de arena: la corriente de la vida debía arrastrarlos juntos desde aquel día.

Don Luis permaneció en el despacho contemplando las cuartillas: «—¡Si esto es un discurso!—murmuraba.—¡Si no hay más que añadir al principio: *Señores*, y al final: *He dicho!* Y algo de relleno: unos párrafos... mi consecuencia, la lealtad al Gobierno, la libertad, el amor a las instituciones.»

Era cosa resuelta: hablaría.

VIII

Por fin habló don Luis. Al cabo de muchos años de silenciosa vida parlamentaria, el *Diario de Sesiones* imprimió su nombre, no sólo en el tipo común empleado para las votaciones, sino también en letras negrillas, que saltaban a la vista, diciendo: *El señor Agreda: Pido la palabra.* Cuando leyó su nombre en los extractos de los periódicos, todavía sintió escalofríos de miedo. Al comenzar su discurso el salón estaba casi lleno, por la novedad de escuchar a un senador que dejaba de ser *monosílabo;* luego muchos oyentes se salieron a los pasillos; mas como la peroración fué corta, aún quedó número bastante para que no hiciera mal papel. En el banco azul permanecieron dos ministros. Pepe le oyó desde una tribuna: los datos, apuntes y citas de sus cuartillas salieron íntegros de los labios de don Luis, quien únicamente puso al principio un parrafito de su cosecha para pedir benevolencia;

imitado de los mil análogos que había oído hasta entonces, añadiendo también alguna que otra frase para enaltecer la importancia de lo que iba diciendo. Cuando se le olvidaba algo de lo mucho que confió a la memoria, echaba mano de las cuartillas que traía copiadas de su puño y letra. Hacia la conclusión quiso extenderse en consideraciones originales; pero se le atravesaron en la garganta, y terminó declarando que no proseguía por no molestar más la atención de la Cámara. Un buen orador hubiera podido conseguir un verdadero éxito con los materiales reunidos por Pepe: don Luis quedó bien y nada más. Al acabar sonaron algunos aplausos en los bancos de la mayoría, y todo el mundo reconoció que había estado discreto y que aquello representaba gran conocimiento del asunto. Un ministro felicitó al orador, y esto le compensó del disgusto que le dieron los periódicos de oposición, limitándose a decir que el señor Agreda había consumido un turno. En cambio, a la hora de comer fueron a verle muchos amigos, y después estuvo con su hija en el concierto del Retiro, dando vueltas y más vueltas, como matador que por la tarde ha metido el brazo con fortuna.

Al retirarse a casa le decía Paz:

—Dí, papaíto; ¿te han servido los papeles que te trajo aquel muchacho del Senado?

—Algo, algo; tiene buena voluntad y parece listo.

—Sí, ¿eh?

Paz no sabía cómo sugerir a su padre la idea de que utilizara de algún modo los servicios de Pepe; mas por fortuna su astucia era innecesaria: la vanidad satisfecha se había adelantado al amor impaciente. El orador iba ya pensando en abordar otro asunto antes de la clausura de las Cortes. Además, los electores de don Luis, acostumbrados a su largo mutismo, le dispararon una nube de telegramas de felicitación; tras éstos vinieron las cartas por correo y, siendo preciso contestar a tanta enhorabuena, el senador determinó emplear a Pepe como secretario.

Una mañana llegó éste; no hallándose don Luis en casa, pasó a la pieza de los libros, y a los pocos minutos entró Paz. Como hasta entonces no habían tenido explicación larga, era natural que aprovechasen la ocasión. Ella, sin embargo, después de saludarle, no atreviéndose a desplegar los labios, se apoyó en el marco del balcón esperando que hablase, impaciente por oirle y temerosa de lo que había de contestarle. Pepe, a distancia respetuosa, dijo:

—Señorita, mi primer deber es pedir perdón. No espero una indulgencia que no merezco... es decir, no debía esperarla. ¿A qué mentir si usted de sobra comprende lo que pasa en mi alma?

Ella quiso hablar, y Pepe hizo ademán de que le dejase proseguir.

— Antes de que usted me diga una sola palabra, quiero yo ser enteramente franco. Mi posición, mi vida, mi pobreza, y quién sabe si mi educación también, me separan de usted. He cometido la imprudencia de dejar asomar a los ojos lo que sentí al conocerla... Luego creí ver que usted no mostraba enojo, porque quizá el desprecio le parecería demasiado cruel, y así ha llegado esta situación, en que no hay más que un culpable: yo. Debo reparar mi error a fuerza de lealtad.

Este lenguaje dió alas al carácter vivo de Paz.

—Sí, tiene usted razón; comprendo que hago mal; no he debido venir hoy a este cuarto; pero es que yo soy tan leal como usted. ¿Que crea en su sinceridad?; yo también tengo derecho a exigir que no me tache usted de coqueta, ni piense que soy capaz de divertirme en humillarle.

—Reflexione usted lo que dice, señorita. Es usted demasiado buena para pagar con burla y desprecio el sentimiento que ha despertado en mí; pero no se inspire usted en la lástima que de mí sienta, sino en los impulsos de su corazón; no olvide que seguir escuchándome ahora es contraer... Lo que con otro hombre sería un juego, conmigo sería un escarnio.

Ella, desasosegada, sonrió, mirándole como quien da a entender que acaso no esperaba oir tanto, y le atajó la frase.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Cuánto pide! ¡Antes tan humilde y ahora tan exigente!

—¿Exigente?

—Sí; apuesto que iba usted a decir contraer compromiso, cuando debía bastarle ver que no estoy enfadada.

—¿De modo que, aun sabiendo usted lo que pasa en mi corazón, permite que siga viniendo a esta casa?

—¿No volverá usted a hablarme de su pobreza? No sé en qué consiste; pero al decir usted algo que pueda humillarle, parece que soy yo la humillada.— Y quiso marcharse.

—No, señorita, un momento. ¡Si usted pudiera comprender lo que es para mí su indulgencia!

Sin dejarle acabar se dirigió a la puerta del despacho, y en voz muy baja, con un mohín encantador, volvió a repetir:

—Exigente, exigente.

¿Qué más podía desear? «No estoy enfadada—le había dicho—. «No vuelva usted a hablarme de su pobreza...» Pretender mayor claridad sería insensatez.

Al cabo de dos meses sus diálogos eran ya muy distintos; que cuando la estimación abre vereda, el amor ensancha y allana mucho el camino. Ni Paz sentía cortedad ni Pepe manifestaba aquella desconfianza fundada en su distinta condición social: ella, cuidadosa de no herirle nunca, le trataba con una consideración que a ningún otro hubiese guardado; y él, burlón y descreído, propenso a comentar la realidad con graciosa ironía, era ante Paz reflexivo y serio, algo triste, como si temiese que su amor hubiera de malograrse. Ocasiones de hablar con libertad tenían pocas, y como esto les era muy penoso, acordaron establecer para su uso particular un servicio de correos. La iniciativa fué de Pepe: el cartero merece capítulo aparte.

IX

En la imprenta de Millán había un chico, mezcla de aprendiz y ordenanza, a quien apodaban *Pateta.* Decía llamarse Pepe Maldonadas, pero no conservaba memoria de su familia. Nadie sabía su origen; ni él mismo. Sólo recordaba haber vivido en Puerta de Moros, recogido en casa de una verdulera, tía suya, que, por considerarle muy niño, no le habló jamás de sus padres.

Una mañana la pobre vieja, que solía retrasarse en el pago de la licencia municipal del puesto de hortalizas, fué llevada a la prevención y, de resultas, tomó tal berrinche, que murió a las pocas horas, viniendo el chico a quedar en la calle, sin más amparo que Dios, con la travesura por instinto y la ignorancia por guía. Un matrimonio de la vecindad le dió albergue durante cinco semanas; mas esta caridad antes fué deseo de tener ayudante que propósito de favorecerle; pues cuando la mujer

no le obligaba a subir del río un talego de ropa, superior a sus fuerzas, el marido, que era sillero, le ponía verde o morado hasta los hombros, forzándole a teñir espadañas en un patio que parecía cisterna. Cuando ellos comían, si sobraba, era para Pepe; si no había restos, gracias que le dieran pan con que rebañar la cazuela del cocido; así que las hambres y una felpa con que le obsequiaron por meter en la tina de lo verde lo que había de ser morado, acabaron con la paciencia del muchacho. Se escapó, y entonces fué la época más azarosa de su vida. Primero, vagó por esas calles de Dios, astroso y descalzo, mostrando por entre los desgarrones de la camiseja el pecho dorado como la pátina de un bronce antiguo: comió de milagro y durmió en los quicios de las puertas; luego ayudó a un chulo a vocear quincalla; vendió periódicos, fregó en tabernas, sirvió en figones donde le dieron por todo salario las propinas; ningún trabajo rechazó por penoso que fuera: sólo dos cosas hubo que no ensayase para buscarse el sustento: ni pidió limosna ni robó.

Acertando a pasar una mañana por la calle donde tenía fábrica de buñuelos un conocido de la verdulera difunta, le preguntó el buñolero que cómo vivía; repuso el chico que *peor;* y tanta lástima supo inspirar, que allí se quedó cuidando de la venta al

menudeo, sin promesa de recibir otro pago que la comida y lugar donde dormir. Los dependientes que antes tuvo el buñolero, cuál más, cuál menos, todos le robaron; Pepe Maldonadas fué de fidelidad intachable. Antes que amaneciera, su amo y un aprendiz sobaban la masa en el lebrillo, y luego freían con rara rapidez bolas, tortas y cohombros: Pepe, mientras tanto, arreglaba los veladores, mezclaba algo de harina al azúcar de espolvorear, fregaba vasos, ponía cada cosa en su puesto, y cuando se abría la tienda, de pie en la puerta, despachaba buñuelos a grandes y chicos, formando en la grasienta superficie de zinc que cubría el tablero un montón de cuartos y *ochavos del moro*, cuyo sucio contacto le dejaba los dedos manchados de verdín. Ni se comía un buñuelo ni escamoteaba un cuarto. Nadie le enseñó matemáticas y, sin embargo, para dar las vueltas de la moneda era más listo que un cambista. Si quedaban buñuelos de la víspera, los despachaba los primeros; al servir medias de aguardiente, cuando presumía que el gaznate del parroquiano estaba insensible, daba lo barato al precio de lo caro, y para los favorecedores constantes de la casa iba a buscar la pasta recién frita, humeante, en que aún no se habían bajado las burbujas del aceite hirviendo. El amo se encariñó tanto con él, que comenzó a tratarle como a hijo,

y hasta determinó que fuese por las tardes a la escuela, donde, en unos cuantos meses, aprendió a leer, escribir y contar. Al año de estar en la buñolería, la hija del amo, que era una chiquilla saladísima de catorce años, enfermó de viruelas y, cosa rara en la gente del pueblo, los vecinos y amigos dejaron a la enfermita y sus padres en completo abandono. La moza que iba a barrer y fregar desapareció sin pedir un pico que le debían del salario, y el chulo que ayudaba a freir se despidió cobardemente: sólo Pepe permaneció allí día y noche sin ir a jugar con los chicos del barrio ni ocuparse en otra cosa que cuidar a la muchacha. Guiado de clarísimo entendimiento, se fijaba bien en cuantas alteraciones sufría para decírselas al médico, y luego le daba las tomas que la recetaban, con los intervalos debidos, arropándola en seguida como una niña a su muñeca. Cuando, por haber entrado la enfermedad en el período de descamación, era más fácil el contagio, Pepe, que no lo ignoraba, redobló sus cuidados, y durante la convalecencia se estuvo constantemente haciendo compañía a la muchacha, satisfaciendo sus caprichos y tolerando sus impertinencias, hasta que, dada de alta, tornó a su puesto de antes, y siguió vendiendo cohombros y ensartando buñuelos en los juncos. Terminada la venta, recontaba la calderilla y luego se iba

a hacer compañía a la niña. Así pagaba su deuda de gratitud: mas su principal también se portó como bueno.

—Tú eres ya de casa—le dijo;—buscaré otro para el despacho. Y vamos a ver, ¿quieres seguir oficio? Dilo como si fueses mi hijo.

Pepe repuso que quería ser cajista, porque en la escuela donde le enviaron se había *echao* un amigo, a quien sus padres pusieron en una imprenta, con lo cual el muchacho siempre tenía los bolsillos llenos de estampas de entregas, romances de ciego, restos de tiradas de aleluyas y pedazos de carteles de toros.

Tras pasar dos o tres meses en imprentas de mala muerte, entró al fin en la de Millán, que era conocido del buñolero, y allí echó raíces en seguida; apreciado por listo y obediente, le tomaron cariño. Aprendió la caja, adiestróse en componer y distribuir; luego empezó a hacer *monos* y *remiendos,* y a la noche se iba por las calles a vender un *veinticinco* de un periódico que allí se tiraba. Lo que esta venta le producía lo guardaba para sí, y el jornal de la semana lo ponía íntegro el sábado en manos del buñolero; pero lo que más le gustaba era entregárselo a Isabelita, diciendo: «—Dáselo a tu padre.»

Los demás aprendices, envidiosos de aquel com-

pañero, de quien se hacía más caso que de ellos, comenzaron a tomarle tirria y jugarle malas pasadas. Un día le quitaron de la tartera el almuerzo, sustituyendo la tortilla con polvos de imprenta. Otra vez, como estuviera en mangas de camisa, le estamparon en la espalda una galerada recién impresa con la tinta fresca de un letrero que decía: «Se vende este perro.» Hasta llegaron a ensuciarle las botas con la grasa de untar las ruedas de la máquina mientras estaba trabajando con alpargatas para mayor descanso. Entonces apareció el *gatera* madrileño, valiente, arriscado, dicharachero y dispuesto a darse de cachetes con el más bravo o engañar al mismo nuncio. Con unos cuantos pescozones oportunos se hizo respetable. Cierto día, otro aprendiz de más edad sacó contra él una na vajilla. Pepe se la quitó de la manos, sujetóle bien metiéndose su cabeza entre las piernas, le desgarró con la navajilla la costura trasera del pantalón y, atizándole en lo que el sol ni el agua vieron jamás cuatro azotes soberbios, se la devolvió tranquilamente, diciendo: —«Toma, *boceras;* eso no sirve más que *pa* partir el pan.» A las horas de trabajo era modelo de laboriosidad: llegado el momento de divertirse era de la piel de los demonios. Parecía haber en él dos seres distintos: uno para la tarea, otro para las travesuras; y diríase que, como corres-

pondiendo a ellos, tenía dos fisonomías diferentes. Inclinado sobre la caja, buscando tipos, ajustando palabras en el componedor o distribuyendo letras, su frente solía plegarse con un entrecejo serio de obrero ya machucho; entonces no hablaba, y fija la atención en lo que hacía, sus ojos negros adquirían cierta expresión de gravedad cómica; en la calle, corriendo o jugando, con el pelo alborotado, tostada la tez, ladeada la gorrilla, descarado el mirar y rebosando malicia, traía a la memoria los chicos de las antiguas novelas picarescas. Los compañeros le llamaron primero el *Tiznao*, porque era muy moreno, como beduíno mal desteñido a fuerza de lavaduras; por fin, a causa de sus diabluras, le apodaron *Pateta*, y con este alias se quedó. A Millán, conocedor de sus antecedentes, le había caído en gracia el muchacho; Pepe simpatizó mucho con él por un solo rasgo. Una tarde se le presentó *Pateta* en actitud humilde.

—¿Qué quieres?

—Pedirle un favor, porque el señor Millán no ha *venío*.

—Vamos, di.

—Pues yo tengo novia. Es decir, novia... novia, la verdad, no es; pero ya nos hablamos algo... y mañana es su santo. Para ella he compuesto este letrero y quería ponerlo con letras *dorás* de purpu-

rina, en esta tarjeta de orla que *ma costao* dos *riales*. Bueno, pues... que me digan ustedes cómo lo hago y me dejen hacerlo en la máquina, o donde sea, luego que se marchen los otros.

Pepe examinó la cartulina, adornada con flores y amorcitos, y vió el letrero que traía hecho con los tipos más escogidos de la casa.

«*A Isabel Gorillo, en sus días.*» Esto en un gótico muy complicado, y luego, debajo: «*Por José Maldonadas.*» Aquí las letras eran de mucho ringorrango.

—Y esta Isabel, ¿quién es?

—La hija de mi amo.

—¿La de las viruelas?

—Sí, señor; pero no le ha *quedao* señal, y *tié* la cara que da gloria.

—¿Y sabe tu amo?...

—Saberlo... no sé; porque yo no he dicho esta boca es mía. Como *tién* tanto dinero, *pa* que no crean... ¿entiende usted? Pero ya se lo maliciarán; porque yo, ni a los novillos voy, aunque me sobren los cuartos, con tal de estarme en la trastienda hablando con ella.

—Bueno, hombre, bueno; anda, guarda eso o déjalo aquí, y a última hora que te diga el señor Ramón cómo lo debes hacer, y acábalo limpito.

Este pequeño servicio que Pepe le prestó se lo

pagó él con creces. Si llovía de pronto, ya estaba el muchacho corriendo a la calle de Botoneras a buscarle el paraguas; si había que ir al estanco por tabaco, volvía en un decir Jesús; para traerle café de uno que había cerca de la imprenta, nadie andaba más ligero, y si la cafetera venía fría, la arrimaba a la máquina de vapor, sin lamer la media tostada o escamotear parte del azúcar, como hacían otros.

Tal fué el cartero que escogió Pepe para asegurar su correspondencia con Paz, ocultando a ésta, por supuesto, que él trabajaba en la misma imprenta donde aquél era aprendiz.

—Si te pido que me hagas un favor, ¿podré contar contigo?—le dijo Pepe.

—Mande usted lo que quiera, y ya verá.

—La cosa ha de quedar entre tú y yo; no quiero que nadie lo sepa, ¿entiendes? Ni el señor Millán.

—Ni las piedras.

Jamás faltó al secreto. Cuando Pepe pasaba dos o tres días sin ver a Paz, la escribía, y *Pateta*, a la hora de salir del trabajo, emprendía el camino del hotel donde ella le aguardaba tras la vidriera del balcón de su cuarto. La estufa del jardín tenía inmediato a la verja un horno pequeño, hecho de ladrillos con un zócalo recubierto de baldosas, el cual servía para entibiar la atmósfera en que crecían las

flores. *Pateta* se acercaba allí, espiando el momento en que ningún criado pudiera verle; metiendo el brazo por entre los barrotes de la verja, depositaba la carta bajo una de aquellas baldosas mal afirmadas, y al día siguiente recogía del mismo sitio la contestación, valiéndole tan largos paseos, y sobre todo el agrado con que prestaba su servicio, alguna cajetilla del estanco que Pepe le daba, y a veces un café con media tostada, que le hacía relamerse de gusto.

X

El cariño de la enamorada pareja y la estrechez en casa de Pepe crecieron a la par. La jubilación de don José, el fruto del trabajo de su hijo y lo que Leocadia ganaba bordando, todo ello prudentemente distribuído por doña Manuela, apenas bastaba para malcomer y pagar médico y botica. Así llegó el invierno de 1872, y aquella frugal cena de Nochebuena en que se habló de la venida de Tirso y luego de irse Millán, ya acostado el enfermo, trataron madre e hijos de lo que convenía hacer, sin acordar nada, porque la común abnegación no les sacaba de apuros.

A la semana siguiente la situación se agravó con la noticia de que llegaba Tirso: la carta en que lo anunció no debía precederle sino dos días. Pepe escribió a su novia de esta suerte, mezclando con las frases de amor el recelo que le inspiraba aquel hermano desconocido:

«Adorada Paz:

Tienes razón: aunque nos vemos casi diariamente, son tan pocas las ocasiones en que podemos hablar con libertad, que por fuerza han de ser nuestras cartas largas y frecuentes. Las cosas que te escribo quisiera decírtelas: lo que no te conmoverá leído, mis palabras te lo llevarían al alma en fuerza de sinceridad. Pero comprendo que no hay remedio, y aun temo que estas dificultades de ahora no sean sino principio de otras mayores. Nuestro cariño ha de costarnos muchas lágrimas, a mí sobre todo; porque la distancia que nos separa no sería mayor si tú fueses reina y yo lacayo, como los personajes de aquel drama francés que estabas leyendo la otra tarde. La situación de mi familia, nuestra pobreza, todo lo que me estorba para abrirme camino, me separa de ti. ¿Crees que tu padre dará su hija a un hombre que ha tenido que abandonar la carrera por falta de unos cuantos duros al año para libros y matrículas?

Pero un día de vida es vida. Yo no renunciaré jamás a ti, no te diré que me dejes, y cuando seas tú quien me diga que no debemos volver a vernos, callaré, porque tendrás razón. No imagines por esto que yo deseo romper nuestras relaciones: saber que me quieres, recibir una carta en que me hablas de tu cariño, oirte que me recuerdas cuando

sufres y que los goces te parecen incompletos por no tenerme al lado, son cosas que me llegan al alma. ¡Si supieras de qué modo te las paga mi corazón! ¡Si pudieses leerme los pensamientos, adivinarme las ideas, esconderte entre los caprichos de mis sueños!... Pero quiero que, al mismo tiempo que de mi amor, estés persuadida de mi lealtad. Antes que se lo oigas a tu padre quiero ser yo quien te lo diga. ¿Qué porvenir puedo ofrecerte? No, yo no te dejaré nunca; y si llegas a ser algún día más juiciosa o más interesada, no te echaré maldiciones de comedia, sino que me separaré de ti resignado, queriéndote como te quiero ahora y guardando en lo mejor de la memoria el recuerdo del amor que me hayas tenido. Jamás me quejaré. ¡Es tan natural que me olvides! Harto has hecho con empezar a quererme, aunque luego te pese.

¿Cuántas veces te habré dicho todo esto? No te sorprenda, porque obedece a mi idea fija, a mi cavilación constante. Vamos, no concibo el fundamento de tu amor. Yo te amo por lo buena, por lo hermosísima que eres. Pero tú, ¿por qué me quieres? Soy extraño a cuanto te rodea, vives en una atmósfera de lujo que casi desconozco, como yo entre privaciones que tú no puedes imaginar; el menor de tus caprichos no podría yo satisfacerlo con muchas semanas de trabajo; si entraras en casa

de mis padres y vieses estas paredes, estos muebles, dudarías si ofrecernos dinero por lástima o disimular lo que notares, temerosa de ofendernos; y, a pesar de todo, dices que el mejor sitio de tu corazón es para mí, y me has enseñado cartas mías con mi nombre borrado por tus besos. ¡Bendita seas! No, no me dejes, ni tengas nunca juicio, si el tenerlo ha de consistir en olvidarme; ni pienses en lo porvenir, que yo tampoco pienso, sino en que te adoro con toda mi alma.

Ahora, como nada te oculto, quiero que sepas lo que ocurre en casa. Mi hermano Tirso, el cura, el que se ha educado y ha vivido siempre alejado de nosotros, debe llegar pasado mañana. Ignoramos el motivo de su venida; nada nos ha dicho. Hace poco escribió que tal vez tuviera que hacer un viaje a Madrid; luego lo dió por cosa segura; ahora anuncia que llega. Mis padres, como es natural, se alegran; en Leocadia y tu Pepe, si he de ser franco, el sentimiento que domina es la curiosidad. Sólo hemos visto a Tirso dos o tres veces, siendo muy pequeños, y dentro de pocas horas vamos a tenerle aquí. Iré a buscarle a la estación y le conoceré por los hábitos; si no, tendrían que decirme: «ése es.» ¡Estaría gracioso que bajaran al mismo tiempo del vagón dos curas jóvenes! Con esto, comprenderás que tengo motivos para estar

preocupado. ¿Cuál será la situación de mi hermano? Si es desahogada, menos mal; y no lo digo porque me ahorre trabajo; pero, ¿y si viene tan pobre como nosotros? Seremos cinco en lugar de cuatro los que hayamos de vivir mal. ¿Por qué habrá dejado su curato? Quizá venga a pretender algo; mas de ser así, ¿por qué no consultarlo antes con nuestro padre? Tú, que conoces mi modo de pensar, aunque no por completo, te explicarás que abrigue ciertos temores. Tirso es cura, y en esta casa hay muy poca devoción. Mi padre nunca habla de eso; mamá, con cuidarnos, tiene bastante; a Leocadia le gusta ir a la iglesia cuando hay grandes fiestas, a falta de otras más divertidas, pero más costosas que le están vedadas; y en cuanto a mí... callo: no quiero que me llames herejote. En fin, no estoy tranquilo.

No te quejarás de que escribo poco.

Está con cuidado, porque mañana iré a ver si tiene tu padre algo que mandarme.

Tuyo siempre,

PEPE.»

La carta que, en contestación a ésta, halló *Pateta* al día siguiente bajo las baldosas inseguras del zócalo de la estufa, decía:

«Querido Pepe mío:

Por Dios te pido que no me atormentes. Te lo

he dicho mil y mil veces. Te quiero porque sí, porque creo que eres el mejor de los hombres, y no me preguntes más. ¿No sueles decir que mi padre no me ha educado como a las otras mujeres? Pues eso será. Si tuvieses una gran fortuna, acaso habría mayor facilidad para que fuéramos uno de otro; pero te querría igual que ahora, no podría darte ni una hilacha más de cariño. Conque no me vengas con tristezas ni tontunas, ni vuelvas a decir que te deje, ni que si te dejo yo te aguantarás. Si lo piensas, es porque no me quieres. ¿Soy rica? Pues mejor. Ya saldrás de pobre, y si no, yo lo mismo te he de querer, con tal de que tú no mires a ninguna otra mujer. ¿Lo entiendes? Es lo único que no te perdonaría nunca. Quedamos en que no volverás a las andadas ni me escribirás majaderías: no merecen otro nombre esas cosas que dices. Mi padre podrá no dejarme casar contigo; pero, ¿casarme con otro? ¡Eso sí que no! Lo que es de esto te responde *tu* Paz. Vamos, yo no entiendo esas sublimidades de sacrificios y tonterías. No he pensado, ni pienso, ni pensaré jamás en dejarte por nada de este mundo. Ya lo sabes. Yo, que tantos libros he leído de los que tiene mi padre, me acuerdo de que Don Quijote dice que todos los caballeros andantes llevaban en el escudo un letrero. Bueno, pues tú y yo somos dos caballeros andantes con este letrero: *ca-*

riño y *paciencia*. ¿Te gusta? Pues a callar y no perdamos el tiempo en augurios tristes. No han de robarte mi cariño las *conveniencias sociales*, de que hablas tantas veces, ni la humildad de tu casa, ni tu misma amargura. Si me quisieras igual que yo a ti, no exigirías más. ¿Crees que me van a meter monja o a casar por fuerza con algún príncipe de cuento de hadas? ¿Soy yo tonta? ¡Ya verás, ya verás, cuando te conozca mi padre como yo te conozco!

Respecto a la venida de tu hermano, nada puedo decirte, pero se me figura que todo lo ves negro. Hasta que no sepas cuál es su carácter, no hay por qué apurarse. Si viniera a pretender, debías atreverte a pedir a papá que le recomendase a alguien. ¿Te enfadarás si te digo que tus temores me parecen tontos? ¿Ha de ser malo porque es cura? Indudablemente, esto es lo que se te ha ocurrido. En verdad, la cosa es rara, ser tan grandes los hermanos y no conocerse, pero ya verás cómo por eso no tenéis disgustos. Y si los sufres, yo te querré un poquito más, para que nada pierdas.

Adiós, tristón mío. No te olvida nunca tu

PAZ.»

XI

El seguir Tirso la carrera eclesiástica fué una de esas cosas graves que en la vida del hombre se resuelven rápidamente y por voluntad ajena.

Aquel don Tadeo, amigo de su padre, que por pagar una deuda de gratitud se hizo cargo primero de la educación y luego del porvenir del chico, era bueno a carta cabal, pero fanático en opiniones políticas y creencias religiosas. Su exceso de fe y de realismo era sincero, e indiscutible su influencia y prestigio entre los partidarios de la legitimidad y la gente de iglesia en la región que habitaba. Durante los largos períodos en que mandó el partido moderado conservó su destino en la Hacienda de la provincia, siendo uno de tantos carlistas favorecidos por los *polacos*, quienes consideraban más lógico atraerse a los partidarios del Pretendiente que transigir con los liberales. Pasados algunos años y gobernando los progresistas, sus compañeros le prepara-

ron aquella terrible asechanza con la cual dió al traste la noble intervención de don José. Luego se dedicó don Tadeo con mayor entusiasmo que antes al servicio del carlismo; sus amigos, curas muchos de ellos, reconociendo las condiciones que tenía, le acataron por caudillo prefiriéndole a varios eclesiásticos, y así llegó a ser lo que hoy se llama un obispo de levita al par que jefe local de un partido. A su casa iban continuamente los canónigos de la catedral, los misioneros que con frecuencia hacían excursiones a la ciudad, los periodistas católicos y hasta el prelado de la diócesis.

Para esta gente, el encargarse don Tadeo de la educación y porvenir de Tirso fué un acto meritorio: pensaron que pagaba su deuda de gratitud mejor que jamás lo hiciera nadie.

Sobre todo, aquello de arrancar un hijo a las garras de un padre progresistón, acaso hereje, les pareció admirable, y por su parte don Tadeo no se recató para lamentar que don José tuviera tendencias *liberalescas.*

Crió a Tirso un ama en una aldea; un sacristán, protegido por don Tadeo, le enseñó a leer, escribir, contar y rezar; a los ocho años sabía ayudar a misa, y a los catorce ya pudo su padrino utilizarle para escribir cartas y hacer recados de los que no se confían a sirvientes. En cambio, a sus padres les

escribía muy poco, y antes por instigación de don Tadeo que por impulso propio. Los amigos de éste, viéndole educado en el santo temor de Dios, le trataban con singular afecto, y él, en reciprocidad, era servicial y respetuoso con aquellos señores, que se le figuraban magnates. Los curas, especialmente, le merecían extraordinaria consideración. Hablar y tratar de cerca a quienes pocas horas antes había visto oficiando en el templo con lujosos trajes y teniendo al pueblo prosternado en torno, era a sus ojos lo que hubiera sido para chico crecido entre soldados codearse con jefes. Ir bajo palio, hablar desde el púlpito y dar la mano a besar le parecían señales de mayor grandeza que andar a caballo, sable en mano, con música delante y batallones detrás; así que cuando su padrino le propuso que estudiase para cura, se alegró muchísimo. Como consecuencia natural del alejamiento en que siempre estuvo de su familia, pensó entonces en ella sin asomo de ternura: le habían hablado tanto de Dios y tan poco de sus padres, que no vaciló un momento; y, lejos de ocurrírsele que debiera servirles de apoyo en la vejez, se dijo que pues no estaban en situación de ayudarle, bien podía él campar por sus respetos. Finalmente, un canónigo a quien solía consultar don Tadeo en casos graves, le dió la más tranquilizadora respuesta diciéndo-

le: «—La idea es excelente; si sale una lumbrera de la Iglesia, ¡qué gloria para usted! Y si no sucede así... pues tendrá una profesión tan buena como la mejor.» De allí a poco entraba Tirso en el Seminario.

El primer efecto de la enseñanza religiosa fué persuadirle de que las esperanzas concebidas envidiando a los que frecuentaban la casa de su protector eran realizables; después, las lecciones de sus maestros y los libros le dijeron que la misión del sacerdote era superior a cuanto podía imaginar.

El más ilustre de los profetas, el precursor San Juan, tuvo la dicha de poner una vez las manos sobre la cabeza de Cristo; él, como sacerdote, le tendría todos los días en las suyas y le consagraría con sus palabras. Los ángeles están continuamente cerca de Dios; pero ¿qué ángel posee, como él había de gozarlo, el poder de perdonar los pecados? En las entrañas de la Virgen encarnó el Verbo, pero una sola vez: en sus manos de sacerdote, por virtud de frases salidas de sus labios, encarnaría el Verbo todos los días, y no en forma mortal, como le concibió María de Nazareth, sino impasible, inmortal, glorioso, como está en los cielos. ¿Qué dignidad igual a la suya?

No correspondían a tales grandezas sus faculta-

des ni su índole. Su inteligencia, tarda en comprender, se acostumbró a admitir lo que le daban pensado, prefiriéndolo al trabajo de pensar por cuenta propia; y la facilidad con que pudo seguir la carrera por aquella protección que se le dispensaba, le hizo poco humilde.

No fué cura de los de carrera breve, que sólo estudian rudimentos de latín, filosofía mermada y algo de moral jesuítica, sino que siguió la carrera lata, empapándose de Teodicea, Patrología, Hermenéutica, Derecho Canónico y Disciplina Eclesiástica, hasta el doctorado en Teología. Al cabo de ocho años se ordenó de menores. ¡Día feliz aquel en que la simple tonsura le hizo soldado de la milicia de Cristo! *El sacerdote es embajador que habla en nombre de Dios, y despreciarle es injuriar a quien le envía*, le dijeron, tomándolo de San Juan Crisóstomo, repitiéndoselo hasta la saciedad con frases análogas, para convencerle de la alteza de su misión, como hacían los oráculos paganos con aquellos a quienes sometían a su servicio. Las órdenes menores de portero, lector, exorcista y acólito le parecieron llenas de encanto, por la suma de dignidades que indicaban y por las que anunciaban. ¡Ser portero de la casa de Dios! ¡Leer al pueblo la divina palabra! ¡Lanzar al enemigo malo fuera del cuerpo en que hace presa! ¡Poder acercarse al *Sancta Sanc-*

torum! ¡Qué grandiosos y envidiables privilegios!

Llegó por fin el día de recibir las órdenes mayores. La Iglesia, dirigiéndose a los que le presentaban y aludiendo a él y sus compañeros, preguntó si eran dignos: *¿scis illos dignos esse?:* luego le impuso varios días de retiro y ejercicios, y después ungió y santificó sus manos, poniendo en ellas la patena y el cáliz al par *que, con asombro de los ángeles,* pronunciaba el Prelado solemnemente estas palabras: *Accipe potestatem offerre sacrificium Deo, Misasque celebrare, tam pro vivis quam pro defunctis, in nomine Domini, Amén:* y en seguida colócó las manos sobre su cabeza diciendo: *Accipe Spiritum Sanctum, quorum remiseris peccata, remittuntur eis; et quorum retinueris, retenta sunt.*

El gusano nacido de la fiebre pecadora, el fruto del amor profano, el hijo de la pasión carnal, fué súbitamente redimido y elevado a una dignidad mayor que la de los reyes, revestido con poder análogo al de Dios, como decían los libros en que le hicieron estudiar. Ya era sacerdote; ya podía intervenir en la parte más noble del gobierno de los hombres, en el cuidado del alma. Pero, al mismo tiempo, le dijeron que bucear en la conciencia para iluminar la razón con la verdad es impío; que buscar en el fecundo seno de la Naturaleza las causas de las cosas es revolver impurezas de la materia, y

estéril trabajo estudiar la vida de los pueblos, porque sólo la Providencia los abate o prospera. Por último, le advirtieron que escuchar los latidos de su corazón era caer en el lazo, rendirse al deleite, y acorazándole contra toda ternura, que puede degenerar en flaqueza, quizá evocaron torcidas y desvirtuadas las palabras de Jesús a su Madre: *¿Qué tengo yo contigo, mujer?*

Don Tadeo le proporcionó curato; y Tirso, después de su primera misa en la capital de la provincia, que dió ocasión a una fiesta que fué un recuento de fuerzas realistas, marchó a vivir a un pueblo, mejor dicho, valle, entre cuyas ásperas quiebras estaba esparcido el caserío de miserables viviendas y pobres gentes, sobre quienes debía comenzar a ejercer su santo ministerio. Allí se consagró por entero a las necesidades de su estado: las misas, bautizos, bodas, confesiones y entierros; la predicación, y, muy de tarde en tarde, el tomar parte en los juegos de sus feligreses, fueron sus principales ocupaciones. Los pocos libros que llevó a su retiro acabaron por servir de peana a una imagen encerrada en una urna; el estudio se le hizo enojoso. A los cuatro meses, su única lectura era la de un periódico católico absolutista recomendado por el obispo de la diócesis: la Teología, las Sagradas Escrituras, los Santos Padres, cuanto representaba labor

intelectual, quedó olvidado, sin que su espíritu volviese a sentirse atraído por la seria contemplación de los misterios y los dogmas.

Antes se preocupó algo de si la religión natural, que excluye toda revelación, basta al hombre para salvarse; de si por la experiencia de los sentidos o por medio de la conciencia puede llegarse, como por la fe, al conocimiento de Dios; de si el método demostrativo es mejor que el hipotético y analítico: pero muy luego tales impulsos se aquietaron, y como si aquella vida campestre influyera en él, sobreponiendo lo material a lo ideal, cayó en la devoción más rutinaria.

Los primeros sermones que pronunció fueron de hombre que ha comenzado a estudiar; pero al cabo de un año sus temas favoritos eran los milagros más modernos, la condenación del matrimonio civil, los carceleros del Papa y la execración de la llamada libertad de cultos. Así logró entusiasmar á los lugareños, que antes no le entendían, y él, a su vez, comenzó a sentir el orgullo propio de quien cumple a conciencia la misión que le está encomendada. Cuando desde lo alto del púlpito miraba congregado el rebaño de fieles que le oía con devoto silencio, imaginaba realizar el más alto y noble de los destinos humanos.

Tal era su celo, que apenas le quedaba tiempo

para escribir de tarde en tarde una breve carta a sus padres, ya hechos a aquel alejamiento, como padres de hijo marino que navega al otro lado del mundo. Su vida era reposada, monótona, sin emociones que le agitaran ni cavilaciones que le desvelasen; existencia plácida, quizá egoísta y de una tranquilidad análoga al silencio del campo.

Desde las ventanas de su cuarto abarcaba con la vista ancho espacio, extensos plantíos de nabos, frondosos maizales, hondonadas de donde subía rumor de agua corriente, casas pequeñas y dispersas, medio ocultas entre la frondosidad de enormes castaños, y allá, en lo alto de algún cerro, una ermita con la cruz del tejadillo tronchada por el viento. En las laderas de los montes la tierra parecía a trechos ingrata a todo esfuerzo humano, las cumbres estaban coronadas de peñas calvas con los ángulos roídos por los siglos, pero los picachos de granito se erguían enhiestos y formidables en desprecio del tiempo. El cielo casi nunca estaba sereno: a la mañana y a la tarde, en toda época del año, el suelo se cubría de neblinas que, lamiendo las vertientes y los altos, se alzaban poco a poco hasta formar nubes que, apoyándose en las crestas de la sierra, tendían el vuelo por los aires, confundiéndose, hacia el confín del horizonte, con otras que venían de montes más lejanos.

Lo diseminado del caserío contribuía a la soledad de Tirso; así que tenía poco roce con sus feligreses, casi las precisas relaciones dada su posición; de suerte que, ni el respeto se mermaba con la confianza, ni la frecuencia del trato podía engendrar intimidad. Hacía muchos años que en aquellos contornos no se recordaba cura tan reservado y poco comunicativo.

Era de carácter rudo; mas su aspereza parecía fruto de cierto orgullo íntimo justificado por el cumplimiento del deber, y con los campesinos guardaba siempre gran prudencia, cual si pensase que convenía a su prestigio de sacerdote el apartamiento de las flaquezas humanas. Su conducta privada era intachable, y lo que más contribuyó a su buena fama desde que tomó posesión del curato, fué la indiferencia y el despego con que miró a las mujeres. Hablando con los hombres era frío, de pocas y secas palabras; mas esta frialdad y aspereza subían de punto al tratar con las mujeres, para quienes sólo tenía en los labios acritud y receloso temor en el pensamiento. Su juventud y la vida libre del clero en aquellas tierras hacían resaltar esta antipatía a la mujer. Los familiares que en las oficinas del obispado manejaban el registro secreto de la conducta de los clérigos de la diócesis, tardaron muchos meses en convencerse de que no era

mujeriego, y el espionaje, de que no se vió exento por ser ahijado de don Tadeo, sólo logró averiguar que Tirso, aprovechando lo cerca que estaba su curato de la ciudad, solía ir a ella un par de veces al mes, permaneciendo algunas horas, sin que nadie supiera dónde ni a qué iba. Sobre esto hizo mil conjeturas la malicia, pero nada se llegó a saber con certeza.

Tal fué la vida de Tirso durante los primeros años de su estancia en aquellos campos. Luego, de pronto, y en muy pocas semanas, su vida mudó por completo de rumbo.

....

En pueblos y aldeas comenzó a notarse extraña inquietud y desusado movimiento, sustituyendo a las conversaciones sobre el estado del campo o el cuidado de las haciendas diálogos que expresaban, no temor, sino esperanza de próximos trastornos.

Se sabían con indignación cosas abominables y se comentaban con ira. La Revolución, que había hecho jurar a los sacerdotes una Constitución sacrílega y que ciñó la corona de San Fernando a un hijo del carcelero del Papa, parecía lanzada a nuevos e increíbles excesos; los gobiernos que se sucedían en Madrid estaban compuestos de enemigos de la Iglesia; de algunos de los ministros se

dijo que eran protestantes, y se añadía que en la corte se fraguaba una conspiración para suprimir el sueldo a los párrocos y arrojar de sus conventos a las pobres monjitas que escaparon a la *persecución* del año 68. A estas noticias, esparcidas primero cautelosamente y luego en violentas proclamas, respondió la comarca con intenso desasosiego. Las gentes se hablaban ávidas de recibir y comunicarse nuevas que justificaran la exaltación de los ánimos; los que no sabían leer, es decir, el mayor número, se reunían en corros a oir las relaciones que en cartas o periódicos se hacían del estado de la infeliz España, que parecía haber caído en poder de moros; comenzaron a pronunciarse con respeto nombres de cabecillas olvidados; y personas que jamás hicieron alarde de su opinión, manifestaron sin rebozo que, si en aquellos valles volvía a resonar el grito de *Dios, Patria y Rey*, lo repetirían con entusiasmo. En los pueblos, cada púlpito era una tribuna; cada sacerdote un orador que, poseído de santa violencia, se olvidaba de alabar a Dios por combatir a sus enemigos; recordábanse en las tertulias hazañas de la *otra guerra*, narradas con carácter de leyenda, y de continuo atravesaban el país viajeros que, deteniéndose a modo de emisarios en los caseríos, repetían palabras que eran consignas o frases de esperanza en el alzamiento, ya cercano.

Hasta las mujeres atizaban el fuego, como si anhelasen la lucha teniendo en poco la vida de sus hijos.

Una tarde, ya puesto el sol, llegó a casa de Tirso un hombre desconocido en la comarca, y tras conferenciar con él breve rato, partió en dirección a otro pueblo. Al día siguiente, Tirso metió en una valija y un baúl pequeño parte de sus ropas, y luego que fué noche cerrada, acompañado de un labriego de su confianza, se encaminó a la ciudad, en cuyas afueras le esperaba un criado que cargó con el equipaje. Pocas horas después, don Tadeo y dos caballeros amigos suyos celebraron ante él una entrevista, le dieron algún dinero, instrucciones y orden de marchar a Madrid. El curato quedó abandonado; mas ¿qué importaba descuidar la salud de unos cuantos por el servicio de todos? Era necesario un agente discreto, seguro, y de quien, por ser nuevo, nadie pudiese sospechar; don Tadeo designó a Tirso, y éste tomó el tren para la corte.

Por eso no escribió ni dijo nunca a sus padres cuál era el objeto de su viaje.

XII

La víspera de llegar Tirso a Madrid, mientras don José, doña Manuela y Leocadia le esperaban con la satisfacción que consentía la separación de tantos años, Pepe arregló para él su propio cuarto, trasladando a otro más pequeño cuanto componía su ajuar; una cómoda, una mesita, el aguamanil, dos sillas y una percha. Salió perdiendo en el cambio; pero sabía que aquello agradaría a los padres. Leocadia barrió el suelo y fregó los cristales de la habitación; doña Manuela preparó la ropa del lecho y con destino a Tirso se compró un catre, mas Pepe lo tomó para sí, cediéndole también su propia cama, que era de hierro.

La noche anterior a la llegada del viajero, cuando todo estaba dispuesto para recibirle, don José mientras le acostaban decía a Pepe:

—Hijo, por más que discurro, no puedo adivinar cuál sea el motivo de su venida.

—Ya nos lo dirá él.

—¿Y por qué no explicarlo antes? Te confieso que me preocupa esto mucho. ¿De dónde habrá sacado el dinero del viaje? Si antes ha tenido cuartos, ¿cómo no se le ha ocurrido nunca enviar un céntimo ni venir a vernos? Y si los tiene ahora, de repente, ¿cómo se los ha procurado?

—Lo mismo pienso; pero no te devanes los sesos, mañana sabremos a qué atenernos. Lo principal es que viene y que estás contento. Yo también me alegro más de lo que parece, y eso que la situación es rara, ¿verdad? Porque lo cierto es que ni Leocadia ni yo le hemos visto desde niños.

—No hablemos, no hablemos de eso, que se me amarga la alegría. Tú bajarás a la estación, ¿eh?

—Sí, pero... no sé cómo me las arreglaré... A quien se le contara el caso, se echaría a reir. ¿Cómo diablos le conoceré?

—Hombre, él vendrá con hábitos. Le llamas... con darle una voz...

—El tren llega a las siete y veinticinco; de modo que, si no trae retraso, a las ocho y cuarto u ocho y media podemos estar aquí.

Nadie en la casa concilió el sueño aquella noche. Pepe madrugó y bajó a la estación del Norte.

Hacía fresco, y para entrar en calor comenzó a pasear por el andén, presa de una impaciencia en

que acaso era curiosidad la mayor parte: cada dos minutos miraba al reloj, y constantemente tenía el oído atento, esperando escuchar un timbre, una campanada, un silbido, cualquier señal que anunciase la llegada del tren.

La falta de movimiento hacía que los ruidos fueran pocos: sólo se oían el penetrante sonido de una banda de cornetas que aprendía a tocar por bajo del cuartel de la Montaña y el cansado grito con que se animaban varios mozos que, arrimando el hombro a un furgón, iban empujándolo hacia el muelle de descarga. En el andén no había casi nadie. Veíanse a lo lejos los cobertizos que resguardan las mercancías, las largas filas de vagones polvorientos, la arena de las vías ennegrecida por las escorias del carbón, las líneas paralelas de los rieles abrillantados por el roce, y el arbolado de la cuesta de Areneros, cuyo ramaje comenzaba a ponerse amarillo con los ardores del verano. Poco a poco fué llegando gente: empleados que venían desperezándose, mozos que sacaban de junto a las básculas los carretones de los equipajes, otros ocupados en recoger lamparillas de los coches, y algunos que traían grandes atados de cántaras vacías, devueltas por los lecheros a su punto de origen. Después aparecieron las autoridades de menor cuantía, dos *parejas* y un inspec-

tor con su bastón de borlas mugrientas. De pronto sonó un timbre y luego una campana; el tren había salido de la estación inmediata. Transcurrieron veinte minutos, y de repente, en la curva de la Moncloa, asomó la locomotora arrastrando con sus últimos esfuerzos el tren, que produjo al pasar sobre las placas giratorias un ruido estrepitoso de hierro golpeado contra hierro. Cuando se detuvo la larga fila de vagones y comenzaron los viajeros a bajarse, Pepe fué registrando con la vista los departamentos uno por uno, mas no vió salir de ellos ningún cura. Miró a los recién llegados que se agolpaban a la puerta de salida y tampoco había clérigo alguno. Pasaron unos instantes y, aclarados ya los grupos, se fijó en un hombre que quedó solo en medio del andén, mirando desorientado a todas partes, sin soltar una cesta y un saco de alfombra que llevaba en las manos dudosamente limpias.

Vestía traje obscuro, cuyo chaquetón, muy abrochado, casi no dejaba ver el cuello de la camisa: la pechera desaparecía tras una corbata negra y ancha hecha dos nudos; toda su ropa era ordinaria, pero nueva; las botas, blancuzcas por el poco betún o el mucho roce, y de uno de los bolsillos del chaquetón pendía la borlita de un gorrito de pana. Pepe se fijó en él, y luego, poniéndose a pocos

pasos y a su espalda, le llamó en voz baja, casi con timidez:

—¡Tirso!

Volvióse de pronto el recién llegado, y entonces le abrió los brazos, diciendo:

—Soy Pepe.

El abrazo que se dieron fué largo y apretado, sincero tal vez; pero de fijo nadie lo sabrá nunca. Así se conocieron dos hombres a quienes la Naturaleza había hecho hermanos.

—¿Y los padres?—preguntó Tirso con más interés en la entonación que calor en la mirada.

—Buenos... esperándote.

Parecía que ambos empleaban el tú con trabajo.

—Vamos allá.

Reclamaron el equipaje, confiáronselo a un mozo, dándole las señas de donde lo había de llevar, y salieron de la estación.

—Vamos a tomar un coche; ¡hoy es día de gastar dinero!—dijo Pepe.

—¿Para qué? ¿Está lejos la casa?

—Lejos, no; pero tienen mucha gana de verte. Todo está preparado... tu cuarto dispuesto... ¡Verás qué guapa es Leo y cómo te reciben todos!

—No, no; vamos a pie.

—Anda, no seas niño; un *pesetero* nos lleva en seguida.

—¡No!: quiero ir a pie.

Y pronunció el no rotundo, seco, como quien suele dar a la palabra la energía de una voluntad terca.

—Entonces, vamos de prisa, que estarán impacientes.

Echaron a andar. La mañana era fresca y agradable: Madrid recibía a su huésped con un cielo azul, limpio y hermoso. Subieron por la Cuesta de San Vicente, y poco antes de llegar a la puerta, Tirso, mirando frente a ella un edificio pequeño en cuyos muros exteriores había escritos varios versículos del Evangelio, preguntó, torciendo el gesto:

—¿Es una capilla protestante?

—No; es un asilo que ha hecho la Reina María Victoria, la mujer de Amadeo, para que estén recogidos los hijos de las lavanderas mientras ellas trabajan.

Tirso desvió la vista sin contestar.

Siguiendo a buen paso, continuaron por la calle de Bailén cambiando frases indiferentes, sin atinar con lo que debían decirse, ambos cohibidos, como extraños a quienes la casualidad ha puesto en contacto. Desembocaron en la plaza de Oriente.

—Mira, Tirso, estamos en Palacio.

El forastero contempló un instante el soberbio edificio sin poder contener una expresión de dis-

gusto, cual si allí viviera alguien a quien personalmente aborreciese. En esto Pepe se arriesgó, por fin, a preguntar algo que satisficiera el interés que en sus padres y en él mismo había despertado el viaje.

—Vamos, hombre, cuéntame. ¿Qué te trae a Madrid?

—Ya te contaré, ya te contaré: ahora no... ¡Qué lástima que viva ahí dentro un extranjero!—añadió, mirando con saña hacia Palacio.

Más adelante, en la entrada de la calle Mayor, se detuvo mirando a la fachada del Sacramento.

—¿Qué iglesia es esa? ¿Es parroquia?

—Hombre, la verdad... con certeza no te puedo decir; pero creo que ahora está ahí la parroquia de Santa María.

—Poco enterado estás. Anda, vamos a entrar un momento.

—Hombre, ¡si nos están aguardando!

—No importa, dos minutos.

Pepe no comprendía que su hermano dilatara ni tan breve espacio de tiempo el abrazar a sus padres. Sin embargo, por disculparle pensó que aquélla era la primera iglesia de Madrid que Tirso había encontrado al paso y que, siendo cura, lo que hacía era natural. Bajaron la escalinata de junto a la fuente, y en la puerta del templo, Pepe, que iba fumando, dijo:

—Aquí te espero, no tardes; déjame los sacos.

—¡Ah! ¿no entras?

Tirso penetró solo en la iglesia y Pepe se quedó viendo cómo los aguadores llenaban las cubas en la fuente. Pasó entretenido unos cuantos minutos, luego volvió los ojos hacia la portada, pareciéndole inexplicable que su hermano no saliera en seguida; pero transcurrió un buen rato, y nada, no salía. Miró el reloj, dió dos o tres paseos por delante de la fachada, sin soltar los sacos, y volviendo a subir las escaleras, dirigió otra vez la vista hacia la iglesia. Salieron dos viejas y un señor muy gordo, encasquetándose un gorro negro antes de ponerse el sombrero; mas Tirso, dentro permanecía.—«¡Qué calma!—pensaba Pepe.—¡Sabiendo cómo estarán en casa!»—De pronto sacó otra vez el reloj y, notando que había pasado casi un cuarto de hora, bajó la escalerilla: aún se detuvo unos instantes en la puerta, mas en balde. Al fin entró por su hermano.

En el fondo de la nave sombría brillaban las llamas de unas cuantas velas, sin disipar la oscuridad. A la izquierda, al pie de un altar, estaba Tirso hincado de rodillas, juntas las manos sobre el pecho y muy humillada la cabeza. Como Pepe no tenía costumbre de verle, le fué preciso adelantar bastante para cerciorarse de que era él. Cuando iba

ya a tocarle en un hombro, Tirso se puso en pie, hizo ante el altar una lenta genuflexión, se persignó y salió despacito. Al llegar juntos a la puerta, Pepe le dijo, procurando no dar acritud a sus palabras:

—Pero, ¿tú sabes la impaciencia con que estarán en casa?

Tirso, imperturbable, se detuvo un momento a leer un cartel de fiestas religiosas, y luego contestó con severa y pausada entonación:

—Lo primero, es lo primero.

Desde allí anduvieron de prisa, pero yendo siempre Tirso con retraso de un par de pasos.

«Vaya—pensaba Pepe,—éste es cura hasta los tuétanos.»

....

En un balcón estaban esperándoles doña Manuela y Leocadia, y tras ellas, hundido en una butaca sin poder incorporarse, por la debilidad de las piernas, don José, que a cada minuto preguntaba:

—¿No vienen? ¿No les veis?

Al fin desembocaron los dos hermanos por el arco de la Plaza Mayor.

—¡Ahí están!—exclamó Leocadia y, dirigiéndose hacia la puerta, bajó la escalera rápidamente hasta el portal, donde abrazó a Tirso, mientras Pepe decía:

—Ya le tenemos aquí: vamos, vamos arriba.

Doña Manuela les recibió llorando de alegría en el descansillo del principal; y como don José se hubiese quedado solo, con las puertas abiertas, se le oía gritar, alterada la voz:

—¡Tirso, Tirso!

La madre se lo estaba comiendo a besos.

Pepe y Leocadia, llevando cada uno un saco, entraron en el comedor: detrás venían Tirso y la madre.

En vano pretendió el pobre viejo levantarse: logró incorporarse apoyando fuertemente las palmas en los brazos del sillón; mas, al intentar sostenerse sobre las piernas, tuvo que dejarse caer en el asiento. Tirso, entonces, abrazó a su padre, quien, cogiéndole la cabeza entre las manos y oprimiéndosela contra su pecho, permaneció unos instantes sin proferir palabra, presa de una emoción honda y callada. Hubo un momento de profundo silencio. El cura sintió caer una lágrima sobre su cuello; doña Manuela y Leocadia les miraban, sin atreverse a separarlos, ambas impacientes por acercarse; Pepe, temeroso de que aquella impresión dañara a su padre, se adelantó hasta la butaca y, apartando suavemente a Tirso, dijo:

—Que haya para todos; los demás, ¿no somos nadie?

—¡Ya ves, hijo mío, cómo estoy!

—Paciencia, padre: la misericordia de Dios es infinita.

—Y cueste lo que cueste, mucho yoduro—añadió Pepe.

Durante la mañana toda la familia, menos Pepe, que tuvo que ir a casa del señor de Agreda, permaneció reunida en el comedor entregada a la alegría del suceso; pero había en aquella situación algo anormal que ponía trabas al contento. El hijo que por primera vez pisaba el hogar, a los treinta y cuatro años y revestido de carácter sacerdotal, parecía un extraño recibido con afectuosos extremos; la franqueza que con él empleaban resultaba tímida, como si a sus padres y su hermana les fuera difícil tratarle con verdadera intimidad. Especialmente doña Manuela, no sabía qué hacerse: las preguntas cariñosas, las frases regocijadas se le paraban en los labios, reprimidas por un respeto vago; quería bromear, y le era imposible; sus palabras no respondían a las ideas que ansiaba expresar. Diríase que su cariño, privado por largos años de dar señales de vida, surgía repentinamente, pero entorpecido por lo anómalo de las circunstancias. Había ratos en que ninguno sabía de qué conversar con él. Quien parecía más dueño de sí era don José, pero sin tener tampoco con su hijo

la libertad que debiera. Leocadia experimentaba una fuerte impresión de novedad. Se había sentado en uno de los brazos de la butaca de su padre y, como Tirso ocupaba una silla baja y ella le veía de alto a bajo, no cesaba de mirarle y remirarle la coronilla, muy sorprendida de que un hermano suyo tuviese aquello en la cabeza.

A las doce volvió Pepe y almorzaron, ocupando cada cual su puesto en torno de la mesa. Tirso, entonces, permaneció un momento en pie; tomó una libreta, marcó sobre ella ligeramente con el cuchillo una cruz antes de partirla, y, al dejar los pedazos sobre el mantel, extendió las manos murmurando muy quedo, con los ojos medio cerrados:

—*Benedice Domine nos, et hec tua dona quœ de tua largitate sumus sumpturi...*

Ninguno respondió a la oración. Todos, entre sorprendidos y contrariados, guardaron silencio unos instantes: doña Manuela fué la única que, no por hipocresía, sino por docilidad, movió los labios, como si rezara en voz baja. El primero que se atrevió a hablar fué Pepe:

—A ver, chico, a qué te sabe el pan de tu casa.

—Lo que da el Señor es bueno, dondequiera que lo dé.

Pepe añadió:

—Menos las enfermedades, trabajos, disgustos y otros obsequios...

—Con todo lo cual se prueba el temple del alma y se depura la virtud. La desgracia es el crisol de la fe.

—Y pasa uno la vida que es un gozo: aunque yo creo que eso de que se nos somete a pruebas, es calumniar al Ser Supremo.

—¡Ah! ¿Llamas a Dios el Ser Supremo? ¿Eres librepensador?

—¡Quién sabe lo que es! Pero como no me gusta la comedia que estamos representando aquí bajo, protesto en algunas escenas.

—Ya te mostraré yo remedio a todo. Rezando, implorando el favor divino, no queda en el pensamiento lugar a la impiedad.

—¡Cuántas oraciones resultarán impías a los ojos de Dios! ¡Con qué frecuencia se confundirán en la plegaria la esperanza del provecho propio y el ansia del mal ajeno!

—Esa no será oración, sino blasfemia. El mal y la oración son incompatibles. Oración es *aptisima arma, thesaurus prepotens, divitias inexhaustas pariens, fons et radix omnium bonorum.* Virtud, misa, predicación, sacramentos, austeridad, limosna..., todo puede subsistir con el pecado, menos la oración que es al espíritu del hombre como el aire

al pulmón. Por eso dijo Orígenes: *Horrendum est diem sine oratione transigere*, y el Profeta: *Desolatione, desolata est terra, quia nullus est qui recogitet corde.*

—Mal se hermana esa bondad divina con la existencia del mal sobre la tierra.

—¿Qué te sorprende? ¿No brotan en el mismo prado la flor que recrea, la fécula que nutre y la ponzoña que mata?

—¿Y qué falta hacía crear la ponzoña?

—El mal es en la tierra como piedra de toque para el alma. ¿Piensas que en prosperidad perpetua sería mejor el hombre?

—Mira, Tirso, no me gusta defender ideas propias con testimonios ajenos; pero contesta a este raciocinio de Epicuro: lo tomo de antiguo.

—A ver qué herejías paganas te han enseñado en la Universidad.

—O Dios quiere evitar el mal y no puede, o puede y no quiere, o ni quiere ni puede, o puede y quiere. Si quiere y no puede, es impotente y no es Dios; si puede y no quiere, es malo, y, por consiguiente, no es Dios; si no puede ni quiere, es impotente y malo, y tampoco es Dios; y, por último, si quiere y puede, ¿de dónde procede el mal, que no lo evita?

—Discutir no es creer: la razón agobia al pen-

samiento, la fe lo dilata. Quédate con tus dudas y déjame con mis consuelos. Para ti, la soberbia humana; para mí, la gracia divina.

—¿Y qué es la gracia?

—¿Crees en el progreso moderno?

—Sí.

—¿Sabes fijamente cómo, por qué y con arreglo a qué leyes late, palpita y vuela el flúido eléctrico? No; y, sin embargo, crees en el telegrama que te llena de gozo. Pues así es la gracia: maravilloso su origen, secreto su camino; su fin, dulcísimo. Créeme, hermano: el hombre sin fe es aspa de molino sin viento que lo mueva, fuego sin aire que lo sople. Inteligencia en que no haya fe, sea aniquilada: porque es como aquel árbol oriental de sombra dañina que, aun hecho leña y consumido por las llamas y aventadas sus cenizas, envenena el ambiente.

—Con lo cual venimos nada menos que a justificar el Santo Oficio.

—¡No vas descaminado!—exclamó Tirso trémula la voz.

Doña Manuela y Leocadia no entendían bien todo aquello; don José, ya inquieto, golpeaba una copa con el recazo del cuchillo, cual si quisiera que el timbre del cristal ahogara las frases de sus hijos.

Pepe no quiso contestar lo que se le ocurrió en respuesta a las últimas palabras de su hermano.

El diálogo recayó luego sobre el viaje y sus molestias; después hablaron de lo caro que cuesta todo en Madrid; de la agitación de la vida cortesana; de lo mucho que hay que andar para ir a cualquier parte, y de otras cosas, que asemejaron la conversación a la que pudieran haber sostenido con un amigo forastero.

—¿Y qué iglesias hay por aquí cerca?—preguntó Tirso.

Tuvieron que hacer memoria para contestar: sólo doña Manuela quiso responder en seguida.

—San Justo... y la Concepción Jerónima... y...

—Más cerca está San Isidro—decía Leocadia.

—¿En cuál de ellas oís misa?

Nadie repuso.

—Vais indistintamente a cualquiera, ¿eh? Pues eso no es bueno. La misa debe oirse siempre en el mismo templo, y si es posible en el mismo altar y dicha por el mismo sacerdote.

—Yo te diré lo que pasa, hijo mío—respondió don José.— En primer lugar, ya ves, yo no me puedo mover, y tu madre no se aparta de mí un momento. ¡Si vieses cuánto da que hacer en una casa un enfermo como yo! Pepe no tiene tiempo para nada... y esa pobre no tiene quien la acompañe...

—La verdad es que vivimos muy sujetos; ya lo irás viendo. Esta y mamá casi nunca salen: yo, entre unas cosas y otras, trabajo de diez a doce horas diarias...

Tirso comprendió que todas eran disculpas: frunció el entrecejo, y su mirada tuvo un destello frío y duro como el brillo del acero. Le costó violentarse, pero se contuvo y calló.

Al caer la tarde se puso de hábitos y esperó impaciente a que anocheciese por completo, sin cesar de mirar hacia el balcón, donde la luz iba faltando.

—Si vas a salir—le dijo su padre—espera un poco. Pepe vendrá pronto y te acompañará.

Tirso esquivó la respuesta cuanto pudo, y al fin, apremiado por la insistencia de don José, repuso:

—No, no hace falta que nadie se moleste: no quiero sino dar una vuelta por cualquier parte, tomar un rato el aire.

Al cerrar la noche se fué sin preguntar nombre alguno de calle, como quien ya sabe dónde se propone ir y se obstina en ocultarlo. Doña Manueia y Leocadia se asomaron al balcón, y la última, al verle pasar bajo un farol y desaparecer por el arco hacia la Plaza Mayor, tuvo una frase que era la síntesis de la situación por que atravesaba la familia.

—¡Qué raro se me hace esto! ¡Parece mentira que sea de casa!

Cuando Tirso volvió, al cabo de una hora, no contó dónde estuvo ni lo que hizo, limitándose a hablar del bullicio y la animación de la corte. Luego dijo:

—Mucho he andado por esas calles; ¡y cuánta estampa fea y obscena hay en algunas tiendas! Pero, aunque iba de hábitos, nadie se ha metido conmigo.

—¿Pero creías—repuso Pepe—que iban a meterse contigo?

—No hubiese sido extraño que me insultaran. ¡Como ahora la impiedad anda suelta y se nos persigue y nos maltrata quien quiere!...

—Ríete de eso: ya te convencerás de que es mentira. No hay tal impiedad ni tal persecución: en fin, tú lo verás a poco que andes por Madrid.

—Te advierto que me importaría poco. ¿Acaso no tengo buenos puños?

XIII

MIENTRAS doña Manuela y Leocadia acostaban a don José, se retiró Tirso a su cuarto; y aunque el sueño y el cansancio del viaje le rendían, se puso a escribir una larga carta, la cual acaso tuviera relación con la salida que hizo por la tarde.

La luz de la lámpara iluminaba de lleno su rostro cetrino; tenía los ojos grandes y pardos, la mirada terca; la frente alta, afeada por cierta depresión hacia las sienes; los labios recios y todas las facciones angulosas, como de talla mal labrada. Dábanle aspecto de dureza el pronunciado ceño, que fruncía involuntariamente, y un viso obscuro que le quedaba por lo fuerte de la barba, aun recién afeitado. Parecía hombre capaz sólo de sensaciones tardas, pero intensas y durables, pronto a convertir la firmeza en obstinación y la frialdad en violencia. Su afabilidad, cuando la mostrara, debía de

ser forzada; su ira, espontánea; todo revelaba en él un carácter enérgico y no de muy gran ternura. Su devoción sombría antes le inclinaba a entusiasmarse con el vehemente proselitismo de Pedro Arbués, que a sentir el dulce amor a Dios de Santa Teresa. Su progenie sacerdotal no estaba entre los mansos de corazón, sino entre aquellos clérigos que imaginaron abrir las puertas del cielo con el hacha de matar moros. Su fervor religioso tenía asomos de entusiasmo bélico. San Pedro cortando la oreja al siervo del pontífice por defender a Cristo, Santiago batallando en Clavijo, eran a sus ojos mil veces más admirables que San Hilario proscribiendo la fuerza. Unos adoran al Señor, otros pelean por dilatar su reino en la tierra: Tirso era de éstos. Mientras tuviese la Iglesia incrédulos que amordazar, fueros que defender o privilegios que exigir, la vida contemplativa se le antojaba propia de espíritus mezquinos. A las lecturas místicas que arroban el alma dulcemente, prefería esas leyendas de audaces misioneros que son los caballeros andantes de la fe. Un versículo del Evangelio le agradaba sobre todos; aquel que dice: «*No he venido a traer al mundo la paz, sino la espada.*»

....

A la mañana siguiente se levantó temprano y no salió. Estuvo escuchando a Leocadia leer periódi-

cos a su padre, y aunque permaneció largo rato con ellos, no pronunció palabra acerca del objeto de su viaje. Cuando por la noche doña Manuela y Leocadia acostaban a don José, éste dijo a su hija:

—¿Suele venir Pepe muy tarde?

—No, casi siempre antes de las doce.

—Pues espérale hoy y dile que entre a la alcoba; tengo que hablar con él.

Madre e hija adivinaron lo que se proponía, mas ninguna dió a entender la sospecha. A todos sorprendía por igual el prolongado silencio de Tirso. Era realmente extraño que no diese la menor explicación acerca del viaje. Acaso vino sólo por ver a sus padres; pero no era esto creíble en quien dejó pasar tantos años sin hacerlo. ¿Habría venido a pretender? ¿Querría ser canónigo? ¿Tendría quien le apoyara?

Antes de media noche llegó Pepe, y Leocadia, que le estaba esperando, entró con él a la alcoba de sus padres, donde doña Manuela dormía profundamente y don José aguardaba desvelado. Sin chistar escuchó la muchacha el corto diálogo que sostuvieron padre e hijo.

—Pepito, ¿no te choca esto?

—Mucho, y no me lo explico.

—Es que ni una palabra... ¿a ti tampoco te ha dicho nada?

—Tampoco.

—Lleva aquí dos días... No entiendo lo que pueda ser. ¿Qué te parece que hagamos?

—Nada, papá. Si habla, oirle; si no, dejar que pase el tiempo. Ya lo sabremos. ¿Ha venido a casa de sus padres? Bien venido sea. ¿No tiene confianza con nosotros? Pues no se la arranquemos por fuerza.

—Está frío, indiferente...

—No: él debe de ser así. No es hora de charlar ni quiero desvelarte. Además, ya sabes lo que pienso: no nos hemos tratado, no nos conocemos; ¿cómo nos va a querer igual que nos queremos ésta y yo?—Y Leocadia hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tienes razón.

La luz de una vela que Pepe había dejado en la habitación contigua iluminaba temblorosamente el cuadro, y en el rostro del viejo aparecía impresa la intranquilidad que le preocupaba. Tenía la cama medio deshecha, porque estuvo moviéndose nerviosamente hasta que vió entrar a su hijo, y de cuando en cuando dirigía los ojos a su mujer, asombrado de que pudiera dormir libre de las dudas y recelos que él experimentaba.

—Vaya, a descansar, papá.

Pepe y Leocadia besaron a su padre como dos

niños, y salieron. Al pasar por delante de la alcoba de Tirso, le oyeron roncar.

—¿Escuchas?—preguntó ella.

—Sí; no le quita el sueño la emoción de estar en su casa.

—Adiós, Pepito, hasta mañana.

—Abur, monigota, fea.

—Tonto, pareces un chiquillo.

—Adiós, fea, espantosa.

Durante los días siguientes guardó Tirso la misma reserva. No salía, hablaba de cosas sin importancia y esquivaba toda conversación que pudiera referirse a su pasado. Al comer, se sentaba el último murmurando el *benedicite* entre dientes, mortificado porque no lo rezaban los demás, y al ir por la noche a recogerse, sacaba el rosario del bolsillo, marchándose con él en la mano hacia su cuarto.

El primer domingo que pasó en la casa madrugó mucho, permaneciendo encerrado en oración la mañana entera, sin salir a la calle, lo cual a todos sorprendió mucho. Por la tarde, mientras se quedó un rato en el comedor leyendo el breviario, Leocadia llamó a Pepe, diciéndole:

—Ven, ven y verás lo que ha puesto ése en la alcoba. ¿Verdad que está bonito?

Tirso había cubierto los cristales de la ventana que daba al patio con pedacitos de papeles de co-

lores chillones, casados con muy mal gusto y formando caprichosas figuras geométricas: parecía la caricatura de una vidriera gótica. Sobre la cabecera de la cama, había pegado en la pared una mala estampa de un santo, con el pelo rizado y las mejillas muy sonrosadas, que en la palma de una mano sostenía un niño en postura imposible. En el muro de enfrente ofendía la vista un cromo de agrios tonos que representaba, según el letrero puesto debajo, *El último Concilio Ecuménico*, reunión de señores muy viejos vestidos de rojo, sentados en semicírculo como los obispos del primer acto de *La Africana*, y entre los cuales descollaba otro más anciano y de blanco ropaje sobre quien venía a posarse una paloma envuelta en un rayo de luz. Vidriera y estampas dejaban malparados al arte y al sentimiento religioso. Pepe lo abarcó todo con una mirada burlona y dijo a su hermana:

—Estos mamarrachos ha debido de comprarlos en la salida que hizo el día que llegó, porque luego no ha puesto los pies en la calle.

—Indudablemente.

Otra tarde, mientras don José estaba durmiendo, la madre en la cocina y Pepe vistiéndose para ir a ver a Paz de lejos, en paseo, Tirso habló a su hermana muy nervioso y desazonado, aunque procurando parecer sereno.

—Tampoco hoy habéis ido a misa...

—He hecho el chocolate para todos, me he peinado y he peinado a mamá, te he cosido un roto en el manteo que había en tu cuarto, he barrido y he bajado a la compra.

—Es decir, que aquí todo, absolutamente todo, es antes que Dios.

De pronto, mirando un periódico que había encima de una silla, leyó el título: *La Libertad Española*. Y tocándolo apenas con la punta de los dedos, cual si temiera ensuciarse, lo tiró al suelo, murmurando:

—¡Papeluchos ateos!

—No hagas eso, que después lo pedirá Pepe; no tengamos una marimorena—dijo Leocadia, dejando el papel donde antes estaba.

Separáronse tranquilamente: Leocadia se fué en busca de su madre, y Tirso, al parecer apaciguado, se metió en su cuarto; pero de repente, a los pocos instantes, cual si se arrepintiese de haber sido débil, salió otra vez al comedor, volvió a coger el periódico y, arrugándolo con fuerza, lo arrojó contra un rincón, hecho una bola. Se había contenido ante su hermana, y al quedarse solo la ira pudo más que la prudencia. Como el pasillo era muy corto, Leocadia oyó el crujido del papel y, dándose cuenta de lo que sucedía, volvió corriendo

a tiempo que Tirso se encerraba en su habitación.

La perspectiva de una disputa entre sus hermanos asustó a la pobre muchacha, pareciéndole aquello una amenaza a la tranquilidad de todos: su buen juicio le dijo que era preciso ocultárselo a Pepe. En vano intentó desarrugar el periódico con las manos; por fin, en la cocina, lo alisó con una plancha caliente y lo colocó donde Pepe lo encontrara sin que Tirso lo viese.

Al caer la tarde volvió Pepe con Millán, que solía comer allí los domingos, quedándose parte de la noche, para estar cerca de Leocadia, acompañando a don José.

Hízole éste la presentación de su hijo mayor, comieron todos alegremente y de sobremesa hablaron de política, única conversación que tenía el privilegio de distraer al pobre viejo, quien a cada instante hallaba medio de relacionar los sucesos de entonces con los de su juventud, estableciendo comparaciones entre hombres y épocas distintas.

Pepe se había puesto a leer *La Libertad Española*, que pidió a Leocadia y ella le trajo sin una sola arruga, con gran sorpresa de Tirso: Millán, sentado en sitio que le permitía mirar de cuando en cuando sin descaro a la chica, sostenía el diálogo con don José.

—Aquí no se hacen más que torpezas; si el partido liberal se divide, vamos a ver cosas muy tristes—decía el buen señor.

—Ya lo estamos viendo. ¿Le parece a usted poco el incremento que dejan tomar a la guerra?—añadió Millán.

—¡Si hubieran hecho ahora lo que Prim el 69!... Por supuesto que, tarde o temprano, tendrán que hacerlo: con los convenios no se adelanta nada. Cuando el de Vergara, en realidad quienes perdimos fuimos nosotros: luego que el partido liberal aseguró la corona a la Reina, nos trataron como a negros; a Espartero le arrinconaron en seguida; a los oficiales carlistas les favorecieron mucho; decían que todos éramos hermanos, y los nuestros, que se habían batido en invierno con pantalón de dril... iban desterrados a Filipinas o a Fernando Poo en cuanto parecían sospechosos.

—Por eso y por cosas análogas hay tantos republicanos en las generaciones nuevas; no queda otro remedio.

—Eso es muy peligroso: el pueblo no está preparado.

—Y como nadie le enseña nada, tiene que aprenderlo a su costa.

—Es que no hay virtudes cívicas. Si hubierais conocido a Mendizábal, y luego a Olózaga,

que ahora está tan caído...: él fué quien llamó progresistas a los que decían antes *exaltados*. Siempre ha habido más entusiasmo liberal que ahora. ¡Si vierais qué indignación se desencadenó el año 40 contra Toreno y Martínez de la Rosa, porque pidieron la prórroga del medio diezmo, y aun el diezmo entero y la primicia! Pues ¡y cuando Espartero no quiso aprobar la famosa Ley de Ayuntamientos!

—Entusiasmos estériles, y que muchas veces han sido ahogados en sangre.

—En eso tenéis razón. Se condenaba a muerte por cualquier cosa. Desde el fusilamiento de los sesenta compañeros de Manzanares y los veinticuatro de Alicante, el 8 de mayo, hasta el de los sargentos del 22 de junio, no ha pasado año sin ejecuciones: y no hay que olvidar a los Zurbanos, ni a Mariana Pineda, para quien fué preciso hacer un garrote nuevo, porque tenía el cuello muy delgadito...

—A pesar de lo cual—interrumpió Pepe—hay quien desea la Restauración y quien se bate por don Carlos. Si en España quedan monárquicos, y sobre todo borbónicos, es porque nadie lee historia contemporánea.

—En fin, hijos míos, ya sabéis que yo tengo buena memoria: pues bien, desde la Nochebuena

del 43 hasta la del 44, fueron fusiladas doscientas catorce personas, la mayor parte por liberales.

—Tiene usted razón, don José; así pagó la Corona al partido liberal que, primero por el padre y luego por la hija, había hecho tantos sacrificios...

—Pues si llega a tener espíritu santo la familia—añadió Pepe—acaban con el país.

Al oir este chiste irrespetuoso, Tirso no pudo aguantar más. El elogio a Mendizábal, la alusión al diezmo y la primicia, el horror a los fusilamientos de revolucionarios, cuanto revelaba la conversación, le hizo daño; pero aquello de explotar para una gracia la tercera persona de la Santísima Trinidad, puso el colmo a su indignación. Levantándose de su asiento, se acercó al grupo que formaban Pepe y Millán junto a don José y, puesto delante del balcón, sobre cuyo hueco claro se destacó su figura negra y espigada, dijo severamente:

—¡Parece mentira que hombres de juicio hablen así!

Millán calló por discreción, y don José arrepentido de haber dicho tales cosas, dando margen al enojo de Tirso: Pepe, más fogoso, se encaró con su hermano y, aunque hablando moderadamente, repuso:

—Es natural que tengas simpatías por los parti-

dos reaccionarios; son los que os protegen; pero, ¿negarás que nosotros no podemos querer bien a la Iglesia? Siempre, renegando de su origen, ha sido enemiga de la libertad y de la democracia.

—¡La libertad! ¡la libertad! ¿y para qué sirve? Y ¿qué es la democracia? tolerar que manden los pillos. ¡La democracia! ¿Cuántas libras de patatas se compran con eso?

—La libertad es lo que os mandó Cristo que predicarais; la democracia lo que os ha permitido a vosotros, clérigos y frailes, nacidos entre los más humildes, escalar los puestos más altos del mundo.

—Pues Mendizábal fué un ladrón.

—Esa es una majadería que no tiene nada que ver con lo que hablamos. Y, mira, no te irrites; pero por lo que me gusta Mendizábal, es por haber hecho daño a la Iglesia.

—¡Callad, hijos míos, callad!—gritó don José.—¿Vais a reñir ahora? Yo no diré tanto; pero Mendizábal fué un gran hombre. ¡Cuidado si tuvo mérito sacar la quinta de los cien mil hombres!

Tirso hacía inútiles esfuerzos por disimular su disgusto. No se había equivocado cuando, a poco de poner el pie en la casa, imaginó que allí no había devoción ni creencias. Su padre era un progresista ridículo, que se entusiasmaba hablando de Espartero; su hermano un demagogo ateo, de los

que se burlan de la Divina Providencia; su madre una pobre señora, a quien se le figuraba ser santa porque era hacendosa, y Leocadia una chicuela presuntuosa, que se pasaba la mañana embandolinándose el pelo. Allí nadie iba a misa, ni ayunaba, ni rezaba; no había bula, se comía carne los viernes y todos parecían dejados de la mano de Dios. Poco le faltó en aquellos momentos para descargar su indignación en apóstrofes violentos, de los que tantas veces oyó a los señores que frecuentaban la casa de don Tadeo; mas se limitó a decir a su hermano:

—¡Parecéis judíos!

No concebía mayor insulto.

Las mujeres, al oir las últimas palabras del diálogo, dichas ásperamente, se miraron sorprendidas de que allí se riñese por cosas de política; Millán fué a ponerse al lado de Leocadia; don José calló, buscando medio de variar la conversación, y Tirso permaneció de pie ante el balcón, como desafiándolos a todos y dispuesto a reanudar la disputa. Su figura resultaba arrogante; más parecía pronto a pelear, que ansioso de convencer. Al cabo de un rato, salió tranquilamente del comedor. Pepe y Millán se fueron a dar una vuelta por las calles. En el portal, aquél preguntó a su amigo, aludiendo a la escena pasada:

—¿Has oído? ¿Qué te parece?

—Vais a tener muchos disgustos.

—¿Creerás que esta es la hora en que no sabemos a qué ha venido?

—¿Tenía él en el pueblo relaciones con gente carlista?

—¿Por qué lo preguntas?

—Mucho cuidado... no sea que haya venido con algún encargo. Ahora se revuelven mucho. A ver si os da un susto la policía. Para tu padre sería una impresión desastrosa.

A la tarde siguiente se presentó en la casa un caballero preguntando por Tirso. Leocadia le acompañó hasta el comedor y avisó a su hermano; pero éste, al enterarse de quién era el recién venido, salió a buscarlo, llevándoselo a su habitación, donde permanecieron largo rato encerrados. Luego le despidió con grandes muestras de respeto, y a partir de aquella entrevista salió a la calle casi todas las noches sin decir dónde ni a qué iba.

XIV

Menudeaban tanto por entonces los presbíteros que, fugados de sus curatos, aparecían luego como cabecillas en el campo o eran sorprendidos en las ciudades sirviendo de auxiliares y emisarios cerca de las Juntas del partido faccioso, que nada tenía de absurdo la sospecha de Millán; justificábala, además, el empeño de Tirso en callar el objeto de su viaje. ¿No podían haber convertido el fanatismo de aquel hombre en instrumento suyo las mismas gentes que le hicieron clérigo a espaldas de sus padres? La probabilidad de que en el momento menos pensado se presentara la policía en la casa buscando a su hermano, asustó a Pepe, temeroso de la impresión que tal lance pudiera causar en el ánimo del pobre viejo. Respecto a que Tirso provocara disgustos procurando la conversión de la familia, todavía no lo recelaba; mas era de temer algún rasgo intolerante o frase

áspera que turbase la tranquilidad, porque su calma al oir comentar las noticias de la guerra se parecía mucho al disimulo.

Desde el día de la disputa en que llamó ladrón a Mendizábal, hacía la vista gorda en lo tocante al indiferentismo religioso que le rodeaba; pero claramente se veía que no era todo prudencia, sino falta de arrojo. Pepe, deseoso de no dar pábulo a la irritabilidad de su hermano, se abstenía de chistes impíos y frases burlescas, aunque a veces se le venían a los labios oyéndole desplegar ingenuamente la más insensata superstición. Ello fué que ambos comenzaron a fingir cierto comedimiento, a pesar del cual Pepe comprendía que la situación no era para prolongada, y que la menor cosa que proporcionase a Tirso ocasión de mostrar enojo bastaría a desencadenar una tormenta. Por su parte, el cura iba convenciéndose de que había venido a ser entre sus padres y hermanos como árbol trasplantado de pronto a distinta tierra de aquella donde nació. Difícil era que arraigase allí ni pudiese vivir en paz con los suyos. Si fueran tibios en la devoción, negligentes en cumplir las prácticas religiosas, aún habría remedio; pero no se trataba de seres en cuyo pecho estuviese amortiguada la fe, sino de pecadores que, a juzgar por lo que Tirso veía, no la sintieron nunca. El padre carecía de creencias;

era un vulgar soldado de aquel partido progresista que siempre mintió respeto a la religión y mostró mala voluntad al clero; Leocadia y doña Manuela, mujeres mal dirigidas o, mejor dicho, descuidadas. En cuanto a Pepe, su incredulidad, su alejamiento de todo lo divino y sagrado, resultaban más odiosos, por ser fruto, no del olvido de las santas verdades, sino de un profundo desprecio de ellas; le empujaban al descreimiento las corrientes de la época, los estudios modernos, la atmósfera cortesana y una indudable predisposición personal. En esto no se equivocó Tirso: los padres y la hermana se ofrecieron a su observación tales como eran: indiferentes; Pepe, como un impenitente contumaz con quien la lucha había de ser más trabajosa, porque la lucha era inevitable. No vino él al hogar con ánimo de provocarla, mas tampoco le parecía conforme a su ministerio mirar en calma aquel estado de honda perturbación que le hizo prorrumpir en un momento de ira: «Parecéis judíos.» Su fervor era sincero: la conciencia le dijo que, si los azares de la vida le hubiesen colocado junto a gentes extrañas, empecatadas como sus padres y hermanos, habría puesto tenaz empeño en convertirlas, y que mal podía contemplar fríamente la perdición de su propia viña. Cuando resolvió su viaje a la corte, no imaginó tener que consagrarse a esta obra; otros

eran sus designios y él solo los sabía; mas ya que la Providencia le mostraba la mala hierba en su camino, debía arrancarla, aunque fuera al paso y sin distraerse de su propósito principal. ¡Deber justamente grato y penoso salvar a sus padres y hermanos de la condenación eterna! Algo análogo leyó en los libros devotos, pero no tan en grande. Tal santo convirtió a su cónyuge, otro a su padre, alguno a su hijo: él tenía que habérselas con toda su familia, en la cual antes jamás pensó, de la que vivió apartado voluntariamente, pero que ahora se le antojaba rebaño disperso al borde de un abismo, y al cual había de guiar hasta recogerlo en el redil bendito de la Iglesia. Trájole a la corte el servir a empresa más alta, por tratarse de la patria entera y no de unos cuantos individuos; mas ya que Dios ponía la llaga al alcance de sus manos y la herida estaba como en su mismo cuerpo, justo era que la sanara.

Comenzó en esto a agravarse la enfermedad del padre, fueron precisos mayores gastos, vinieron para la familia días tristes y afligióse sobremanera doña Manuela; por todo lo cual determinó Tirso empezar a cumplir su deber, imaginando que en medio de la tribulación es cuando más fácilmente se avasallan los corazones. Su madre y su hermana fueron las primeras a quienes pensó atraerse. Poco

era para su ardiente celo habérselas con mujeres. Hubiera preferido congregar repentinamente a toda la familia y convencerla de su error; pero adivinando en Pepe un adversario temible, no se aventuró a tanto y, mal de su grado, como no pudo ser violento, se hizo astuto: soñó con desempeñar papel de apóstol batallador, y hubo de limitarse a proceder como jesuíta de novela, pero lo hizo de buena fe, persuadido de que trabajaba por la salvación de los suyos.

Una mañana, como observase que doña Manuela estaba poniéndose el mantón para ir a comprar unos medicamentos, se anticipó a ella, la esperó en una esquina próxima, la fué siguiendo por la calle Imperial abajo, y cuando iba a entrar en una botica de la de Toledo, la llamó de cerca.

—¡Madre, madre!

—Hijo, ¿cómo tú por aquí?

—Quiero hablar con usted. ¿Tiene usted que esperar en la botica?

—Un ratito.

—Pues vamos primero por las drogas; aguardaremos juntos, y le diré a usted lo que deseo.

Hablaba con acento severo: su madre le oía con curiosidad mezclada de temor.

—¿Pasa algo malo en casa?

—No: ¡si he salido yo casi al mismo tiempo que

usted! Nada ocurre; pero deseo que hablemos.

Entró doña Manuela en la botica, esperóla él a la puerta, y apenas la vió salir, continuó de este modo, mientras ella le seguía dócilmente:

—Vámonos ahí al lado, al pórtico de San Isidro.—Y subieron las escaleras de la iglesia.

—Mire usted, madre, yo no puedo callarme: estoy disgustadísimo. Desde que llegué a Madrid tengo el alma llena de tristeza...

—Lo comprendo, hijo: nuestra situación no es para menos. ¡Si vieras la crujía que hemos pasado!... ¡Y lo que queda!...

—No es nada de eso.

—Pues no lo entiendo.

—Ahora me comprenderá usted. Mi obligación era decir a mi padre lo que voy a decirle a usted, pero creo que con usted me entenderé mejor: además, su genio y su estado... Más adelante veré lo que he de hacer.

—¿Genio, dices? ¡Si el pobre no molesta a nadie ni se enfada nunca!...

—Quizá por esa bondad tengamos mucho que llorar.

—¡Explícate, por Dios, hijo mío!

—Sí, madre; mucho que llorar y que sentir. Vaya, clarito; en casa no hay religión, y donde falta la religión falta todo. Así les castiga a ustedes Dios.

—¡Castigarnos Dios!

—¡Le parecen a usted poco castigo esa enfermedad, esa escasez, esos sufrimientos!...

—¿Y qué le hemos de hacer? Todos trabajamos. ¿No has visto la vida que llevan tus hermanos y lo que yo me consumo?

—¡Pregunta usted lo que pueden hacer! ¡Parece mentira! Es imposible que Dios les proteja. No, madre: no esperen ustedes alivio ni amparo. En casa no se reza, no se practica una sola devoción... Da grima pensarlo. Desde que estoy en Madrid, ¡cuántas cosas tristes he visto! ¡Ni una oración, ni un acto de piedad! Ya que padre no vaya a misa, bien pudiera sustituirla con algunos actos de recogimiento y penitencia; pero, ¿y usted?, ¿y Leocadia?, ¿y Pepe? ¡Todos herejes! Lo confieso, madre; he dudado mucho antes de dar este paso; pero mi deber es antes que todo. ¿No siente usted miedo... vergüenza por vivir así?

—Y ¿qué quieres que haga? Yo no mando... yo cuido de la casa... y nada más: la limpieza... trabajar y más trabajar... ¡qué sé yo!

—¡Limpieza y trabajo! ¡Con eso piensa usted que ha cumplido! Cuando el Señor la lleve de este mundo, ¿se salvará usted con haber tenido aseada la casa? ¡La casa limpia y el alma sucia por el pecado! ¡Toda la pulcritud para uno mismo, todo el

trabajo para lo material y ni una visita a la casa de Dios, ni un pensamiento para su divina Madre!

Doña Manuela oía en silencio, sobrecogida por aquel inesperado disgusto, que aun para su escasa inteligencia era señal de otros mayores. La vehemencia de Tirso llegó a tal extremo, que la pobre vieja no pudo menos de decirle, casi con enojo:

—¡Hijo, no manotees, que nos ve la gente!

Él estaba ya poseído de su papel, y no hacía caso.

—¡Aquí no hay hijo! No hay sino un sacerdote que ha visto esa lepra asquerosa del ateísmo y quiere curarla. ¿Lo oye usted, madre? Si usted no me ayuda, lo haré yo solo...; y si no puedo lograrlo, se lo diré a todos cara a cara, sacudiré en la puerta el polvo de mis zapatos, como los patriarcas de Israel cuando salían de la casa de los impíos, y no volverán ustedes a verme nunca.

—Y del escándalo y del disgusto se morirá tu padre.

—¿Qué más muerte que la que tenemos encima? El corazón cerrado a la piedad... ¡Si basta entrar allí para convencerse!... Estampas de reos liberales en las paredes, periódicos perversos, comedias o noveluchas que lleva ese Millán, y que permitís leer a Leocadia, libros inmorales..., y en toda la casa no hay una imagen de la Virgen ni una cruz de palo...

—Yo no mando...

—Pues es necesario que mande usted. A falta de padre, y estamos como si faltara, usted es quien debe gobernar: yo la ayudaré... y elija, madre: poner remedio al mal, o dejar que lo remedie yo solo, contra mi padre, contra Pepe, contra todos.

—¡No, hijo de mi alma, por Dios, eso no; a Pepe no le hables de esas cosas!

—¡Ah! ¿Tiene usted miedo? Pues yo no.

Hablaban en voz baja, solos en un rincón del atrio de la iglesia, mientras les miraba curiosamente una mujer que en la escalinata vendía estampas, caras de Dios con marco de estaño, chufas, majuelas y torrados. Tirso intimidaba a su madre accionando con ademanes descompuestos: ella, ya ansiosa de cortar el diálogo, miraba alternativamente hacia el suelo y hacia la acera opuesta, donde estaba la botica. Las acusaciones de impiedad no le hicieron en un principio gran efecto; pero cuando Tirso dijo que aquella misma impiedad era causa de los males sufridos y lo sería también de castigos eternos, su debilidad mujeril cedió al empuje del creyente. Lo que más la acobardó fué la amenaza de que hablaría con Pepe.

Guardaron silencio unos instantes: él, dudoso del éxito de su empresa; ella, turbada, deseosa de sustraerse al influjo violento de aquel hijo que,

para sojuzgarla mejor, acababa de decirle: «No soy sino sacerdote.»

—¿Vamos a la botica?—se atrevió por fin a preguntar la madre.

—Espere usted; no quiero que nos separemos así. ¿Trabajará usted conmigo para que seamos todos cristianos, o me entiendo yo con Pepe y con mi padre? ¿Imagina usted vivir santamente no haciendo daño al prójimo? ¡Qué ceguedad! ¿Y usted misma? ¿Y su salvación? Rece usted, madre, esto es lo primero, y Dios la iluminará. Venga usted a misa, y a poco que despierten los buenos sentimientos cesará de reir las bufonadas sacrílegas de mi hermano, y arderá usted en deseo de auxiliarme. ¿Lo promete usted?

—Sí, hijo—contestó azorada;—pero a Pepe no le cuentes nada de esto.

—¡Ya sospechaba yo que él es quien tiene la culpa de lo que ocurre! Quedamos en que usted es mía, es decir, de Dios; si no, me marcharé para siempre, después de declarar que no quiero vivir entre judíos.

Bajaron lentamente las escaleras del atrio, esperó Tirso a la puerta de la botica y, al ver salir a su madre con un frasquito en la mano, dijo:

—¡Tanto esmero, tanta solicitud para buscar remedio a los males del cuerpo, que no importan

nada, y ni un pensamiento para la salud del alma! Acuérdese usted de lo que acabamos de hablar.

En seguida se separó de ella, dejándola confusa y aturdida, como criada a quien acaban de sorprender cometiendo un delito. El pecado, la condenación, la impiedad sonaron en sus oídos a modo de palabras vacías de sentido; las amonestaciones de un Bossuet no hubiesen ejercido en ella más imperio. Lo que la dejó amilanada fué la amenaza de hablar a su marido y a Pepe, segura de que esto provocaría un disgusto gravísimo. ¿Qué podía hacer ella para evitarlo? Nada. Sentía impulsos de contarlo todo al llegar a casa; pero ¿y luego? Don José tal vez transigiese por agradar al hijo de cuya presencia vivió privado tantos años; mas ¿qué haría Pepe viendo que sus mimos, sus desvelos por evitar toda desazón a su padre quedaban malogrados por la influencia de Tirso? No era doña Manuela capaz de analizar el conflicto, ni fuerte para arrostrarlo. Harto hizo entrando en casa con los ojos secos.

El domingo siguiente, Tirso salió muy de mañana; Leocadia, después de disponer los desayunos, ayudó a levantar a su padre, y cuando tuvo que sentarlo en la butaca llamó a Pepe, que se estaba vistiendo para ir a ver a Paz.

—¡Pepe, Pepe!—gritaba desde la alcoba;—ven, que sola no puedo poner a papá en el sillón.

Acudió él en mangas de camisa, besó a su padre, que esperaba apoyado en el borde de la cama, y, levantándolo vigorosamente, le acomodó en la butaca: entre ambos le empujaron luego hasta el comedor, y le sirvieron el chocolate con buñuelos, que todos los domingos tempranito llevaba *Pateta* de casa de su protector.

Cuando Pepe fué a concluir de vestirse, preguntó a su hermana:

—¿Y mamá?

—En misa.

—¿En misa?—repitió Pepe, sorprendido, pero sin mostrar enfado.

—Como está aquí Tirso, será por no disgustarle.

—Eso debe de ser.

XV

Doña Manuela era incapaz de aquilatar la importancia que tenía aquella brusca ingerencia de su hijo mayor en la vida de la casa, pero se acobardó ante la idea de que entre ambos hermanos hubiera desavenencias graves que perjudicaran al padre. En cuanto a poner remedio, sólo se le ocurrió impedir toda explicación entre Tirso y Pepe. Para esto era forzoso acceder a los deseos de aquél, ir a misa y someterse a prácticas devotas, como antes se había plegado a la tibieza religiosa que siempre demostraron el marido y el hijo menor. Doblegóse, pues, deseosa de evitar contrariedades, y su primer acto de sumisión fué ir a misa. Al volver de la iglesia, Tirso la recibió con una sonrisa muy cariñosa, y ella consideró pagada su molestia; porque tal le pareció, sobre madrugar más de lo ordinario, vestirse algo mejor que de costumbre, abandonar los cuidados de la casa y pasar media hora en el

templo rezando *Ave Marías* y *Padres nuestros*, que tenía casi olvidados. Algún recelo abrigó de que Pepe la hiciese burla; mas éste no manifestó el menor desagrado. En cambio Tirso, aunque con gesto bondadoso, preguntó a su madre:

—¿Por qué no ha llevado usted a Leocadia?

—¿Y quién había de hacer las cosas de la casa?

—Primero es cumplir con el Señor.

Doña Manuela había pensado llevar consigo a su hija, pero tuvo en cuenta que era preciso levantar a don José, disponer la comida y arreglar los cuartos; además consideró que, como Millán trabajaba durante la semana y aprovechaba los domingos para ver a la muchacha, tal vez ésta perdiese la visita del novio, si se le ocurría venir temprano. Lo grave era que el callar a Tirso esta última consideración era ya prueba de excesiva docilidad.

Pepe aguardó impaciente hasta el miércoles de aquella semana, que era día festivo, y estuvo en su cuarto mientras se vestía atento a los ruidos que escuchaba, deseoso de colegir, por el rumor de los pasos y el abrir y cerrar de puertas, si salía su madre a misa. No le duró mucho la incertidumbre: su hermana le llamó para levantar a don José; y como éste le preguntara por la madre, Leocadia dijo que había ido a la iglesia.

—Aunque me lo ocultéis—repuso Pepe—veo que aquí anda la mano de Tirso.

—No sé; pero, hazte cargo; estando él en casa parece feo que nadie oiga misa.

—Eres lista y comprenderás mi temor. Sabes que en estas cuestiones aquí hace cada uno lo que quiere. Papá y yo no creemos en ciertas cosas, y nunca hemos practicado, como dicen los devotos; vosotras no lo habéis hecho porque no habéis querido, pero nadie os ha obligado a ser judías.

—¡Hombre, judías no somos!

—Bueno; supongamos que ahora os da por ahí, en esto no me meto. Lo triste sería que los consejos, acaso las amenazas de Tirso, lograran que cayeseis en exageraciones; en cuanto a papá y a mí, ya sé yo que no hay quien nos haga, por ejemplo, ayunar, comer de viernes, ni otras tonterías por el estilo.

—No creo que se meta en eso.

—Conviene precaverlo todo. Si esto ha sido cosa de Tirso y ha empezado por hacerla ir a misa, luego querrá que confiese, vele al Santísimo y vaya a las Cuarenta Horas, con todo lo cual verás cómo anda la casa y se descuida el atender a papá.

—Ya estás creyendo que se nos ha entrado la Inquisición por la puerta.

—Milagro será que no pretenda hacernos a todos beatos.

En aquel momento sonó la campanilla y abrieron. Era doña Manuela, que al ver a Pepe se turbó algo.

—¿De qué color era la casulla?—le preguntó él bromeando.—¿Y por qué te quedas así, mamá? ¡Ni que fuera yo un guardia civil!

—¡Como tienes esas ideas!

—No vayas a pensar que me enfado: ni tengo derecho, ni hay por qué. Pero sentiría, si anda en ello la mano de Tirso, que acabe por sorberte el seso y te convierta en una de esas devotas que se comen los santos.

—Tanto, no; pero un poco de religión no viene mal.

—¿Como de cuando en cuando una medicina?

—Que te oiga tu hermano, y disputa al canto.

—Tienes razón; más vale que no me oiga, porque acabaríamos riñendo.

—Mira, hijo, no tengamos algún disgusto por vosotros.

—Por mí, no, mamá; puedes estar segura. Con tal que él no extreme las cosas y pretenda que nos demos duchas de agua de Lourdes.

—¡Te advierto que a mí no me ha dicho nada! He ido a misa porque, estando él aquí, me parecía feo...

Esta disculpa no exigida fué para Pepe un rayo

de luz: ya no le cupo duda de que las idas a la iglesia eran obra del otro. Propúsose desde entonces observar, exagerando la prudencia, y prepararse a contrarrestar enérgicamente el influjo de su hermano cuando fuese preciso. ¿Qué determinaría esta necesidad? No era fácil adivinarlo. Si los manejos de Tirso quedaban reducidos a misas y rosarios, no valdría la pena de intervenir en ello: lo malo sería que la madre, lentamente sorbida por la devoción, pretendiera luego variar la vida de la casa, que aborreciese las ideas de su marido, que surgieran la intolerancia, el enojo por la falta de piedad y cuanto el fanatismo religioso trae consigo. Pepe sabía que al convertir a un incrédulo, como al seducir a una mujer, sus primeras condescendencias son señal de su vencimiento. Hasta dónde puede llegar el triunfo, nadie lo sabe: la conciencia, avasallada por la fe, pierde su libertad, igual que la virtud se rinde a la pasión.

Sin olvidar un punto el cariño y el respeto que profesaba a su madre, comprendía que si el fanatismo se enseñoreaba de ella, aquel hogar tranquilo se trocaría en una sucursal del infierno. «Es natural—pensó tratando de bucear en la intención de su hermano,—con papá y conmigo no se atreve: si emprende campaña para catequizarnos, procurará

primero conquistarlas a ellas. Que les haga rezar cuanto quiera; pero armar aquí peleas por defender a los curas trabucaires, malgastar dinero en novenas y desatender a papá por adornar altares, lo que es eso... de ningún modo!»

Transcurrieron unas cuantas semanas sin que la situación variase notablemente, pero sin que a Pepe le pasara inadvertido el menor detalle de lo que ocurría. Las novedades más salientes fueron poner la madre los viernes un pucherito aparte para Tirso, que no quería comer de carne; colocar a la cabecera de la cama del matrimonio una cruz de madera; detenerse los domingos en misa un ratito más que los primeros días, y comprar un devocionario impreso con caracteres gruesos, propios para persona a quien los años han fatigado la vista. Leocadia comenzó también a ir a la iglesia y ambas dieron en repetir la oración que decía Tirso antes de las comidas.—«¿Dónde diablos habrán aprendido este rezo?»—se preguntaba Pepe.

Poco le duró la duda. Una mañana, buscando unas tijeras en el costurero de su hermana, halló, entre carretes y cintas, un librito en cuya portada se leía este título: *Oraciones nuevas para todos los actos de la vida, que son otros tantos escudos contra las malas tentaciones.* Lo abrió sonriendo, y vió el más completo repertorio de peticiones y acciones

de gracias que imaginarse puede. Habíalas, hechas como de encargo, para ántes y después de comer, para las horas del sueño y el trabajo, y hasta para torpes casos a los cuales jamás sospechó Pepe que pudieran estar sujetas su madre y su hermana, como uno que llevaba este epígrafe: *Para cuando sintamos deseos lascivos.*

Después, en unas páginas a manera de prólogo, leyó entre otros párrafos el siguiente:

«Los esfuerzos que hagan los padres por convertir a sus hijos, las tentativas de éstos para inculcar la piedad en el corazón de sus mayores, las instigaciones de los amos para despertar la devoción en el inculto natural de sus criados y las piadosas mañas de los sirvientes para someter la mente de los señores al temor de Dios, serán por Él premiadas y bendecidas. No hay paz en la casa del impío, ni es justo el que tolera impíos a su lado. Cuanto con mayor vínculo estemos unidos al impío, más imperioso es el deber de convertirle, hasta humillándole, si es preciso. Mejor es quedar mal con nuestros padres de la tierra, que perder el amor del Padre que está en los cielos. Acordémonos, hermanos míos, del glorioso San Agustín, que decía: *Ni mi madre ni las amas que me criaron se llenaban a sí mismas los pechos de leche, sino que vos, Dios mío, erais quien se los llenaba.* Bueno es el

amor a los padres, pero mejor es el temor de Dios, y no le teme quien soporta a su lado padres ateos, hijos herejes, criados blasfemos o amigos descreídos. Con hierro ardiendo se cauteriza la mordedura del perro hidrófobo: con el divino fuego de la fe debe quemarse el miembro podrido en la familia donde lo hubiere.»

«¡Qué brutos!»—exclamó Pepe sin leer más, y dejando el librito donde estaba.

Aquella noche Pepe y Millán, terminado su trabajo, salieron juntos de la imprenta.

Las calles de los barrios bajos estaban solitarias y sombrías; apenas de cuando en cuando encontraban una pareja enamorada que iba acortando el paso por prolongar el diálogo, un sereno sentado en el escalón de un portal, o un mancebo de tienda de comestibles con la puerta entreabierta en espera del matute. El aire, gratamente fresco, parecía limpiar de impurezas el ambiente; y sólo el rodar de algún coche interrumpía el silencio, perdiéndose luego rápidamente el ruido en la distancia. Pepe iba triste y como ensimismado.

—¿Te pasa algo? Parece que te han dado cañazo—le dijo Millán.

—Estoy de muy mal humor.

—¿Por qué?

—A ti te lo puedo decir.

—¿Necesitas dinero? ¿Quires la semana o el mes adelantado?

—No; muchas gracias, chico. En esto el dinero no puede nada.

—¿Estás de monos con la *señorita?* Temo que el noviazgo ese te va a dar mucho que sentir.

—Te equivocas: Paz está conmigo más cariñosa que nunca; parece que pone mayor vehemencia en su cariño, y por cierto no sé a qué atribuirlo..., no me lo puedo explicar.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Lo de mi casa.

—Tu hermano...

—Sí: aquello va tomando mal aspecto.

Pepe puso a su amigo al corriente de todo, explicándole cómo Tirso había logrado que doña Manuela y Leocadia fueran a misa, que recitaran con él las oraciones a la hora de comer, la compra del devocionario y el hallazgo del librito, sin omitir el piadoso espíritu que inspiraba sus páginas.

—Todo eso tiene poca importancia—dijo Millán:—lo malo sería que discutiendo de política o hablando de la guerra, le diese un disgusto a tu pobre padre. Sé prudente, pero ándate con cuidado.

—Conmigo habla poco, procura que no nos que-

demos solos y rehuye toda conversación larga..., y esto también lo hace con papá: a Leo y a mamá es a quienes él quiere agradar.

—Lo de siempre, apoderarse de las mujeres para hacer guerra a los hombres.

—Temo que no te falte razón.

—Pues chico, mucho ánimo, y a evitar lo que pueda sobrevenir. Estás expuesto a que se convierta la casa en un reñidero de gallos.

—¡Eso ya lo evitaré yo!—dijo Pepe con extraordinaria energía.

—Créeme; nada de violencia. Lo que debes evitar, ante todo, es que tu padre sufra el menor disgusto; y figúrate la pena que le ocasionarías peleándote con Tirso.

—Entonces, ¿voy a cruzarme de brazos?

—No: debes reflexionar mucho lo que hagas; y... vaya, chico, no pensaba contarte nada; pero ya que hablamos de esto, allá va: estoy seguro de que te harás cargo de todo.

—¡Habla claro!—exclamó Pepe.

Calló Millán un instante, como dudando; mas viendo reflejada la impaciencia en el rostro de Pepe, continuó de este modo:

—Me parece que no vuelvo a poner los pies en tu casa, al menos por ahora.

—¿Por qué, si allí nadie te ha ofendido?

—Vamos por partes. Tú sabes que yo quiero a tu hermana.

—Y tú sabes que a mis padres y a mí nos parece muy bien. Nuestra situación...

—No se trata de eso, sino de cosas del corazón: tan pobre soy yo como vosotros. Leocadia, puedo decirlo sin vanagloriarme... yo la quiero, ¿eh?, pero ella, vamos, me parece a mí que también daba señales de quererme; y digo daba...

—Decías que estaba yo de monos con Paz, y ahora resulta... Esas son cosas vuestras. A ti y a ella os sé de memoria: total, cuatro días de enfado. Ninguno de vosotros es capaz de portarse mal...

—Escucha y ten calma. Mucho me equivoco, o lo que me sucede está relacionado con tu hermano.

Pepe, al oir esto, se paró en medio de la acera, mirando a su amigo con la mayor curiosidad y diciéndole:

—Habla, habla.

—Sí, con tu señor hermano. Leocadia no se muestra conmigo igual que antes, ni tan expresiva ni tan cariñosa...; ha variado mucho, y la mudanza coincide con la llegada de Tirso, mejor dicho, con las devociones de tu madre. En una palabra, temo que, así como ha influído en doña Manuela para que rece, trata de conseguir que tu hermana no me quiera... Le seré antipático... ¡qué sé yo por qué!

—¿Y por qué has de serle antipático?

—¡Pareces bobo! ¿No me ha oído hablar? ¿No sabe que pienso como tú y tu padre? ¿No viste la cara que puso el día de la discusión sobre las iluminaciones origen de las pedreas a los retratos del Papa? Me parece que siendo cura, y con su vehemencia, tiene bastante. Lo menos creerá que la chica está en amores con Pedro Botero el de las calderas.

—¿Supones que ha hablado a Leo en contra tuya?

—No lo sospecho: estoy seguro, como si lo hubiese oído.

—¿Y te fundas...?

—Un libro te ha puesto de mal humor: otro me ha hecho a mí comprender lo que sucede. Ya sabes que tu hermana siempre me está pidiendo libros que leer, y que yo le llevo novelas; a una mujer no le vamos a dar la colección legislativa. Pues bien: el domingo pasado, al devolverme el penúltimo tomo de *Nuestra Señora de París* y otro de *Ivanhoe*, me dijo:—«No me traigas más, Millán; ahora no puedo distraerme, tengo mucho que trabajar.»

—No es verdad: hace dos semanas que no le dan labor.

—Por eso advertí lo que ocurría. Al poco rato,

tu padre, sin saber que Leocadia se resistía a que yo le llevara lo que faltaba de *Nuestra Señora*, se lamentó delante de tu hermana de que no tenía trabajo, y ella se marchó del comedor en seguida. Cuando nos despedimos en el pasillo le pregunté a qué obedecía aquello y respondió con evasivas. En esto salió Tirso de su cuarto y, como quien está enterado de lo que oye tratar, me dijo: «¿A qué insistir? ¿No ve usted que no quiere leer indecencias?»

—¿Y qué le contestaste?

—¿A tu hermano y en tu casa? Callar y marcharme; pero, lo confieso, me dieron ganas de meterle un tomo por los hocicos. ¡Lo menos se habrá figurado que llevo a la chica libros de mal género!

—Indudablemente; eso ha sido.

—Era la primera vez que Leo y yo nos separábamos así, poco menos que incomodados, y me faltó tiempo para volver el lunes. ¿Te acuerdas de que fuí por la tarde con el pretexto de las pruebas y estuve hablando con ella?

—Sigue, sigue: ¿y qué te dijo?

—Hombre, hay cosas que no se pueden explicar... Ya comprendes tú la diferencia que hay de estar una mujer cariñosa, satisfecha de verse querida, a estar fría, esquiva, sin hacer caso del hombre que tiene al lado.

—Pues una de dos: o te equivocas, y no hay nada de lo que sospechas, o Tirso tiene la culpa; y si es así, en mi casa va a haber más guerra civil que en el Norte.

—Mucho lo temo; y lo peor es que yo he perdido terreno con la muchacha.

—Vamos con tiento. ¿Tienes algún lío, algún trapicheo que, sabido por ella, la haya enojado?

—No: palabra de honor.

—Pues yo lo pondré todo en claro.

—No pensaba formarlizar aún la cuestión por... por falta de cuartos; pero puesto que han venido rodadas las cosas, conste que tu padre y tú podéis considerarme, si queréis, como de la casa; ¿entiendes? Ya lo sabéis, mi deseo es casarme en cuanto pueda.

—Yo te prometo que saldremos de dudas.

—¿Qué vas a hacer?

—Despejar la situación. ¡Veremos quién lleva el gato al agua!

En seguida avivaron el paso, separándose al llegar cerca de la calle de Botoneras, donde se despidieron, quedando Millán algo esperanzado con la intervención ofrecida. Pepe entró en su casa de puntillas, abrió despacito, por no despertar a los que dormían, encendió la vela que a prevención dejaba Leocadia en una palomilla del pasillo, se

entró a su cuarto y se acostó, pensando en aquel recelo que le inspiraba su hermano, y en las complicaciones que temía. Luego, serenándose su ánimo, se acordó de Paz y del aumento que imaginó notar en su amor. ¿Cuál sería la causa? ¿Por qué, lejos de convencerse de que *aquello* era una locura, ponía empeño en mostrarse más apasionada?

XVI

VIENDO Tirso que la madre atendía sus exhortaciones, no solamente insistió en ellas, sino que trató de conquistar el ánimo de Leocadia, siéndole necesario para ello variar de método, pues la diferencia de caracteres entre doña Manuela y su hija pedía táctica diversa. La primera cedió por bondad y mansedumbre: en ella era hábito plegarse a la voluntad ajena. Cuando joven, obedeció a su marido; después, erigido Pepe en jefe de familia por la fuerza de las circunstancias, se acostumbró a mirarle como tal, y en las menudencias caseras seguía el parecer de su hija, mostrando en todo ser nacida para obedecer. Las condiciones de Leocadia eran distintas: tenía el genio voluntarioso y, aunque sin faltarles al respeto, respondía a sus padres con entereza; en sus caprichos de muchacha pobre, ponía siempre cierta obstinación; si se empeñaba en reformarse un traje, no

cesaba de dar vueltas a los trozos de tela, hasta lograr lo que se propuso; gustándole un peinado, no hallaban paz sus manos hasta conseguir hacérselo, y en todo revelaba una firmeza muy difícil de vencer. Tirso notó también que, a pesar de lo humilde de su situación, era algo vanidosa y estaba pagada de su persona, y como poseída de un cierto deseo inmoderado de imitar prendas y costumbres de mujeres más favorecidas por la suerte. Jamás consintió, por ejemplo, en hacer a Pepe blusas para trabajar en la imprenta, ni bajó nunca a la tienda de la esquina próxima con pañuelo a la cabeza; a su hermano quería verle lo mejor vestido que fuera posible; y en sus trajes propios, aun luchando con la falta de dinero para adornos y perifollos, procuraba siempre copiar modelos elegantes. Por no tenerlos de oro, llevaba sin pendientes las orejas y los dedos sin anillos.

Si admitió de buen grado el amor de Millán, al tiempo que éste cursaba con Pepe la carrera, luego, cuando aquél tuvo que abandonar los libros y dedicarse a un oficio, experimentó una contrariedad grandísima. De continuar su hermano en la Universidad, acaso hubiese procurado romper pronto sus relaciones con el impresor; mas obligado Pepe a hacer lo mismo al poco tiempo, comprendió que no podía rechazar a Millán, y continuó aceptando su

cariño, sin que la correspondencia con que lo pagaba mereciese en realidad nombre de amor. Por falta de antecedentes, no podía Tirso apreciar todo esto; pero alcanzó lo bastante para convencerse de que ni Leocadia estaba verdaderamente enamorada, ni desecharía por Millán lo que el lenguaje de la codicia llama un buen partido, y esto le autorizaba a esperar que, si la madre había cedido por docilidad, la vanidad y el amor propio serían buenos medios para subyugar a la hija. Mejor quisiera él infundir la devoción en sus corazones con la vehemencia del celo que le inflamaba, pero comprendió que le era forzoso plegarse a la índole y carácter de cada pecador para convertirlo más seguramente. Por fin, muchos días después de haber hablado con doña Manuela, determinó sondear a Leocadia; y hallándola una tarde leyendo en el comedor, mientras la madre había salido y don José reposaba, se acercó a ella diciendo entre afable y severo:

—¡Sabe Dios qué libraco será ese! ¿Es de los que te trae el novio?

—Sí.

—¡Bonito papel para un joven el de procurar lecturas nocivas a la mujer a quien quiere, y buen modo de amar... suponiendo que te ame!

—¿Por qué dices eso?

—Cálmate, hija, cálmate; no quiero decir, ¡Dios

me libre!, que no te quiera; lo que me choca es que tú le quieras a él.

—¡Ya lo creo que me quiere!

—No parece de mala índole; pero le sucede lo que a tu hermano: debe de estar plagadito de las ideas de ahora y ser de esos que no creen ni en la luz del día. Listo, sí será; ¡lástima que tenga oficio tan feo!

—El de su padre... Empezó a estudiar para abogado; pero luego le sucedió lo mismo que a Pepe.

La palabra oficio sonó en los oídos de Leocadia como Tirso había previsto.

—Tendrá que estar siempre metido entre trabajadores y jornaleros: luego le afinarás tú... aunque mala tarea es.

—Pero, ¿imaginas que Millán es mozo de cuerda o sereno?—repuso ella riendo forzadamente.—Te equivocas: es un muchacho decente, como Pepe... que tiene que vivir así, trabajando...

—No, hija, como Pepe, no: nuestro hermano es hijo de un funcionario público; el padre de ese joven, si no he oído mal, era cajista, jornalero.

—Impresor.

—Llámalo como quieras. Siendo ya viejo, llegó a dueño de la imprenta; pero su origen no puede ser más humilde. Eso no quiere decir que sea mala persona; pero, en fin, ¿por qué te disgusta que nosotros ambicionemos para ti lo mejor?

Leocadia le miró sorprendida de que así se preocupara con su porvenir.

—Lo que quiero decirte—prosiguió el cura—es que, tan joven, y reuniendo cualidades que son en la mujer prenda de sana prosperidad, no debes contraer compromisos formales con un hombre inferior a tí; porque esto no me lo negarás. Acaso tenga posición más desahogada que la nuestra; pero, una cosa es el bienestar, y otra la esfera de cada uno. Ni nuestros padres ni nuestros abuelos han sido menestrales. Créeme, no te comprometas con nadie; no renuncies a tu libertad. No has nacido para mujer de un jornalero.

—¡Dale con lo de jornalero! tiene una industria; vamos, una imprenta; no es un gañán.

—¡Bah!, hija mía: llamemos a las cosas por sus nombres. Trabajador, no es más que trabajador; y, si te casas con él, Dios sabe si tendrás algún día que llevarle la comida en una cesta, como a un albañil.

—De modo que, según tú, debo esperar a que venga a pedir mi mano un título de Castilla.

—Lo que digo es que, aunque sea un buen chico, no está justificado que renuncies por él a lo que te reserve la Providencia. Nadie sabe cuál es el porvenir de una doncella.

Harto conoció Leocadia que tras aquella vaga

esperanza de posible prosperidad, lo que verdaderamente impulsaba a Tirso era la antipatía que sentía contra Millán, desde que vió que en política y en falta de piedad coincidía con Pepe; mas como estos mismos argumentos se los hizo a sí propia, no dejaron de ejercer presión en su ánimo. Parecíale innegable la bondad de Millán, y, sin embargo, el cura tenía, en parte, razón. El roce con baja gente había dado a su franqueza cierto tinte rudo, a veces rayano en la groseria; a sus sentimientos honrados servía de intérprete un lenguaje tosco; para verle aseado y algo compuesto, era preciso aguardar al domingo; acaso acertase Tirso y, andando el tiempo, tuviera que llevarle en cesta la comida, resignándose a ser una menestrala, es decir, el tipo contrario al de las señoritas, cuyos modales y trajes procuraba imitar.

En otras ocasiones hizo Tirso a su hermana razonamientos análogos, y como el terreno estaba bien preparado la semilla comenzó a germinar. Iniciado en ella el desvío, lo primero que hizo fué evitar que entre semana menudearan las visitas de Millán, con pretexto del préstamo de libros; luego ocurrió la escena narrada por aquél a Pepe y en la cual intervino Tirso, y, por último, la muchacha mostró tan claramente su desamor, que el novio casi dejó de merecer tal nombre. A ser el afecto de Millán

pasión hondamente arraigada, hubiese puesto su empeño en recobrar lo que perdía; mas también en él venció el orgullo al cariño.—«No hables de esto con tu hermana—dijo a su amigo, —porque el querer no se impone ni es para recibido de limosna.»

Aquello produjo a Pepe malísima impresión, por ver demostrada la intervención del cura. No cabía duda: tras intentar apoderarse del ánimo de la madre, comenzaba por distintos medios a explorar el de la hija para los mismos fines. ¿Cuáles serían sus propósitos ulteriores? Motivos de conveniencia personal, seguramente ninguno. Lo único verosímil era que obrase impulsado sólo por proselitismo religioso, y en este caso, para comprometer en la empresa la paz y la dicha de la familia, su fanatismo debía de ser grande. ¿Cómo arriesgarse, de otra suerte, a promover una escisión entre padres e hijos, aventurando la tranquilidad del hogar y la poca salud de don José, por la mera falta de cumplimiento en los deberes piadosos? Tanto repugnaba esto Pepe, que no le era posible atribuir a su hermano tamaña obcecación, pensando que debiera moderar su celo con afectos más terrenales, pero no menos puros. Su entendimiento rechazaba la posibilidad de que existiera hombre capaz de afligir a sus padres por sentar plaza de apóstol. La displicencia con que Millán y Leocadia co-

menzaron a mirarse, perdió con esto importancia a los ojos de Pepe: su verdadera preocupación fué la conducta de Tirso, y llegó a disgustarse tanto, que su novia lo echó de ver en seguida.

Primero, cierto espíritu novelesco, propio de niña libremente educada, hizo a Paz entusiasmarse con el amor de Pepe: después, cuando llegó a comprender lo que él valía, esta inclinación se transformó poco a poco y, lo que al comienzo fué juego de la imaginación, vino a ser, del modo más natural, sincero y bien arraigado amor. El empleadillo, como ella imaginaba que sus amigas le llamarían si llegaran a conocerle, se le había entrado al alma, persuadiéndose de que le quería porque empezó a temer la cara que pusiera su padre al saberlo, a pesar de los alardes democráticos que solía hacer en el Parlamento. Pero no era esto lo que más la desazonaba. Su inquietud nacía de ver siempre amargado a Pepe: el convencimiento de estar enamorada brotó de aquella relación que estableció su inteligencia entre la pena que ella sentía y la inquietud que él mostraba. Cuando se hizo cargo de que, aun ignorando la causa, el pesar de su novio la desvelaba; cuando, sin poder aquilatarlo, sintió como propio un dolor ajeno, entonces advirtió

que su corazón latía con doble vida. Paz, en apariencia frívola, a semejanza de todo el que no ha sufrido, pero muy lista, se persuadió pronto de que amaba, y lejos de amedrentarse ante las contrariedades que el amor trajese consigo, se preocupó exclusivamente con el dolor del hombre a quien quería. La primer muestra de ello fué la sinceridad con que le habló.

Una mañana, en la biblioteca de su padre, que era donde se veían en los ratos que aquél faltaba de allí, dijo a Pepe, empleando su lenguaje expansivo y franco, entonces más franco que nunca:

—Tengo que decirte una cosa muy grave. He hecho un descubrimiento: tú no me quieres y yo te quiero mucho más de lo que me figuraba.

—No te entiendo.

—Clarito, hijo; que tu amor—emplearemos esta palabra, para mayor solemnidad, aunque ya sabes que a mí me gusta más decir cariño—pues bien, que tu amor es mucho más tibio que el mío.

—Veamos cómo se prueba ese grandísimo embuste.

—Pase que siempre me estés aburriendo con lo de ser yo rica y tú pobre, por supuesto, que no me ofendo; pase la manía de los celitos, que no tienen sentido común; pase el estarte sin venir tres y cuatro días seguidos, para que te espere con más deseo.

—No: por miedo a que tu padre sospeche.

—Déjame acabar: lo que no pasa es que tengas disgustos, que estés apesadumbrado y me lo calles. ¿Tan poco valgo, que no sirvo para consolarte?

—¿Y qué tiene que ver esta ternura, alma mía, con el descubrimiento?

—Pues no puede estar más claro. Que tú, sufriendo y ocultándomelo, revelas una falta grande de confianza, que es falta de cariño; y yo, afligiéndome por tu reserva, demuestro quererte mil veces más.

—Pero, ¿de dónde has sacado tú que tengo disgustos?

—Eso te faltaba, añadir el disimulo a la falta de confianza. ¿No quieres decirme lo que te pasa?

Pepe, que prefería hablar sólo de su amor, o deseaba callar interioridades de su casa, siguió negando, y Paz acabó por decirle:

—Si crees que es mera curiosidad, no despliegues los labios; yo quedo en libertad para averiguarlo.

La entrada de don Luis cortó el diálogo: pero Paz se había propuesto saber a qué atenerse respecto al origen de aquella tristeza, y cuando una mujer enamorada forma resolución semejante, el

secreto puede darse por descubierto. La obstinación de Pepe en callar fué inútil: ella puso tanto empeño en saber los disgustos de su novio, como éste en seguir paso a paso los incomprensibles manejos del cura.

XVII

CUANDO Pepe dejaba de ir a ver a Paz, por miedo a infundir sospechas o parecer importuno a don Luis, entraba *Pateta* en funciones de correo; ya sabía ella que cada tercer día de ausencia el chico rondaba al obscurecer los alrededores del hotel y, espiando momento oportuno, metía el brazo por la verja y dejaba la carta bajo los ladrillos levantados del horno situado junto al invernadero.

Una tarde en que don Luis tuvo que asistir a un banquete político, Paz, después de verle partir y tras alejar con distintos pretextos a los criados, bajó al jardín entre dos luces y aguardó a *Pateta*. Al cuarto de hora vió al muchacho que venía aproximándose disimuladamente a la verja, dando puntapiés a un bote de hoja de lata que encontró allí cerca: entonces se ocultó tras uno de los pilares de mampostería que había en los ángulos del inver-

náculo y, cuando el chico se acercó a la verja, salió de su escondite, diciendo:

—Oye, *Pateta*.

—Guárdese usted esta carta, no la vean.

—No hay nadie, y quiero hablarte.

Pateta, gorra en mano, arrimado el rostro a los barrotes, como mono enjaulado, prestó atención.

Lo apartado del sitio y lo desapacible del tiempo hacían que reinara en torno del hotel completa soledad. Era al caer la tarde, casi a punto de anochecer, y el traje blanco de Paz formaba una mancha clara cortada por los hierros de la verja. *Pateta* se comía con los ojos a la *señorita*, sin adivinar lo que querría decirle.

—Pues a estas horas, estando esto tan solitario—dijo de pronto—ya podía el señor Pepe venir aquí y hablar con usted.

—Cállate y escucha. Con quien quiero hablar ahora, es contigo.

—Mande usted.

—¿Eres capaz de hacerme un favor? La verdad, y sin que nadie se entere.

—¿Ni el señor Pepe?

—Menos que nadie.

El chico le lanzó una mirada que no pudo ser más expresiva. Paz comprendió que acaso hacía mal; pero ya no era posible retroceder.

—Te advierto que se trata de algo que nos interesa mucho a él y a mí.

—Pues usted manda.

Pero esta sumisión fué acompañada del firme propósito de contárselo todo a Pepe.

—Vamos a ver: ¿Qué le pasa? ¿Qué disgusto tiene? Tú, ¿qué sabes?

—Nada, ni jota.

—Es necesario que lo averigües. Temo que le quiten el destino de la biblioteca del Senado, y quisiera estar prevenida para parar el golpe. ¿Sabes tú si es esa la causa de que ande tan tristón, hace ya muchos días? ¿De veras no me puedes decir nada?

Pateta cayó en la red.

—Yo, de eso del destino, no sé *ná:* preguntaré. Por lo demás, ¿qué le *pué* haber *pasao?* En la imprenta todo anda como siempre... Como no sea por lo del cura...

—¿Qué dices de imprenta? ¿Qué imprenta es esa?

—¿Cuál ha de ser? La nuestra, es decir, la del señor Millán.

—¿De modo que él trabaja también en la imprenta?

—Como que es el primer *corretor* y le dan *deciocho riales*, y eso que no va más que por las noches. ¿No lo sabía usted?

Paz, temerosa de que *Pateta* se escamara, le dijo, mintiendo:

—Sí, hombre, ¿no he de saberlo? Pero creía que se llevaba el trabajo a su casa.

—¡Quia, no señora! *tié* que hacerlo allí.

—Y eso del cura, ¿qué es?

—Su hermano, ¿está usted?, es cura y ha *venío* hace cosa de dos meses; y como es cura y muy *carca*, les está *golviendo* tarumba, y trae la casa patas arriba; *quié* que recen más que un ciego; en fin, no le *puén* aguantar... ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Hasta conmigo se ha *metío* el muy *lioso*. Un domingo tuve yo que ir a trabajar medio día, porque había prisas, y luego le *yevé* al señor Pepe unos papeles a su casa; y como era domingo, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy corneta del batallón de Voluntarios de la Libertad de mi barrio, fuí de uniforme, *pá* no ir a quitármelo y tener que andar dos veces el camino. El cura estaba en la puerta, quiso que le dejara los papeles y, como yo no le conocía y tenía orden de ver al mismo señor Pepe, ¿está usted?, no me dió la gana. Mire usted, señorita, se puso hecho una fiera, y lo peor fué que *me se* rió del uniforme: me llamó mamarracho, y dijo que me fuera a estudiar la *dotrina*. Yo, la verdad, como aún no sabía que era hermano del

señor Pepe... Vamos, que me despaché a mi gusto: le llamé *tóo* lo que *me se* ocurrió.

—¿Y dices que ese hermano trae revuelta la familia?

—¡Ya lo creo! Si no fuera por miedo a dar una pesadumbre al señor viejo, ya le había don Pepe *plantao* en *mitá el* arroyo. Figúrese usted, señorita, que una de las cosas que más rabia le han *dao*, ha sido que ha hecho reñir... Verá usted: la hermana se hablabla con el señor Millán, mi amo, vamos, que eran novios, como quien dice, y el cura ha *metío* cizaña y los ha *desapartao*. Por supuesto, que no estarían muy *encariñaos*, porque no hubieran reñido así... tan fácilmente, ¿verdad?

—Pero tu amo y el señorito Pepe no han reñido.

—¡Quia! ¿No ve usted que los dos están *convencíos* de que la culpa es del cura? A la madre la *tié* tonta a fuerza de rezos... ¡Ya sabe el señor Pepe a qué atenerse!

—¡Sí que son motivos de disgusto!

—Fuera de eso—continuó *Pateta*—siempre ha estado de buen humor: hasta cuando tuvo que dejar la carrera, que a poco entró en la imprenta... y como si *ná:* él, en trabajando, está contento. No sabe usted la vida que *yeva:* él aquí con su papá de usted, él en la imprenta, él en el destino que *ice* justed que le *quién* quitar. Es una fiera *pá* el traba-

jo, y cuanto gana, a su casita. No gasta más que en tabaco y algún realejo que me da *pá* mí.

—Vaya, adiós; vete, no sea que nos vean—añadió Paz, alargándole en la mano una monedita de dos duros.

Pateta, sin desasirse de la verja, repuso sonriendo, y con entonación muy achulada:

—¡Quia!

—¡No seas niño, toma!

—¡Quia, no, señorita!; ¡si yo hago lo que hago por el señor Pepe; pero no le tomo a usted ni tan siquiera un *chavo!*

Paz seguía con la moneda en la mano, más avergonzada que el chico.

—¿Me haces un feo?

—Eso no; y *pá* que vea que no es desprecio, deme usted esa rosa que tiene en el pecho *pá* dársela a mi novia: usted tendrá muchas así, y de esas no se venden en la calle.

Movida por un sentimiento de mujeril delicadeza, corrió a la estufa, cortó dos magníficas rosas y, dándoselas además de la que llevaba prendida, le dijo:

—Estas dos, las mayores, para tu novia: esta otra pequeña, la que yo tenía puesta, para Pepe. ¿Conque tienes novia?

—Pues ¿qué cree usted, señorita, que soy de

palo? Entendido: las mayores *pá* mi *chiquiya*, y la otra *pá* el señor Pepe.

—Adiós, y de lo que hemos hablado ni una palabra... ¡a nadie!

—Con Dios, señorita, y gracias.

Ella se entró en la casa y él desapareció tras las tapias de unos corralones cercanos.

Paz supo más de lo que esperaba averiguar. El origen de las cavilaciones de Pepe por la conducta de su hermano le disgustó sobremanera; pero lo que le causó impresión muy honda fué saber que Pepe trabajaba en la imprenta. Y sin embargo se sintió más enamorada.

Lo que *Pateta* no pudo referir a Paz, porque lo ignoraba, como lo ignoró Pepe durante algún tiempo, fué la consecuencia que tuvo para Millán la intervención de Tirso cuando logró que su hermana rompiera las relaciones que con él tenía. Despreciado por Leocadia, puso en otra los ojos.

Había entre los cajistas de la imprenta uno casado dos años antes con una muchacha llamada Engracia, sastra, muy guapa, de dulce condición y digna de mejor trato que el que le daba su marido. Era el tal jugador, holgazán, pendenciero, sobre todo borracho, y con tan mal vino, que su desdi-

chada compañera podía contar las copas que empinaba por los guantazos y empellones que luego ella recibía. Escatimarle la comida, empeñar las ropas, trampear en la taberna y volver el sábado a casa con el jornal mermado por el vicio, eran, amén de los golpes, sus principales hazañas.

Casó a Engracia, como quien suelta una carga, su madrastra, una prendera de mala entraña que, según voz pública en el barrio, tenía gato, y ella escuchó los primeros requiebros del cajista por salir del poder de tan mala pécora. Mientras confió el mozo, y la prendera supo hacerle esperar, en que la boda le proporcionaría cuartos, ocultó sus mañas; pero verificado el matrimonio, libre la madrastra, sujeta Engracia y chasqueado él, comenzó el martirio de la muchacha. Afortunadamente, las brutalidades de tan odioso personaje duraron poco. Cierta noche, al cerrar la taberna en que se había emborrachado, el dueño le arrojó a torniscones a la calle, donde quedó tumbado en la acera, sin abrigo ni gorra. Cuando llegó a su casa, de madrugada, tosía más que un asmático, y a los quince días murió en el hospital, dejando a Engracia un niño de pocos meses. Sus compañeros, como todos los de tan noble profesión, en que tales casos son raros, tenían formada una a modo de sociedad de socorros para auxiliarse en los trances

duros de la vida, y acordaron entregar a la viuda una cantidad de dinero. Millán puso algo de su bolsillo y le mandó recado para que fuese a recoger el total. Poco después, con ánimo de socorrerla indirectamente, y sabiendo cuál había sido de soltera su oficio, le dió ropa que arreglar, y hoy un viaje de él a su casa, mañana una visita de ella a la imprenta, al cabo de algunas semanas, como esto coincidiese con el despecho que le causó la conducta de Leocadia, comenzó a fijarse en Engracia, requebrándola entre rudo y amartelado con una delicadeza a que no estaba la infeliz acostumbrada. La hermosura de la viuda, su desamparo y la juventud de Millán hicieron lo demás. La mujer se mostró dulce, sumisa, medio agradecida medio amante; él apreció sus cualidades quizá por el contraste que formaban con la arisca condición de su antigua novia, y sus existencias se unieron en el hermoso maridaje de la desgracia y el consuelo bendecido por el amor. Lo que más cautivó el corazón de Engracia fué la dulzura con que Millán trató a su chico. Acaso el tierno afecto de la madre no fué sino el premio espontáneo de las caricias que el niño recibía.

De todo esto no tuvo Pepe conocimiento hasta mucho tiempo después, y *Pateta* tampoco lo sabía cuando habló con Paz; de suerte que ésta lo ignoró por completo.

XVIII

DOÑA Manuela iba entretanto sometiéndose mansamente a la influencia de Tirso: su pobreza mental aceptó la inclinación que éste quiso darle, como hubiera tolerado otra. Nadie hasta entonces le dijo lo que su pensamiento debía acoger o rechazar, y fué indiferente en religión por serlo los que la rodeaban, que a ser fanáticos en cualquier sentido fuéralo ella también. Tirso acertó antes que otro a encauzar su docilidad, y la buena mujer no ofreció resistencia; no hubo lucha en su espíritu ni asomo de contradicción entre las creencias propias y los consejos que escuchaba; el hijo cura no tuvo que desarraigar otra planta para sembrar en aquella tierra; bastó que dejase caer la semilla. Empezó a ser devota con esa fácil piedad que se nutre de vanas fórmulas y desborda en rezos como estereotipados para que las generaciones los repitan maqui-

nalmente. La complicada poesía de la religión, compuesta de misterios ininteligibles, esperanzas mal definidas y amenazas tremendas, la sedujo con el encanto de lo maravilloso, y, rechazando instintivamente las abstracciones, que tampoco Tirso hubiera podido explicarle, acogió lo que hiere la imaginación. No entendió nada de la perfección humana en el seno de Dios, ni del vino que engendra vírgenes, ni del divorcio de la carne y el espíritu, ni del himeneo místico del alma y el Señor; pero, en cambio, la epopeya de la Pasión, narrada día por día, como vista de cerca, la impresionó mucho. El heroísmo de los mártires, los suplicios y el valor de las vírgenes, la magia de los milagros, ejercieron en ella influjo análogo al que causa en cabezas infantiles la relación de cuentos fantásticos, y la admiración por todo esto engendrada sirvió para enfervorizar sus devociones, que cumplía con mayor facilidad según iba descifrando algo de lo que significaban. La misa, que en un principio juzgó ceremonia cansada y larga, fué entonces para ella representación de lo que sufrió el hijo de Dios, que por nuestras culpas se dió y sigue dándose en cuerpo y sangre como precio de la redención humana; las letanías, antes enojosas sartas de frases que no entendía, adquirieron carácter de rogativas, tan dulces a sus labios como gratas al oído de

aquellos a quienes iban dirigidas; el rosario, que consideró retahila de inútiles repeticiones, acabó por parecerle saludo de palabras reverentes, recuerdo de las mayores penas y dichas que sufrió la Madre del Salvador. La interpretación de algunos símbolos y la sorpresa de ver explicadas cosas que antes no comprendiera, derramaron en su alma una satisfacción tranquila, un goce exento de egoísmo, pero que llegaba a producirle cierta excitación, haciéndole experimentar aquella fácil complacencia propia de los cerebros débiles que, al descubrir algo nuevo para ellos, piensan haber hallado lo verdaderamente extraordinario. Las vidas de los santos, sus martirios y milagros, que Tirso solía leerle en el *Año Cristiano,* traducido del P. Croisset, eran para su imaginación como novelas de interés grandísimo, impregnadas de encantadora poesía, y si en la existencia de los que corrieron al martirio había algo inverosímil o absurdo, ella no lo notaba, dispuesta y preparada por Tirso a percibir sólo el aroma de las virtudes que aquellos relatos exhalaban. El beato Bernardo de Corleón, que bebía agua de fregar; Santa Senorina, que imponia silencio a las ranas; Santiago el Menor, que a fuerza de hincarse de rodillas crió en ellas callos como los camellos; Santo Toribio Mogrobejo, que nadaba entre caimanes como quien se baña con amigos;

Santa Catalina de Sena, que una vez pasó desde el principio de Cuaresma a la Ascensión sin más alimento que la Comunión; Santa Inés de Montepoliciano, que viendo imágenes de Cristo brincaba en la cuna de alegría; y la beata María Ana de Jesús, que dormía desnuda sobre haces de zarzas y cambrones, eran figuras que desaparecían ante otras más excelsas; vírgenes con los pechos cortados a cercén, doncellas que desafiaban a los pretores romanos, niños cruelmente atormentados, seres admirables que, ofreciéndose a Dios, entregaban la materia al dolor, como amada que se rinde a su amante.

La piedad de doña Manuela fué manifestándose por diversos síntomas. Comenzó a frecuentar asiduamente la iglesia, y se cuidó poco de ocultar a su marido y a su hijo menor la trasformación que en ella se operaba.

Una noche, como Pepe llegase a casa más temprano de lo acostumbrado, entró abriendo cautelosamente con su llave por no despertar a los que reposaran, y, oyendo rumor de voces apagadas, se detuvo a escuchar ante la puerta entornada del comedor, donde doña Manuela y Leocadia, terminado ya el rosario, estaban haciendo *acto de expiación* por las culpas propias y ajenas.

Tirso decía las frases expiatorias, y ellas contestaban a una.

—Por mis pecados, por los de mis padres, hermanos y amigos; por los del mundo entero, perdón, Señor.

Y ellas repetían:

—Perdón, Señor.

—Por las blasfemias, por la profanación de los días santos, perdón, Señor...

—Perdón, Señor.

—Por la desobediencia a la Santa Iglesia, por la violación del ayuno.

—Perdón, Señor.

—Por los crímenes de los esposos, por las negligencias de los padres, por las faltas de los hijos.

—Perdón, Señor.

—Por los atentados contra el Romano Pontífice.

—Perdón, Señor.

—Por las persecuciones levantadas contra los obispos, sacerdotes, religiosos y sagradas vírgenes.

—Perdón, Señor.

—Por los insultos hechos a vuestras imágenes, la profanación de los templos, el escarnio de los Sacramentos y los ultrajes al augusto Tabernáculo.

—Perdón, Señor.

—Por los crímenes de la prensa impía y blasfema, por las horrendas maquinaciones de tenebrosas sectas.

—Perdón, Señor.

—Basta por esta noche—dijo Tirso levantándose.—Mañana rosario y paráfrasis de un mandamiento.

—¿Llevamos cinco, verdad?—preguntó Leocadia.

—Sí: mañana toca el sexto.

Entráronse en seguida ellas, cada cual en su cuarto, y él se quedó leyendo en el breviario. Pepe aguardó a que ambas se recogieran y luego volvió al comedor, resuelto a tener una explicación con su hermano.

Tirso tuvo un instante de flaqueza, y levantándose del asiento quiso marcharse. Pepe, extendiendo hacia él la mano, le hizo señal de que esperase.

La lámpara, casi agonizante, parecía negar luz a la escena: su escasa claridad, reflejándose en los cristales del aparador y de los cuadros, dejaba en penumbra los ángulos de la habitación; tras los visillos rojos de la puerta del gabinete dormían los padres, y al fondo del pasillo estaba el cuarto de Leocadia. Sobre el hule que cubría la camilla habían quedado el rosario de Tirso y un librito de lecturas devotas, con las tapas abarquilladas y mugrientas.

—Hablemos bajo—comenzó Pepe.

—¿Qué me quieres?

Y el diálogo prosiguió con entonaciones falsamente tranquilas; adquiriendo, en cambio, las caras toda la energía que faltaba a las voces.

—Al entrar he oído que estabais rezando; en eso no me meto, aunque a mamá, sobre todo, más valiera que la dejases acostarse a su hora. Lo que quiero rogarte es que mañana no expliques a Leocadia nada del sexto mandamiento.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Esa no es razón.

—¿A qué decirte lo que te has de resistir a entender? Sólo te pido que te abstengas de explicar a Leocadia, como vosotros soléis hacerlo, ideas y conceptos de que no se debe hablar a las muchachas.

—Ya encontraste pretexto para contrarrestar la obra de santa perfección que he emprendido.

—Aquí no hacía falta santidad alguna: ¿qué mayor perfección que el cariño y la paz?

—¿Luego confiesas?...

—No confieso nada: hago una advertencia. A ciertos actos de devoción, tontos pero inofensivos, no he de oponerme. Lo que no me acomoda es que hables ni expliques ciertas cosas a nuestra hermana con esa claridad y desnudez con que algunos de vuestros libros abren los ojos a quien los

tiene cerrados, ensuciando la inocencia y despertando ideas torpes.

—¡Triste ceguedad! A los enseres de la casa cuidadosamente quitáis el polvo cada día: al alma dejáis que críe podre.

—No me vengas con frases de beato melancólico, ni me obligues a burlas, que callo por tolerancia y respeto. Imita mi prudencia y no tengamos todos que sentir.

—¿Acaso conoces mis propósitos? ¿Por qué me provocas?

—No te provoco, pero no te pierdo de vista. He seguido paso a paso tus manejos; has comenzado a sorber el seso a mamá, y he callado: ahora te declaro seriamente que no consentiré que, por adorar a Dios y sus santos, se olvide el cuidado de mi padre, y que te prohibo hacer a Leo esas repugnantes descripciones del vicio que encienden impureza en quien vive libre de ella. Háblale del cielo cuanto quieras; pero no te obstines en preparar su ánimo a combatir pecados que no conoce, porque no es cuerdo aplicar remedio donde no hay enfermedad: y, sobre todo, por lo que más quieras en el mundo, no turbes la paz de la casa; no vayas a hacer aquí, en pequeño, el papel de esos curas extraviados que han ensangrentado el país.

—¡Lo que hacen es perseguir a los enemigos de la religión!

—Sospechaba que simpatizabas con ellos; pero no hemos de discutir esto ahora. Haz que mamá y Leo canten letanías, fervorines, gozos, salves, todo el repertorio de la música celestial; que recen hasta repetir maquinalmente lo que les enseñes: sólo te ruego que la devoción no robe cuidados ni cariño a mi padre, y que no alecciones a la chica en cosas que ignora.

—¿No ha de huir el peligro?

—¿Y no comprendes que todo eso de señalar y explicar y describir el peligro es contraproducente, y que la mujer y el hombre no pueden menos de caer en él si les ponen en camino de conocerlo con la curiosidad por guía y el encanto de lo prohibido por estímulo? No es momento éste de que intentemos convencernos; pero desengáñate, Tirso: no se le debe inculcar la malicia a quien no la tiene, que luego sus impulsos no los sofoca nadie.

—Combatir contra la carne es virtud.

—Y no haber necesidad de combatirla, cosa mejor que la virtud misma.

—¡Está bien! Tendré que ver impasible a tu amigo traerle libros detestables, historias de crímenes y amoríos perniciosos; yo, su propio hermano, no podré oponerme. Está claro; la libertad para el mal,

al bien la mordaza. Al menos eres lógico: aplicas a la casa la misma política que defiendes para el país. Luego os asombraréis porque sacerdotes como yo quieran traer piedad a las familias, y porque otros, como los que luchan lejos de aquí, pretendan aniquilar a la revolución, que vomita blasfemias y engendra delitos.

—¡Traer piedad a las familias! ¿Acaso sabéis lo que es familia? Os basta el amor a la divinidad; y el egoísmo engendrado por la idea fija de la salvación del alma, que lo avasalla todo, no es compatible con la ternura heroica y abnegada propia del cariño... del amor! No en vano decís que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Así una hora de meditación os parece preferible a un día de trabajo, y la leyenda de un éxtasis histérico os conmueve más que las lágrimas vertidas consolando el dolor ajeno.

—Eres más impío de lo que imaginé.

—Y tú más fanático de lo que yo pensaba. Por ganar almas para el cielo, vas a traer la discordia a casa de tus padres. Antes que hijo, eres cura.

—¿No hallas nombre más despreciativo?

Las palabras, contenidas por el temor de despertar a los viejos, sonaban como sofocadas, ahogando la prudencia las entonaciones de la ira. Tirso, a pesar de su carácter impetuoso, sabía refre-

narse mejor; a Pepe le temblaba la voz en la garganta; aquél, tranquilamente sentado ante la mesa, jugaba con las cuentas del rosario; Pepe sentía afluir a los labios todos los temores que abrigaba su alma. La lámpara, a cada instante menos luminosa, iba quedando vencida por las sombras. Sólo se oía hacia la parte del gabinete el quejido metálico de los rodajes del reloj, y un silencio sepulcral reinaba en el espacio a cada interrupción del diálogo. Diríase que las cosas escuchaban.

—Has vivido apartado de nosotros—prosiguió Pepe—y no sabes que el amor que une a los tuyos es más fuerte que vuestra fe. La solicitud con que nos atendemos es mayor que el celo que te inflama. No nos convencerás nunca de que las llagas de Cristo deben dolernos más que las piernas enfermas de mi padre.

—Nuestro padre morirá, y las sagradas heridas continuarán, por los siglos de los siglos, manando raudales de divina gracia. Y a propósito de padre, yo también quería hablarte de él, porque sé lo que tiene. He conocido un señor que padecía lo mismo: eso es gota.

—Es verdad; pero te advierto que se le está ocultando por no afligirle: le hemos dicho que es un simple reuma.

—Poco será el alivio que halle.

—Por eso mismo no se le debe atribular inútilmente. Es tarde, ¿quieres algo?

Vaciló Tirso unos instantes, y mirando a su hermano de frente, le preguntó:

—¿Crees haber hecho todo lo que debéis a su estado?

—Nada le falta; pagamos un médico acaso superior a nuestros recursos; mamá o Leo van en persona a la botica; no se escatima receta, por cara que cueste; con la mayor puntualidad se le da cuanto ha de tomar... y lo que vale más, respira una atmósfera de ternura y cariño que echarán de menos muchos ricos. Ahora tengo esperanzas de poder sacarle a paseo algunas tardes en un simón.

—Es natural; los que sólo creen en las cosas del cuerpo, no acuden a las del alma.

—¿Por qué lo dices?

—Yo pienso traerle un médico mejor que el vuestro.

—¿Qué médico?—preguntó Pepe, sospechando la respuesta.

—El Santo Viático.

—Eso le asustaría mucho y no le aliviaría nada; por consiguiente, abstente de ello. Bastaría hablarle de esas cosas para que se muriera de terror.

—Cuando lo crea necesario, haré lo que me dicte mi conciencia.

Acercósele entonces Pepe, y poniéndole duramente la mano sobre el hombro, entrecortadas las palabras por una risa que era toda ira, repuso:

—¡Líbrete Dios! ¿Lo entiendes? No sería dueño de mí. Papá sufriría una emoción que acaso le costara la vida...

—Cada cual cumple su deber como lo entiende.

—¿Sí? Pues date por avisado. Si papá lo pide se hará su voluntad; el primero que le obedezca seré yo; tú no tienes aquí autoridad para nada.

—Lo veremos—repuso Tirso secamente.

Pepe, notando la sangre fría de que alardeaba, quiso mostrar igual serenidad.

—Temía esta escena—dijo—pero no quiero esquivarla... Cuando llegaste a Madrid, y al subir de la estación del ferrocarril, entraste en Santa María, permaneciendo allí largo rato, sin la menor prisa de conocer a tus padres, porque conste que no los conocías, adiviné cuál sería tu fanatismo, aunque no imaginé que sobreviniera esta lucha. Luego, dados tus antecedentes y viéndote vivir oculto en casa como un criminal, tuve sospechas de que habías venido a Madrid para asuntos que no eran tuyos... Recuérdalo: exceptuada la primer salida entre dos luces la misma tarde del día en que llegaste, sólo mucho después te atreviste a poner los pies en la calle, cuando ya te había hecho dos o

tres visitas aquel señor que vino a verte sin duda para recibir la misión que traías... Te he seguido paso a paso... No me importa que rehuyas hablar con nosotros porque condenas nuestras ideas... ¿pero crees que no he demostrado paciencia aguantando tus manejos para convertir a mamá y para que Leocadia riña con Millán? En fin, ya te conozco. Tú, en cambio, no sabes de lo que soy capaz.

—¿De qué?

—¡Ya te lo he dicho! Si, lo que no es creíble, papá pide ciertos auxilios, yo mismo iré a buscarlos. Pero entérate bien, si él no habla de eso y tú, por exceso de celo, haces algo que le asuste y provoque en su enfermedad una crisis peligrosa, te juro, por mi madre y por el amor de la mujer a quien quiero, que no te trataré como a hermano. De tu prudencia depende la mía. ¡Hemos concluído!

—Cada cual cumplirá su deber.

—Buenas noches—repuso Pepe. Y de puntillas se metió en su cuarto.

Quedóse Tirso solo unos minutos en pie, pensativo e inmóvil. La lámpara despidió dos o tres chispas rojizas de la mecha ya seca, la llama temblorosa hizo que en la pared se agitara convulsamente la sombra de su largo cuerpo, y de pronto se apagó la luz. Entonces, buscando casi a tientas la puerta

de su alcoba, encendió una bujía, y luego de rezar sus oraciones se acostó. Pero tardó mucho en dormirse: la actitud de su hermano le había desconcertado.

A la mañana siguiente, doña Manuela, antes de ir a la compra, fué, según costumbre, a dar un beso a Pepe, mientras éste acababa de vestirse para marchar a su trabajo.

—Voy a la plaza; adiós, hijo.

—Y a misa, ¿verdad, mamá?

Ella, sonriéndole cariñosamente, se limitó a decir:

—¿Qué mal hay en ello?

—En eso, nada; pero, escucha, mamá. Anoche tuve una agarrada con Tirso: la cosa había de suceder, y llegó. Supongo que te habrá hablado de cierto proyecto que tiene, relativo a papá: puedes imaginar la impresión que le causaría... Ya sabes lo que te quiero decir... Contén a mi hermano, impónle cordura, porque estoy dispuesto a todo.

No cumplió Tirso sus amenazas, ni se alteró más, por entonces, la tranquilidad de la casa: pero ambos hermanos comprendieron que aquella calma, violentamente obtenida por la energía de uno y la aparente sumisión de otro, no era paz definitiva, sino tregua pasajera.

XIX

QUERIDO Pepe: Figúrate lo disgustada que estaré: hace cuatro días que no nos vemos, y rabio por reñir contigo. Tonto, tonto mío, ¿pensabas que no había yo de averiguar tus penas para compartirlas? El chico te habrá dicho, seguramente, las preguntas que le hice y cómo me contestó. Estoy persuadida de que todo te lo ha contado. No puedes figurarte la gracia que me hizo su desinterés. ¿Me perdonas que soborne a tu servidor? Yo, en cambio, no te perdonaré tu falta de franqueza. Haz cuenta que estás a mi lado y te hablo muy seria. ¿No hemos prometido sernos leales? Pues no te perdono que me hayas ocultado las contrariedades que te ocasiona tu hermano. Está bien, *don Reservado;* quiere decir que no me importa lo que te agrade o enoje. ¿Y cómo puedes justificar el ha-

berme callado que trabajas en una imprenta desde que dejaste la carrera? Me has dicho algunas veces que tu posición y tu género de vida no te han permitido tratar ni conocer a fondo señoritas de esas a quienes el no tener que pensar en nada serio hace frívolas y necias. ¿En qué consiste, pregunto yo ahora, que no habiendo podido conocerlas me confundes con ellas? Seamos francos: el temor a que me pareciese demasiado humilde tu trabajo, el recelo de que fuese vanidosa, te hicieron callar, y resulta que el vanidoso eres tú. Como nada de lo que yo te diga puede enojarte, me arriesgo a todo: ¿fué vergüenza lo que sentiste al pretender ocultarme que te obligó la necesidad? ¿Sabes cómo se llama *eso?* Falsa vergüenza, una cosa muy parecida a la soberbia. Sí, Pepe; soy más leal que tú: me tienes ofendida. Dices que me quieres porque soy buena, y has sido capaz de suponer que podía hacerme *mal efecto*, así, clarito, lo de trabajar en una imprenta. Nunca se te caen de los labios *la distancia, la desigualdad*, y qué sé yo cuántas tonterías más: yo te las perdono porque imagino que son pretexto para que esté contigo cariñosa. ¿Ves cómo el cariño todo lo interpreta bien? Basta de esto, y conste que me conoce mal quien sospecha que por obrar bien puede desmerecer a mis ojos. En fin, te quiero con toda mi

alma... Y no sabes tú de lo que es capaz una mujer cuando quiere como yo.

Respecto a lo de tu hermano, nada puedo decirte, porque las pocas palabras que arranqué a *Pateta* no bastan para formar idea de la situación, aunque sé por experiencia que esas gentes demasiado devotas hacen desgraciado a cualquiera. En mi familia está el ejemplo: la Condesa de Astorgüela, que es parienta nuestra lejana, tiene oratorio en su casa, gasta un dineral en cosas de iglesia, y a sus hermanos, que están casi en la miseria, no les da una peseta. En cambio, acaricia la pretensión de que los demás sean rumbosos, y quiere que papá regale o malvenda a unas monjas un terreno que tenemos fuera de la Puerta de Bilbao. No puedes imaginar las recomendaciones y empeños que andan buscando. ¡Figúrate! ¡A papá con esas! Papá dice que la de Astorgüela es muy mala y que la devoción la hace peor. Yo no me atrevo a tanto, porque alguna religión hay que tener; pero tampoco me gustan las exageraciones. Lo triste sería que tu padre tuviese algún disgusto por culpa de tu hermano.

Adiós, orgulloso mío; no te quejarás de la reprimenda, ni de que escribo poco. Tuya, siempre, siempre,

PAZ.»

Como si lo viera. En cuanto leas lo que te digo te pones a hacer consideraciones sobre lo raro y lo novelesco de que yo... *en mi posición*, quiera a un hombre como tú. ¡Hasta que te cure la tontería, no he de parar! ¿No dicen que el amor es ciego? ¿No pude enamorarme de un pillo? Pues me ha dado por quererte a ti, que eres bueno, y asunto concluído. Después de todo, también yo tengo mi romanticismo, que se condensa en la frase que te he repetido tantas veces: ¡ojalá no fuera rica!

Ven pronto a verme, porque papá habla de ir esta semana al distrito, y por no dejarme sola en Madrid, puede que me lleve. Será cosa de pocos días.»

....

Realizóse el viaje que anunciaba Paz, no sin que antes la viese Pepe, disipando en la primera conversación con amantes palabras el débil enojo que en ella produjo su reserva; y luego de partida con don Luis, como se prolongara la excursión bastantes días, cruzaron los novios varias cartas, una de las cuales decía así:

«Adorada Paz:

»Tu cariño es mi único consuelo. En casa no tengo más que disgustos. La conducta de mi hermano es inconcebible. Mientras vivió lejos de nos-

otros, como si no existiéramos, completa indiferencia; y ahora quiere salvarnos, todos hemos de ser santos; es decir, todos no, porque conmigo no se atreve. A mamá la tiene dominada; papá está enteramente acoquinado; y, lo que es peor, vencido por la edad y los sufrimientos, va cayendo en una apatía de que sólo le saca a ratos la rabia del dolor. Y ya no hay medio de ocultarle que en casa tenemos una guerra peor que la del Norte. Si me dejase, plantaba a Tirso en la calle; no veo otro remedio. Me contengo porque acaso, si lo hiciese, mamá pudiera darnos un gran disgusto: tan identificada está con él, tan sorbido el seso la tiene, que me aterra pensar lo que aquí puede ocurrir; y, sin embargo, no concibo que sea capaz de abandonarnos por seguirle. Figúrate lo doloroso que me será admitir semejante posibilidad. No es menor mi pena al ver que en Leocadia se ha desarrollado una indiferencia, un egoísmo de que nunca la creí capaz. Ambas se levantan casi al amanecer, una tras otra van a misa, y aunque no tardan en volver, como al salir meten ruido y despiertan a papá, resulta que, no pudiendo recobrar el sueño, se desespera hasta que vienen a darle el desayuno. Antes, todo cuidado les parecía poco: ayer se quejó de que el café, por ser barato, era malo, y mamá, con una calma espantosa, le respondió que peor estaría el cáliz de la

amargura; y no fué por maldad, sino porque oye a Tirso simplezas por el estilo. A pesar de comprenderlo así, tuve que mirarla a la cara y empaparme los ojos de que era mi madre, para no perderle el respeto. A la hora de comer y antes de la cena dicen las dos sus oraciones, algunas veces hasta con latinajos (¡figúrate lo que entenderán ellas!), y por la tarde, si hay función de iglesia, ya las tienes con la mantilla puesta. Todavía no se han atrevido a irse las dos dejándole solo; pero la que no sale se queda renegando. En mamá hay cierta sinceridad y no se da cuenta del daño que puede causar. Leocadia va a la iglesia porque se distrae: le gusta ver gente y que la vean; hasta habla de iglesias cursis y de iglesias elegantes, como si fueran teatros. En fin, la tranquilidad no es ya fruta de este huerto y los viajes a la casa de Dios van dejando ésta sin barrer. El celo mimoso, lleno de pequeños cuidados con que antes se atendía a mi padre, es hoy prisa por acabar pronto de servirle y correr a lo que Tirso recomienda; temo que cuando éste llegue a comprender el imperio que va teniendo en el ánimo de mamá y de Leo, sin provocación por mi parte, me ponga en el disparador. A juzgar por algunas cosejas que compra, debe de tener cuartos, y ni un céntimo gasta para nosotros; sabe que sostengo la familia y parece que quiere excluirme de ella. En

cuanto a convertirme, primero me hace rajas; pues excuso decirte que su piedad se reduce a unos cuantos actos devotos sin poesía ni grandeza. Lo más triste es que papá empeora rápidamente. Ahora quiere el médico darle baños y aplicarle remedios que costarán caro, y se hará aunque hayamos de vender hasta las sillas. Tirso dice que son novedades de la ciencia, sacadineros que antes no se conocían y sin los cuales se curaban los enfermos. En cambio ha logrado que mamá se suscriba por una peseta al mes para no sé qué hermandad o cofradía de *La limosna de la Luz*, y por otra para unas escuelas católicas. El día que abra yo la puerta al cobrador, veremos lo que pasa.

Adiós, vida mía; no te enfades porque no repita mil veces que te quiero. No tengo tiempo para más. Ya sabes que te adora tu amantísimo

PEPE.

¿Tardaréis muchos días en volver? ¿Cómo ha encontrado tu padre el distrito? ¿Esperas que a tu regreso podamos vernos con frecuencia? No quisiera ser pegajoso y, sin embargo, deseo que don Luis me necesite para poder hablarte. Escríbeme mucho.»

XX

AGRAVÓSE don José y arreciaron los gastos. En un principio determinaron el mal la vida sedentaria, la desmedida codicia en el comer y su natural plétora sanguínea: luego vino el dormirse fácilmente, echar vientre y digerir a duras penas, aumentando la repugnancia a todo esfuerzo físico. Con este desorden en el organismo, manifestó cierta volubilidad de carácter, completándose el cuadro del que los médicos dicen estado artrítico, amén de otros síntomas que llaman sucios; por fin estalló la enfermedad, fijándosele el dolor en un pie, que se le puso hinchado, de color rojo y con las coyunturas muy sensibles. El primer acceso fué violento en extremo: posteriormente, al acostarse, en seguida conciliaba el sueño; pero al poco rato despertábale la rabia del dolor, tardando horas en recobrarlo; repitiéndose estos exacerbamientos has-

ta que, dañados ambos pies, quedó el infeliz sujeto a pasar los días de la cama a la butaca, y de ésta a aquélla. Al carácter agudo del padecimiento siguió el crónico; los ataques perdieron en intensidad, ganando en duración; vino la fiebre, y en lo sucesivo raro fué el día que pasó medianamente. Con tal situación, cuando mayores cuidados y atenciones pedía el enfermo, coincidió el enfrascarse doña Manuela en las cosas de la iglesia, y ella, antes tan compasiva y solícita, fué pecando de abandonada y negligente; no llegaba a descubrir mala voluntad, pero el resultado era el mismo que si la tuviera. A pesar de su vista cansada por los años, emprendió la tarea de bordar un paño de altar para la parroquia, y mientras estaba caladas las antiparras y aguja en mano, aunque su esposo la llamase, tardaba en acudir. El darle las medicinas a hora fija quedó supeditado a más santas atenciones, y comenzó a molestarle el escuchar quejidos, por suponerlos prueba de poca esperanza y ninguna resignación. Don José se devanaba los sesos, sin lograr explicarse aquella mudanza ni acertar cómo pudo Tirso trocar tan pronto en beata a la que nunca fué devota, siendo lo peor que no le dió la piedad por el amor al prójimo, ni por arreciar en el cuidado de su casa, sino que miraba el hogar y la familia como cosas inferiores. Lo más

extraño fué que, de exageradamente pulcra, se hizo algo desaseada, como si alguien la hubiese convencido de que el lavado del cuerpo importa poco teniendo limpia el alma. Por último, todo gasto le pareció exorbitante y, cuando el médico habló de hidroterapia y en la casa de baños dijeron que llevar a domicilio el aparato necesario costaría un duro por cada viaje, fué de opinión contraria al remedio, tronando por vez primera contra las *invenciones de ahora.* Ante Pepe se contenía cuanto le era posible; pero ya toleraba de mala gana cualquier broma que trascendiese a incredulidad; y como por aquel tiempo todas las conversaciones iban a caer en la guerra, y hablar de ésta era hablar del clero, doña Manuela oía con disgusto a su hijo y su marido, cuando el primero alardeaba de republicano y el segundo de progresista a la antigua.

Don José continuaba firme en su afición a leer y comentar las noticias de la guerra, lecturas y comentarios en que acababa maldiciendo contra el absolutismo y la lucha civil; Pepe, después de comer, permanecía un rato acompañándole, y estos eran los mejores momentos que el viejo pasaba, porque casi siempre estaban de acuerdo. Don José conservaba el vigoroso arranque del antiguo partido progresista; Pepe, prematuramente escéptico,

dado a violencias, como quien siendo joven está ya harto de traiciones, proponía a los males públicos remedios más enérgicos. En cuanto al modo de terminar la guerra estaban conformes: había que concluirla, no por pacto, sino por fuerza de armas. Tirso, si les oía, procuraba contenerse; mas algunas veces le era imposible disimular, y sintiéndose ya fuerte, terciaba en las discusiones, mostrando, no tibia simpatía, sino ardor de sectario por la causa del absolutismo.

El año anterior, cuando la guerra franco-prusiana, Pepe había comprado un mapa barato, en el cual seguía con alfileres y banderitas las marchas de ambos ejércitos; don José, por distraerse y llevado de la atención con que consideraba el duelo entre la revolución y el carlismo, repitió el entretenimiento. Mandó a Pepe que colocara en la pared una carta geográfica de las provincias donde se luchaba, y a cada parte de la *Gaceta*, a cada nueva de lo que ocurría en los campos de batalla, iba marcando los lugares ganados o perdidos por el ejército liberal o las huestes del Pretendiente.

El estado de España era entonces desconsolador; ya el país se había convencido de que si el carlismo no contaba con elementos para vencer, los tenía sobrados para ensangrentar la mitad de la Patria. En los comienzos de 1873 las partidas aumentaron

rápidamente. Cierto que la insurrección de Vizcaya no era todavía muy temible, que la de Aragón fracasaba en Santa Cruz de Nogueras y que los castellanos parecían difíciles de arrastrar; pero ya menudeaban los indicios de que la lucha sería larga. Un cabecilla jesuíta amenazó con horribles fusilamientos, más tarde realizados; otros, que habían licenciado en Pascuas de Navidad sus tropas, las volvieron a reunir a toda prisa; se armó el Maestrazgo; creció el peligro en Cataluña y llegaron las boinas blancas hasta más acá del Ebro. La frecuencia con que el ejército liberal mudaba de general en jefe y los errores del Gobierno central, servían de sarmientos a la hoguera; apenas pasaba día sin que entrara de Francia algún jefe insurrecto; Navarra era un volcán; asaltábanse los trenes de viajeros, y un cura famoso inauguraba la larga serie de sus horrendos crímenes. Madrid, en tanto, servía de asilo a juntas fomentadoras del levantamiento, y la misma libertad, combatida en los campos a balazos, era en la corte aprovechada impunemente por el bando faccioso. Tirso, como si todo esto le alegrara, comenzó a mostrarse satisfecho sin disimulo y arrogante sin cautela: diríase que, por extraña ofuscación, veía más fácil el convertir a su familia según se iba desquiciando la Patria. Por fin manifestó desembozadamente sus ideas, y cuando

su padre leía o hacía que le leyeran cosas de la guerra, empezó a comentarlas con vehemencia, exagerando triunfos y derrotas, según cuál era el bando victorioso.

Las noticias de Pepe procedían de las imprentas de periódicos donde se tiraban extraordinarios y hojas volantes, con frecuencia poco veraces: las de Tirso, de origen desconocido, se anticipaban a veces a las oficiales o las rectificaban, con lo cual aquél se convenció pronto de que su hermano trataba con gente muy bien enterada, y de que su viaje había sido el cumplimiento de una misión. No le confiarían grandes secretos; pero, indudablemente, estaba al servicio del carlismo. Así se explicaba su conducta: los primeros días, temiendo ser vigilado, no salió a la calle sino una vez y de noche; visitóle luego un caballero, y desde entonces, cual si aquellas visitas le quitaran peso de encima, perdió el miedo y fué descubriendo su satisfacción por la marcha de los sucesos. Pepe lo vió claro, como antes se fué dando cuenta del ascendiente que adquirió sobre la madre, y nada dijo a don José; esto era imposible ocultárselo, él mismo lo veía: mas aquellas sospechas no quiso comunicárselas. Al viejo progresista había de dolerle mucho que su hijo, hecho clérigo a hurtadillas, fuese cómplice y servidor de los facciosos. En realidad, aquella piadosa

discreción era inútil, pues ya don José, a fuerza de pensar en el objeto del viaje, barruntaba la verdad.

—Tirso es carlista—decía hablando con Pepe,—ya no lo disimula; pero, ¿a qué diablos habrá venido?

—Se me figura que a pretender: querrá ser canónigo, y como parece vanidoso, no nos dirá nada por si no lo consigue.

—Lo que más me duele es que está trastornando a tu madre. Esta mañana han ido las dos a confesarse, han vuelto a las diez, y me han dado la medicina tan tarde, que no podré comer a mi hora... Mira cómo anda todo.

Pepe miró en torno suyo. Sobre el aparador estaban, aún sucios, los platos que sirvieron para la cena de la víspera; en el centro de la mesa el mantel hecho un rebujo, las migajas sobrantes esparcidas en su derredor, y junto al balcón una canastilla llena de ropa blanca atrasada y sin repasar.

—En cambio—continuó el viejo señalando hacia la pared—llueven estampas.

Tirso había colocado un poco más alto que el retrato de Espartero un cromo de la Virgen de Lourdes con marco de tosca moldura dorada.

—Esto—dijo Pepe—sería sencillamente ridículo si anduviésemos sobrados de dinero: teniendo

tan poco, me parece falta de juicio; pero allá él.

—No, hijo, no; ¡si lo ha pagado tu madre! Veintiocho realazos... ¡y luego vociferan que el agua de Vichy es farsa moderna y que los baños cuestan mucho!

XXI

Los señores a cuyos manejos obedeció el viaje de Tirso le mandaron que esperase órdenes en la corte, y él entonces pensó aprovechar las amistades que a la sombra de su misión contrajo, logrando entrar en una iglesia, donde a título de suplente ganaba algo, aunque poco. Un obispo y un ecónomo fueron los protectores, merced a cuyo valimiento pudo actuar en una parroquia, no sin que algunos capellanes se disgustaran, temerosos de que, a la larga, les quitara el pan: otros, en cambio, por simpatía, o conocedores de lo mucho que podía quien le recomendaba, hicieron buenas migas con él, y uno de éstos le cedía frecuentemente su puesto en ocasiones lucrativas. Malas lenguas murmuraban que lo hacía reservándose la mitad de la remuneración, a pesar de lo cual, de cada entierro de primera le quedaban veinte reales y treinta en las

novenas. Además, servía de festero en ciertas solemnidades, y no le olvidaba el ecónomo en el reparto de misas. Pero lo que él ambicionaba era tener sermones, que uno con otro le salían a dos o tres duros. El primer sermón que pronunció no fué del agrado de sus nuevos compañeros; dijeron que olía a pueblo: con el segundo le ocurrió lo mismo, y en vista de ello determinó imitar los ajenos para perfeccionar los propios. De allí a poco le tocó uno, y entonces procuró lucirse.

Había él notado que, por aquel tiempo, no parecía a los devotos buen sacerdote el que no se aventuraba algo en el terreno de las alusiones políticas; y como todo era, menos tímido, se lanzó a pisarlo, decidido a no resultar poco celoso en defensa de la Religión. Preparóse durante varios días con libros que consideró del caso, leyó al Padre Lárraga y al jesuíta Roothaan, consultó varios sermonarios de Santander, Eguileta y Pantaleón García, hizo acopio de frases sabias, citas de los Santos Padres, hasta de figuras retóricas, escogiendo tropos, hipotíposis y apóstrofes que dieran color a sus períodos, y, por último, fijó el tema de la oración, fundándola en aquellas inmortales palabras: *Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

Como la cofradía que pagaba la función era de

gente adinerada, la iglesia estuvo brillante. En el atrio, e inmediato al puesto de una florista, habían colocado el cajón de la rifa piadosa, cuyos premios eran un canario enjauladc, dos sortijeros de cristal, un castillete de cartón-piedra para juguete de niños y una Virgen metida en un fanal que parecía farol; dos viejos coloradotes y rollizos expendían las papeletas, y una mujer que allí cerca tenía su canastilla de estampas y escapularios les miraba de reojo, como mercader pobre a traficante rico. De esta mujer decían lenguas pecadoras que lo que más provecho le dejaba no era manejar los alicates con que hacía rosarios de alambre y cuentas de vidrio, sino el servir de cobejera entre damas y galanes. No muy lejos de ella, varios mendigos extendían las mugrientas manos, y cuando no pasaba gente se insultaban con el más desvergonzado vocabulario, trocándolo en quejumbrosos ayes si alguna señora vieja se detenía a leer los cartelillos de triduos y novenas.

El altar mayor, en que ardía un bosque de velas simétricamente colocadas en sus gradillas, semejaba pirámide de llamas temblorosas, y las flores de talco brillaban como plata. Dos angelotes de talla dorada sostenían el templete donde estaba la custodia, envuelta en la neblina del incienso. En lo más alto del retablo había un sol de oro, y en su

centro un pichón blanco. El altar era todo luz; las capillas laterales, los rincones, quedaban en sombra. En el medio de la nave brillaba sobre los grupos de fieles el claror azulado que dejaban caer desde la altura las ventanas del cupulino, y a veces, cuando se movían las cortinas, resplandecía en el aire una ráfaga vivamente luminosa que iba a dar en la faz apergaminada de un viejo o en el rostro de una mujer bonita. Unos ratos eran de completo silencio; luego resonaba el murmullo de los rezos ápidamente mascullados en común, y de fuera venían otros ruidos; rodar de coches y tañer de campanas. Hubo un momento en que, al levantar los que entraban el cortinón de la puerta, se ôyó la melodía profana de un organillo que tocaba en la calle el brindis de *La Traviata.*

Ante la barandilla del presbiterio veíanse hincados de rodillas, con su cirio y escapulario, varios hombres que de rato en rato se relevaban, formando incesante guardia de honor al pie de la pirámide de llamas, en tanto que los sacerdotes se persignaban al pasar ante los altares. Sólo turbaban el recogimiento de los fieles el llanto de algún niño o la tos de algún viejo: nadie, por fortuna, se fijaba en el mirar disimulado de las mujeres a los hombres, ni en la postura de un mozuelo que, apoyado en un confesonario, devoraba con los ojos a la novia.

El olor de la cera, el aroma del incienso y la aglomeración de cuerpos, viciando el ambiente, promovían inspiraciones largas, suspiros de desasosiego, movimientos de inquietud. En los bancos de alto respaldo había algunas personas dormidas; otras, haciendo abstracción de la fiesta, se postraban ante altares distintos. En uno de ellos, cuatro gradas cubiertas de encaje sucio y un pedestal de pintura descascarillada, adornado con cabezas de angelitos, servían de trono a una Virgen de tamaño natural, envuelta en rico manto de terciopelo negro entrapado de polvo, y sobre cuyo pecho brillaba un corazón de hojadelata atravesado por siete espadas de lo mismo; en cambio el rostrillo y la corona eran de plata. Al lado opuesto estaba Jesús crucificado, caída la cabeza sobre el pecho, manando sangre la lanzada, rígidas las piernas, sebosas las rodillas, porque en ellas se apoyaba el monaguillo al subir para encender, y envuelta la cintura en un paño de raso blanco con lentejuelas de oro, puesto a modo de tonelete, indigno adorno de tan venerable figura. Una vela torcida goteaba sobre los pies de la escultura sus lágrimas de cera, y el débil resplandor verdoso de una lámpara de vidrio, medio apagada, enviaba estertores de luz a la divina faz. A pesar de la profanadora faldilla, el aspecto de la imagen era imponente: el cadáver del Dios

de la Caridad parecía dominar aquel conjunto ridículo de flores de trapo, candelabros sucios, estampas chillonas y pantorrillas de cera colgadas de la pared. Junto a la puerta, un presbítero sentado ante una mesa golpeaba con un duro la bandeja de las ofrendas, y el choque metálico acusador del interés sonaba mal: los muros lo devolvían en apagados ecos, cual si rechazasen la voz de la codicia. Aquel mismo ruido debió de ofender los oídos de Jesús cuando arrojó a los mercaderes del templo.

Ya se había rezado el Rosario. Al comenzar la Salve rompió el órgano en formidable trompeteo, y empezaron los cantores. La voz del tiple era chillona y femenina, la del bajo ronca y apagada; el barítono cantó un solo propio de personaje celoso en ópera italiana. De pronto el órgano lanzó de nuevo al espacio sus quejas con variadas modulaciones, ya acentos dulces, ya rugidos estentóreos; unos instantes aquello era célica armonía; otros, estruendo ensordecedor, hasta que de improviso las notas parecían quedar flotando en el aire, como aves perdidas cuyo graznido desapacible continuaba imitando la canturia ronca de algún cura falto de resuello.

Llegado el momento del sermón, salió Tirso lentamente de la sacristía y acercándose hasta el

altar mayor oró unos instantes de rodillas, sosteniendo el bonete entre las manos cruzadas sobre el pecho. En seguida subió al púlpito, que era como una jícara grande pegada a la pared, y después de arrodillarse nuevamente y pedir otra vez al Altísimo gracia y santidad de inspiración, empezó persignándose y recitando un Avemaría.

El exordio fué breve, y luego, sin cuidarse mucho de reglas ni preceptos, entró de lleno a narrar, para comentarlo, el episodio en que Cristo dijo: *Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

Su lenguaje era muy vulgar y a veces ordinario; cuando quería elevarse le faltaban palabras. A poco de comenzar, olvidando el plan trazado, dejó que las ideas acudiesen en desorden a su imaginación y las frases se agolpasen a sus labios sin poesía ni belleza. Tenía prisa por mostrar ardor en defensa de la fe. Por fin en la *recopilación* y *exhortación* su piadosa ira tendió las alas, y entonces le salieron los párrafos a su gusto.

—«Sí, hermanos míos—decía—debemos servir a la nación, al Gobierno y las autoridades, porque no exige nuestra Santa Madre la Iglesia que renunciemos en absoluto a la vida social, aunque es mejor la vida de apartamiento religioso; pero hay que andarse con cuidado en lo de la obediencia. ¡Bue-

no fuera que por servir los intereses de este mundo ofendiéramos al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, o a la Santísima Virgen, o a cualquiera de los Apóstoles y Santos que nos han señalado el camino de la perfección, que es como un sendero espinoso a cuyo fin hay un gran jardín, que es la gloria! Debemos ser obedientes al César, pagar contribuciones y gabelas, ser soldados y marinos para mayor brillo de esta nación cristiana, que tan mal anda desde que vaciló en la fe: mas nuestro deber de católicos es antes que los demás deberes. Pues qué, amados míos, ¿hemos de contribuir para que se emplee nuestro dinero contra nuestra conciencia? ¿Pediremos al Señor ánimo para el trabajo, y su fruto será para escarnecerle? ¿Queréis que sirvan nuestras riquezas o jornales para que los malos gobiernos paguen suntuosos embajadores que adulen a los carceleros del Santísimo Pontífice, que apacienta el rebaño de Cristo desde su lecho hediondo de paja en un calabozo del Vaticano, antes trono de su preponderante sabiduría? ¡No, y mil veces no, hermanos míos! Seamos, si es preciso, como aquellos mártires que desafiaban a los procónsules romanos, y ya sabéis que estos procónsules eran como ahora los gobernadores civiles. ¿Y hemos de ser soldados para servir de guardia a ministros impíos y para obedecer a sacrí-

legas Asambleas que decretan la asquerosa libertad de conciencia?

¡Ah, y con cuánto dolor de corazón, con qué santa indignación los que aman a Dios oyen hablar de esas infamias! Mas la paciencia del justo es luego ira terrible, y el cordero se hace sañudo tigre, que dicen las famosas palabras del Santo.

¿Quién no teme que baje fuego del cielo sobre esta sociedad moderna? A la licencia llaman libertad, y luego, ¡ilusos!, piensan vencer a los que luchan por la verdadera libertad, y muriendo por ella elevan su corazón al Señor. ¡Así es todo desolación y angustia por los campos! Las guerras son obra del demonio. Pero, ¿sabéis por qué? Porque Dios le permite que nos castigue cuando somos malos y le olvidamos. Si se pisotea la religión, si se escarnece la piedad, viene la guerra y ¡ah! entonces ya no hay nada que dar al César, sino que hasta la sangre debe emplearse en servicio del Señor. ¿No nos da Él la suya diariamente en el convite celestial, en el manjar eucarístico? ¿Seríamos capaces de negarle nuestra miserable sangre?

Orad, hermanos míos, orad por los opresores sacrílegos, pero admirad a los que combaten. Nosotros tenemos sólo fe, quizá fe tibia: ellos, como quería el Apóstol, juntan las obras a la fe. Supimos los españoles expulsar al moro, desterrar al judío,

vencer al turco, destruímos al protestante en Flandes, arrojamos de aquí a los franceses ateos de Napoleón, con fuego purificamos de herejes nuestra tierra, y ¿no seremos hoy capaces de sojuzgar a los que traen semilla del infierno en ese contubernio nefando que llaman matrimonio civil, en esa crápula moral que llaman libertad religiosa?

¡Qué pena, hermanos míos! ¡Qué dolor! Estamos en plena Revolución; es decir, como Job en el basurero, llenos de toda suciedad. ¡Aquí es el rechinar de dientes y crujir de huesos!

La libertad de cultos, dicen los impíos, traerá capitales extranjeros, porque vendrán familias de herejes, ¡que maldita la falta que hacen! ¿Pues sabéis a lo que vendrán? A llevarse vuestro dinero, a poner fábricas en las casas que ahora se están robando a las pobres monjitas. Esa es la libertad de cultos. ¿Y para que prevalezca vais a pagar contribución? Ya veis, amados oyentes míos, cómo no siempre es piadoso dar de buen grado al César todo lo que parece suyo.

Sean nuestras almas del Señor para que su cólera no nos parta por la mitad, y sirvámosle a Él antes que a nadie. ¿A quién obedeceríais primero, a un guardia municipal o al Rey? Al segundo, ¿no es verdad? Pues el César es el guardia municipal, y el Rey es Dios Nuestro Señor, pero Rey de Re-

yes y Emperador de Emperadores. Elevad los corazones, que brote la oración en vuestras bocas, que se agite, como humo inquieto, la fe en vuestros pechos para que el Señor nos conceda ver acabadas la podredumbre del liberalismo, la masonería, las persecuciones de la Iglesia y las desdichas de sus venerables ministros, y para que triunfen los que luchan por la religión, porque entonces podremos gritar: *¡Pueblos esparcidos por el Universo, palmotead, manifestad con millares de gritos de alegría la parte que tomáis en la gloria de vuestro Dios en el día de su triunfo!* Yo diré a vuestro corazón, con el Profeta: *cuasi tuba exalta vocem tuam, et anuntia populo meo scelera eorum.* Orad, y ahorraréis lágrimas a la Esposa del Cordero; haced que todo el mundo rece en vuestras casas por los que están sepultados en el profundo sueño del pecado, *dormiebat sopori gravi;* por los que voluntariamente se han hecho sordos a las inspiraciones divinas, *sicut aspidis surdæ et obturantis aures suas.* Sí, amados hermanos míos; orad a María en todas sus advocaciones, tan buena es una como otra, todas son mejores y dulcísimas; porque si oramos, *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.»*

Mientras bajaba lentamente del púlpito estalló en la iglesia un prolongado murmullo de aproba-

ción, y en seguida los fieles comenzaron a salir, empujándose, ansiosos de sustraerse, a pesar de su devoción, a la pesada y sucia atmósfera del templo. Las puertas vomitaron negras oleadas de gente que, al desparramarse por las aceras, respiraba con delicia el aire puro de la noche, y en pocos minutos la ancha nave quedó vacía. Los exaltados elogiaban el sermón.

—Es un padre nuevo.

—No le conocía.

—Ni yo: ¡qué valiente ha estado!

—Es de los finos.

—¡Ojalá hubiera muchos así!

Varias personas entraron en la sacristía, preguntando cómo se llamaba el predicador. De los capellanes de la iglesia, unos se fueron sin hablar con Tirso, otros le felicitaron.

—¡Muy bien, compañero, eso es poner el dedo en la llaga!

—Ha estado usted un poquito fuerte.

—Andese con cuidado, no sea que los liberalitos cometan algún atropello.

El párroco calificó aquello de imprudencia.

Tirso se marchó solo, contentísimo, pisando recio, alta la cabeza, como si creyera que los transeuntes habían de mirarle con asombro. En su casa no dijo nada.

Aquella noche, el nombre del Padre Tirso Resmilla era conocido en todos los centros carlistas de Madrid.

A los tres días, Pepe, leyendo un periódico, dió con el siguiente suelto:

«El púlpito sigue convertido en tribuna por los enemigos de las instituciones liberales. En una de las principales iglesias de Madrid se ha pronunciado anteayer un violento sermón, una verdadera excitación a la guerra civil. La opinión exige que las autoridades tomen cartas en el asunto. El clérigo que se ha propasado esta vez, parece ser el Padre R..., casi desconocido, por haber llegado a Madrid hace poco tiempo. Veremos si se castiga su atrevimiento.»

Comprendió que el Padre R... era su hermano, y profundamente disgustado, hizo que Millán averiguase la verdad del caso preguntándolo en la imprenta de aquel periódico, y al mismo tiempo revisó cuidadosamente los que había de leer su padre, decidido a evitarle la desazón que pudiera acarrearle la noticia. No temía que Tirso se vanagloriase de la hazaña en su propia casa, pero podían ir a prenderle, o acaso la prensa insistiera en pedir su castigo.

El resultado de las gestiones de Millán confirmó la sospecha de Pepe: el regente de la imprenta donde se tiraba aquel diario, le dijo que el audaz pre-

dicador era don Tirso Resmilla, quien, abandonando su curato de un pueblo del Norte, vino a Madrid, pocos meses atrás, como persona de confianza para los elementos realistas de la diócesis a que pertenecía.

XXII

HABÍA en Madrid por aquel tiempo, en uno de los barrios extremos, una casa que, rompiendo la línea de fachadas, parecía apartarse del trato de las gentes. Tenía por delante un pequeño jardín con verja; aislábala por detrás un ancho patio con cuadras y cocheras, y a derecha e izquierda la limitaban tapias a calles poco frecuentadas. Formaban el jardín tres o cuatro mezquinos recuadros de flores vulgares, las enredaderas enroscadas a la verja, y varias acacias, cuyas ramas, ocultando casi por completo los balcones, oponían a la curiosidad una cortina impenetrable. Las persianas estaban siempre caídas y las vidrieras se abrían rara vez, sin que nunca sonase dentro cantar de criada ni piano de señora. Era una casa falta de voces y de ruidos, triste, callada entre los clamores vecinos, independiente de cuanto la rodeaba, como hecha adrede para retiro de dama romántica o escenario

de novelescas aventuras. Una campanilla, colocada en la verja del jardín, daba aviso cuando entraba alguien y, según quien fuese, un portero que parecía sacristán, tocaba otra campana. Un tañido, para Hermana de la Caridad o Hermanita de los pobres; dos, para fraile o clérigo; tres, para dignidad eclesiástica: a los simples mortales les anunciaba de palabra, y gracias si se quitaba la gorra. Nadie sabía que allí se diese limosna los sábados o fiestas; pero por privilegio envidiable tenía la finca oratorio y, si pasaban por la calle alguna Minerva o el Dios chico, lucían los balcones grandes y blasonadas colgaduras. Durante el día menudeaba el campanilleo del portal, indicando que eran muchas las visitas de gente religiosa: llegada la noche escapábase de alguna ventana rumor de preces dichas en común, y a las diez todo quedaba cerrado y en silencio.

Era dueña de aquella casa, a más de otras muchas, la condesa de Astorgüela, señora de edad incierta, buena estatura y porte aristocrático, que hacía vida muy devota. Se levantaba casi a punto de amanecer para rezar maitines y *oración por los agonizantes*, tornando a acostarse hasta las nueve, que oía misa, rezada por su capellán; a las doce *angelus* y almuerzo; por la tarde lecturas piadosas, *vísperas*, *cinco llagas* y recepción de visitas honestas;

antes de comer, un rato de meditación en la capilla; después de la comida otro rosario, letanía y *recomendación del alma*, y a las nueve y media a la cama. Confesaba y recibía la sagrada comunión con gran frecuencia, nunca esforzaba la voz y se reía poco. Algunas tardes salía de paseo en una vetusta carretela cuyas portezuelas tenían pintada la corona condal: el cochero y el lacayo eran viejos, y ambos como formando juego con el portero, parecían de iglesia. Iba siempre vestida de negro y a modo de pulsera lucía en una muñeca un pequeño rosario de oro y perlas.

Una doncella, despedida de la casa por hurtar en viernes de cuaresma restos de solomillo fiambre, propaló por el barrio noticias que permitían poner en duda algunos actos de exagerado fervor atribuídos a la dama: según la despechada sirvienta no era verdad que se maltratase cruelmente a fuerza de rigurosas penitencias: las mayores mortificaciones que se imponía consistían en no tomar nada fuera de horas, abstenerse de un bocado sabroso, escoger por breve rato asiento incómodo y aun permanecer de rodillas con los brazos en cruz unos cuantos minutos; pero era falso de toda falsedad que llevara cilicio, ni que tuviera costumbre de meterse por voluntaria molestia piedrezuelas en los zapatos, ni que durmiera con una astilla bajo las

sábanas, ni que hiciese en el suelo cruces con la lengua. De su desaliño en el vestir también había mucho que rebajar, pues si era cierto que gastaba trajes lisos de lanilla o de seda deslucida y pasados de moda, en cambio, su ropa interior era de holandas y batistas finísimas, hechuras elegantes y adornos primorosos: usaba medias y corsé de seda, perfumaba el baño y cuidábase mucho las manos y los pies, atendiendo en todo a la conservación de su belleza con el esmero propio de la mujer consagrada, aunque sea secretamente, al dulce servicio del amor. De modo que, entre lo que estaba a la vista y lo que afirmaba la rencorosa doncella, lo mismo podía ser la enigmática señora extraño ejemplo de austeridad que hipócrita de alto copete o ambas cosas a la vez. Acaso en modelarla física y moralmente colaboraron un ángel y un diablo sin que el arte ni el espíritu de ninguno prevaleciera en el resultado de la obra.

Su rostro, de expresión casi apicarada, mientras no pretendía parecer seria, recordaba los retratos de princesas hechos por los grandes pintores del siglo XVIII. Una hermosa cabellera rubia que comenzaba a encanecer, sin tinte que la profanase, coronaba la gentil cabeza formando traviesos ricillos en la nuca; los ojos eran azules, la tez muy blanca, y bien dibujada la boca; las manos finas y

los pies pequeños. Los años, ella los sabía: ya en cuerpo y cara mostraba dolorosas señales de su paso: la agilidad juvenil perdida, el talle un poco embarnecido, alguna raya que pronto había de ser arruga... Mas no por leves desconchados pierden su encanto las clásicas beldades de mármol: aún podría entontecer a un sabio o envalentonar a un tímido; y, sobre todo, con su talento y su don de gentes tenía cuanto necesitaba para brillar y persuadir cuando al caer la tarde acudían a su salón, deseosos de darle o pedirle consejo, los amigos consagrados, como ella, a la defensa de la buena causa.

Tal era la condesa de Astorgüela, relacionada con el alto clero, bien quista de muchos nobles chapados a la antigua y amiga de atraerse a quien despuntara en el servicio de la religión y la legitimidad. Apenas tuvo noticia del valiente celo demostrado por Tirso en el sermón famoso, ansiosa de conocerle, le escribió de su puño y letra en un tarjetón timbrado con su escudo:

La condesa de Astorgüela la Real saluda respetuosamente al capellán don Tirso Resmilla, rogándole se sirva visitarla para encomendarle una buena obra.

Y abajo el día y hora de la cita, con las señas de la casa.

Sorprendido Tirso agradablemente, consultó con el cura que le cedió el sermón si debía ir, y la respuesta avivó su impaciencia.

—No falte usted, compañero; esa señora es una potencia.

A la hora fijada se presentó en casa de la condesa, que le recibió en un gabinete seriamente alhajado, donde a vueltas de mucha severidad había detalles que revelaban a la mujer elegante. Cubría las paredes rico damasco verde con el tono del mirto; los muebles, tapizados de brocatel algo más claro, eran de hechura antigua; la alfombra gruesa y casi blanca; del techo pendía una enorme araña de cristal con muchos colgajillos prismáticos, y bajo ella, sobre una mesita de mosaico, se veían varios libros ricamente encuadernados, reflejándose todo en grandes espejos con marcos de hojarasca dorada. Tirso echó una mirada a los lomos de los libros: eran lo más hermoso y literario que ha producido el sentimiento religioso: *La imitación de Cristo*, de Kempis; *La perfecta casada*, de Fray Luis de León; *La vida devota*, de San Francisco de Sales, y la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada. Sólo tres obras de arte adornaban la estancia: una admirable copia del *Cristo* de Velázquez; otra de la *Dolorosa* de Tiziano, y ante uno de los balcones, destacando sobre el claror del hueco, una

escultura, fiel reproducción de la *Magdalena* de Pedro de Mena. Cuanto allí había mostraba extraña mezcla de elegancia y piedad.

Alzóse una cortina y entró la condesa, a quien Tirso saludó respetuosamente: ella se sentó en una butaca pequeña, de espaldas a la luz, y él, obedeciendo a una indicación, ocupó un asiento cercano puesto frente al balcón; de suerte que su rostro quedó a merced de las miradas de la dama, y el de ésta no tan visible para él, que estaba como turbado y cohibido.

—Lo primero, pido a usted mil perdones por mi atrevimiento: debía haber procurado esta entrevista de otro modo, pero deseaba que honrase usted mi casa y que hablásemos a solas; ante todo, para felicitarle por su elocuencia y su rasgo de valor...

—Señora, yo agradezco tanto... la verdad, no creo merecer...

—Sí; merece usted que le feliciten todos los corazones cristianos. Alcanzamos tiempos en que la energía en defender lo bueno y lo santo debe alentarse; y yo, aunque valgo tan poco, he tenido empeño en conocer a usted para apreciarle mejor.

Estaba asombrado, sin adivinar a qué venían tal llamada y tan afable recibimiento.

—¿Le sorprende mi osadía —prosiguió adivinándolo la condesa —verdad? pues aún va a extrañar-

le más algo que voy a decirle, y sobre lo cual le encargo la más absoluta reserva.

—Me desviviré por servirla.

—No se trata de servirme, padre Resmilla, sino de servir a la Religión. Pero, ante todo, debo advertirle que no me era enteramente desconocido. Mi posición, mis buenas relaciones, mi influencia, puedo decirlo sin vanidad, me tienen al corriente de muchas cosas... y no ignoraba el objeto de su venida a Madrid.

—Yo, señora, mi viaje...

—Esté usted tranquilo. Soy de las que animan y alientan cuanto se proponen ustedes. Está usted en casa de una amiga. Nada de eso me es ajeno; me honro con la amistad de los que se consagran a tan glorioso servicio; es decir, que aunque sólo fuera por esto, le hubiera llamado; pero además vamos a tratar de otro asunto.

—Estoy a sus órdenes.

—Usted tiene un hermano que está en relaciones amorosas, honradas por supuesto, con una señorita, casi parienta mía, que se llama María Paz de Agreda...

—No lo sabía... o, mejor dicho, ignoraba quién era ella.

—Yo, en cambio, sé mucho más. El padre de esa señorita es un caballero bastante rico, que, por

cierto, no ha educado a la niña como debiera; pero esto no hace al caso. Lo importante es que usted puede prestar un buen servicio a intereses sagrados.

—¿Relacionado con mi hermano?

—El padre de esa señorita o, mejor dicho, ella, porque eran bienes de la madre, tiene cerca de los Cuatro Caminos, fuera de la puerta de Fuencarral, unos solares, lindando con los cuales está construyendo su nueva residencia una Congregación que acaso todavía no conozca usted: *Las Hijas de la Salve.* Pues bien, esta Congregación desea comprar parte de aquella tierra, y el tal señor se niega a la venta: todos los ofrecimientos han sido inútiles.

—¿Y qué puedo yo en el asunto? De todos modos, tratándose de una Congregación de esa índole, cuente usted conmigo.

—Pues al grano. ¿Tiene usted medios de lograr que su señor hermano influya en el ánimo de la niña para que ella a su vez procure que su padre acceda al deseo de la Congregación... en buenas condiciones?

—No, señora; ni soñarlo. Y ya que me honra buscándome para cosa tan de mi gusto, debo ser franco con usted. Mi hermano y yo estamos medio reñidos: es liberal, ateo, en fin, está dejado de la mano de Dios. Cuando yo llegué a Madrid, en-

contré la casa en un estado... Impiedad, olvido de lo más sagrado... Yo quise...

—No se moleste en contármelo: estoy enterada de todo.

Tirso, con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, preguntó:

—¿Entonces?... ¿Comprende usted lo difícil que me será intervenir?

—Se trata de saber si, a pesar de todo y contra los obstáculos que se presenten, se decide a servirnos.

—¡Eso sí! Pero ignoro cómo.

—Si su hermano de usted se casara con esa señorita... si nosotros lo facilitáramos... si nuestra protección...

—No hay que pensar en ello. Mi hermano es un fanático; sería capaz de gloriarse de mártir de sus ideas y renunciar a la chica antes que aceptar el trato.

—¿Está usted seguro de esa energía?

—¡Ojalá no lo estuviera!

—Piense usted que nos sobrarían elementos.

—Imposible.

—Entonces habrá que seguir otro camino. Es preciso averiguar si esa señorita está realmente enamorada de su hermano de usted, y calcular lo que haría viéndose abandonada por él.

—No entiendo lo que usted se propone.

—Hablaré sin rodeos. Si el novio se allanara, y sería lo mejor, a vender en buenas condiciones cuando entrara en posesión de la dote, nosotros haríamos la boda.

—No hay que pensar en ello.

—Entonces no queda más recurso que provocar la ruptura para conseguir una de dos cosas: que ella, si sabemos manejarla, imponga a su padre su voluntad, es decir, la nuestra, o que, desengañada del amor, piense en dichas más puras, en vida más tranquila.

—Comprendido.

—Con lo cual lograríamos un doble resultado: ganar un alma para Dios y poder influir de cerca en la persona dueña de ese pedazo de tierra, porque ya creo haber dicho que no es del padre, sino de la hija.

—Perfectamente.

—Considerado así el asunto, usted ¿qué cree que debamos hacer?

—Que mi hermano riña lo antes posible con la novia, y luego manejarla a ella.

—Habrá que andarse con pies de plomo: si realmente se quieren, será difícil separarlos. Por otra parte, se corre el riesgo de que si ella no está muy enamorada, al perder ese amor, aunque no

sea más que por despecho, se eche en brazos de otro.

El cura no pudo contenerse, y dijo:

—¡Señora, cuánto sabe usted!

—Crea usted, padre, que para servir a Dios hay que pensar en todo.

—Lo primero es que riñan; y después dirigir bien a esa criatura.

—Piense usted que se trata de una verdadera obra de caridad, y que las *Hijas de la Salve* no olvidarán lo que haga por ellas.

—Yo no hago nada interesadamente.

—Me lo figuro; pero toda buena obra trae consigo su recompensa. En fin, piénselo usted.

—¿Puedo estar seguro de que obraremos sólo por favorecer a esa comunidad, sin ninguna otra mira bastarda? No se ofenda usted, señora; yo soy así.

—No nos anima más deseo que el de contribuir al engrandecimiento de una institución piadosa.

—Pues acepto.

—¿Quiere usted que se le proporcione ocasión de hablar a la novia de su hermano?

—Si lo necesito, lo diré; pero me parece que yo me lo trabajaré solo.

—Lo esencial es la ruptura.

—Espero que la conseguiré.

Al llegar aquí Tirso creyó oportuno poner cara triste, y con gran amargura dijo:

—¡Ah, señora condesa, qué pena me causa todo esto!; pero las ideas de mi hermano disculpan... hasta justifican que yo tome cartas en este asunto.

Ella, ya en pie, como despidiéndole, sonrió ante aquel inesperado afán de atenuar la índole del pacto, y repuso:

—Es doloroso que no se pueda hacer el bien sin estos rodeos. Así lo quieren los tiempos. Y piense que no hay procedimiento reprobable cuando es bueno lo que se procura. Después que usted hable con ella veremos lo que convenga.

Tirso salió de allí hondamente preocupado. Aquella señora se le antojó figura de una clase social, de un ambiente para él desconocidos. Qué maridaje tan extraño y fascinador formaban en su persona el aspecto mundano y la piedad: diríase la encarnación de lo profano puesta al servicio de lo divino. ¡Con qué aplomo hablaba, y qué aspecto de reina! Grande debía de ser su influencia... Sabía la causa de su viaje... Sin vacilar, estaba pronto a servirla contra su propio hermano; mejor dicho, contra las ideas de su hermano. Sí, triunfaría; ¿no empezaba ya a triunfar en los anteriores designios que formó? Su madre iba por buen camino; Leocadia había roto el devaneo con Millán... Ahora,

Dios mediante, rompería también el amorío del otro, el incrédulo empedernido; pero procurándolo, limpio de rencor, no por causarle daño, aunque acaso lo mereciera, sino para favorecer a una fundación servidora de la Iglesia. Y comenzando a fraguar su plan recordaba las palabras de la Escritura: *Desaparecerá el impío como la tempestad que pasa; mas el justo es como cimiento durable por siempre. La esperanza de los justos es alegría; mas la esperanza de los impíos perecerá.*

XXIII

Pateta, según contó a Paz, no podía sufrir a Tirso desde que éste le había despreciado por verle con uniforme de corneta de milicianos. Era legítimo descendiente de aquellos liberales que cuando niños rodeaban en apretada turba las murgas y las charangas para oir el *Himno de Riego*, y de hombres alzaban barricadas contra la tropa, fraternizando con ella después de batirse como fieras. Sólo dos bienes poseía: juventud y valor, y ambos los puso al servicio de la libertad, porque instintivamente le pareció bueno aquello que tanto entusiasmo despertaba: vió alistarse como milicianos a sus compañeros de imprenta, les imitó, y de aquí el vistoso uniforme con el pecho lleno de trencillas, la leopoldina con plumero, que parecía un gallo desmayado, y la corneta presa entre cordones rojos. Orgulloso de semejante

atavío se creía soldado de verdad, y rechazaba en formación o revista al más amigo, gritando: «¡atrás, paisano!» Su indignación cuando Tirso le dijo: «¡quita de ahí, mamarracho!», fué espantosa; mas como no era malo, su propósito no pasó del deseo de hacerle rabiar un poco; no sería la suya venganza, sino jugarreta.

Una mañana, al salir de la imprenta, estando ya cerca de la calle de Botoneras, oyó pregonar *el extraordinario, con la derrota de los carlistas*, y este grito le sugirió el modo de molestar al cura. Todo consistía en gastarse dos cuartos en el papel, y subir a dar la grata nueva a don José: era la hora del almuerzo, y Tirso, que estaría allí, tendría que tragar la píldora.

A los cinco minutos de imaginarlo entraba en el comedor, donde, terminado el almuerzo, conversaba la familia tranquilamente antes de que Pepe volviese a su trabajo; doña Manuela y Leocadia estaban doblando el mantel, don José haciendo pitillos y Tirso hojeando un libro. En la pared, por debajo de la estampa religiosa que compró Tirso, se veía el mapa de las Provincias Vascongadas y Navarra, en el cual don José iba marcando la situación de las tropas. Cuando quería ver por dónde andaba tal o cual columna, hacia dónde estaba situado este o aquel pueblo, le descolgaban el car-

tón del mapa y le daban una caja con las banderitas que el pobre señor se hizo, por vía de entretenimiento, con alfileres y papelitos de colores: las había blancas, para los carlistas, y moradas, para el ejército, por suponer don José que éste era el color de las antiguas libertades castellanas.

—¿Qué hay, *Pateta?*—preguntó el viejo.

—Pues nada, señor; como hace tantos días que no venía, y pasaba por ahí cerca, dije: voy a subir a ver si se les ofrece algo, o si *quién* ustedes que haga cualquier *recao.*

—Nada, hombre, gracias: sigo lo mismo, yo lo mismo.

—Y como sé que le gusta leer los papeles, y he oído pregonar el que van vendiendo ahora, lo he *comprao.*

—Trae, trae.

Pepe tomó el extraordinario, y después de pasar por él rápidamente la vista, dijo:

—No tiene relación con lo que se esperaba sobre Estella, pero les han pegado una buena zurra—y leyó:

«Extracto de los partes oficiales recibidos hasta la una de la madrugada de hoy en el ministerio de la Guerra:

Provincias Vascongadas y Navarra.—El capitán general comuni...»

—Salta, hijo, salta eso. A ver lo importante.

—«Comunican que en Aya fueron cogidos a las facciones de los curas Orio y Santa Cruz 800 fusiles *remington*, 300 de varios sistemas, cajas de municiones, pólvora, piezas de tela, provisiones y papeles; no pudiendo detallar las pérdidas del enemigo, que pasan de 50 los muertos y hasta 200 prisioneros y presentados. De nuestras tropas, cinco muertos del batallón de Barbastro, uno de la Princesa y 14 heridos. Entre los muertos de los carlistas había un cura, y entre los prisioneros otros dos curas, uno de ellos herido.»

—Muchos golpes como ése hacen falta—dijo don José;—cosa parecida ocurrió el año *de* 48, cuando el brigadier Zapatero y el coronel Damato desbarataron en Zaldivia y Amezqueta las partidas de Alzáa y Urbiztondo.

—Los han *reventao*—añadió *Pateta.*

Después el diálogo continuó sólo entre los hermanos.

—¿Qué ha de decir el Gobierno? Yo no hago caso de noticias oficiales—dijo Tirso.

—Yo sí—repuso Pepe:—habrá alguna exageración, pero la paliza debe de haber sido buena.

—Otra vez me tocará a mí alegrarme.

—Has podido regocijarte hace poco con el fusilamiento de los carabineros. ¡Hasta chicos de diez y seis años!

—Cosas de la guerra.

—No. Salvajadas del fanatismo.

—A eso dan lugar los enemigos de la fe, los que escarnecen la religión.

—¡Ya salió a plaza la religión de nuestros mayores! No sé en qué consiste, pero casi siempre que se comete una crueldad de ese jaez sacáis a relucir la religión.

—Como que su defensa es el origen de la guerra.

—No: el origen de la guerra es la supuesta legitimidad de Don Carlos: y aunque así no fuera, a trabucazos no se propaga la fe. Ordenadas esas infamias por militares, no tendrían disculpa; ¡conque figúrate siendo clérigos los autores!

—Se exagera mucho.

—¡Desgraciadamente, hijo mío—interrumpió don José,—no son exageraciones! Esos curas de canana y retaco, son iguales a los de la otra guerra. Aún recuerdo yo lo que hicieron don Basilio y Orejita, que eran dos cabecillas, el año 36 en la Calzada. Cerca de ciento veinte personas sacrificaron, hasta mujeres y niños, y ¿sabéis quién sirvió de ojeador?, el prior de la Calzada. Los carlistas atacaron el pueblo, los nacionales se refugiaron en la torre de la iglesia, y entonces aquéllos la incendiaron: un nacional que se descolgó por una ventana, pudo correr al caer a tierra, pero le vió el prior y comezó a gritar: *¡a ese conejo que se escapa! ¡cazarle!* y le mataron. Por supuesto, que el tal prior era una fiera. Con pretexto de parlamentar se acercó a la torre, y estuvo dando conversación a

los sitiados hasta que los suyos arrimaron a las puertas astillas y sarmientos: cuando vió encendido el fuego, paró de hablar. Todos los que estaban dentro ardieron como estopa, y cuando oía el llanto de las mujeres y de los niños, decía: *¡Bien templado está el órgano!*

—¡Parece mentira que se crean tales paparruchas!—exclamó Tirso.

—¿Y lo que está haciendo por ahí ahora ese cura Santa Cruz, cuyo nombre es un sarcasmo?

—Ya tendrá él cuidado de no matar a buenos cristianos: sobre todo, ¿pensáis que se puede guerrear con *sensiblerías?*

—No digas eso, hijo; me moriría de pena si supiera que eras de los clérigos que disculpan esas atrocidades.

—Le gustarán a usted más los que se cruzan de brazos y dejan que les persigan y conviertan las iglesias en cuadras y los altares en pesebres.

—Eso no se ha hecho todavía—dijo Pepe;—pero, que no te quepa duda, si los curas siguen el camino que han emprendido, el pueblo perderá el amor y el respeto a la religión y confundirá la cosa representada con sus malos representantes, y entonces...

—Entonces lo destruiremos todo y no dejaremos vivo ningún liberal... ¡masones indecentes!

Estaba ya fuera de sí; la ira, contrayendo sus facciones angulosas, dió a su rostro dureza extraordinaria, y los ojos se le inyectaron en sangre. Nunca le habían visto tan airado.

—¿Vais a reñir por política?—gritó doña Manuela.

Pateta estaba arrepentido. Pepe, por evitar que la cosa pasase adelante, trató de bromear, diciendo;

—Vaya, hombre, cálmate; otro día puede que entren en Estella o que asomen por Chamberí.

Tirso, interpretando aquello como befa por la derrota, se enfureció; levantóse de pronto con el rostro desencajado, fué hacia el mapa, trémulas las manos, y cogiendo tres o cuatro banderitas carlistas, dijo, clavándolas en el papel con grosera violencia:

—¡Sí! ¡Entrarán aquí, y aquí, y aquí!

Los alfileres quedaron, unos derechos, otros torcidos, sobre los nombres de varias poblaciones: Estella, Pamplona y Madrid estaban conquistadas. Don José no se atrevió a chistar; Pepe soltó una carcajada.

—¡Qué fuerte te da!

—¡Esta es una familia podrida!—prosiguió el cura—así estáis, así os veis, necesitados, pobres, desamparados, dejados de la mano de Dios; tú, trabajando en esa imprenta como un gañán, y usted,

padre, ahí clavado en una butaca, con el castigo del Señor encima.

—¡Hijo mío, líbreme Dios de suponerle capaz de castigarme con reuma por ser progresista!

—¿Reuma?—exclamó Tirso, sonriendo bárbaramente.—¡Reuma! ¡No está mal reuma! Gota, y de la fina, es lo que tiene usted.

El infeliz escuchó con indecible espanto la brutal revelación. Primero quiso incorporarse, sin saber a qué; mas no pudiendo sus manos crispadas sostenerlo en los brazos del sillón, cayó de golpe en el asiento; luego miró estúpidamente en torno, y por sus mejillas resbalaron dos lagrimones.

A Pepe se le asomó el furor a los ojos y sintió impulsos de abalanzarse contra Tirso. La presencia de doña Manuela y Leocadia evitó una cosa horrible. Con voz engañosamente tranquila, pero llena de energía, se limitó a decir:

—¡Vete! Sería capaz de matarte.

—Lo creo—repuso el cura, procurando también aparentar serenidad y dirigiéndose hacia su cuarto muy despacio.

—¡No!—le gritó Pepe—¡no, a tu cuarto no, a la calle!

Entonces doña Manuela, interponiéndose de pronto entre ambos, miró a Pepe como no le había

mirado nunca, y con un vigor de que jamás dió señales en su vida, le dijo:

—¡Basta!

La expresión de su rostro desconcertó a Pepe; no podía creer que su madre hiciera causa común con Tirso.

—Pero, mamá, ¿no has visto lo que acaba de hacer?

—¡Basta!—volvió a gritar ella con mayor imperio.

El viejo lloraba como un niño; Pepe, abrazado a él, con la boca pegada a su oído, le prodigaba frases de ternura; doña Manuela salió del comedor siguiendo a Tirso, y Leocadia empezó a recoger del suelo el mapa y las banderitas que se habían caído, mientras *Pateta*, aterrado ante el conflicto que había ocasionado, se despedía saliendo rencoroso contra sí mismo.

—Es mentira, ¿no es verdad, hijo mío? no es gota, ¿verdad, Pepe?—decía el enfermo.

—No, papá; si no tiene fundamento para saberlo. Cálmate, por Dios.

Sólo al cabo de dos horas, seguro ya de que nadie se atrevería a molestar al padre, marchó Pepe a su trabajo, observando al salir que doña Manuela estaba encerrada con Tirso en el cuarto de éste.

Al caer la tarde se le presentó *Pateta* en la imprenta a pedirle perdón.

—No tengo nada que perdonarte: tú no has tenido mala intención; así, o de otro modo, ello tenía que suceder.

Cuando por la noche volvió a su casa, todo estaba tranquilo; pero don José, al empezar la cena, sufrió un acceso violento, y fué necesario acostarlo. Tirso hizo ademán de ir a coger uno de los brazos de la butaca para conducirlo a la alcoba con Pepe, pero éste le contuvo con sólo una mirada. Después, entre él y Leocadia, empujaron el sillón. Estando ya en la cama, don José sujetó a su hijo por el cuello, y le dijo temblando, con voz apenas perceptible:

—Por Dios, ¡sé prudente! ¡no hagas nada! tu madre... ha dicho que si Tirso se marcha, ella también se irá.

Durante la cena, a que el enfermo no asistió, los dos hermanos no se dirigieron la palabra; Pepe estuvo con su madre y con Leocadia tan afectuoso como siempre; ellas con él, frías y reservadas. Después se encerró llorando en su cuarto. Ni el recuerdo de Paz era bastante a consolarle.

XXIV

Las *Hijas de la Salve* eran unas monjas que a fuerza de pedir limosnas y aceptar herencias consiguieron edificar un buen convento fuera de la puerta de Fuencarral. La piedad religiosa pareció acuñarse para sus manos: lo más elegante y rico de la corte les otorgó su apoyo. Dos hermanitas venían diariamente a Madrid a recoger ofrendas, y como tenían la colecta admirablemente organizada por distritos y barrios, se presentaban en palacios y casas a hora conveniente. Sabían que tal señora no se levantaba hasta la una, que tal otra era madrugadora y que muchas no recibían hasta la tarde. La tartanilla en que hacían sus correrías se detenía ante las casas en fechas determinadas, a horas fijas, y el borriquillo que la arrastraba, si pudiese hablar, hubiera dado las señas de lo mejor

de Madrid. Además, *Las Hijas de la Salve* habían llevado a cabo dos fundaciones utilísimas: un colegio para señoritas, que desde sus comienzos fué preferido por las familias aristocráticas, y una asociación devota titulada *La Limosna de la Luz*, cuyo fin era reunir fondos mediante cuotas mensuales para llevar diariamente en nombre de los hermanos determinado número de velas a los templos donde se adorase a la Santísima Virgen en cualquiera de sus advocaciones. Pero sucedió que siendo los asociados muchos y pocas las velas necesarias, al cabo de cada mes hubo en caja sobrante considerable. Una parte se invirtió en misas por los congregantes difuntos y actos de desagravio al Señor por las ofensas de los impíos; y otra, más cuantiosa, en regalos a iglesias pobres, consistentes en ropas de altar, estandartes, vestiduras y ornamentos sagrados. En un principio la hermandad compraba todo esto; mas luego, como salía muy caro, estableció un pequeño obrador donde recibía a las jóvenes que hallándose sin trabajo lo aceptaban a menor jornal que en tiendas y casas particulares. Bien dirigido y mejor administrado, el obrador pequeño trocóse pronto en taller grande. Hacíase allí toda clase de labores de aguja, desde lo más sencillo hasta lo más complicado; se bordaba en blanco, en sedas de colores y en oro; el

planchado era admirable; los roquetes, albas, paños de altar, sabanillas y cojines para santos sepulcros parecían labor de hadas; los ternos, mangas y frontales eran verdaderas obras de arte, y como antes ocurrió que solía quedar un remanente de velas, comenzó también la casa a tener en almacén más de lo que había menester para sus obsequios. No se había de tirar. La administración dispuso que pudiera venderse a bajo precio, con sólo cubrir gastos y honesto beneficio, y de esta suerte se apretó un poco más el lazo entre la economía y la piedad. Al mismo tiempo, *La Limosna de la Luz* pensó que su bienhechora influencia podía hacer algo mejor que poner velas en los altares, regalar casullas o vender ropa barata para el culto: podía llevar almas al Señor.

Hasta entonces no se había pedido a las obreras del taller sino buena conducta y legitimidad de origen—porque no eran dignas de trabajar para tan santo fin las ovejas descarriadas ni las hijas del pecado;— en adelante se les exigió concurrir a ejercicios piadosos, a la explicación de la doctrina cristiana y a determinadas solemnidades en la capilla del convento. Un maestro de música formó un coro de primer orden, y el Madrid elegante se regocijó escuchando cómo cantaban las infelices que pasaban trabajando todo el día. No pocas,

a la larga, manifestaban deseos de entrar en *Las Hijas de la Salve:* si su labor era utilizable, se les admitía; en caso contrario, no faltaba medio de negarse. Los jornales nunca subían; pero, en cambio, ¡qué gozo cuando alguna renunciaba al mundo! Las protectoras de *Las Hijas de la Salve* solían pagar el no muy cuantioso dote necesario y el humilde equipo preciso. ¡Santa caridad que sustraía doncellas a la vorágine del pecado, evitando que llegaran a ser madres de impíos! En vano fué que los periódicos revolucionarios y descreídos dieran la voz de alarma. Los devotos estaban entusiasmados: *Las Hijas de la Salve* y *La Limosna de la Luz* hacían prodigios. Un día profesaba una rica educanda de pocos años, desengañada del mundo; otro, una niña se negaba a ir a pasar el domingo con sus padres por adornar un altar o una de aquellas pobres obreras pedía como favor supremo ser adoptada en cualquier concepto por las santas Madres y Hermanas.

Tal era el piadoso instituto que ansiaba ensanchar su pequeño reino en este mundo, adquiriendo una parte de los terrenos que, lindantes con el convento, tenían Paz y su padre.

La condesa de Astorgüela, según unos alma protectora de la Congregación, según otros mero agente suyo, hizo que *Las Hijas de la Salve* emplearan a

Tirso, confiándole, en compañía de otros clérigos, la misión de explicar la doctrina a las obreras en *La Limosna de la Luz*. Bien lo merecía el sacerdote que acababa de dar en el púlpito tan brava muestra de su ardiente celo.

En seguida entró en funciones, y el corazón se le llenó de alegría ante el espectáculo de aquellas mujeres, que unas en perpetua oración, otras en continuo trabajo, tenían puesta la mirada en el cielo y la esperanza en Dios.

Tras una corta interrupción de las tareas parlamentarias, volvió Pepe a trabajar en casa de don Luis, teniendo así nuevas ocasiones de hablar con Paz.

Era ya cerca del medio día. El balcón del cuarto de los libros estaba abierto, con las persianas caídas, y el sol, penetrando por entre sus listones, formaba sobre la fina estera blanca de junquillo un dibujo a rayas claras y obscuras, mientras las acacias del jardín proyectaban en los muros las sombras de su ramaje. El silencio y las filas de volúmenes colocados en los estantes, parecian estímulos del trabajo. Pepe, bajo pretexto de tomar apuntes, preparaba cuidadosamente a don Luis su nuevo discurso, el cual estaría lleno de citas oportunas y datos interesantes, para demostrar graves

contradicciones en el criterio y la conducta de aquellos a quienes deseaba combatir. El modesto escribiente no infundiría al senador la elocuencia de Castelar, pero iba a ponerle en disposición de obtener un triunfo con la oportunidad de los recuerdos que despertase. Pepe había leído que Girardín fundaba su temible oratoria en la impresión que produce siempre sacar a plaza la inconsecuencia y la versatilidad de los contrarios, y procuraba que don Luis hiciese algo semejante. Las colecciones de la *Gaceta*, del *Diario de Sesiones* y otros periódicos, le suministraron cuanto pudo desear. Cierto que en algunos momentos le daba tristeza verse convertido en agente de la notoriedad ajena; pero en seguida, considerando que así se hacía útil, quizá indispensable, al padre de la mujer amada, seguía su labor esperanzado con que don Luis llegase a quererle aunque fuese por conveniencia y egoísmo. Tales eran sus pensamientos, cuando de pronto se abrió la puerta del despacho y entró Paz, vestida con un traje de batista blanca sembrado de florecillas azules, sujeto a la cintura por una ancha faja de seda también azul, y ligeramente entreabierto el escote, sobre el cual llevaba una crucecita de oro, como guarda colocado a la entrada del Paraíso.

—Papá ha almorzado solo, porque tenía una

cita, y no vendrá hasta las tres—dijo, tendiendo a Pepe la mano, que él retuvo un instante entre las suyas.

—Pues me voy.

—¡No! Ya me he cuidado yo de decir que tenía que venir al despacho.

—Me mortifica esto de quererte a hurtadillas.

—A mí también; ¿qué remedio? ¡Está bueno lo que pasa!, el riesgo es mío y el miedo tuyo.

—Si una imprudencia nos costara no volver a vernos, ¿quién saldría perdiendo?

—Yo, que te quiero con toda mi alma—dijo Paz con la mayor viveza.

Callaron unos instantes: él tornó a cogerle la mano, por cima de la mesa, sintiendo un placer tranquilo y dulce, como si el calor que se desprendía de su piel le llegase al alma sin pasar por el cuerpo, y luego se levantó, yendo a colocarse de pie a un lado del balcón, más cerca de ella.

—No, no; anda a tu sitio.

—Déjame a tu lado un minuto.

—¡Cómo me gusta entrar aquí cuando estás trabajando!... Me parece que ya eres mío. Los días que no vienes suelo también entrar alguna vez, para fingirme que vivimos juntos... que estabas aquí... y que ibas a volver en seguida.

—¡Muy lejos está eso!

—Mientras me quieras, no importa.

—¿Sabes, Paz, que parecemos tontos?

—¿Porqué?

—Sí: tú, tonta; yo, malo. Nos estamos forjando ilusiones: esto no puede acabar bien.

—¿Te gusta otra más que yo?

—¿Y el tiempo? ¿Y tu padre?

—Ni mi padre, ni los años, podrán separarnos.

—Eso es muy bonito y muy romántico; pero la realidad se nos echa encima, y ¡qué amarga!

Pepe la tenía rodeada la cintura con un brazo.

—Sí, ¿eh?, quéjate ahora de la realidad—dijo ella, procurando desasirse.

—¿Te ofendes?

—No; pero... no está bien.

No estaría bien, pero lo toleró.

Sus rostros quedaron tan cercanos, que los rizos de Paz le rozaban a él la frente; la crucecita de oro que lucía en el pecho, temblaba con el movimiento de la respiración, y el viento suave, penetrando por entre los listones de las persianas, parecía empeñado en empujar sus cabellos hacia la cara de Pepe.

—Cuando te tengo así—decía él oprimiéndola el talle—creo que me quieres más, y daría la mitad de la vida por tener derecho a pasearte del brazo por las calles.

—A mí me gustaría más estar solitos, donde nadie nos viese.

Se sentía languidecer, presa de una laxitud incontrastable, como flor envuelta en una atmósfera muy cálida: el brazo y el aliento de Pepe la abrasaban. Entonces él, sin prisa de ladrón, con calma de verdadero dueño, fué aproximando lentamente los labios hasta besarla cerca de la boca; y ella, en pago, sin voluntad ni fuerza para rechazarle, oprimió la varonil cabeza contra su pecho. No fué beso robado, sino primero consentido y luego agradecido. Al apartarse, le sujetó las manos y, fijando en él los ojos, le dijo, ansiosa de leeerle el pensamiento en la mirada:

—¿De verdad me quieres?

—¡Ojalá estuviera tan cierto de que llegarás a ser mía como lo estoy de mi cariño!

Ella se quitó muy despacio un anillo de oro que llevaba entre otras sortijas, y poniéndoselo a Pepe, le dijo con la expresión de quien entrega el alma:

—¿Entiendes? Tuya para siempre.

Y él, sujetándole las manos, selló el desposorio con un beso más dulce que la mejor palabra. Después se separaron, sin más frases, seguros del porvenir, dejándose cada cual su albedrío cautivo en la voluntad del otro.

XXV

Cuanto mayor iba siendo el amor de Paz a su novio, más empeño parecía poner la adversidad en separarlos.

Un político influyente en la comisión de gobierno interior del Senado, que había menester una plaza para uno de sus protegidos, supo que Pepe era hermano del clérigo autor del sermón censurado por la prensa y, sin otro motivo, logró que le dejaran cesante. En vano procuró don Luis su reposición: hiciéronle muchas promesas, pero no obtuvo resultado; y como la pérdida del destino representaba para el muchacho un quebranto de trescientos sesenta reales al mes, fueron en aumento los apuros. Además, el desorden que causaba doña Manuela con el olvido de todo lo casero era cada día más desastroso: la misa por la mañana, las cuarenta horas y vela por la tarde, el hacer o escuchar

lecturas piadosas y quedarse medio dormida en una silla, a lo cual llamaba pomposamente meditación, no le dejaban tiempo para nada. La cena, hecha con prisas al volver de la iglesia, unas veces era mala, otras peor y, si Pepe tardaba por exceso de trabajo en la imprenta, doña Manuela, Leocadia y Tirso, en vez de acostar al pobre viejo, se ponían a rezar el rosario y la letanía con alguna oración de añadidura, como preces por los herejes o acciones de desagravios; con todo lo cual quedábase don José preso en la butaca junto a las vidrieras del balcón, mirando pasar gente y encender faroles, sin oir palabra que le distrajese o consolara. Ni siquiera se acordaban de cubrirle las piernas con una manta; así que, al ir a moverle de la butaca, solían encontrarlo frío, como entumecido. Si pedía que le comprasen periódicos, nunca faltaba excusa: los pocos cuartos antes invertidos para entretenimiento del enfermo en suplementos y extraordinarios, iban a parar ahora al cajón de las ánimas, débil compensación, a juicio de Tirso, de lo gastado en regocijarse con noticias contrarias a la buena causa. Como si esta fuese poca mortificación, vendió algunos libros que don José apreciaba mucho porque le recordaban la época en que los leyó, y contribuían a mantener vivo el amor a sus ideas. Desaparecieron de la casa una *Historia de las Cortes de Cádiz*, la anó-

nima del *Reinado de Fernando VII*, las *Cartas a Lord Holland*, de Quintana; la continuación a *Mariana*, de Eduardo Chao, y los *Recuerdos*, de Alcalá Galiano. En cambio compró el *Método práctico para hablar con Dios*, del jesuíta Franco; el *Verdadero sufragio universal, o sea Pío IX y sus bodas de oro;* el *Interior de Jesús y María*, el *Centinela contra masones* y el *Despertador del alma descuidada en el negocio máximo de su salvación.*

Otra obra adquirió Tirso, guardándola para leer a solas; pero como Leocadia le sorprendiera varias veces con ella en la mano, entró en curiosidad y, observando que metía el libro en el cajón de la mesita de su alcoba, que tenía llave muy chica, intentó y consiguió abrirlo con la de su costurero.

El deseado volumen decía en la portada:

Mechialogía; tratado de los pecados contra el sexto y noveno mandamientos del Decálogo, y de todas las cuestiones matrimoniales, seguido de un compendio de embriología sagrada (obra para el clero), por Debreyne. Muchas de sus páginas, y párrafos de otras, estaban en latín, y lo escrito en castellano cuajado de palabras incomprensibles para Leocadia; pero algunas frases que malvelaban lo que debe ignorar el pudor, excitaron su curiosidad. Aquello era un conjunto de definiciones de pecados horribles, por ella nunca imaginados, des-

cripciones de vicios asquerosos a su castidad desconocidos, y advertencias estúpidas para precaver los delirios de la más corrompida torpeza. Allí se reflejaba el ansia de considerar como pecaminosos los actos más inocentes de la vida, sugiriendo naturalmente la idea de que quien se guiase por aquel modo de discurrir ya no podía respetar la inocencia de la virgen ni la honestidad de la esposa: mal encubierto por censuras enérgicas y tecnicismos médicos, todo era explicar y analizar aquellas perversiones en las cuales el amor deja de serlo para degenerar en extravíos morbosos repugnantes a la razón y malditos por la Naturaleza. Unas cosas leyó Leocadia con curiosidad de descifrarlas; otras, con asco de comprenderlas: frases hubo que cayeron sobre su pureza como cieno sobre nieve. Casi temblando, dejó el tomo y cerró el cajón, agitada por una emoción intensa de pudor ofendido: la flor huía de la babosa. Pero le quedó al libro la fuerza atractiva de lo vedado, el aroma excitante de lo prohibido, y una tarde volvió a entrar en el cuarto de Tirso para hojearlo. La madre estaba en la cocina y el padre postrado en su sillón. Llamaron a la puerta, ella no oyó nada, y abrió doña Manuela. Era Pepe que, al cruzar el pasillo, sorprendió a su hermana leyendo. El rostro de la muchacha fué delator del libro: Pepe,

quitándoselo de las manos, lo hojeó unos instantes mientras ella huía sintiendo por primera vez en su vida una llamarada de vergüenza que le abrasó la cara.

Pepe dudó entre devolver el cuerpo del delito a su hermano u ocultarlo para que de nuevo no cayese en manos de Leocadia: por último, pensando que Tirso, aunque lo echara de menos, no tendría el atrevimiento de reclamarlo, optó por lo último, persuadido de que, si llegaban a tener un nuevo altercado, había de ser demasiado agrio, y esto le daba miedo: aún sonaban en sus oídos aquellas palabras del viejo: «Ha dicho tu madre que si Tirso se va, también se irá ella.»

Entretanto, la situación de la familia era cada día más angustiosa. Se agotaron las escasas economías de don José, el descuento impuesto a las clases pasivas mermó la jubilación, y por fin, con la cesantía de Pepe, comenzaron a faltar medios para atender a necesidades que anteriormente, aunque en cierta medida, no dejaban de satisfacerse. La economía se trocó en privación; la comida, sana aunque frugal, se hizo mala, porque era forzoso comprar de lo más barato; y se suprimió cuanto se asemejaba remotamente al lujo. El mayor regalo del enfermo quedó reducido a tomar, de vez en cuando, un pedacito de merluza, o a traerle para

postre dos onzas de queso o bollos de a cuarto. Las botellas de agua de Vichy, a que estaba acostumbrado, quedaron suprimidas, y en los baños no se volvió a pensar. La tristeza de Pepe iba en aumento; unos recursos faltaban, otros disminuían; con los objetos de algún valor que fueron empeñados no había que contar, por haber vencido los plazos; pero lo que más le dolía era que el malestar de don José y la amenaza de la miseria dejaban casi indiferente a doña Manuela y desesperaban a Leocadia.

Tirso continuaba dando gracias a Dios después de las comidas.

Pepe no podía tolerar en calma el abandono en que ambas tenían al padre, pareciéndole mentira que fuesen las mismas mujeres, antes solícitas hasta la exageración, siempre opuestas a todo lo que fuese salir, y ahora tan despegadas y ávidas de callejeo. La vida de la familia varió completamente: por las mañanas, don José, a no ser que Pepe le levantara, tenía que esperar en la cama a que madre e hija volvieran de misa, y luego aguantarse si se obstinaban en retrasar la comida hasta que llegase Tirso; después, a media tarde, marchábanse de nuevo, y ya no se les volvía a ver hasta la noche. Era imposible que permaneciesen tanto tiempo en la iglesia. Las mañanas que iba Pepe a casa del

padre de Paz, tenía Leocadia que quedarse acompañando al enfermo porque doña Manuela, apenas levantada de la cama, desaparecía. Así, desde que por la cesantía dejó de ir a la biblioteca del Senado y dedicó las tardes a hacer compañía a su padre, comprendió que su madre y su hermana habían roto todo lazo que las sujetase al hogar. Don José no se quejaba; mas para el cariño de Pepe era imposible la ocultación de su pena. En cambio no acertaba a explicarse el fundamento del imperio que en ellas ejercía Tirso, ni los medios de que se valió para conquistarlas, considerando absurdo que sólo la devoción fuese la causa de tantas desventuras. Lo único indudable era que doña Manuela estaba completamente absorbida por el cumplimiento de las prácticas religiosas; todo lo demás le parecía ocupación despreciable; pero aparte esto, nunca dió señales de que otras atenciones distrajesen su espíritu. Su hija mostraba gran empeño en acompañarla, y, a pesar de la pobreza de sus galas, se vestía lo mejor posible. Siendo esto en ella afición antigua, no autorizaba sospechas de cierta índole; mas tal se iba poniendo de áspera y desabrida, que Pepe sufría por culpa de su hermana, lo mismo que por la frialdad de su madre.

Por fin, un día, estando recosiendo el mejor vestido que le quedaba, indicó al principio tímida-

mente la necesidad de comprar tela para otro. Pepe, antes por explorar su ánimo que por oponerse a sus deseos, contestó:

—Tendrás que armarte de paciencia: por ahora, es imposible satisfacerte el capricho.

—Es necesidad.

—Pues igual que si no lo fuera. Ya sabes cómo estamos...

—Saldré a la calle desnuda.

—No: te quedarás aquí, y harás a papá compañía.

—Ya estoy cansada de miserias—replicó con gesto avinagrado, dando a sus ojos una expresión de insolente desenfado que jamás tuvieron.

—Pues ahora empiezan.

—Veremos quién las sufre: tú eres el hombre de la casa... conque busca el remedio. Si no... a mí no me ha de faltar.

—Pero, ¿eres tú quien habla así? ¿Se te ha podrido el corazón?

—Vaya, vaya; menos *sensiblería*, y trae cuartos, que eso es lo que hace falta.

Dicho lo cual salió del cuarto, dejándole con la palabra en la boca, mientras él la miraba resistiéndose a creer lo que acababa de oir; pero ya persuadido de que el constante callejeo y las largas ausencias con pretexto de acudir a fiestas de iglesia, eran síntomas de mayores males.

XXVI

Me había propuesto—dijo una noche en la imprenta Millán a Pepe—no hablarte de ciertas cosas, porque me duele recordar lo pasado; pero es necesario que sepas lo que te voy a contar, para que estés advertido. Si no andas listo, a los disgustos de ahora tendrás que añadir otros, y de peor índole.

—¿Qué quieres decir?

—Es necesario... que vigiles a tu hermana.

—¡Millán!

—Ten calma, y no nos enfademos.

—¡Eso es despecho!

—Te hago un verdadero favor; conque escucha y serénate, que te conviene: si callara saldrías perdiendo. Y me alegro que hayas soltado esa palabreja: no hay tal despecho.

—Habla pronto y claro.

—Yo quería a Leocadia y ella parecía no recibirlo mal; después, tú lo viste y yo no me forjé ilusiones, me dejó: desde entonces he procurado ir poco a tu casa; me era penoso verla y, la verdad, me ofendía su indiferencia, porque probaba que mi amor propio me había engañado. Vi claro que nunca me quiso ni pizca.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Me propuse que nosotros no riñéramos, y tú dirás si tienes queja de mí...

—Ninguna.

—Y me propuse también no hablarte nunca de ella. Hoy lo hago, no por Leocadia, soy franco, sino por tu padre y por ti. ¿Sabes dónde pasa muchas tardes?

—Mamá se la lleva a novenas y fiestas de iglesia.

—Y a otras partes.

—¡Mira bien lo que dices!

—No te atufes. A Tirso le ha hecho, no sé quién, capellán de una cofradía, hermandad, o lo que sea, que llaman *Las Hijas de la Salve* o *La Limosna de la luz*, no lo sé fijamente, y Tirso las lleva con mucha frecuencia a las fiestas de iglesia que celebran. Hasta aquí todo va bien; pero, de paso, ya sabes por qué dejan solo a don José las horas muertas. Lo malo es que antes y después de las funciones de iglesia se están allí ratos muy largos en una sala

donde las hermanitas reciben a las familias de sus educandas y venden las ropas de un obrador que han fundado: un gran negocio: aquello es medio sacristía medio tienda. Va toda clase de gente. Tu hermano ha tomado en serio el ser director espiritual de las oficialas del taller, y las trae aturdidas a fuerza de peroratas y letanías, como tiene a tu pobre madre ocupada y rendida tardes enteras doblando ropas, arreglando armarios y recibiendo la entrega del trabajo de las costureras y las bordadoras. Y llegamos a la parte delicada del asunto. Con las señoras ricas y con las que pretenden imitarlas, van hombres, sobre todo señoritos elegantes... a ver lo que se pesca, ¿entiendes?

—Sigue.

—Uno de esos señoritos debe de andar buscándole las vueltas a Leo.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Puedes suponer que me hubiese metido en esto si no lo estuviera?

—¿Cómo lo has sabido?

—Esa cofradía ha mandado imprimir unos reglamentos en casa de Lozano, donde yo fuí ayer; él tiene prisas, me ha pedido que le hagamos aquí la tirada y con este motivo salió la conversación de esas *Hijas de la Salve*... Es hombre formal, incapaz de mentir; ha ido allí con frecuencia, ha visto a

Tirso, a tu madre... y a Leo hablando muy sonriente con los señoritos.

—¿Y en particular con alguno? Porque eso has dicho.

—La ha visto bromear con ellos, andando de grupo en grupo, y varias veces con uno solo, en conversación más tirada... Y ya puedes figurarte lo que buscan esos caballeretes. Una cosa es que sea honrada, ¿cómo voy a dudarlo ni a ofender a la mujer a quien he querido?, y otra cosa es el peligro que corra.

Pepe quedó pensativo; involuntariamente se acordó de Paz, de todo lo que le separaba de su novia y de que, sin embargo, aquel amor no podía ser más honesto. Lejos de ocultar a Millán sus ideas, le dijo:

—Y si yo hablo con mi hermana, ¿qué caso ha de hacerme? Puede decirme que también yo estoy en amores con una mujer superior a mi clase.

—Calla, hombre, no compares: ¡buena diferencia! La malicia está generalmente en el hombre; y siendo tú como eres, tu novia es para ti sagrada. Lo otro es distinto: la atacada es la parte débil... y, en fin, con estar avisado, nada pierdes. Por interés mío no te hablo: no he vuelto nunca a imaginar que yo pudiese tener nada con ella. Además, ya sabes que vivo con Engracia.

—Tienes razón.

—A verme en tu pellejo, lo primerito que hacía era prohibirle que volviese.

—Se arma en mi casa la de Dios es Cristo.

—Pues que se arme; pero pon remedio.

—¿Tendrás medio de averiguar?...

—¿Qué más quieres saber? ¿No te digo que andan tras ella sin que les rechace? ¿que bromea con unos y con otros y que de entre ellos puede salir el que la pierda? ¿que hay uno con quien sostiene diálogos más largos? ¿Daría yo este paso a no asustarme la conversación con Lozano?

—Tienes razón. Te juro que lo evitaré.

Hablaron después de otros asuntos; pero Pepe no podía fijar en nada la atención. Iban ya a separarse, cuando Millán le dijo:

—Ahora voy a pedirte yo un favor.

—Lo que quieras.

—Me han propuesto un negociejo que me conviene. Se trata de ir a Avila para montar unas máquinas: cuestión de pasar allí unos días; estancia y viajes pagados, y cuatro mil realitos. No sé aún cuándo será, pero he aceptado.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Quiero que mientras yo esté fuera veas a Engracia con frecuencia, y que si necesita algo se lo des; yo te dejaré cuartos... En fin, que sepa yo lo que hace.

—Corriente: haré eso y todo lo que me encargues.

—No tengo más persona de confianza que tú.

Terminado el diálogo se despidieron. Millán se fué, Pepe entró al cuartito donde trabajaba y, allí, solo, se dejó caer sobre una silla, llorando de rabia y de vergüenza. En aquel momento hubiera sido capaz de ahogar a Tirso entre las manos.

El ruido que hicieron algunos cajistas al marcharse le distrajo de pronto, y mirando al reloj, vió que faltaba poco para la hora de la cena. Cuando salió a la calle, el aire fresco le serenó algo; pero el bochorno sufrido oyendo a Millán le pesaba como el rubor de una falta propia: unos instantes, le agradecía el aviso; otros, casi le guardaba rencor. La razón le dijo presto que era más sensato lo primero. Anduvo deprisa, deseoso de hablar enseguida con Leocadia; al llegar a su casa subió apresuradamente la escalera, sin saludar a la encajera del portal, y tiró de la campanilla, que sonó hacia el fondo del pasillo. Nadie acudió: no se oyeron pasos, ni rozar de faldas contra las paredes ni batir de puertas interiores. Volvió a llamar, y nada; no abrieron. No era creíble que hubiesen dejado solo a su padre: ¿qué ocurriría? Esperó unos segundos y tornó a tirar del llamador, dando además con el pie en la puerta. Tampoco se oyó

nada. Entonces echó escaleras abajo, pisando el portal a tiempo que la puntillera terminaba de recoger su puesto para irse.

—¡Jesusa!--gritó desde el último tramo—en mi casa no abren: ¿sabe usted si ha sucedido algo?

—Están fuera.

—¿Todos?

—Todos.

—Pero, ¿y mi padre?

—Toma, el pobre señor, arriba. Como usted entró corriendo... no le dije *ná* La señora, don Tirso y la señorita salieron a cosa de las cuatro, diciéndome que tuviera *cuidao*... y hasta ahora. ¡Figúrese usted qué iba a cuidar! Si me hubieran *dao* el picaporte... *quié icir* que podría haber subido por si el señor *nesecitaba* algo.

—¿De modo que está solo arriba desde las cuatro?

—Cabalito.

Iban a dar las nueve: hacía más de cuatro horas y media que el pobre anciano estaba solo, como perro enfermo abandonado en un desván. Aquello era ya demasiado. Pepe, procurando no perder la calma, y por cima del enojo que le dominaba, sintió la necesidad de ver que nada le había sucedido a don José. Lo primero que se le ocurrió fué hacer saltar con una palanqueta el ventanillo y llamarle,

para tranquilizarse escuchándole contestar; pero desde el sitio donde solían ponerle la butaca, junto al balcón del comedor, era difícil que oyera: hablarle desde las ventanas de los vecinos que daban al patio, también era inútil; y mientras rápidamente lo discurría, la imaginación le presentaba a su padre postrado en la butaca, silencioso, triste, en cruel soledad toda la tarde. Tan excitado estaba contra su madre y sus hermanos, que casi deseaba ya que tardasen; porque así estarían más justificadas las palabras duras que se le venían a los labios.

—Voy por el cerrajero, Jesusa—dijo,—y subirá usted conmigo.

—*Mialos, mialos* por dónde asoman—exclamó de pronto la puntillera.

Venían por el arco que da a la Plaza Mayor: doña Manuela, llevando alguna delantera a sus hijos y con el picaporte en la mano; Tirso, de hábitos y recién afeitado, detalle de aseo muy raro en él; Leocadia lucía la mejor ropa que le quedaba, y a falta de primores en el traje, se había hecho un peinado muy llamativo. Pepe se adelantó al encuentro de su madre.

—Se nos ha hecho un poco tarde—dijo ella, viendo la excitación de su hijo.

El le quitó violenta, casi brutalmente, la llave de

la mano, tratándola por vez primera sin miramiento, y penetrando en el portal echó escaleras arriba. Abrió la puerta del cuarto y, encendiendo un fósforo, llegó al comedor.

Don José estaba a oscuras, inmóvil en el sillón, oprimiéndose la frente con un pañuelo algo manchado de sangre: sobre una mesa inmediata había una bujía y una caja de fósforos. Sin preguntarle nada, adivinó Pepe lo sucedido: al anochecer debió de intentar encender la vela, y al querer alcanzar los fósforos, se cayó. El haber dejado la palmatoria y las cerillas al alcance de su mano, aunque mal calculada la distancia, demostraba en la madre y los dos hijos propósito de regresar tarde: esperaban llegar antes que Pepe, y sucedió lo contrario. La herida de don José era insignificante, mas la vista del pañuelo manchado de sangre encolerizó a Pepe.

—De ti, nada me sorprende—dijo encarándose con Tirso, al par que examinaba a su padre la cabeza;— pero, ¡vosotras!...

—Hijo, no creí que fuese tan tarde.

—¡Parece que ya no eres mi madre! Tú—añadió dirigiéndose a Leocadia—no volverás a salir sin permiso mío.

—Ordeno y mando. ¿Sin permiso tuyo?

Su voz tomó inflexiones de burla provocativa:

Pepe, sin dejar de limpiar con cuidado la poca sangre que don José tenía ya casi seca en el nacimiento del pelo, repuso enérgicamente:

—¡No!, no saldrás sin permiso mío. Ya que es preciso, lo diré claro. Las circunstancias me han hecho jefe de la casa; cuanto aquí entra, lo traigo yo; yo soy quien trabaja, quien se desvela por que no nos muramos de hambre, y no consentiré que nadie, ¿oyes, Tirso?, no toleraré que ningún extraño me robe mi autoridad. Entendedlo bien... jamás lo he dicho hasta ahora: yo, con lo que gano, tengo de sobra para mí; si no se me obedece, soy capaz de abandonaros a todos.

A pesar de tener la voluntad tan sorbida por el cura, en una sola frase resumió entonces doña Manuela los buenos sentimientos de Pepe, exclamando:

—¡Eso sí que no lo creo!

Tirso supuso que podía oponer su autoridad a la de Pepe.

—Y yo, ¿no soy el hermano mayor?

—Tú no eres hermano de nadie: no eres más que cura.

En vano pretendió la madre acercarse a don José. Rechazóla Pepe; no se le apaciguaba la ira, pensando que a darse el golpe un poco más fuerte la cosa habría sido muy grave. La infeliz mujer, ca-

bizbaja y aturullada, no volvió a chistar. Leocadia continuaba mirando a Pepe descaradamente.

—¿Conque ahora mandas tú?—decía con sorna.—Pondrás por las mañanas un bando en el pasillo.

—¡No! No saldrás sino cuando yo quiera; y, sobre todo, no vuelves a poner los pies donde has estado esta tarde. ¿Piensas que no sé a lo que vas? Eres mi hermana, y antes de que pierdas la vergüenza seré capaz de ahogarte.

—¡Uf, qué miedo!

—¡Basta, hijos míos! Pepe, no te irrites—interrumpió don José con acento débil; — no volverá, yo la suplicaré que no vaya... y preparadme la cena, que tengo mucha necesidad.

Cenaron en silencio; Pepe acostó a su padre sin consentir que le ayudaran, y en seguida se recogieron doña Manuela y Leocadia. Cuando iba Tirso a entrar en su cuarto, le dijo Pepe:

—Espera, tenemos que hablar; no es posible seguir así.

XXVII

La luz escasa de la lamparita, mal despabilada iluminaba el comedor, donde menudeaban las señales de incuria y abandono. Pocos meses atrás, los mismos objetos y muebles que allí había estaban limpios y ordenados; ahora el polvo velaba las tablas del aparador; manchas de grasa afeaban las puertas a la altura de las manos; los visillos blancos del balcón parecían grises; los cojines en que don José apoyaba las piernas estaban medio destripados, y el hule que servía de tapete a la mesa mostraba descosidas y colgando hasta la estera las tiras de su ribete de trencilla. Todo indicaba que los ojos de la madre y la aguja de Leocadia prescindían de lo que antes constituía su mayor cuidado; lo único limpio, nuevo y reluciente que en la habitación quedaba, era el marco dorado de la estampa de la Virgen.

—¿Qué quieres?—preguntó Tirso.—¿Vas a seguir alardeando de amo? Habla y acaba pronto.

Pepe, sobreponiéndose a cuantos resentimientos abrigaba contra su hermano, no hizo caso de aquellas palabras ásperamente pronunciadas.

—Óyeme, Tirso; vamos a ver si es posible que tengamos paz. Empiezo por rogarte que me perdones cuantas frases desagradables me hayas oído desde que llegaste a Madrid; lo que te haya molestado, como si no lo hubiera dicho.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Quieres que vivamos en buena armonía? Por mi parte estoy dispuesto a todo género de sacrificios.

Las palabras de Pepe tenían acento de sinceridad, pero iban saliendo de sus labios tardas, premiosas; hablaba como quien sin esperanza de éxito cumple un mandato de su conciencia tanto más imperioso cuanto más súbitamente concebido; quería mostrarse conciliador antes de imponerse.

—Aquí puedes estar—añadió—en libertad completa; sólo te suplico que no distraigas a Leo y a mamá; déjalas que cuiden de la casa. Parecen otras; mira cómo tienen esto de sucio; nunca ha estado así. Y sobre todo, con lo que no transijo es con el abandono de papá; lo sucedido esta tarde no puede, no debe volver a ocurrir.

—Vamos, que me cruce de brazos y que vivan como antes, como judíos.

—Tú puedes hacer lo que te acomode; déjalas ser como han sido siempre; yo me encargo de encarrilarlas y sea esta casa lo que fué.

—Anulando cuanto he conseguido.

—Comprendo que por tu estado procurases que fueran a misa, que se confesasen... Pero lo que sucede es horrible. ¿No tengo razón para quejarme de que papá está hoy aquí peor que en un hospital?

—¿Y es mía la culpa? Lo que ocurre es que les he hecho ver el olvido en que tenían a Dios y el peligro que corrían de condenarse como se condenará nuestro padre: han comprendido que me sobraba razón, y han puesto el remedio.

—De modo que lo que importa es salvarse, y el prójimo que reviente; que yo me mate a fuerza de trabajar para impedir que esta pobreza de hoy sea mañana miseria espantosa y, entretanto, vosotros a dormir a la iglesia, que está fresca en verano y abrigada en invierno, a vestir santos, limpiar altares y cantar jaculatorias porque el cielo es azul y porque la Providencia dispone la comida a los pajaritos del campo... No, chico, a eso no me avengo. Quiero que vivamos igual que antes: ellas en casa y para mi padre... tú, como gustes, nada te

pido. Siempre tendrás aquí la cama y la mesa, con tal que no nos obligues a reñir. ¿Quieres llevarlas a misa? Pues llévalas. Lo que no tolero es que dejen a papá solo y esté la casa hecha un asco. Yo no puedo permanecer aquí constantemente, y su situación exige cuidados de que no es capaz un hombre. Consentiré que sean devotas, pero antes tienen que ser lo que han sido hasta ahora, mujeres de su casa y enfermeras de mi padre. Por grande, por fervoroso que sea tu celo, es imposible que te ofusque hasta no dejarte comprender esto.

—Lo absurdo, lo inconcebible, es que me propongas que asista impávido a presenciar la vida que hacíais antes de mi llegada. ¡Ni un mal rosario había en la casa!

—Y vivíamos tan ricamente.

—Yo no puedo autorizar eso, ni tolerar tus impiedades.

—Pues yo no quiero consentir lo otro. Sé religioso, pero cesa de ser fanático: verás cómo dejo de ser impío.

El ceño de Tirso y sus respuestas secas iban haciendo a Pepe perder la calma.

—Tú vives—decía éste—como se te antoje, con una sola limitación: que aquí haya paz. Ellas rezarán en casa: devoción a domicilio, cuanta te plazca; pero que mi padre vuelva a estar bien asis-

tido y que Leo no tenga ocasión de perderse por ir a esa cofradía que ha puesto tienda de ropas. Con estas dos condiciones podemos vivir en paz. ¡Buen cuidado tendré yo de no discutir contigo! Aborrezco las reyertas; pero lo de esta tarde me ha llegado al alma. Papá ha podido hacerse mucho daño.

—Lo que ha sucedido hoy no tiene nada de particular. Si padre no hubiese intentado levantarse...

—Si no le hubierais dejado solo... En fin, ¿te allanas o no a que vivamos en paz?

—¿Quieres que me resigne a veros vivir como masones? ¡Cuando empiezan ellas a comprender que no tenían perdón de Dios!

—Figúrate que has predicado en desierto, y no intentes aquí más conquistas de almas. Antes que todo, la tranquilidad de la casa.

—Pues haz cuenta que nada hemos hablado.

—¿Insistes en convertir esto en un infierno con tu intransigencia?

—Insisto en que mi hermana y mi madre no sean herejes.

—¿Y en que nuestro padre se muera por falta de cuidados?

—A quien como él no hace caso de la salvación del alma, debe importarle poco la vida.

—¡Basta! No blasfemes. Se acabaron las contem-

placiones. Elige, y responde categóricamente. Nos dejas en paz, o te marchas.

—¡Este es — exclamó Tirso amargamente —el fruto de las ideas modernas! Vive una familia en horrenda impiedad; un sacerdote, hijo de esa misma familia, se propone redimirla, y otro hijo, su propio hermano, le arroja de allí... Es decir, lo intenta.

—¡Lo hace! ¿Piensas que por ser cura, y por invocar leyes divinas, que pierden en tus labios su grandeza, te asiste derecho a mantener en continua discordia una casa donde antes jamás se oía una palabra más alta que otra? ¿Qué tienen que ver con esto las ideas modernas? ¿Ni qué hay de común entre vuestras supersticiones y la doctrina de Jesús? Os ciega el egoísmo de la fe.

—Egoísmo el tuyo, que estimas la tranquilidad de tu vida en más que la salvación de tu padre. Vuestra impiedad sólo atiende a los dolores de aquí bajo: la Iglesia busca la eterna bienaventuranza para el alma. Por eso removemos el mundo a nuestro antojo: ya lo ves, los creyentes se alzan en armas para defender nuestra causa, la causa de la Iglesia Católica, eterna como la gloria de su fundador. A su seno vendrán los pueblos como lanchas de pescadores que arrolla la tormenta y se acogen al puerto.

—¿Para aprovecharos de su ganancia?

—Para señalar a las gentes el camino del bien y la verdad. El primer pueblo que reconquistemos será éste.

—¡No! Es tarde. Ni la fe podrá recobrar el imperio del mundo, ni vosotros enseñorearos de España, donde vuestra influencia ha sido tan desdichada como la tuya en mi casa. Dirigisteis la educación nacional por espacio de trescientos años, y el pueblo no sabe leer; gobernasteis nuestras conciencias, y no hay tierra donde más se blasfeme. Eso han hecho tus antecesores sembrando en el país la ignorancia y la indiferencia, como tú has sembrado aquí la discordia.

—He querido contrarrestar el daño que causaba tu ateísmo.

Pepe rechazó vigorosamente la acusación, y entonces sus frases ganaron en alteza lo que perdieron en naturalidad.

—Te equivocas. A quien no es supersticioso llamáis ateo. ¿Yo ateo? No, Tirso: comprendo a Dios mejor que tú. Mi Dios no se envuelve en dogmatismos misteriosos ni necesita homenajes pueriles. Tú le adoras en templos que aun de día necesitan luz: yo en el sagrado de mi conciencia iluminada por la razón que me ha infundido. Tú eres de los que, interpretando mal la frase evangélica, han ve-

nido a traer al mundo *no la paz, sino la espada:* yo soy de los que dicen con San Pablo: *hermanos ¡sois llamados a la libertad!* La fe estéril es tuya: las obras fecundas son mías. Tus creencias te arrastran al proselitismo, que es la intolerancia y la persecución, o al ascetismo, que es la negación de la vida social. Tu fe hace fanáticos, tu esperanza soñadores: mi caridad hace hombres. Vosotros embrutecéis a la mujer, como querido que la pervierte para dominarla, y le prometéis el reino de los cielos para robarle el imperio de la tierra. Le enseñáis un cadáver clavado en una cruz, le decís «a ése solo has de amar», y antes la queréis virgen del Señor que concibiendo y educando hijos para que le adoren. Olvidáis que Jesús vivo redimió a Magdalena, salvó a la adúltera y quiso que se le acercaran los niños...

—Esas son interpretaciones absurdas y casi blasfemias. No sabes lo que es la familia cristiana.

—¿Tú hablas de familia? Recuerda el mal que has hecho a la tuya. Me has robado el cariño de mi madre, sin atesorarlo para ti, porque eres incapaz de comprenderlo, entonteciéndola hasta el punto de que por vestir a una imagen deje solo a papá, olvidándose de la pasión de toda su vida, manchando con mala vejez una existencia consagrada a la ternura y al amor: has conseguido que Leoca-

dia riña con un hombre honrado capaz de hacerla dichosa, y ¿para qué?; para llevarla ahora a las reuniones de esa hermandad donde la devoción es negocio y la piedad tercera de seducciones: por culpa de tu sermón faccioso me han quitado medio de trabajar, y lo que hoy es aquí escasez, privación, mañana será miseria irremediable. ¿Acaso nos traerás tú maná del cielo o dinero de San Pedro? Todo eso has hecho, ¡y dices que en nombre de Dios!

—¡Cien veces lo volvería a hacer! No tengo la culpa de que te hayan quitado el destinillo ni de que tu madre descuide sus quehaceres. En más altas cosas me empleo. ¿Vienen males del Señor sobre la casa? Paciencia y resignación. Rico era Job y fué paciente y resignado cuando se vió pobre y zaherido; pero no perdió la fe. Te dueles de las cosas del cuerpo; yo atiendo a las del alma. ¿Echa padre algunas pequeñeces de menos?; yo estoy abriendo a madre el reino de los cielos. ¿Temes que Leocadia peque de liviana?; cuando llegó su espíritu a mis manos, ya estaba sucio de pecado.

—Si no fuera por la situación de nuestro padre, tu lenguaje me haría gracia. ¿Conque Job tuvo paciencia y Leocadia estaba sucia de pecado cuando, en vez de ir a corretear por las sacristías, se consagraba al cuidado de papá? ¿Conque ahora, que mi madre casi ha perdido el juicio, es cuando estás

abriendo para ella el Paraíso? Sí, ¿eh?; pues ahora es cuando abro yo la puerta de casa para que te vayas. No quieres vivir con nosotros como hermano, ¿verdad? ¿Te empeñas en no ser aquí más que cura? Pues te marchas.

—Eso, eso es—dijo Tirso al oir la palabra cura.—Aprovecha la ocasión para ofender a un sacerdote. Mis ropas, mis hábitos son los que te irritan. ¡Nada importa! Estos paños negros son en el mundo la bandera de la verdad y del bien; por eso la llevamos ceñida al cuerpo, para caer envueltos en ella.

—¡Bonita frase! Apúntala para otro sermón carlista.

—Lo que apuntaré en la memoria es la infamia que por odio a mi estado cometes conmigo.

—Te engañas. Si quisieras ser mi hermano, no me acordaría yo nunca de tu sotana. Ahora, ya es tarde: harto veo que tu proceder no es consecuencia de la maldad del hombre, sino del fanatismo del sectario. Unos ensangrentáis los campos, otros desunís las familias. Aquí has perdido la partida.

—¿Es decir, que me echas?

—Piensa bien lo que me contestas, Tirso: te lo digo con toda mi alma; por lo que más ames en el mundo, ten piedad de nuestros padres; ¿quieres vivir con nosotros como hijo, como hermano, sin acordarte de que eres clérigo?

—No.

—Entonces, vete y sé dichoso, si puedes. No exijo, aunque lo mereces, que salgas ahora mismo de casa. Mañana verás a papá por última vez, aunque no creo que te importe gran cosa; nada le digas. Luego, te marchas cuando quieras y envías por tus ropas. Sobre todo, sé prudente y evita que mi madre adopte cualquier resolución descabellada, ¿entiendes? porque te costaría muy caro.

Pepe pronunció las últimas frases con la serena altivez de quien, dueño de su voluntad y seguro de su fuerza, está resuelto a exigir obediencia. La extrema palidez de su rostro demudado por la emoción que le causaba obrar con aquella violencia y la triste energía de sus miradas intimidaron a Tirso, quien sin atreverse a mirarle cara a cara, dijo fríamente:

—Pues, adiós.

—Ve en paz.

Entróse el cura en su cuarto y Pepe en su alcoba. Así se separaron.

Pepe salió por la mañana temprano a su trabajo, evitando ver a Tirso: éste conversó breve rato con la madre y luego fué a la alcoba de don José.

—¡Adiós, padre—le dijo;—hoy me marcho... ahora mismo!

El viejo, que la noche pasada había escuchado

confusamente la disputa de sus hijos, adivinó la causa de aquella despedida; mas nada hizo por evitarla. Su respuesta fué prueba de que comprendía cuanto había ocurrido.

—¡Adiós, hijo mío: sé feliz y acuérdate alguna vez de nosotros!

—¡Adiós, padre; rogaré al Señor por ustedes!

En seguida sacó a rastra sus dos baúles hasta el pasillo, diciendo a Leocadia:

—Hasta luego: ya vendrán por eso.

Y bajó la escalera sereno, con los ojos enjutos.

XXVIII

El remedio fué enérgico, pero tardío; la determinación de Pepe resultó estéril.

Tirso logró, por mediación de la condesa, que, a más de su sueldo de capellán, le diera la cofradía habitación y luz, prestándose a ello las Hermanas al saber que se trataba del agente encargado de facilitar la adquisición de los terrenos de don Luis Ágreda.

Doña Manuela pasaba las mañanas en las iglesias, frecuentando hasta las más lejanas de su barrio, y las tardes en *La Limosna de la Luz*, de donde solía volver cuando encendían los faroles de las calles. Leocadia, obligada por la fuerza de las circunstancias y quizá temerosa de su hermano, cuidaba algo mejor al padre; mas también volvió a las andadas.

Una tarde, al regresar Pepe de la imprenta, la

encajera del portal le dijo que la *señá* Manuela y la señorita acababan de subir.

—Pero, ¿habían salido las dos?

—¡*Anda!* a media tarde; ¡si *paece* que andan *too* el día *pingando!*

La situación llegó a ser insostenible; doña Manuela oía sin chistar los ruegos, súplicas y amenazas de su hijo, sin que de sus labios brotaran respuesta dura o frase áspera, mas tampoco promesa de enmienda. Leocadia alardeaba de rebelde con tal descaro, que Pepe no podía luchar con ella. No le quedaba más recurso que hacer solo frente a la desgracia, dedicándose a permanecer todo el día con su padre; pero aun esto era irrealizable, porque atendiendo al enfermo, ¿cómo ganar el jornal?; yendo a la imprenta, ¿cómo cuidarle?

La madre, rendida por los largos paseos que se daba para ir casi diariamente a *La Limosna*, guisaba la cena en las primeras horas de la noche y se acostaba, ansiosa de madrugar y oir misa tempranito; de modo que, obligada Leocadia a soportar el trajín y los quehaceres de la casa, todo lo hacía de mala gana. La estrechez de recursos impuso economías, y entonces se resistió a sufrir ciertas privaciones y molestias. La cosa más insignificante era con ella ocasión de disputa, y el último altercado el de palabras más agrias. Una tarde, al querer Pepe

acostar a don José antes de lo acostumbrado, vió que no le habían hecho la cama, y como increpase a su hermana, repuso ella:

—¿Soy yo criada? Ya que te llenas la boca de que eres el amo, trae a casa quien sirva. Haré la cama de papá; pero la tuya, desde hoy, te la haces tú... o tráete de doncella a la novia.

La falta de dinero dió margen a escenas tristísimas. Millán llevaba adelantados a Pepe dos meses de jornales; fué preciso deshacerse de cuanto tenía algún valor; el reloj de don José, el de Pepe y varios cubiertos de plata se malvendieron a un platero de portal; la lonja de ultramarinos amenazó con no seguir fiando si no le entregaban algo a cuenta, y llegadas a tal extremo las cosas, aun se resistió Leocadia a empeñar una sortija de poco precio, que su hermano le regaló en tiempos felices.

Un hecho de desgarradora elocuencia vino, por fin, a demostrar la imposibilidad de que continuara aquel desconcierto, fundado en la profunda variación sufrida por la madre y la hija. Una noche Leocadia volvió sola de *La Limosna.*

—¿Y mamá?—le preguntó Pepe.

—Mamá no viene.

Fuera de sí, resistiéndose a entender lo que oía, cogió a su hermana por un brazo, oprimiéndoselo duramente:

—¿Cómo que no viene?

—¡No seas bruto! ¡Esto te faltaba, pegarnos!

—¿Por qué no viene mamá? ¡Responde!

—Porque ahora tienen guardia las vigilantas cada ocho días.

—¿Qué dices de vigilantas? ¿Qué tiene mamá que ver con eso?

—Si hubiéramos hecho lo que dije, no pasaría esto. Ella no te lo ha querido decir... y ahora aguanto yo el chubasco... Pues, nada, que la han hecho vigilanta y tiene una guardia de noche por semana, y hoy le toca.

—¿Pero vigilanta de qué?

—De la hermandad. Las muchachas del taller van a las ocho, y a esa hora tiene que estar allí para que no alboroten y para distribuir o recoger labor y guardar todo lo que entregan y hacer cuentas.

La escuchó asombrado.

—¡Mi madre criada de monjas!—gritó con rabia.

Los ojos se le arrasaron en lágrimas, y al cubrirse el rostro con las manos, por no entristecer más a su padre, vió que su precaución era inútil: e viejo lloraba también.

Leocadia, indiferente y fría, como si ya estuviese acorazada contra la ternura, les miró a entrambos muy sorprendida de que el no volver doña Manuela

a dormir a su casa les ocasionara tan gran disgusto.

—¡Padre de mi alma, nos vamos a quedar solos!—exclamó Pepe.

—Tú no me dejarás, ¿verdad, hijo?

¡Qué larga se les hizo aquella noche! Don José, desvelado por la emoción, no cesaba de quejarse, y aun así sufrió menos que su hijo: Leocadia se acostó de mal humor, pero al poco rato se durmió: Pepe, sentado junto a la cama de su padre y apoyada en su misma almohada la cabeza, oyó sonar en el reloj todas las horas. Al amanecer abrió el postiguillo del balcón, y la luz triste del alba, iluminando débilmente la alcoba, mostró vacía, junto a la del viejo, la cama de la madre. La muerte, y no la ausencia, parecía haberla arrancado de allí. Entonces miró hacia el lecho y, al no hallar sus ojos la cabeza tantas veces besada, los cerró, como si fuera preferible cegar a ver lo que veía. Entrada la mañana, salió al comedor llamando a Leocadia para que preparase el desayuno del padre, y la encontró en la cocina sentada en una silla, puesto ante otra el espejo, llena la falda de horquillas y concluyendo de hacerse un peinado complicadísimo.

A las nueve llegó doña Manuela; Pepe, oyendo sus pasos en la escalera, abrió antes de que llamase.

—Mamá—le dijo,—no tengo autoridad sobre tí; pero reflexiona lo que estás haciendo y, si aún nos quieres...

No supo seguir y, arrojándose de rodillas a sus pies, le cogió una mano, que cubrió de lágrimas y besos.

—¡Hijo, por la Virgen del Carmen! ¡No es para tanto! ¡Ni que me hubiera muerto!

En seguida, viendo desde el pasillo que Leocadia estaba en la cocina, gritó:

—¡Mira, Leo, hazme chocolate, que vengo desfallecida!

Pepe se apartó para dejarla pasar, y sin poder ni querer contenerse, exclamó con ira:

—¡Maldito sea el fanatismo, que engendra estas cosas!

Millán permaneció en Avila durante algunas semanas, hasta dejar establecida la imprenta cuya fundación le fué confiada. Cuando regresó a Madrid, le dijo Engracia que Pepe había ido a verla casi todos los días, y que estaba agradecida a sus atenciones, especialmente a lo cariñoso que se manifestó con el niño; de suerte que Millán, apenas vió a su amigo, le dió gracias por el buen cumplimiento del encargo, y como estuvieran solos en el

cuarto donde trabajaban, sin temor de que nadie viniese a molestarles, hablaron así:

—Sí, chico—decía Millán, aludiendo a sus relaciones con Engracia,—la verdad es que me he encariñado con ella porque es muy buena. El muerto era un perdido, la trataba mal; ahora la pobre muchacha compara... y no sabe qué hacer para tenerme contento. Ya habrás visto lo hacendosa y lo limpia que es.

—Sí, tiene su casa como antes estaba la mía.

—De modo que siguen los disgustos.

Contó Pepe a su compañero cuanto había ocurrido durante su ausencia, las consecuencias del sermón, el desvarío de la madre, los altercados con Tirso, el modo que tuvo de echarle, y, por último, el deplorable extremo a que se veía reducido, refiriéndole, entre lloroso e irascible, cómo doña Manuela había faltado a dormir una noche por ser vigilanta en *La Limosna de la Luz.*

—Mal arreglo tendrá eso.

—He pensado en un remedio enérgico, muy doloroso, pero no se me ocurre otro, y para ponerlo en práctica necesito tu ayuda... y la de Engracia.

—No adivino.

—Dada la enfermedad de mi padre, es insostenible el estado de mi casa: de continuar así, ni ellas le cuidan ni yo trabajo. El día que menos lo espe-

re, mi madre se queda en ese convento de los demonios, sin que haya fuerzas humanas que la arranquen de allí. No puedes figurarte su actitud: no discute ni contesta a mis súplicas; calla y hace lo que quiere. Con Leocadia, la cosa varía: a cuanto digo, responde que lo que debo hacer es buscar dinero... y, en el fondo, no le falta razón.

—Pero, ¿cuál es el remedio que dices?

—¿Cuánto supones tú que pueden darme hoy, tal como están las cosas, por ser sustituto de uno que no quiera ser soldado?

—Muy duro me parece el sacrificio.

—A mí también; pero no veo otro camino de salvación. ¿Cuánto crees que me darían?

—¿Qué sé yo? A lo sumo cuatro o cinco mil reales.

—Con eso tendría para pagar algo de lo que debemos y hacer frente a la situación; pero luego necesitaría tu apoyo.

—Cuenta con él.

—Mi proyecto es el siguiente: primero, tener una entrevista seria con mi madre, ver si sé tocarla en el corazón, aunque no lo espero. Si atiende a razones y promete enmienda, aún podemos vivir en paz: yo me mataré a trabajar...

—No te forjes ilusiones.

—En ese caso, tomar el dinero de la sustitución, pagar las pocas deudas y...

Vaciló, sin atreverse a seguir.

—Habla, hombre, ¿qué más?

—Entregarte todo lo que me reste, y rogarte que te lleves a mi padre a casa de Engracia. Durante tu ausencia he visto lo limpia, dulce y trabajadora que es. Estoy seguro de que le cuidaría bien. Por de pronto, de esa cantidad te daría todo lo que pudiera, y en adelante lo que conviniéramos.

Millán guardó silencio.

Pepe, casi temeroso de una decepción, añadió:

—Chico, no sabes lo harto que estoy de sufrir: hasta he pensado en llevarle a *los incurables;* pero me harían falta recomendaciones que no tengo, y no podría verlo cuando quisiera... mientras que en casa de Engracia...

—¿Querrá ella?—dijo el impresor.

—Mientras estabas fuera la he hablado y dice que sí; pero, naturalmente, estando tú conforme.

—Pues por mí, hecho—repuso Millán sin valor para negarse.

—¡Figúrate cuánto te lo agradezco!—exclamó Pepe, dándole un abrazo.

—Un gran peligro veo—continuó Millán;—advierte cómo está todo; la guerra se agrava por momentos: dicen que hay partidas hasta por Andalucía. ¿Has pensado que estás expuesto a tener que salir a que te rompan el alma por esos campos en

cuanto te agreguen a un regimiento? Reflexiónalo despacio.

—Todo lo he pensado.

—¿Y qué dirá tu novia?

—¿No tengo que renunciar a mi madre? Después de esto, ¿qué desengaño he de temer? A pesar de todo, tengo confianza en ella.

—¿Estás resuelto?

—Si vosotros me hacéis el favor que os pido, sí.

—Cuenta con nosotros, y, sin embargo, créeme, trata antes de ablandar a tu madre.

—No espero lograr nada, pero lo intentaré.

—Falta un cabo por atar. Supones, y desgraciadamente no te equivocas, que tu madre y tu hermana irán a parar a la maldita cofradía: y entretanto ¿vas tú a quedarte en medio de la calle?

—He pensado en todo. Cuando el buñolero con quien vivía *Pateta* supo que tenía amores con su hija, no se opuso a las relaciones, pero le dijo que no le parecía bien, siendo novios, que siguieran bajo el mismo techo, y el muchacho está hoy en una casa de huéspedes muy barata: con él pienso irme.

—Poco te durará la compañía, porque *Pateta* entra en quinta estos días.

—¡Quién sabe si la suerte nos juntará por esos mundos!

—Pues no hay más que hablar: ya lo sabes; y si desgraciadamente llega el caso...

—Me llevo a mi padre a tu casa... quiero decir, a la de ella.

—Es igual—añadió Millán.

No queriendo Pepe que el enfermo se enterase del triste plan que fraguaba hasta verse obligado a realizarlo, y para evitar que le oyese hablar con la madre, al otro día de la conversación con Millán se fué a buscarla a *Las Hijas de la Salve*, donde también estaba *La Limosna de la Luz*.

Hallábase sítuado el convento entre los cementerios viejos y el depósito de aguas del Lozoya, destacando su oscura mole de ladrillo rojizo sobre la terrosa campiña a que ponían término las cumbres del Guadarrama. Cuando Pepe divisó el sombrío edificio, que por sus muros llenos de ventanas chatas y con rejas, antes tenía aspecto de cárcel moderna que de asilo religioso, las lágrimas se le vinieron a los ojos. Era un caserón enorme, ancho y bajo, como ávido de extenderse sobre el suelo que lo soportaba, sin torrecilla esbelta que realzase su fábrica, ni más prominencia que un campanario con humilde traza de garita. La puerta, muy claveteada y chapada de hierro, semejaba de castillo. No había ante el ingreso trecho ajardinado ni por

cima de las tapias ramaje de huerto: nada verde se descubría en torno; ni arbustos, ni matas, ni siquiera yerbajos al pie de los paredones; todo estaba seco, pelado y polvoriento, cual si la Naturaleza se negase a embellecer el edificio lúgubre y aciago.

Era casi a punto de anochecer. Comenzaban a salir las educandas externas: cerca de las tapias se veían parados varios carruajes, y otros, a cuyas ventanillas se asomaban cabezas de muchachas ávidas de aire libre, corrían en dirección a Madrid, donde, según lo lejano de aquel sitio, llegarían al cerrar la noche. Pepe pensó con rabia en el ofuscamiento que hacía a su madre volver desde allí sola y a pie, cuando en la casa gruñía por no ir a la botica, que distaba cincuenta pasos... Aguardó impaciente a que se fueran los últimos coches, esperando que doña Manuela saliera presto; mas transcurrido un buen rato, adelantó hacia la puerta. Aún se detuvo unos segundos: sentía repugnancia de entrar. Por fin llamó, oyóse dentro el sonido de la campana y abrió una mujer vestida de suerte que, sin ser el traje religioso, quería parecerlo.

—¿Hace usted el favor de decirme si es aquí donde está establecida *La Limosna de la Luz?*

—Sí, señor; aquí es.

—¿Se ha marchado ya doña Manuela Resmilla, una señora que es vigilanta?

—¿Qué deseaba usted?

—Vengo a buscarla. Tenga la bondad de decirle que está aquí su hijo.

—¡Ah! ¿es usted hermano del padre Tirso? Pase, pase adelante.

En aquel momento se marchaban dos señoras con una niña que, acaso por salir de allí, llevaba impresa la alegría en la cara.

Hiciéronle atravesar un ancho corredor dado de cal, con alto zócalo de azulejos, y entró en un cuarto espacioso, donde todo el mueblaje consistía en un par de docenas de sillas de Vitoria, y en uno de cuyos muros se veía una estatuilla de la Virgen de Lourdes. Allí permaneció solo unos minutos, nervioso, contrariado, sin poder estarse quieto y mirando hacia las ventanas, donde los barrotes de hierro cortaban con cruces negras la claridad del espacio, en que la luz iba faltando. Como oyera de pronto ruido de pasos a su espalda, se volvió; mas no era su madre la que llegaba, sino una monja, joven, pequeña y regordeta, que traía la cabeza metida en una cofia blanca, bajo la cual resaltaba un rostro brillante hasta parecer erisipeloso, de facciones menudas y redondas. El hábito era de un gris ratonesco, y pendiente de la cintura llevaba un enorme rosario con muchas medallas, gran cruz de cobre y cuentas como avellanas gordas. Su voz

era falsamente suave; el acento y los giros que empleaba, muy franceses.

—¿*Está* usted—dijo—quien pregunta por la *mamán* del padre don Tirso?

—Sí, señora; soy su hijo y vengo a buscarla.

—El caso es que... es *lastíma* que haya usted dado un paseo tan largo; pero ya hoy doña Manuela no saldrá... *hase su* guardia... es su día... *que le toca* hoy.

—No importa, señora. Suplico a usted que le pase recado: repito que soy su hijo.

—Como usted guste, señor; pero *estará inutil.* Una *ves* que *ya se ha* entrado en la guardia, *non* se puede salir.

—Dígale que he venido yo mismo, que está aquí su hijo.

No le sugería el pensamiento frase más poderosa.

La entonación que daba a sus palabras no era para inspirar confianza; la monja, sin embargo, afectaba tranquilidad. De repente, cual si obedeciese a súbita inspiración, se salió del cuarto dejándole solo; quedóse él aguardando, más desazonado que antes, y al cabo de pocos minutos la vió reaparecer visiblemente contrariada. La expresión de su rostro y hasta el metal de su voz, habían variado.

—Señor—dijo muy secamente,—era *equivocasión; esa señora ha salido ya; era érror que hasíamos; no estaba hoy que hasía su guardia. Elle est partie.*

Todo mentira. Doña Manuela no quería salir, y la monja, de acuerdo con ella, la negaba. Sin duda su propósito era pasar también aquella noche fuera de su casa. La resistencia hubiera sido inútil. Por fortuna, Pepe lo comprendió así, y, aunque amargada el alma resolvió aguantarse. ¿Qué podía hacer? ¿Dejarse llevar por la cólera, promover un escándalo, y tras no conseguir nada ser quizá llevado a la cárcel, si aquellas mujeres requerían el auxilio de las autoridades? ¿Con qué derecho iba a turbar la paz del santo asilo? ¿Por sacar de allí a su madre? Años tenía la buena señora para obrar por su propia cuenta. Sus reflexiones fueron tan tristes como acertadas.—«Todo es en balde: armo un alboroto, grito, insulto a estas mujeres, llamo a mi madre..., cierran la puerta, mandan venir una pareja..., y papá se queda solo, sabe Dios hasta cuándo.»

—Está bien, señora—dijo;—pero no es fácil engañarme. ¡Mi madre está ahí dentro! Dígale usted, de parte de su hijo, que, si quiere, pronto podrá quedarse aquí para siempre.

—Adiós, señor—repuso secamente la del hábito.

Salió Pepe al corredor que comunicaba con el

zaguán, y al atravesar el cruce de dos pasillos vió claridad de luz artificial en una puerta entornada: atraídos sus ojos por el resplandor, miró, y tras aquella puerta vió a su madre, que estaba espiando su salida. Sin poderse contener, avanzó para entrar; mas cerraron por dentro, y al cerrar, la falda de doña Manuela quedó presa entre las hojas de la puerta: ella entonces tiró con violencia del vestido, y en seguida se oyeron pasos como de cuerpo viejo que huía trabajosamente.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Su voz robusta pareció grito de niño abandonado. Oyóse un violento portazo, dado ya en la habitación lejana, y aquella horrible respuesta resonó en sus oídos más triste que caer de tierra sobre féretro. Un momento después estaba fuera: el portón de *Las Hijas de la Salve* giró sin ruido sobre sus goznes; Pepe permaneció unos instantes junto a la entrada del convento, inmóvil, vencido del dolor, queriendo y sin poder llorar... Anduvo unos cuantos pasos... Miraba y no veía lo que tenía delante... El eco del portazo no se le quitaba de los oídos. De pronto, acordándose de su padre, apretó el paso, y de allí a poco se internó en las calles de Madrid.

XXIX

En veinte días quedó realizado el proyecto de Pepe. Un agente de los entonces llamados *corredores de quintos* tomó a su cargo el asunto, y como el interesado reunía todas las condiciones exigidas por la legislación de aquel tiempo, no hubo entorpecimientos; que a veces la suerte facilita los intentos tristes tanto como suele estorbar los halagüeños. Gracias a la escasez de sustitutos, los que se prestaban a serlo eran relativamente bien retribuídos. Se convino que recibiría Pepe cerca de cinco mil reales. Además, un caballero, amigo de Millán, prometió interesarse para que fuese destinado al batallón de escribientes o a la imprenta del Ministerio de la Guerra, pues lo principal era evitar que saliera de Madrid; propósito difícil de conseguir durante aquellos días, en que los poderes públicos se veían obligados a echar mano de todos

los cuerpos e institutos militares para combatir la insurrección carlista, que ya merecía el horrible nombre de guerra civil. Pepe entró en caja, siendo destinado a un regimiento; pero las recomendaciones buscadas por Millán fueron tan eficaces que, merced a ellas, pudo hacerse a favor de su amigo una de esas combinaciones en que la interpretación de las leyes se amolda a los antojos de la influencia. Primero ingresó en una de las oficinas de la Dirección de Infantería, con permiso para dormir en su casa, y a las pocas semanas, como era bachiller, previo cierto examen que exigía la legislación vigente, fué ascendido a alférez y destinado a prestar servicio en el mismo centro militar. Con esto y los cinco mil reales, mejoró algo la situación de la familia. En don José, aunque con los años y el dolor iba haciéndose egoísta, pudo más el orgullo de tener hijo de tales arranques, que el miedo a las consecuencias de su hermoso rasgo. Por otra parte, el temor de que le destinaran al ejército de operaciones le parecía amenaza de un mal lejano y demasiado triste para ser fácilmente admitido como inmediato.

Lo que no corrigieron los cinco mil reales, ni era remediable con todos los tesoros de la tierra, fué la conducta de doña Manuela, que desde la tarde en que Pepe estuvo en el convento se obstinó en su

actitud, fundada en el silencio y el alejamiento del hogar. A semejanza de estudiante calavera que está en su casa lo menos que puede, ella iba a la suya a las horas en que Pepe trabajaba, temerosa de tropezar con él, y cada cuatro o seis días se quedaba una noche a dormir en la hermandad. Leocadia se hizo cargo de la asistencia del padre, pero de mala gana y sin renunciar a las visitas a la sala de ventas piadosas.

Viéndola dar cien vueltas a los pocos trapos que tenía y peinarse como señora que va de baile, desde por la mañana conocía su hermano cuándo iba a salir: unas veces lo evitaba, otras transigía, temiendo que una disputa empeorase la situación. Pasaron, sin embargo, algunos días en relativa calma.

Ya imaginaba Pepe que iba haciéndose llevadero su infortunio, y tal vez no fuese necesario recurrir al extremo de trasladar a don José a casa de Engracia, cuando simultáneamente se le echaron encima dos contrariedades de tal magnitud, que cada una por sí sola era bastante a precipitar aquella resolución. Ambos golpes se anunciaron con amagos.

Una tarde, la encajera del portal, destinada a darle malas nuevas, le detuvo al paso.

—Tengo que *icirle* a usted una cosa, señorito... pero no *me se* vaya usted a enfurruñar!

—¿Qué sucede?

—*Misté*, don Pepito, *la verdá*, me han *dao* intenciones de callarme, porque... usted ya lo sabe, en *deciocho* años que *yevo* aquí, *mayormente* nunca me he *metío* en *ná*. Pero... en fin, que me da mucha rabia y mucha lástima...

—¡Hable usted claro, mujer!

—Permita Dios que me equívoque; pero *me se* figura que el día menos *pensao* le van a dejar a usted *plantao*, sin tener quien haga *tan siquiera* la cama al padre.

—¿Mi hermana...

—*Pa mí* que se va a torcer. Tan pronto viene un mozo de cordel a traerle cartas, como baja ella y, ahí arriba, en los soportales de la calle Imperial, *enonde* está la cubería, se ponen a hablar: él no es joven; es un *cabayero* ya muy machucho, ¿entiende usted? *pa* una joven lo peor.

—¿Está usted segura?

—Como de que estos pelos fueron negros—repuso, mostrándole el moño encanecido.—Yo, la verdad... si *hubiá* sido otra cosa, vamos al decir... un muchacho... novio *toas* las chicas lo tienen; pero que *se hable* con un *cabayero*... *ma parecío mu* feo, porque los señores, cuando buscan mocitas... ya *sabusté* lo demás.

Pepe, avergonzado y mohino, esquivó la mirada: la ira y el rubor le sellaron los labios.

—¡Me da usted mucha lástima! No sé como *tié* usted *pacencia*. La *señá* Manuela, con los años, es más vieja que yo, no sabe ya lo que se pesca; pero la chica, si no se la ata corto, se va a hacer una *estrozona*... de esas que andan por ahí.

—Yo pondré remedio. A ella ni una palabra, y muchas gracias por el aviso.

El segundo disgusto fué adquirir el convencimiento de que, acaso muy pronto, le agregarían a un cuerpo y tendría que salir de Madrid.

La guerra, extendiéndose y encarnizándose, obligaba al Gobierno a emplear recursos extraordinarios: a cada noticia del levantamiento de partidas o del engrosamiento de las que ya existían, era necesario enviar nuevos refuerzos a las Provincias Vascas, a Cataluña, a Navarra y al Maestrazgo. El Ministerio de la Guerra, las Direcciones de las Armas y otros centros militares estaban llenos de soldados y oficiales que hacían falta en servicio más activo y propio de las circunstancias: el abuso adquirió tales proporciones que fué necesario evitarlo. Se dió la orden de que todos los individuos colocados en las dependencias del Ministerio en los seis últimos meses ingresaran en los cuerpos respectivos cualquiera que fuese su procedencia. Esto envolvía la ineludible precisión de salir a operaciones de la noche a la mañana; y entonces Pepe de-

cidió realizar su propósito. En cuanto a don José, todo lo había previsto: lo que había de hacerse era tan fácil como triste: trasladarlo en una camilla a casa de Engracia y llevar luego la cama, sus ropas y algunos muebles más útiles para conservados que para vendidos. La dificultad estaba en la determinación que debiera tomar respecto de doña Manuela y Leocadia; o, mejor dicho, en la que adoptaran ellas. ¿Cuál sería su actitud? ¿Qué harían? De obstinarse en seguir viviendo en la calle de Botoneras, ¿con qué recursos? Y para buscar otra habitación, ¿de qué medios dispondrían? No se ocultaba al claro entendimiento de Pepe y menos a sus buenos sentimientos que, aun harto de razón, no debía desentenderse de ellas: mas también consideraba que la triste sumisión de doña Manuela a los beatos que la trastornaron y el cambio sufrido por Leocadia, fácilmente podían ser causa de que el pobre viejo, durante su ausencia, quedase en completo abandono.

—Habla tú con ellas—dijo a Millán tratando de esto.—A mí me falta valor y puede que también me falte calma.

—Veré a tu madre... Con Leo no hablo.

—Como quieras.

—¿Cuándo te parece que dispongamos el trasladar a tu padre?

—Eso se hace en una mañana. Lo principal es que les hables. ¡Si les tocara Dios en el corazón! ¿Y dónde se van a meter y cómo van a vivir? Si prometiesen cuidarle, yo procuraría que no les faltase nada. ¡Parece mentira que hayamos llegado a tener que pensar en esto!

No quiso Millán buscar a doña Manuela en su casa por no ver a Leocadia; mas deseoso de cumplir el encargo de Pepe, fué a *La limosna de la luz.* El primer viaje lo hizo en balde: doña Manuela se negó a recibirle. A la segunda tentativa le dijeron que no podía salir porque estaba *en adoración,* pero que dijera al capellán, su hijo, lo que tuviese por conveniente.

Entró Millán en el mismo cuarto de visitas donde días antes fué recibido Pepe, cuando pretendió ver a su madre, y a los pocos minutos se presentó Tirso.

A pesar de lo muerto que, por obra del cariño de Engracia, estaba su amor a Leocadia, la presencia del cura le impresionó desagradablemente, recrudeciéndosele el enojo hacia aquel hombre, que dió al traste con sus primeras ilusiones. No se resistió por ello a habérselas con el cura: la ocasión venía rodada para tratarle sin miramientos, y, además, siempre era mejor entenderse con él que con su madre, cuya bondad pasada no existía y cuya

cortedad de entendimiento no se habría, de fijo, modificado. Prefirió tener una escena violenta con el hombre, a luchar con la debilidad o la resistencia pasiva de la anciana.

—¿En qué puedo servirle?—le preguntó Tirso sentándose en una silla y alargándole otra.

—Vengo de parte de Pepe.

—¿Qué quiere ese desdichado?

No era necesario tanto para acibarar el diálogo.

—Pues ese desdichado ha tenido un rasgo, para salvar a su padre de la miseria, que no sé si usted sabrá apreciar, ocupado, como aquí está, en cosas más serias...

—Supongo que no habrá usted venido a ofenderme ni a profanar esta santa casa—repuso el cura poniéndose en pie.

Millán continuó imperturbable sin levantarse de su asiento.

—En pocas palabras le pondré al corriente de lo que ocurre. Pepe no podía ver con indiferencia que la miseria se le iba entrando por las puertas y que sus esfuerzos eran inútiles para evitarlo. El orden, el aseo y la economía de doña Manuela y de Leocadia ayudaban a que la familia viviera en paz y desahogadamente; él, con el producto de su trabajo, y ellas, con sus habilidades y cuidados...

—Vivían desdichadamente, sin religión...—interrumpió Tirso.

—Vivían felices, sin reñir nunca, sin que hubiese entre ellos la menor desavenencia, hasta que usted llegó a Madrid. A los quince días varió la decoración.

—Repito que no toleraré...

—Un poco de paciencia y acabaremos pronto. En unos cuantos meses, no sólo han llegado a faltar casi todos los recursos, sino que la actitud de doña Manuela y de Leocadia esteriliza los pocos de que se puede echar mano. Un hecho hay que refleja lo que sucede: esa pobre señora ha llegado al extremo de faltar a su casa por la noche. La jubilación de don José está empeñada, y lo mismo sucede con cuanto tenían que valiese algo. Pepe, sin la ayuda que representan la economía y los cuidados de su hermana y su madre, no puede, aunque se mate a trabajar, atender a todo: el jornal que gana en mi establecimiento no le basta... los gastos que ocasiona la enfermedad son cada día mayores...

—¡De nada de eso tengo yo la culpa!—exclamó Tirso cortándole la palabra.

—De la enfermedad, claro que no; aunque se puso mucho peor cuando usted le dijo cruelmente que lo que tenía era gota; pero del desamparo en

que le dejan su mujer y su hija usted es el responsable.

—¿Y podía un sacerdote consentir que vivieran como vivían? Estoy bien con mi conciencia y sólo a Dios debo cuenta de mis actos.

—Pues si Dios es bueno va usted a verse apurado. Para concluir, sepa usted que el pobre muchacho, convencido de que ya no tiene madre ni hermana, o como si no las tuviera, porque se desentienden de él y de su padre, ha adoptado una resolución propia de su carácter: para disponer de una cantidad que le permita hacer frente a las necesidades de ahora y pagar atrasos ha ingresado como sustituto en el ejército, y don José irá a vivir en compañía de quien le cuide y atienda, si no con el amor que esas desdichadas le tenían antes, por lo menos con cariño y con caridad. Hemos procurado que Pepe no saliera de Madrid; pero las circunstancias no lo permiten y ha sido destinado a un cuerpo que quizá de un momento a otro reciba orden de marchar.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Pepe se hace cargo de su padre porque, dado el trastorno que padece doña Manuela, con ella estaría peor que solo. Si la madre y la hija, aconsejadas por usted, prometen variar de conducta, él hará frente a todo; en caso contrario, ni ha

de consentir que su padre vaya al hospital, ni dispone de recursos para que ellas hagan vida independiente. Doña Manuela no quiere oirme o no la dejan... Usted verá lo que decide.

—¿Yo qué voy a decidir? Nada.

—¿No entiende usted o no quiere entender? Don José va a ser trasladado a la casa elegida por su hijo. Esas señoras resolverán lo que estimen oportuno.

—En plata: que su amigo de usted arroja a la calle a su madre y a su hermana.

—Quien se hace cargo de don José, para que al menos muera tranquilo y entre sábanas limpias, soy yo; ¿se entera usted? Y yo no puedo cargar con más gente.

—¿Sabe usted la responsabilidad que contrae?

—No he venido a pedirle consejo, sino a decirle que tan pronto como sea necesario sacaremos a don José de la casa de la calle de Botoneras, y que, a partir de ese momento, Pepe renuncia a cuanto hay allí, excepto ciertas ropas, la cama de su padre y algunos otros trastos. De todo lo demás, que disponga doña Manuela.

Calló Millán, esperanzado con que Tirso, viéndose en la obligación de amparar a las dos mujeres, se brindase a darles consejos de prudencia; pero lejos de esto, el cura sonrió, fingiendo calma para exasperar a su interlocutor, y dijo:

—De modo que usted ha venido a notificarme la expulsión de mi madre y de Leocadia. ¡Cómo ha de ser! ¡No imaginé que ese infeliz se atreviese a tanto! ¡Dios le perdone! Yo me hago cargo de ellas. A mi madre, que ya es vigilanta de los talleres de esta hermandad, haremos que se le disponga aquí el cuarto a que tiene derecho. La Religión acoge a los maltratados por la impiedad. En cuanto a Leocadia, veré si consigo la protección de estas santas mujeres... El Señor no nos abandonará... Diga usted a mi hermano que lo que hace no tiene perdón de Dios. ¡Este es el resultado de su falta de creencias!

—Dejémonos de recriminaciones, y vamos a ver si la buena voluntad de todos enmienda los yerros pasados. ¿Considera usted que pueda ponerse todavía remedio al mal?

—¿No viene usted a decirme que mi hermano se desentiende de mi madre y de Leocadia?

—Ya que ha sido usted el autor del daño, intente algo para aminorarlo. ¿Quiere usted aconsejar seriamente a doña Manuela que no olvide sus deberes, que cuide de su casa y de su marido, en fin, que vuelva a ser la buenísima mujer que fué siempre? Reflexiónelo usted... y evitará grandes desgracias.

—Sí, y de paso evitaré que usted cargue con el enfermo.

Ofendido Millán con tal grosería, sólo atendió a mortificar a Tirso.

—No hablemos más—le dijo;— es usted incapaz de comprender el rasgo de su hermano, ni el deseo que me ha traído aquí.

—¡Parece mentira que se atreva usted a hablar así trayendo el mensaje que acabo de oir! Este es el fruto que han dado el infame ateísmo de mi hermano y la punible tolerancia de mi padre. ¡Cuán fundados eran mis temores! Ni siquiera ha tenido valor para venir él mismo.

—Dé usted gracias a Dios de que no lo haya hecho. Pepe está seguro, y con razón, de que usted es el responsable de cuanto está ocurriendo. La irritación de su ánimo es tal que, la verdad, más vale que no se vean ustedes.

—Obré como me aconsejaba mi conciencia. No tengo la culpa de que, por haber comprendido mi madre y mi hermana que debían variar de conducta, hayan llegado las cosas a este punto. Mas tenga usted presente que yo no he sido quien ha causado la ruina de la casa: yo no hice sino recomendar la observancia de los deberes religiosos. En cuanto a lo de que mi hermano pudiera propasarse conmigo... — añadió sonriendo como guapo amenazado—tampoco a mí me faltan bríos.

Su descarada sonrisa y su actitud sacaron de quicio a Millán.

—No necesita insistir en ello: conozco esa mansedumbre. ¡Vaya un sacerdote!

—¡No sabe usted lo que dice!

—Lo que digo es que celebro que me proporcione usted ocasión para desahogarme. Con los santos, mucha humildad; con los hombres, todo soberbia. Por dar lustre al altar, sería usted capaz de lavarlo con sangre, y robar para adornarlo. Ahora, recomiende usted a su madre que haga penitencia, o que bese alguna reliquia, para que Dios la perdone.

—A usted y a su amigo es a quien habrá de perdonar. Mientras haya incrédulos así, tiene que haber sacerdotes como yo. Y me parece que hemos hablado bastante. Dios en su grandeza ha de juzgarnos a todos.

Millán, dando también por terminada la entrevista, se dirigió a la salida, al mismo tiempo que decía:

—Y usted ¿qué sabe de la grandeza de Dios... y mucho menos de la bondad de Jesús?

Tirso tuvo miedo al escándalo, no al hombre, y sin desplegar los labios le siguió con la vista, hasta que se cerró tras él la puerta.

XXX

Pepe aguardaba el resultado de la entrevista en un cafetín de las afueras no lejos del convento. Allí esperó largo rato de codos sobre el mármol de la mesa, con la garganta seca por el mucho fumar, mortificada la imaginación por la impaciencia y mirando sin cesar a un reloj colocado en la parte alta del mostrador y cuyas lentas manecillas le parecían pegadas a la esfera.

El local estaba casi desierto: los parroquianos de por la tarde se habían ido, y para los de la noche era temprano. Sólo quedaban, junto a una ventana, un corredor del matute paladeando medias copas en compañía de un tendero de ultramarinos, y al extremo opuesto, en lo más oscuro, una chula y su novio, que en voz baja se decían ternezas y desvergüenzas.

Anochecía: muros, banquetas, espejos, molduras

y baquetones dorados, todo se borraba sorbido por las sombras, percibiéndose sólo, entre la oscuridad creciente, las superficies brillantes y rectangulares del mármol de las mesas. El matutero y el ultramarino se despidieron amistosamente, tal vez pensando cada cual haber engañado al otro. Después, un mozo que dormitaba sentado en un diván, se levantó a encender las lámparas de petróleo sobrepuestas a los aparatos de gas, y entonces la pareja chula, contrariada por la iluminación, pagó y se fué.

Pepe, poseído de una tristeza rayana en la desesperación, carecía de calma para coordinar las ideas: esforzábase por adivinar lo que hubiera ocurrido; pero sus suposiciones y conjeturas quedaban suspensas, como truncadas por la inseguridad del pensamiento, que no podía fijarse ni insistir en nada. En vano quería, ahondando con la memoria en lo pasado, recordar algún rasgo, alguna acción de su madre que permitiera suponerla capaz de haber ocasionado la dispersión de la familia: todo esfuerzo era inútil, nada podía recordar que arguyese en contra de la que siempre fué buena y cariñosa. La doña Manuela posterior a la llegada de Tirso, parecía borrada de su imaginación, surgiendo en su lugar la madre amantísima, la de antes; discurría con amor, repugnando admitir nada

que aminorase la magnitud del bien que iba a perder. Los errores, las culpas y faltas de aquellos últimos meses, se desvanecían ante el recuerdo de los mimos de la infancia, las caricias de la juventud y los cuidados que prodigó siempre a sus hijos y a su marido.

De pronto se abrió la puerta de cristales, que daba a la ronda, y entró Millán. Venía mal encarado, con los ojos aún abrillantados por la ira.

—¿Qué ha sucedido? ¿La has visto?

—No me han dejado verla. La batalla ha sido con tu hermano.

—¿Y qué?

—Lo peor... Es necesario que tengas mucha sangre fría. ¡Me han dado ganas de pegarle! Tu madre se queda de vigilanta, no hay poder humano que la arranque de allí; pero lo más irritante es que adoptan el papel de víctimas, y dice Tirso que, abandonadas por ti, él procurará que las recojan... en fin, un secuestro en regla, sin que podamos hacer nada para evitarlo. No encontraríamos juez que se atreviera a meterse con la hermandad o lo que sea.

Pepe, sin contestar, dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho. El mozo que se había acercado a preguntar a Millán lo que quería tomar, se alejó sin atreverse a pronunciar palabra.

Tras unos segundos de silencio, esforzándose

por parecer sereno, Pepe se limpió los ojos con el pañuelo, diciendo:

—¡Sea lo que Dios quiera! Confío en que Engracia y tú cuidaréis de papá: me iré tranquilo.

—¿Pero es seguro que te obliguen a salir de Madrid?

—Inevitable: el regimiento ha recibido ya la orden. Hoy es jueves: mañana o pasado nos darán no sé qué cosas por administración militar, para completar los equipos, y al otro por la tarde nos vamos.

—¿El domingo?

—Sí.

—Siendo así, de hoy al sábado debemos llevar a don José a casa de Engracia.

—No hay otra solución. ¿Cómo he de dejarle expuesto a que mi madre y Leo se desentiendan de él en absoluto? Mientras ellas estén rezando en la cofradía, se muere mi padre el día menos pensado, sin tener quien le ampare. Mañana te daré también el dinero que me queda: con llevarme quince o veinte duros, tengo de sobra. No habrá muchos que lleven más.

—¿A qué hora lo hacemos?

—El sábado por la mañana iré yo a despedirme de Paz. ¡Me cuesta un trabajo!... Casi me dan ganas de escribirla, y nada más. Luego, por la tarde,

a la hora que quieras. ¿No me dijiste el otro día que conocías un médico de la Casa de Socorro? Como papá no puede ir por su pie y el encajonarle en un simón sería incómodo, porque no podría llevar las piernas extendidas... Si lograses que nos dejaran una camilla...

—Cuenta con ella. ¿Tienes seguridad de estar libre a la hora que convengamos?

—Sí: la recomendación que me procuraste para el coronel lo allana todo: me ha dicho que basta con que esté a su lado desde temprano el día de la marcha, es decir, el domingo.

—Pues, chico, no hay más que hablar, y paciencia.

—¿Y no debo intentar ver a mi madre? ¿No crees que se ablandaría si yo la hablase?

—No te dejarían; y además, te conozco. Vas allí, armas una marimorena horrorosa, y nos echamos encima otra contrariedad.

—Quizá tengas razón.

—En cuanto a don José, puedes estar tranquilo: Engracia le cuidará bien, y yo... vamos, me parece una tontería hacer promesas.

—Vámonos; quiero pasar las noches que faltan con mi padre.

—Convengamos antes la hora. ¿Te parece bien a las tres?

—Como quieras. Yo lo tendré todo dispuesto.

—¿Qué muebles piensas enviar a casa de Engracia?

—Entre mañana y pasado mandaré una cómoda, un armarito, una lámpara y dos banastas con ropa: la cama y la butaca, el potro, como papá la llama, no podrán llevarse hasta el último momento.

—Bueno; pues ya lo sabes, por si antes no nos vemos: el sábado, a las tres, sin falta, voy con la camilla.

—¡Corriente, y gracias con toda mi alma!

Anochecido, salieron juntos del café, y Millán dejó a su amigo cerca de la calle de Botoneras.

Pepe pasó toda la noche junto a su padre. Hasta las nueve conservó esperanza de ver llegar a la madre; pero, poco más tarde, vino Leocadia sola, diciendo que doña Manuela se quedaba de guardia. Con aquello perdió el pobre muchacho toda esperanza respecto a la conducta de su madre, y acostó al enfermo.

Apenas hablaron. El viejo, en quien el egoísmo y el temor a la falta de asistencia hacían gran mella, le preguntó:

—¿Tienes seguridad de que esa joven me tratará bien?

—Sí. Engracia está perdidamente enamorada de Millán y, por tenerle contento, se esmerará en cui-

darte. En realidad no has de serles gravoso, pues yo les dejo dinero para cuanto necesites.

—Y ¿crees que tu madre no vendrá?

—No lo espero, papá; no hablemos más de eso. Me parece mentira lo que está pasando.

—A mí también.

—Vaya, a descansar.

—No podré, hijo mío, no podré.

A la media hora dormía profundamente.

Con arreglo a lo convenido entre Pepe y Millán, el viernes llevó un mozo a casa de Engracia varios muebles y dos banastas de ropa, en diversos viajes, quedando en la calle de Botoneras la cama y la butaca de don José, que no podrían sacarse de allí hasta ser trasladado el enfermo. El sábado, Pepe fué temprano a despedirse de Paz; y su hermana sospechando por el traje que se ponía, cuál era el objeto de la salida, corrió a avisar a Tirso.

Pepe, entretanto, procuró llegar al hotel antes de que don Luis concluyera de vestirse y entrara en el despacho, seguro, por este medio, de poder hablar un rato con su novia. En el camino estuvo dos veces a punto de volver pies atrás: por fin, el deseo de verla pudo más que el temor de la separación. Al pisar el cuartito de la biblioteca, donde había nacido el amor que era la única alegría de su vida, casi le faltaron fuerzas. Creía que, con el tor-

mento de pensar en su madre durante la pasada noche, había agotado todas las penas imaginables; y, al ver cercano el momento de alejarse de Paz, sintió que aún le cabía más dolor en el alma. ¡Qué grande y hermoso apareció, en cambio, a sus ojos, el cariño de su amante! ¡Qué contraste formaba aquella pasión con la conducta de su madre! Ésta debió consagrarle la vida, y huía de él trastornada por una aberración, sin que con el amor maternal supiera vencer al fanatismo, mientras la señorita nacida en esfera propicia a despertar ambición y orgullo, le hacía entrega de su porvenir, sin que lo lejano del bien a que aspiraba enfriase el fervor de sus promesas, sin que le arredrasen la desigualdad social ni la pobreza del hombre a quien quería.

Apenas oyó Paz el ruido de los pasos de Pepe, fué al despacho.

—No nos van a dejar solos más que unos minutos: papá está concluyendo de vestirse: dime lo que hay, pronto.

—Me voy mañana.

—¿No hay esperanza de evitarlo?

—Ninguna: mañana sin falta.

—¿Y tu madre?

—Todo ha sido inútil: se queda en el convento.

—¿Y tu padre?

—Esta tarde le llevo a casa de mi amigo Millán.

—¿Es cosa resuelta?

—Sí.

—¿Tienes confianza en mí? ¿Crees que yo puedo ofenderte con nada que te diga?

—No, alma mía. Habla sin miedo.

—Mira, Pepe: yo tengo ahorritos de lo que papá me da todos los meses para alfileres: muy poco... ¿lo quieres? No para ti, no; para tu padre.

—No, vida mía, gracias; no necesito nada.

—Pues dime que no te ofendes...

—Tú no puedes ofenderme, aunque quieras.

Paz le cogió la mano, y viendo en ella el anillo que tiempo atrás le había dado, se la acercó a su pecho oprimiéndosela, mientras mirándole amorosa decía:

—Te llevas mi alma. No seré de nadie más que tuya.

—Yo te juro que ni he querido ni querré nunca más que a ti.

Ella, entonces, en un arranque de impudor admirable, sin sombra de torpeza en el pensamiento, le echó al cuello los brazos, murmurando suplicante en su oído:

—¡Bésame!

Y él, estrechándola contra su corazón, la besó en la boca y en los ojos.

Pocos instantes después entró don Luis, y oyen-

do las causas de la determinación de Pepe, le prometió interesarse en favor suyo para facilitarle pronto regreso a Madrid cuando decorosamente fuera posible, con destino a cualquier oficina militar: dióle él gracias y se despidieron. Paz, al verle marchar, se fué a su gabinete, y desde allí, apoyada la frente en la vidriera del balcón, le vió perderse entre los árboles del paseo, como el primer día que se hablaron. En seguida se encerró con llave, y echándose de bruces sobre el borde de la cama rompió a llorar calladamente, sin que el dejo dulcísimo de aquel beso que aún saboreaban sus labios, pudiera mitigar la amargura que le llenaba el alma.

XXXI

Sabedor Tirso, por Millán, de la resolución que adoptó su hermano, y enterado, por Leocadia, de cuándo había de despedirse de Paz, creyó llegado el instante propicio para cumplir el compromiso adquirido con la condesa de Astorgüela. Desde que primero ésta, y luego las personas que para ello tenían autoridad en *Las Hijas de la Salve*, le encargaron que procurase quebrantar la entereza de don Luis de Agreda respecto a su negativa en lo de la cesión del terreno, no dejó de pensar en ello, pero sin hallar modo de acometer la empresa con esperanza de éxito. Dirigirse en derechura al señor de Agreda era una insensatez: hombre de sus antecedentes políticos no se expondría por nada del mundo a que otro senador le acusase en plena sesión de amparador de monjas: y en cuanto a Paz, había que andarse con pies de plomo. Difícilmente

se atrevería a hablar con su padre; suponiendo que lo hiciera, no podía preverse hasta dónde llegaría su influjo; y si se le ocurriera consultar antes a Pepe, entonces el fracaso era seguro. Además, estos rodeos se le antojaban poco eficaces. Lo esencial era separarla de Pepe; que le aborreciese creyéndose traicionada. Después, el desengaño y su habilidad conseguirían lo restante. Ya tenía discurrido lo que iba a hacer: las circunstancias se lo sugirieron. En algunos momentos le parecía muy duro; pero ¿qué sabía él de cosas del corazón, ni qué importaba el procedimiento siendo bueno el propósito? Tras la pena que la muchacha experimentase vendría el agradecimiento a su salvador, porque salvación era extirpar en ella el amor a hombre de tan execrables ideas. Quizá poco a poco llegase a ser su consejero, su director espiritual. Hasta imaginó que, si por miedo a su padre no le dejaba frecuentar la casa, le buscaría en el tribunal de la penitencia. No alardeaba de astuto ni flexible para convertir y catequizar: todo lo alcanzaba, como lo alcanzó con su madre, por virtud de su empuje y su vehemencia: con estas mismas armas intentaría primero intimidar a Paz, dominarla; y cuando la viese agobiada por el dolor la inclinaría a buscar la verdadera perfección cristiana trocando las impurezas y los peligros del amor mundano

por el himeneo místico, con el único que no engaña. Si esto lograse, como insinuó la de Astorgüela, pronto verían *Las Hijas de la Salve* cumplido su deseo, y quedaría en Pepe castigada la impiedad con la pérdida de la mujer amada.

En un principio, desconfiando de acertar por su desconocimiento del alma femenina, su plan fué jesuítico y solapado, pero al fin resolvió, conforme a su índole, obrar enérgica y rápidamente. Pepe, a juzgar por el traje que se puso, había ido a despedirse de su novia: convenía verla cuanto antes. Pensó que la ocasión era oportuna, porque después de separados tardarían en volver a verse y poder explicarse; la misma tristeza de la despedida, favoreciendo su intento, quitaría a Paz clarividencia para desconfiar de lo que iba a oir, y ánimo para sobreponerse a ello.

Estaba Paz sola en su cuarto, llena el alma de amargura por la impresión recibida al despedirse de Pepe, cuando entró su doncella diciéndole que un señor cura deseaba verla. Creyendo que vendría a pedirle ayuda o limosna para alguna obra de caridad, mandó que pasara, y un instante después, en el gabinete, alegre y claro como un día hermoso, apareció la severa figura de Tirso, cuyo

amplio manteo semejó una mancha negra echada sobre la alfombra casi blanca y los muebles tapizados de sedas pálidas.

—Tome usted asiento y tenga la bondad de decirme en qué puedo servirle.

—Vengo, señorita... Me trae un asunto de la mayor importancia—y al decir esto se sentó, algo cohibido por el aspecto de aquella habitación, que parecía impregnada de cierto encanto mujeril, nuevo para él.

Paz, comprendiendo que no se trataba de una obra de caridad, y como no adivinase cuál era el objeto de la visita, repuso:

—Papá ha salido.

—No deseaba ver a su papá, sino a usted misma, señorita.

—Pues usted dirá.

—Ante todo, la ruego que tenga en cuenta que sólo por circunstancias verdaderamente graves me he tomado la libertad de venir a importunarla. Se trata de un serio disgusto de familia, del cual, por desgracia, va usted a participar.

Paz se acordó entonces repentinamente de que el hermano de su novio era cura.

—¿Usted es el hermano de Pepe?—le dijo con viveza.

—Sí, señorita; ese desdichado es mi hermano. Y

vengo a cumplir un deber penoso para el sacerdote y para el hombre.

—¡Pronto, por favor! ¿Le sucede a Pepe algo malo?

Su fisonomía se alteró por completo: Tirso comprendió que estaba realmente enamorada.

—Pepe se va—dijo, afectando tristeza.

—Lo sé. Esta mañana se ha despedido de mí. ¡Mire usted cómo tengo los ojos de llorar!

—Así están los de mi hermana y mi madre, señorita.

—¿Y qué puedo yo hacer, pobre de mí? Usted no sabe el cariño que le tengo; es imposible que lo imagine... ¡Si él me hubiera dicho antes lo que proyectaba, yo lo evito! Hasta me hubiese echado a los pies de mi padre confesándoselo todo; en fin, ¡qué sé yo!... pero no se hubiera marchado. Ahora, ¿qué hemos de hacer?

—Todo ha sido inútil. Ni el ver llorar a su madre... ni el estado de nuestro padre... no ha tenido consideración a nada. No reconoce más ley que su capricho.

—¿Porqué le juzga usted con esa dureza?

Tirso, sonriendo amargamente, extendió las manos, como quien dice: «ahora lo veremos», y la interrumpió con estas palabras:

—Usted no le conoce, y no es extraño que la

haya engañado, cuando sus padres han tardado tantos años en saber lo que era. Hoy, desgraciadamente, ya lo sabemos.

Paz se puso en pie, como dando por terminada la entrevista: aquello le parecía una monstruosidad. Además, recordando el diálogo con *Pateta*, desconfió del cura. Pero éste, sin alterarse, prosiguió:

—Por disputas conmigo, por sostener yo que en casa se deben observar ciertas prácticas religiosas, ha llevado las cosas a un extremo increíble. Luego reñimos porque me opuse a que nuestra hermana sostuviese relaciones con un amigote suyo, perdido de la peor índole. Después se ha ensañado con nuestra madre porque yo he conseguido que vaya a misa y se confiese... La pobre tiene que marcharse de casa. Gracias a mí, la ha recogido una comunidad que me protege. El resultado es que mi padre se queda sin quien le ampare ni asista...

—Permita usted—dijo Paz cortándole la palabra—que le haga sólo una observación. Sí: ya sé que las relaciones de ustedes no son muy cordiales. Pero le quiero con toda mi alma, y no puedo creer lo que escucho. Yo hablaré con él.

—La engañará a usted; es decir, seguirá engañándola.

—¿Cómo he de dar crédito a lo que oigo, si precisamente ha hecho ese sacrificio de la sustitu-

ción y ha tomado el dinero para tener algo con que atiendan a su padre?

—No, señorita; no hay tal sacrificio. Se marcha, sí; pero se marcha por defender sus execrables ideas, porque es un exaltado, un sectario.

—No siga usted—añadió Paz;—Pepe me lo aclarará todo: sólo de él me fío.

—Pues a evitar que se fíe usted de él he venido yo. Ni mi madre ni yo podemos soportar la idea de que nadie sospeche que hemos sido cómplices suyos. Usted, tan buena, tan digna y respetable, tiene además la fortuna o la desgracia de ser rica.

—¡Mentira!—exclamó Paz ofendida;—me quiere por mí sola, y yo quisiera ser tan pobre como él.

—¿Y sabe usted dónde va a llevar a nuestro padre?

—A casa de un amigo suyo.

—No: a casa de una mujer que ha sido antes querida de ese mismo amigo, y ahora...

—¡Imposible!

En el colmo del estupor, miró a Tirso como una fiera. Las lágrimas que se le asomaban a los ojos quedaron de pronto contenidas por un esfuerzo supremo, y en su cara se dibujó una serenidad pasmosa; pero no pudo dominarse, y en seguida, tras un quejido, rompió a llorar. Fué el único momento de aquella escena en que al cura le pareció dema-

siado duro lo que estaba haciendo, mas ya no había de retroceder.

—Si usted habla con él—dijo—negará, y de lo que sucede en nuestra casa sostendrá que la culpa es mía.

—En esos disgustos de familia no tengo derecho a intervenir.

Naturalmente, cuanto se refería a las desavenencias de Pepe con sus padres y su hermano, le importaba poco; lo que le dolía era la traición, la infidelidad. No creía a su novio capaz de engañarla; y sin embargo, el zarpazo de los celos le desgarraba el corazón. Esperanzada con que no se las darían, o ansiosa de desmentirlas, pidió pruebas, preguntando atropelladamente:

—Y esa mujer ¿quién es?, ¿cómo sabe usted que la quiere?, ¿dónde vive?

—Se llama Engracia; vive en la calle de la Pasión, ignoro el número; es una casita baja, de revoque amarillo, y que hace esquina a la Ribera de Curtidores.

—Dice usted que se llama Engracia..., el número no lo recuerda.

—Es la casa que hace esquina a la Ribera de Curtidores.

Paz, que jamás había oído tales nombres, se fijó en ellos con cuidado. Tirso prosiguió:

—Esta mañana se ha despedido de usted, pero los últimos instantes que pase en Madrid... serán para ella: estoy seguro de que irá a verla. Según me han asegurado, debe salir de Madrid mañana por la tarde; su obligación es estar en el cuartel desde muy temprano; pero contando al coronel a su modo la necesidad de trasladar a papá de casa, ha conseguido que le dejen la mañana libre. Por la mañana supongo yo que irá a ver a esa mujer, a cuya casa deben haber llevado hoy a mi padre, que en el fondo es el culpable de todo.

—Yo le prometo a usted que saldré de dudas; y luego, Dios dirá.

Como Paz, al decir esto, se puso en pie, nerviosa y desasosegada, Tirso creyó oportuno dar por terminada la entrevista.

—Persuádase de que no he dado este paso sin verdadera aflicción de espíritu; pero ni mi madre ni yo queremos que nadie nos suponga encubridores de los proyectos de mi hermano... Lo demás no tiene importancia... Una señorita como usted no puede mirar sino con frialdad o desprecio...

—Gracias, gracias... No me hable usted más de esa mujer.

Despidióse Tirso haciendo cortesías, sin que ella se moviera para acompañarle. La pobre niña se dejó

caer llorando en un sofá, apoyados los codos en las rodillas y la cara sobre las manos, por entre cuyos dedos se le salían las lágrimas.

Cuanto más pensaba en lo que acababa de oir, menos crédito le concedía; y, sin embargo, por nada del mundo hubiera renunciado a convencerse por sus propios ojos de la falsedad o certeza de la acusación. Formaban un conjunto tan homogéneo las maldades, estaban tan enlazadas unas con otras las infamias, era todo tan verosímil dentro de lo malvado, que parecía imposible suponerlo invención calumniosa: no había, no podía haber imaginación tan dañina que lo fraguase y dispusiera con tal ensañamiento. Pero era lo más triste, que sobre todas las reflexiones que para consolarse pretendía oponer a las palabras de Tirso, siempre quedaba flotando en su pensamiento el recuerdo de algo cierto y positivo, que acaso fuera el origen de la conducta de Pepe: su pobreza. Antes de la calumnia, en esa pobreza del hombre amado estribaba precisamente su pasión; le creía libre de cuantos defectos y errores trae consigo la posesión del oro: después de calumniado, admitía la posibilidad de que sólo por ser rica hubiera puesto en ella los ojos. Otro grave indicio se alzaba contra su novio. Los cargos acumulados parecían demasiado precisos y concretos para ser del todo falsos: él daría distinta

interpretación a determinados hechos, pero no podría negarlos. Según Tirso, dejó que un mal hombre cortejase a su hermana; por su intolerancia tuvo la madre que marcharse de casa; habiéndose en realidad vendido como sustituto por deseo de combatir en defensa de sus ideas exaltadas, mentía diciendo que lo hizo para dejar dinero a su padre, y, por último, llevaba a éste a casa de una mujer; a cual, seguramente, no se prestaría a ello, si entre ambos no existiese intimidad que lo justificara. Graves eran todas las acusaciones; a Paz sólo le importaba la última. Para las otras, su cariño hallaría disculpa y perdón; lo que le destrozaba el alma era el engaño. Si fuese malo, a fuerza de ternura le haría bueno, pero le quería para ella sola.

Hasta faltar luz en los balcones de su gabinete, permaneció esforzándose por serenarse, temerosa de no poder explicar a su padre la causa de su pena. Diciendo que le dolía la cabeza, se acostó temprano, lloró desconsolada, y en el doloroso insomnio de aquella noche su alma de niña se hizo alma de mujer.

Pepe y Millán trasladaron a don José a casa de Engracia. El primero, que la víspera había ya enviado los muebles y las ropas necesarias para aten-

der al cuidado y comodidad de su padre, le vistió cariñosamente, envolviéndole en una manta los pies, que por la hinchazón no era posible calzarle, y esperó a que trajesen la camilla. Leocadia se fué por la mañana, diciendo que volvería; dieron las tres de la tarde, y no pareció. El aspecto de la casa ponía grima: todo estaba como cuando tras larga enfermedad viene la muerte, causando momentos de perturbación y desorden: los cajones abiertos, revuelto cuanto había en las mesas, y sobre las sillas montones de ropas tiradas al descuido.

El pobre muchacho se asomó varias veces al balcón, esperando que llegaran los mozos con la camilla. Por fin, les vió volver la esquina de la calle Imperial, trayendo suspendido de los recios tirantes aquel armatoste negro, estrecho y largo con trazas de ataúd. En el movimiento que hizo al retirarse del balcón, soltando las manos de la barandilla, conoció don José que venían por él, y mirando a Pepe, le preguntó medroso:

—¿Están ahí?

—Sí; ya suben.

Indicaron los mozos que por lo estrecho de la escalera era imposible subir con la camilla hasta el segundo, acordándose entonces bajar en un sillón al enfermo, acostarlo dentro del portal, y luego emprender la marcha. Tanto pesaba, que hubieron

de relevarse en cada tramo, y uno de ellos, con la sinceridad de la barbarie, dijo:

—Este señor está de buen año.

Al sacarlo del comedor fué preciso detenerse un momento para apartar un mueble que obstruía el paso, dejando mientras que la butaca descansara en el suelo. El dejarla, quitar el estorbo y volverla a levantar, fué obra de un momento; mas como estuviese abierta la puerta de la alcoba que ocupó Tirso, don José fijó con tristeza en ella la mirada, y en aquel cuarto solitario y frío, creyó ver anticipadamente retratado el abandono en que él había de quedar dentro de poco. Por la ventana, que el cura adornó con papelitos de colores, imitando vidrios pintados, penetraba diagonalmente un rayo de sol, y al fondo, destacando sobre el yeso amarillento de la pared, se veía colgado de la percha un paño largo y negro: era una sotana vieja que Tirso se dejó olvidada. No pudo dominarse. Por un instante venció en él la cólera a la mansedumbre; tomó el dolor acento de ira; subiósele la amargura a los labios, y extendiendo una mano hacia la sotana, exclamó con voz apagada:

—¡Maldita seas!

Bajaron los mozos sin tropiezo; Pepe y Millán le tendieron en la camilla, y unos delante, otros detrás, echaron a andar hacia la calle de Toledo.

La puntillera, al ver alejarse al triste grupo, comenzó a desahogar su indignación con grandes voces, y la gente de los portales vecinos formó corro en derredor suyo.

—*¿Quedrán ustés* creer — decía — que el hijo *güeno*, el que se ha hecho *melitar*, *tié* que *yevárselo en cá* un amigo, porque la vieja y la *señoritinga* no *quién* cuidarlo? Mala sangre *tié* la muchacha. *Enantes* ha *venío* a preguntar si habían ya *sacao* al señor, y por no verlo *yevar* se ha ido corriendo. ¡Vaya un pingo que ha *resultao* la mocita! El *cabayero* que la pretendía ya no viene por aquí, y en cambio ella anda mucho mejor de ropa.

XXXII

Paz sin llamar a nadie se levantó, lavó y peinó escogiendo un traje muy modesto. Estaba resuelta: con astucia y tiempo, más adelante, averiguaría lo que hubiese de verdad en el cúmulo de maldades atribuídas a su novio; pero respecto de la traición no admitía espera. Quería saber pronto, inmediatamente, si era cierto que Pepe la engañaba. Lo demás le importaba poco. En las horas de insomnio concibió su propósito con ese valor propio de la mujer amante que la hace mil veces más brava y animosa que el hombre. Nada hubiera sido poderoso a detenerla.

Como don Luis estaba acostumbrado a verla salir por las mañanas, ya a casa de su modista, ya a las tiendas donde se surtía de cuantas baratijas, chucherías y pequeñas galas necesita una muchacha rica, no imaginó hallar tropiezo por este lado;

pero, temiendo que cualquier otra eventualidad lo estorbara, al dar las ocho se fué con el velo y los guantes puestos al cuarto de su aya doña Martina, y le dijo:

—Avíese usted pronto. Que enganchen.

Sorprendióse la buena señora de verla tan madrugadora; mas obedeció sin resistencia, y poco después se apeaban ante el pórtico de San Isidro el Real.

—Esperad aquí—dijo Paz al lacayo.

—¡Qué capricho!—murmuraba la dueña modernizada.—¡Al demonio se le ocurre venir tan lejos a misa!

—No vamos a misa. Sígame usted y calle: si quiere hacerlo por buenas, se lo agradeceré; si no... después hablaremos, o podrá resolver lo que guste.

Doña Martina comprendió que convenía ceder. Oponiéndose en aquel momento nada lograría, y si luego contaba a don Luis lo sucedido, enemistada ya con la señorita, ésta la haría saltar pronto de la casa. Tuvo, sin embargo, un instante de vacilación, faltándole poco para dejarla sola: por fin, la curiosidad venció sus escrúpulos y echó a andar tras ella, que ya le llevaba unos cuantos pasos de delantera.

Paz iba presa de una emoción indefinible, diciéndose incesantemente: —«Calle de la Pasión...

una casita baja, de revoque amarillo... que hace esquina...» Atravesaron la calle de Toledo, entraron en la de los Estudios, anduvieron toda la del Cuervo y, al llegar a la Plazuela del Rastro, preguntó a una mujer dónde estaba la Ribera de Curtidores, con propósito de seguir adelante, hasta encontrar la esquina de la calle de la Pasión.

Como era domingo y hacía una mañana hermosa, la Ribera de Curtidores estaba llena de gente: cada puesto de ropas usadas, trastos viejos, telas, clavos, armas, colillas y herramientas, tenía delante un grupo que vociferaba y bullía, regateando con indescriptible griterío. Ella, impresionada con la novedad de aquel Madrid que le era desconocido, miraba en derredor como avergonzada, pareciéndole indignos el sitio y la ocasión. Notando que su traje, a pesar de lo sencillo, excitaba la curiosidad, se quitó los guantes y, disimuladamente, se colocó el velo como las mujeres que pasaban a su lado. En esto, cruzando por entre tenderetes y puestos, llegó frente a la calle de la Pasión: el letrero que indicaba su nombre estaba precisamente colocado en una casa baja, de revoque amarillo. «No ha mentido»—pensó Paz y, dirigiéndose al aya, dijo, con acento que no admitía réplica:

—Párese usted aquí conmigo.

En torno de ambas se oían los gritos de los ven-

dedores, los hombres decían desvergüenzas que las chulas comentaban sonriendo lascivamente, y de aquella aglomeración de cuerpos poco limpios se desprendía un olor nauseabundo. A Paz le daban impulsos de marcharse sin averiguar nada; pero, dominada por los celos, no apartaba la vista de la casa de Engracia. El aya seguía repitiendo de rato en rato:

—¿Qué es esto? ¡Cuánta gentuza! ¿A qué hemos venido?

Paz, sin oirla, permanecía inmóvil con la mirada fija en la puerta de la casa. En la esquina tres chicos jugaban a la toña, y no habiendo casi nadie más por allí, era seguro que, si Pepe salía o entraba, le vería sin dificultad. Según transcurrían los minutos, que se le antojaban inacabables, como él no parecía, se le iba desacerbando el alma, sus ojos cobraban animación y vida. No cesaba de mirar al reloj: cuanto menos tiempo quedara para que acudiese al cuartel, más probabilidades habia de que no viniera o no estuviese allí... con aquella mujer. De esta suerte pasó un largo rato: el dueño del puesto junto al cual se habían detenido, comenzaba a fijarse en ellas. Paz se mordía los labios, pugnando por tragarse las lágrimas, y el aya la miraba sin atreverse a chistar. —«No viene, no viene»—pensaba la pobre niña, en cuyo corazón arraigaba en-

gañosamente la esperanza.—«¿Estará dentro?»—le decían sus celos.

Marcháronse los chicos que estaban jugando a la toña, y la esquina de la calle de la Pasión quedó desierta unos instantes: Paz, creyendo que era tarde para que viniera, no miraba ya más que a la puerta. Pensaba que, si le veía, sería al salir.

De pronto tuvo que apoyarse en uno de los pies derechos que sostenían el tenderete junto al cual estaban. Pepe había salido del portal y, detenido en la acera opuesta, miraba hacia la fachada de la casa al mismo tiempo que en uno de los balcones aparecía Engracia con su niño en los brazos: él entonces echó a andar lentamente por la cuesta calle arriba, moviendo la mano derecha al modo de quien se despide.

El piso principal, como de casa vieja, era muy bajo, y don José tenía la butaca colocada junto a la vidriera; de suerte que, gracias a la empinada cuesta que allí forma la calle, podía ver a su hijo y ser visto de él desde la acera opuesta sin que Paz se diera cuenta de ello. Lo que sí vió la desventurada fué que Engracia levantaba en sus brazos al niño, el cual alegremente movía las manitas correspondiendo a la despedida de Pepe, y aquello le produjo una impresión horrible.

Fuera de sí, avanzó unos cuantos pasos tan ciega

y poseída de los celos, que asustada el aya ante aquel grado de exaltación, la contuvo agarrándola de un brazo.

—¡Señorita! ¡Qué es esto!

Había ya desaparecido Pepe por lo alto de la calle y aún continuaba Engracia en el balcón, volviéndose algunas veces a mirar a don José. Y al mismo tiempo, sin dar señales de tristeza, como era natural no siendo ni pariente ni amante el que se iba, seguía empinando al niño mientras éste manoteaba y gritaba: *Pepé, Pepé.* Paz le oyó claramente por lo corto de la distancia que los separaba, y entonces le faltaron las fuerzas, sucediendo a la desesperación y la cólera el desfallecimiento y la angustia.

—Vámonos—dijo de pronto sollozando; y seguida del aya tomó la vuelta a San Isidro.

Al entrar en la calle del Cuervo, vió a Tirso parado ante el escaparate de una cerería: iba de paisano, y sólo le reconoció por la voz.

—Estaba seguro—le dijo el cura—de que vendría usted.

—¡Era verdad!

—Adiós, señorita. La misericordia de Dios es inagotable.

Paz, agobiada por el dolor, y doña Martina, confusa y asombrada, llegaron a San Isidro, subiendo al coche sin entrar en la iglesia.

En el trayecto hasta la casa sólo cambiaron algunas frases. Paz, a quien hostigaba el recuerdo de la belleza de Engracia, dijo sin saber contenerse:

—Es hermosa.

—Pero muy ordinaria—respondió doña Martina.

—A papá ni una palabra. Ya sabe usted que soy agradecida.

Luego, procurando serenarse para que su padre no conociera que algo muy grave le pasaba, se restañó las lágrimas, y arreglándose un poco los rizos que se le salían del velo, murmuró para los adentros de su alma: «¡Se acabó!»

Tirso, parado al pie de la escalinata de ingreso a San Isidro, vió tranquilamente alejarse el carruaje. Nada sabía él de amores: mas pensaba que la decepción padecida por la pobre niña provocaría una crisis en que tras la desesperación vendrían primero el abatimiento y luego la conformidad.

Amando como amaba, no buscaría consuelo en otra pasión, ni mucho menos venganza en las sugestiones del despecho, sino remedio en el olvido. Cuando esto sucediera y doblegada por el dolor cayese en brazos de la resignación, sería llegado el instante oportuno para dirigir sus ideas y encauzar sus sentimientos transformándolos de terrenales en

piadosos, procurando que de entre las cenizas del amor mundano surgiese aquel divino fuego místico que abrasa y no consume. ¿Quién haría la conversión? Otro sacerdote, cualquiera: él tenía ya el pensamiento dominado por intenciones e ideales de mayor grandeza e importancia que catequizar a una niña o favorecer a unas monjas; y las ofertas de la condesa de Astorgüela se le antojaban cosa despreciable. Entonces, a diferencia de cuando salía de visitar a Paz, no paró mientes en gloriarse con ser él quien cobrase la oveja para el redil de Cristo. Sólo pensó en el triunfo de atraer a Dios un alma rescatada de las impurezas del mundo; que fuera él o fuera otro quien lo consiguiese, poco importaba. Su entusiasmo había tomado vuelo mucho más alto.

Para su hermano, cuya dicha acababa de extirpar como planta arrancada de cuajo, no tuvo ni asomos de rencor. La rivalidad y antagonismo que de él le separaban, nada eran ni valían ante la rectitud de sus propósitos.

XXXIII

La mañana en que Paz creyó ver demostrada la infidelidad de su amante, llegaron a Madrid noticias de lo mal que iba la guerra para las armas liberales. El Gobierno, queriendo ocultarlo, publicó en la *Gaceta* un parte, que solamente hablaba de pequeñas partidas alzadas en Galicia; pero los suplementos y extraordinarios de los periódicos dieron la voz de alarma; con lo cual la sorpresa de la corte fué tan grande como inconcebible estaba siendo su apatía. Cuando la capital se enteró de que los voluntarios del Pretendiente, organizados en divisiones y cuerpos, podían hacer frente a las tropas, nadie dejó de convenir en que era necesario un esfuerzo supremo. En los casinos, cafés y clubs, hasta en los corros de las calles, se notó en el centro del día esa efervescencia síntoma de la inquietud popular. Todo el mundo estuvo conforme, se

vociferó, se acusó de débil al Gobierno, de carencia de disciplina a los soldados, de falta de pericia a los jefes... y por la tarde todo Madrid se fué a los toros.

....

Se lidian ocho del Duque. Hora y media antes de la fiesta comienza a romperse la línea de vehículos tendida entre la Puerta del Sol y las Calatravas. Los mayorales, que han pasado la mañana reunidos en grupos, liada al brazo la tralla, fumando y escupiendo por el colmillo, mandan noramala a las desarrapadas mozuelas que, con el décimo de la lotería en la mano y la hez del idioma en los labios, van de uno en otro ávidas de piropos soeces; cada cual se coloca en su puesto, y empieza a oirse el grito tentador:

—¡Eh, arriba! ¡A la plaza!

Al principio los coches se llenan sin grandes apreturas; arrancan primero los mejores, ómnibus enormes y seguros *breaks* de forma extranjera ya españolizados, con suertes del toreo pintadas en portezuelas y cajas; después, a falta de los buenos, la gente toma por asalto los que van quedando; jardineras con las ballestas rotas y mal encordeladas, tartanas quebrantahuesos y ómnibus pequeños, de aquellos viejos que años antes iban *a dos riales al patíbulo*, todos tirados por mulas y caba-

llos trasijados que ostentan en el pescuezo collarones a la jerezana pagados con la escatima del pienso, sin que su pobre costillaje ponga lástima en el corazón de la chulapería, ávida de empezar a varazos.

—¡Eh, arriba, *cabayero!*

—Señorito, a la plaza!

Un poco más tarde llegan por las bocacalles y pasan rápidamente, tirados por hermosos brutos, los carruajes de los ricos y sus parásitos, mostrando la gente adinerada afán de imitar al pueblo en el vestir. Los hombres, de americana y pavero; las mujeres, con flores puestas en el pelo a lo gitana, luciendo unas la mantilla de blonda blanca y otras la de casco de color con sedosos madroños negros, que sombrean dulcemente la cara. Corren los simones, insultándose los cocheros de pescante a pescante, pugnando por adelantarse, y a las ventanillas asoman entre bocanadas de humo, ya el rostro moreno y bigotudo del madrileño de los barrios bajos, ya la carnicera rumbosa cargada de joyas anticuadas, que ciñe a sus hombros el rico mantón con floripondios de colores brillantes. Al trote de un rocín miserable, y con el monosabio a la grupa, va el picador, cuyas formas atléticas contrastan con el tipo enclenque de algún señorito que sirve de cochero a su lacayo; y en potros inquietos que

bracean con fuerza van el chalán que deja la bestia en un merendero durante la corrida, y el alguacilillo vestido como los que aborreció Quevedo Entre los de a pie, que continuamente se salen de la acera para tomar corriendo los primeros ómnibus que vienen de retorno, marchan confundidos el gatera que con mil trabajos, ninguno limpio, reunió el precio del tendido, el hortera endomingado, el estudiantillo que parodia en el vestir al elegante rico, la modistilla engalanada con el trabajo de sus manos, y algún que otro viejo ávido de censurarlo todo echando de menos los calesines y las majas del tiempo del *rey neto*. A pie van también la chula y su amante, ella orgullosa, él celoso, haciendo ambos ostentación de su persona: el mozo con calzado de lo fino, pantalón ajustado, pavero y chaquetilla de pana: la chica con el cabello ensortijado, un peinecillo en cada rizo, pañuelo de seda caído sobre la espalda porque no oculte lo primoroso del peinado, y sobre los hombros el ligero mantoncillo de espuma por entre cuyos largos flecos asoman a cada paso de su graciosísimo andar los bajos limpios y los pies chicos. Como lleva los ojos lucientes de malicia y la boca rebosando picardía, los señoritos la miran con codicia, y entonces el chulo, por que vean que la muchacha es suya, la requiebra con groseros dicharachos que ella es-

tima como madrigales dulcísimos. En landó de alquiler va una familia extranjera mirando a todas partes ansiosa de color local, armada de paraguas y gemelos; y en su victoria, alta la frente y provocativa la mirada, descuella la pecadora elegante que, al sentarse en delantera de grada, será acogida con expresivo vocerío.

De pronto todos miran hacia un mismo sitio. Entre el confuso tropel de carruajes pasa una carretela donde lleva un matador a sus peones: en el pescante el mozo muestra con orgullo los estoques y el lío de capotes, los diestros sonríen serenos, el sol arranca destellos a los bordados de las chaquetillas, la escolta de granujas forcejea por subirse a la trasera, y al desaparecer el coche deja tras sí un murmullo de admiración jamás inspirada por los hombres que mejor sirvieron a la patria... Luego cesan poco a poco el cascabeleo y los trallazos; hacia la Puerta de Alcalá se divisa una larga fila de simones que vuelven con el *se alquila* puesto, y la calle recobra su aspecto normal. Al anochecer, la gente que sale de la plaza marcha de prisa, como espoleada por el hambre, y hasta en los barrios más apartados empieza a oirse el pregonar de los periódicos taurinos, recién impresos y húmedos, que son un mentís para quien tache de poco activa a nuestra raza.

. . . .

El mismo día y a igual hora, la calle de Atocha ofrecía distinto espectáculo. Las tiendas estaban cerradas, no había estudiantes en la entrada de San Carlos, ni corros ante las tabernas, ni chicos jugando en las socavas de los árboles. En el largo trecho comprendido entre la plaza de Antón Martín y la fuente de la Alcachofa, apenas transitaba gente; los balcones estaban cerrados, como si el sol y la fiesta hubieran arrancado a todo el mundo de su casa; no se oían más ruidos que el lento campanilleo de algún carro y el silbar entrecortado y rápido de las locomotoras que maniobraban en la estación del Mediodía.

De pronto se escuchó a lo lejos sonar de cornetas cada instante más fuerte, y en seguida rumor de música militar que se venía aproximando. Después, en el repecho que la calle forma ante el Hospital, apareció un batallón de los acuartelados cerca de los *Docks*, que se dirigía a la estación del Norte. Primero se distinguieron, desde lo alto de la cuesta, la escuadra de gastadores y el grupo que formaba la banda, en cuyos instrumentos de cobre reverberaba la luz con reflejos vivísimos; luego se vió venir la ancha columna de a cuatro en fondo formada por la tropa, sobre cuya obscura masa lucían las bayonetas heridas por el sol.

Iban los soldados en traje de marcha y con todos

los arreos de campaña: bota al cinto, ros enfundado, manta liada al cuerpo, y a la espalda morralillo, en cuya blanca tela destacaba limpia y bruñida la tartera del rancho: en los pies alpargatas, la polaina levantada en el empeine para facilitar el paso, y las puntas del capote recogidas en el correaje, dejando ver los pantalones rojos, que se movían acompasadamente por filas como miembros de una máquina viva. Al sonar cercanos los ecos de la banda se abrieron algunos balcones, asomándose las muchachas privadas de salir, los ancianos y niños faltos de quien les llevase a paseo, y por las bocacalles inmediatas vinieron a escape enjambres de chicos, que con gran algazara y vocerío corrían unos a ponerse junto a la escuadra de gastadores, otros a rodear la música, acompañándola buen trecho, hasta que al cabo de un rato se volvían hacia sus casas, temerosos de reprimenda o paliza. Aparte la gritería de los muchachos, el batallón subió toda la calle sin que a su paso se escuchara murmullo de simpatía ni rumor de cariño: sin un viva. Sólo un hombre desarrapado dijo, mirando a los soldados:

—Van al Norte... ¡pobrecitos!

Y una criada de servir fresca y guapetona, contemplándolos como si fueran pedazos de su alma, añadió:

—¡Dios os dé buena muerte!

No sabía el pueblo despedir a los suyos de otro modo.

Luego que el batallón pasó, la calle volvió a quedar casi desierta: durante unos minutos continuó oyéndose cada instante más débil el sonar de las cornetas, se cerraron los balcones y tornáronse los chicos a sus juegos.

La tropa debía subir toda la calle de Atocha y atravesar la plaza Mayor, dirigiéndose por la calle de Bailén y el paseo de San Vicente a la estación del Norte, pero entre la plaza de la Bolsa y la Concepción Jerónima halló cortado el paso por una ancha zanja que los braceros de la Villa habían hecho para colocar cañerías. Fué preciso variar el itinerario y bajar por la calle de Carretas a tomar la del Arenal. Cuando los soldados atravesaron la Puerta del Sol, nadie les hizo caso. La escena fué rápida y triste: a una parte, alegría, voces, trallazos y ómnibus tomados por asalto; al otro lado, el batallón desfilando entre dos hileras de vagos, vendedores y curiosos. El jefe miró con desprecio a las turbas. Pepe, que iba como alférez en su puesto, pensó que el pueblo es indigno de la libertad.

XXXIV

HABÍA transcurrido un mes desde que salió Pepe de Madrid. Engracia, sabedora de la estrecha amistad que existía entre él y su amante, cuidaba cariñosamente a don José, quien viéndose bien atendido se acordaba poco de los suyos. En *La Limosna de la Luz*, doña Manuela fué ascendida de vigilanta a inspectora, gozando más sueldo y mejor habitación en el domicilio de la hermandad, y a Leocadia se le adjudicó la plaza que dejó vacante su madre, favores que ambas recibieron de la condesa de Astorgüela, cada día más esperanzada en el éxito de la misión que confió a Tirso. Éste, lejos de hallar atractivo en la vida cortesana, iba sintiendo hastío de ocuparse en empresas inferiores a las que soñó su entusiasmo. Enviado a Madrid como agente de los elementos que impulsaban la guerra civil cumplió su misión y recibió orden de esperar,

luego, por procurarse recursos, y al propio tiempo por deseo de contribuir de algún modo al triunfo de sus ideas, pronunció nuevos sermones que le dieron cierta notoriedad y admitió el cargo que disfrutaba en *Las Hijas de la Salve*; pero no le contentaba el aplauso de las sacristías, ni le satisfacía haber dejado su curato para ser capellán de monjas. Todo aquello era mezquino; no había él salido de su retiro para tan miserables empeños. En un principio le preocupó mucho la impiedad que devoraba a su familia, y este mal estaba ya conjurado en gran parte. Respecto a la negociación que le confió la condesa, también imaginaba haber conseguido lo principal, que era provocar el apartamiento entre Paz y su novio; el resto, otro lo haría. La estancia en Madrid comenzaba a serle desagradable, pues nunca imaginó servir a la buena causa en pequeñeces y menudencias, sino en lo más importante, que era levantar el país contra los gobiernos revolucionarios, perseguidores de la Iglesia. En tal disposición de ánimo se hallaba cuando le mandó llamar la de Astorgüela, recibiéndole en la misma habitación que la vez primera. En aquella entrevista se dibujaron dos tendencias de un mismo partido y Tirso halló la ocasión de manifestar bravamente sus ideas.

La condesa, vestida con severa sencillez, senta-

da en una gran butaca y expresándose con afectada dulzura, recordaba el tipo de aquellas damas influyentes en la política francesa del siglo XVII de quienes cuentan raras cosas las crónicas; diríase la querida de un cardenal recibiendo a un clérigo provinciano. El estaba menos cohibido que en su anterior visita, porque ya se habían hablado algunas veces en las juntas de la hermandad.

—¿Sigue usted contento en Madrid?—le preguntó, indicándole que tomara asiento.

—Trabajo no falta, y algo me distrae; pero mi situación va siendo anómala, y esto me desagrada bastante.

—Estamos, sin embargo, muy satisfechos de usted.

Aquel estamos sonó mal en los oídos de Tirso: juzgaba que le debía gratitud por su protección; pero fuera de esto, no reconocía en ella autoridad para aprobar o condenar sus actos, molestándole lo que alardeaba de influir en asuntos políticos que se rozaban con la Iglesia.

—En realidad, señora, no tengo grandes motivos para estar contento, aparte las atenciones que de usted he merecido. Yo vine a Madrid para una cosa... y estoy sirviendo para otra. Llegué con una misión delicada... honrosa por el peligro que entrañaba... y estoy convertido en capellán de monjas,

cuando mi propósito era ayudar más eficazmente a lo que sabemos.

Ella entonces, por darle a entender que no fué llamado para manifestar sus deseos, sino para cumplir los ajenos, varió el rumbo de la conversación.

—He dicho que su conducta merece elogio, y así es, efectivamente. Según mis noticias—y ya sabe usted que todo lo averiguamos cuando importa—la señorita de Ágreda ha reñido con su novio, y esto a usted se le debe.

—Hice lo que pude, sin que me costara gran trabajo. Me bastó decirle que Pepe frecuentaba la casa de otra mujer. Después, su propia impaciencia... los celos hicieron lo demás. Debe de ser una niña nerviosa...

—Enamorada—le interrumpió la condesa.—¡Pobre criatura!... Pero lo hecho no basta.

—Cuando pase más tiempo...

—Ni su padre, ni ninguno de los que la rodean, conoce la causa de su abatimiento: creen que está enferma. Hay que apurar más las cosas, sin desperdiciar los momentos, influir en su ánimo. De lo contrario, puede verificarse en ella una reacción y, cuando queramos acudir, tal vez sea tarde.

—Yo no he vuelto a verla, ni hallo pretexto para ello.

—Hay que buscarlo; pasada la primera impre-

sión de amargura, quizá sea difícil lo que pretendemos. Está muy triste, muy abatida, pero no tiene trazas de pensar en religión.

—Con el carácter de esa joven considero expuesto a un fracaso todo lo que sea precipitar los acontecimientos.

—Pues es preciso. Reflexione usted que el asunto es de gran importancia para la congregación... y para usted. Además, ese hermano, que tan violentamente se ha portado con usted...

En esto hizo el cura ademán de querer hablar; mas la condesa, acostumbrada al trato de gentes tan fanáticas como él, aunque menos honradas, cometió la imprudencia de completar su pensamiento, diciéndole:

—Piense también un poco en su propio interés. El asunto es muy importante para la hermandad, que tiene gran influencia; porque estos revolucionarios son tontos. Sólo entre las colegiatas de León y Toledo hay ahora cinco prebendas vacantes. ¡Imagine usted qué puesto tan hermoso para trabajar en pro de lo que todos deseamos!

Altiveciόse entonces Tirso, se puso en pie como si su asiento tuviera un resorte que le impulsara y, ofendido, trémulo de ira y de vergüenza, repuso, sin disimular el enojo:

—Señora, ni sabe usted lo que dice, ni a quién

se lo dice. Yo no soy cura cortesano, ni clérigo enfaldado, ni he venido aquí para medrar de mala manera...

—¡Señor Resmilla!

—¡Francamente, señora condesa! No sirvo para estas cosas. Casi me arrepiento de lo que he hecho: Disponga de mi plaza de capellán para los que aceptan tales ofertas. Aquí todo es mezquino. Estoy de miserias y pequeñeces hasta por encima de los pelos. Daré por la fe hasta la última gota de sangre; para pagarme no hay dinero... ¡Ni que me hicieran Papa! Es cien veces más noble irse al campo a que le rompan a uno la crisma.

La de Astorgüela, absorta y desconcertada, no desplegó los labios: Tirso cogió su teja negra de la silla en que la había dejado y añadió bruscamente.

—Adiós, señora.

Sólo al caer tras el cura el pesado cortinón que cubría la puerta de la lujosa sala, se sobrepuso la dama a la sorpresa que le causó tamaño arranque de honrado fanatismo, murmurando: «¡Bah! Es un puritano inútil. Lo hará otro...»

Dentro de las veinticuatro horas siguientes, supieron *Las Hijas de la Salve* que el más moderno de sus capellanes se había marchado sin despedirse de nadie, haciendo antes renuncia de la plaza que desempeñaba. Doña Manuela y Leocadia fueron

las últimas en enterarse de lo ocurrido. La hermana portera no pudo decirles sino que la víspera vió a Tirso hojear un indicador de ferrocarriles; que, vestido de paisano, salió en persona a buscar un coche de punto y, ayudando al simón a levantar su baúl, dijo:

—A la estación del Norte.

XXXV

SOBRE los campos, devastados por la guerra, comenzó a brillar la luz de un nuevo día: hacia la parte de Levante el aire se arreboló cual si la atmósfera se incendiara, y las estrellas, ofuscadas por el sol, se borraron del cielo. En torno de Ayartiaga no se oía más que el estridente rodar de alguna carreta mal engrasada y el apacible silbo del viento, que se complacía en cimbrear suavemente las cañas de los maizales, fingiendo oleadas entre el verdor de los cerros. El pueblo, formado por dos líneas de pobrísimas casas tendidas a lo largo de la carretera, no había despertado aún. La iglesia estaba cerrada, y en torno de la cruz que servía de coronamiento a su veleta revoloteaba una bandada de pájaros. En el camino, húmedo y barroso por la lluvia tenaz que cayera dos días antes, se veían innumerables huellas de herraduras y de pesadas

llantas. A la entrada del lugar, algunas tapias medio derruídas y varias fachadas conservaban señales de balazos: en un cerro cercano se divisaba tierra removida, piedras hacinadas como para formar parapeto, restos de una cureña rota, radios de una rueda quemada en un hoguera, cuyas cenizas aún no había esparcido el viento, y un par de sacos, acaso olvidados en la fuga. El lodo, apenas endurecido, estaba lleno de pisadas, y un frondoso grupo de castaños que había en la falda del montículo tenía, a trechos, rotos y astillados los troncos en torno de los cuales caían las ramas desgajadas con las hojas ya mustias. A dos kilómetros de las primeras casas del pueblo, una serie de montones de escombros indicaba el lugar donde estuvo la estación del ferrocarril. No se veían en derredor más que maderas carbonizadas, herrajes retorcidos por el fuego y planchas de cinc medio roídas por las llamas: una hilera de piedras blancas, fijas en el suelo, designaba el encintado del andén, y los huecos de las traviesas y durmientes arrancados marcaban la línea de la vía. De las oficinas, almacenes y habitaciones no permanecían en pie sino unas cuantas paredes, en una de las cuales quedaron intactos tres o cuatro cuadritos con estampas y fotografías malas y un gran impreso en papel amarillo: el horario de la llegada y salida de los trenes. Junto a la valla

que describía el perímetro de la estación alzábase aún una casucha destinada a cantina, cuyos muros y ventanas no tenían el menor deterioro ni la señal más leve de haber sido combatida, quizá por pertenecer a un partidario realista; y sobre su puerta cerrada se veía, pegado allí de poco tiempo atrás, este bando manuscrito, con la tinta corrida por la humedad y el papel casi desprendido por los vientos:

DIOS—PATRIA—REY

Comandancia general de Guipúzcoa.—Como comandante general de esta provincia, nombrado por S. M. don Carlos VII de Borbón y de Este (Q. D. G.); teniendo que emprender un movimiento general que libre a España de la esclavitud en que la tiene un extranjero, hijo del carcelero del Papa, el inmortal Pío IX:

Considerando que la circulación de los trenes y las comunicaciones telegráficas son el arma más poderosa con que un *ateo* gobierno cuenta, he creído conveniente ordenar lo siguiente:

Artículo 1.º A las seis horas de recibir esta mi comunicación, deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están a su cargo.

Art. 2.º Pasadas las seis horas, serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía férrea, previa identificación de sus personas, convicción de la falta de cumplimiento a esta mi orden y después de recibir los auxilios espirituales.

Art. 3.° Trascurridas las seis horas, principiará el deterioro en la vía, cuya indemnización jamás podrá tener la empresa derecho a reclamar.

El que sea católico español ante todo, obedezca mis órdenes, si es que ama a su patria y no desea sumergir en llanto y luto a su familia y a las de sus dependientes.—Lo que comunico a usted para su conocimiento y el más exacto cumplimiento. Dios guarde a usted muchos años. Campo del Honor, 6 de Enero de 1873.—El brigadier comandante general de la provincia, *Antonio Lizárraga y Esquirós* (1).

Al despuntar la mañana se abrió el portón del corral en una de las casas del pueblo y, precedidos de una mujer, salieron al campo dos soldados de infantería con el uniforme despedazado y sucio: uno llevaba fusil, otro iba sin armamento. Llegaron la víspera, medio aspeados y fugitivos del combate que se trabó en las cercanías, donde a la entrada de un valle fueron sorprendidas y desbaratadas tres compañías del ejército. Aquella mujer, movida de una conmiseración desusada en las circunstancias por que atravesaba el país, les dió albergue durante la noche, y sabedora de que en otro pueblo no muy distante había guarnición de tropa, les indicó de madrugada el camino que debían seguir hasta incorporarse a ella. Cuando llamaron a su puerta hambrientos y rendidos, les admitió a condición de que, para no comprometerla, saldrían al amanecer

(1) *Historia Contemporánea*, de Antonio Pirala. Madrid, 1877.

de su casa; así que, al rayar el alba, ambos, sin esperar a que les llamase, se levantaron del montón de hojas de maíz que les sirviera de cama y con rudo lenguaje dieron gracias a su compasivo huésped, que les despidió diciendo:

—Sois *guiris*. ¡No importa! Yo también *te* tengo hijo, *pues*, con general Andéchaga, valiente. ¡Dios proteja a todos!

Repitióles la dirección que habían de seguir, y ellos, según el consejo recibido, anduvieron buen trecho por la carretera, hasta que al llegar a una bifurcación se internaron en un frondoso bosque cruzado por un camino de herradura.

—Mira, *Pateta*—decía el más mozo—aquella de la izquierda debe de ser la casa de que nos habló la buena mujer. Sigamos todo derecho; tres horas de andar, y estamos en salvo... por ahora.

El que así habló era un muchacho alto, moreno, enjuto y fuerte, tipo de castellano viejo. Tenía los pies llagados y andaba penosamente. *Pateta* estaba desconocido. El madrileño endeble se había robustecido con el aire del campo. Llevaba destrozado el uniforme, las alpargatas sujetas una con cinta y otra con tomiza, y sobre el capote una manta de color indefinido, en cuyos pelos quedaron prendidas las briznas del maíz seco sobre que pasó la noche.

—¡Trae el fusil, modrego, que no *pués* con tu alma!—dijo cariñosamente a su compañero, viéndole anhelante y fatigoso.

Habían llegado a un cerro desde donde se divisaba gran extensión de tierra, cuando de pronto *Pateta*, extendiendo un brazo para señalar lo que creía descubrir en una hondonada, a larga distancia, dijo, con el rostro demudado:

—*¡Mecachis!* chico, ¿qué es aquello?

—¡Gente!—repuso el castellano viejo.—Dos o tres a caballo y a pie muchos.

—¿Qué hacemos?

—Volver atrás. Mira, ahora el camino sigue ya sin un marrano árbol y al descubierto. Si nos ven, nos revientan. Correr lo que podamos, y esa mujer nos esconderá otra vez... si no, ¡sea lo que Dios quiera!

Por entre pedregales y breñas, buscando las enramadas para mejor ocultarse, desanduvieron en quince minutos lo recorrido en media hora. Cuando jadeantes como perros llegaron al portón del corral, la mujer que allí estaba partiendo leña, con sólo mirarles al rostro, adivinó lo que les había pasado. No salió fallida la esperanza de *Pateta*. Un instante después ambos estaban ocultos en el anchuroso pajar, lleno de liazas, aperos de labranza y montoncillos de semillas, que ocupaba toda la parte alta de la casa.

—¡Estamos en salvo!

—Gracias a que hemos venido por ahí detrás, que por la carretera ya nos habían *atisbao*. ¿Y las patas?

—Ahora muy mal; pero mientras veníamos corriendo, casi no las sentía.

Como la casa estaba a la entrada del pueblo y era de las más altas, desde los ventanillos de ambos lados del pajar se veían, hacia una parte la larga línea de la carretera, que iba a perderse en una curva sombreada por robustos nogales, y en opuesta dirección la pequeña explanada que había ante las ruinas de la estación del ferrocarril. *Pateta* miraba por uno de estos ventanucos, ocultándose tras unas ristras de mazorcas que colgaban de la techumbre, y por otro su compañero, resguardado el cuerpo con un haz de leña menuda.

—Venían hacia aquí, ¿verdad?

—¡Claro!

—Lo peor será si se detienen y se alojan.

Ninguno se atrevió a seguir haciendo conjeturas, seguros de que el detenerse la partida en el lugar podía ser su perdición.

Cerca de una hora llevaban de angustiosa impaciencia, y ya iban con la tardanza esperanzándose de que el golpe de gente armada hubiera tomado otro camino, cuando *Pateta* lo vió reaparecer en la

curva de la carretera. Delante venían tres a caballo: dos con boina, el tercero con gorra pellejera, y tras de ellos, en confuso desorden, hasta doscientos hombres, equipados diversamente, pero con buenas armas, y el mayor número con boina blanca.

—Traen uno *cogido*. ¡Pobrecito!—exclamó *Pateta*, oprimiendo maquinalmente el fusil.

—¡No seas bruto! ¡Si es inútil!—le dijo su camarada, adivinándole los pensamientos.

—No, si ya lo sé; pero me están saltando los dedos.

Detrás de los tres individuos, montados en fuertes caballejos, que parecían jefes de la partida, venía a pie, maniatado a la espalda, un hombre, como de treinta años, de barba negra, muy moreno, con un pañuelo liado a la cabeza y mal arropado con un capote pardo de los que usa el personal subalterno de ferrocarriles. Era un telegrafista de la estación cercana.

—Es uno del tren.

—¡No chistes!

—¡No te muevas!

—¡Calla tú!

Y como en aquel momento llegaban los guerrilleros ante la casa, *Pateta*, horrorizado por lo que imaginaba, cruzó de puntillas el desván yendo a colocarse junto al ventanuco del opuesto lado, que

daba frente a la explanada de la vía férrea. En el instante de tender la mirada hacia la valla de la estación hacía alto la partida.

—*Pinchi*, ¡mira qué facha más rara *tién* los *cabeciyas!*

Uno de los tres jefes les llamó en particular la atención. Era alto, de color cetrino, facciones angulosas y barba negra muy cerrada. A menor distancia, con seguridad *Pateta* le hubiera conocido en seguida. Llevaba gorra pellejera, larga chaqueta azamarrada con grasientos alamares negros, pantalón de pana y botas blancas de montar, con recias espuelas de hierro; pendiente del cinto un sable, y entre los pliegues de la faja morada y burda asomaba la culatilla de un revólver. Ni en las mangas ni en parte alguna del traje usaba el menor distintivo, pero en cambio, su caballo era la mejor de las tres bestias. A juzgar por los ademanes que hacía y la respetuosa atención con que los otros le escuchaban, él acuadrillaba la partida.

Lo que pasó luego fué horrible crueldad. El prisionero entró en la caseta, custodiado por cuatro números, y tras él los tres jefes, que habían echado pie a tierra. Algunos campesinos y labriegos del lugar, viejos en su mayor parte, atraídos por la curiosidad, fueron alejados con modales bruscos por la gente armada; volvieron de allí a poco, y

se dió orden de despejar la plazoleta. Al cabo de veinte minutos salieron los cabecillas, dejando al prisionero custodiado por los cuatro defensores del altar y el trono. Los tres caudillos, alejándose a cierta distancia de sus subordinados, conversaron breve rato: uno discutía acaloradamente, como quien defiende su opinión con viveza; pero el de la zamarra y el otro, que se habían, sin duda, puesto de acuerdo, se mostraban inflexibles. *Pateta* y el castellano viejo temblaban, comprendiendo que iban a presenciar algo espantoso.

De pronto, el que parecía compartir la opinión del jefe se apartó unos cuantos pasos, dió orden de formar, mandó sacar el prisionero y dispuso que, rodeado de un piquete, fuese conducido hasta los ruinosos paredones de la estación, junto a la cantina en que estaba fijado el bando prohibiendo la circulación de trenes. Allí, sin desatarle las ligaduras de las manos, le hicieron arrodillarse arrimado a la casa: el infeliz dijo algunas palabras, pero *Pateta* y su camarada no pudieron oirle. Obedeciendo a las voces de mando, avanzaron cinco números y, colocados a unos cuantos pasos del desdichado, le apuntaron dos a la cabeza y tres al pecho. Después, el múltiple y desigual estampido de los disparos atronó el aire, y al disiparse el humo de la descarga se vió el cuerpo inmóvil ten-

dido de bruces en el suelo. La cal de la pared quedó jaspeada de manchas rojas, y rodeando al cadáver apareció un charquillo de sangre, que la tierra empapó rápidamente, cual si quisiera borrar el crimen de los hombres. En seguida el piquete se alejó, dejando allí dos individuos, mientras otra pareja iba al pueblo para ordenar que se diese al muerto sepultura. Lo que siguió ya no pudieron verlo los del pajar.

La partida se dirigió a la iglesia del lugarejo, entrando en ella con piadoso recogimiento, precedida de las cornetas, que hasta entonces no habían sonado, y mandada por sus dos segundos jefes. El otro, aquel a quien todos obedecían, fué a la sacristía, habló al cura, que se preparaba a oficiar, y con rendidas palabras le suplicó que le permitiese hacerlo en lugar suyo. Concedido el favor, dejó sobre un viejo sillón la gorra pellejera y la zamarra, se despojó de los arreos militares, púsose las sagradas vestiduras, y con el cáliz en las manos salió a la pequeña nave ocupada por los guerrilleros y los pocos feligreses que había en el pueblo. Las altas ventanas daban paso al aire fresco de la mañana, saturado de aromas campestres, y a los rayos del sol, en que se movían como polvo de oro los átomos inquietos. Un robusto mocetón que llevaba galones de cabo, ayudó a la cele-

bración del santo sacrificio. El cabecilla rezó la misa pausada y lentamente, con la conciencia tranquila, creyéndose limpio de toda impureza humana, sólo atento al sentido místico de las augustas frases que sus labios saboreaban como un jugo espiritual al decir:

—*Judica me, Deus, et discerne causam meam.*

....

Al medio día se alejó a campo traviesa la partida. Llegada la noche, *Pateta* y su compañero huyeron siguiendo los mismos senderos que por la mañana con arreglo a las instrucciones de su compasiva salvadora, la cual encarándose con el madrileño dijo:

—Si no escapas, *pues*, tirarte tiros *hasen.*

No tres, como ella les dijera, sino cinco horas anduvieron hasta llegar de madrugada a un caserío donde, presentándose al jefe de las tropas liberales que lo ocupaban, contaron cuanto habían visto, aún grabada en sus rostros la impresión del terror sufrido.

XXXVI

Paz y su novio convinieron, al separarse, en que ella no le escribiría hasta recibir su primera carta y que luego ambos menudearían las sucesivas cuanto les fuera posible; pero desde el instante en que se supo engañada, resolvió no escribirle: harto comprendería él, dada la índole de sus relaciones, que la causa de su silencio sólo podía ser el descubrimiento de la traición: sin una palabra, sin una queja, el tiempo le persuadiría de que todo había concluído.

En su pena se confundían el desengaño y los celos: lo que no sintió fué arrepentimiento de quererle, porque la delicia de recordar lo gozado mientras le consideró suyo, era más poderosa que la indignación por la ofensa recibida. Tratar de reconquistarlo fuera locura: ya debía estar convencida de que aquella diferencia de posición y fortuna,

tanta veces lamentada, fué el origen de codiciarla. El tiempo cerraría la llaga. Otras veces, quejosa de sí misma, se acusaba de tonta. ¿Por qué se forjó ilusiones? ¿Cómo incurrió en la insensatez de fiarse de un hombre a quien no era posible que conociese? Lo que más la torturaba era la traición, el recuerdo constante de la mujer que se lo había robado: ¿cuáles serían sus encantos?, ¿le habría dicho las mismas cosas que a ella?... Y, a pesar de todo, al evocar la expresión de amor y lealtad que brillaba en sus ojos cuando estaban juntos, sentía que en el fondo del alma le quedaba, como tenue resplandor vislumbrado a lo lejos en la lobreguez de la noche, la esperanza indeterminada y vaga de que algún día, por medio imposible de prever, se demostrase que no era capaz de haber querido a otra. El rencor, el odio, no arraigaban en su corazón; y el amor propio, aunque humillado, no prevalecía sobre el amor verdadero. Por cima de todas sus cavilaciones persistía la resistencia intuitiva a creer en el engaño. ¿Cómo él, de gustos tan delicados, pudo prendarse de una moza vulgar, de belleza ordinaria y basta? Deseosa de creerle inocente, a cualquier consideración se aferraba por débil que fuese: hasta se acusaba de necia al fiarse del cura, sabiendo que estaba reñido con su hermano. Inútil empeño: la realidad se sobreponía a

todo y cada día sufría más, porque nunca se le quitaba de la memoria la figura de Pepe en el momento de despedirse, al desaparecer en lo alto de la calle de la Pasión.

Según llegaron a sus manos las primeras cartas las rompió sin leerlas; pero guardó los pedazos en un cajón de un mueblecillo. Se condenaba a no saber de él y no tenía valor para separarse de aquellos trocitos de papel, porque eran prueba de que la recordaba. No podía dudar, la engañó, era indigno de ser querido, y al mismo tiempo le causaba una emoción indefinible ver que aunque no le contestase seguía escribiendo. ¿Qué le diría? ¿Cómo expresaría su sorpresa y su pena al creerse olvidado? ¿O seguiría engañándola, y hasta dónde llegaría su falsedad? Pero ¿y si algo de lo que dijese tuviera la virtud de rehabilitarlo? ¿Y si demostrara su inocencia? En tal caso debía contestarle y aun pedirle perdón por haber creído la calumnia. De esta suerte su amor iba transigiendo con todas las flaquezas que se le ocurrían. Por fin, resolvió leer la primer carta que llegase.

Pasaron muchos días y no recibió ninguna; primero dudó de la fidelidad del aya, que era su confidente; luego pensó que Pepe enmudecía cansado de no tener respuestas; mas pronto supo cuál era la causa de no recibir noticias suyas. En los partes

oficiales y en los periódicos cesó de citarse el cuerpo de ejército a que pertenecía; se ignoraba su paradero, sabiéndose sólo que estaba verificando una marcha penosa y arriesgada, la cual terminaría en un combate. Una semana duró aquella incertidumbre, y entonces se dió cuenta de lo que le quería. Mientras supo que estaba vivo hicieron su oficio los celos; cuando las circunstancias la enteraron de los peligros que corría, la pasión se sobrepuso a todo. Cada hora que pasaba, cada periódico que leía sin hallar en él noticias de aquella marcha, que fué célebre en la historia de la guerra civil, la sumían en mayor abatimiento. Ni un instante dejó de pensar en él. Su imaginación le buscaba saboreando el recuerdo de las dulcísimas promesas que se prodigaron; las penas recientes le parecían impresiones borrosas de una pesadilla sin realidad; el engaño era mentira, debía serlo. En cambio, los primeros diálogos que con él sostuvo, aquella incertidumbre deliciosa de aguardar a que hablase, segura de lo que iba a decir, la vehemencia con que pintaba su cariño y el tono suplicante con que le pedía constancia, todas las emociones que gozó al sentirse enamorada, persistían en ocupar su alma como aves que se resistieran a volar fuera de la fronda en que nacieron. Su impaciencia se trocó en terror cuando, al terminar la semana y sin haber recibido carta, se supo en

Madrid que la marcha de campaña se había verificado sufriendo las tropas, al dar batalla, numerosas bajas. Se enteró de lo ocurrido por un periódico de la tarde, a hora en que era ocioso intentar nada; pero aquella noche, entre la angustia del insomnio y el dolor de la desesperación, decidió averiguar lo que pudiese, sin que la detuvieran miramiento alguno ni resto de vanidad ofendida. ¿Qué medio emplearía? Cualquiera: el más rápido sería el mejor. Entonces se le ocurrió ir a ver al padre de Pepe, suponiendo que, dadas las circunstancias, Millán le tendría al corriente de cuanto se relacionara con su hijo. Gran vergüenza le costaba dar semejante paso, clara confesión de sus sentimientos más íntimos; pero el pobre señor la recibiría bien aunque sólo fuese por lástima, y ella saldría de dudas. Lo más humillante que pudiera sucederle sería encontrarse con la otra mujer, y ni aun esto la contuvo. No habían de faltarle serenidad y astucia para limitar el diálogo a poquísimas palabras. Poseída de esa exaltación que rompe por todo, iba a saber si estaba vivo el hombre a quien quería: lo demás no le importaba nada.

A la mañana siguiente, acompañada del aya se apeaba de la berlina cerca de la calle de los Estudios. No necesitó que nadie le indicase el camino. Bajaron por la izquierda de la Ribera de Curtido-

res; al llegar al sitio en que tiempo atrás vió salir a Pepe de casa de Engracia sintió el rostro abrasado por una llamarada de ira; pero ni acortó el paso ni pensó retroceder. Torciendo la esquina de la calle de la Pasión entraron en el portal, cuyas paredes mostraban un ejército de monigotes liberales y carlistas pintados con carbón por los chicos.

—Aquí es, y no hay portería—dijo Paz.

—En el patio darán razón.

Adelantóse el aya, siguióla, y penetraron en el patio, que era de los que tienen corredores con puertas numeradas.

En uno de los ángulos veíase un pozo junto al cual estaba jabonando ropa en una artesa una mujer con los brazos remangados y la saya recogida entre las piernas. Era esbelta y airosa; componían su traje, tan limpio como pobre, falda de percal y blusa, bajo cuyos sueltos pliegues a cada movimiento le temblaba el bien formado pecho; a pesar de las alpargatas se conocía que los pies no eran grandes, y entre los undosos rizos, sabiamente peinados, mostraba cuatro clavelillos de los que adornan los puestos de las verbenas. A su lado, y gateando sobre un trozo de estera, había un niño entretenido en manotear contra las prendas ya retorcidas que ella dejaba caer en un barreño.

Aunque Paz la había visto una sola vez, de lejos

y teniendo los ojos nublados por las lágrimas, la conoció en seguida: era Engracia.

El aya lo examinaba todo con miradas despreciativas; Paz estuvo a punto de volver pies atrás; mas dominando la repulsión que sentía, preguntó a la mujer sin mirar al niño:

—¿Hace usted el favor de decirme cuál es el cuarto del señor Resmilla?

—En mi casa, *prencipal* número 2..., pero no se le *pué* ver.

—Lo siento; deseaba hablarle... y tal vez no me sea fácil volver.

—Pues ese señor está malo, *mu* malo, pasa las noches rabiando, y hasta que es de día no descansa. Ya ve usted, ¡me bajo yo el arrapiezo *pa* que no alborote!... Si *quiusté* algún *recao*...

Paz tuvo un momento de turbación. Hablar al padre del hombre que la engañó, no era humillante; conversar con Engracia le parecía insufrible martirio. El ansia por saber de Pepe pudo al fin más que el amor propio, y además la escena no podía prolongarse arriba de unos minutos.

—Ese caballero tiene un hijo que está en el Norte, ¿verdad?... ¿Sabe usted si se han recibido noticias suyas?

—Sí, señora; esta mañana precisamente: como que *aluego* de recibir la carta se quedó don José

más tranquilo que está esa criatura. Don Pepe está sano y salvo en un pueblo que lo llaman... Astirraga... Gorri... Garri... vamos, no me acuerdo; uno de esos pueblos de nombre *enrevesao* que dicen que los bautizó el diablo estando borracho.

—De modo—añadió Paz, sin poder disimular la emoción—que es seguro; ¿está bueno?

—¿No le digo a usted que ha escrito él mismo?

—Mil gracias, joven... ya volveré.

Dejó Engracia caer sobre la artesa la tabla, por cuyas ranuras diagonales resbalaban las irisadas burbujas del jabón, y secándose las manos con el delantal, dijo a Paz, que ya se dirigía hacia el pasillo del portal:

—Oiga usted, señorita; usted *desimule; aunque sea mal preguntao*, ¿es usted la señorita Paz, la novia de Pepe?

—Sí—contestó secamente, evitando mirarla cara a cara.

Entonces Engracia, dando a sus palabras franca expresión de simpatía, exclamó, con asombro de Paz:

—¡Vaya, vaya!... ¡Sea por muchos años! ¡Ahora comprendo que esté don Pepito tan *chalao!*... ¡Pues no tenía yo pocas ganas de conocerla! ¡También la digo a usted que se *pué* presentar donde las *haiga* guapas!

Paz, sin acertar a comprender cómo aquella mujer le hablaba de tal modo, repuso muy seca y recelosa, dirigiéndose hacia la puerta:

—Gracias: quede usted con Dios.

Entonces Engracia, ofendida por tan injustificada aspereza, se plantó ante ella cortándole el paso y diciendo con mucho retintín:

—¡Pues sí que nos ha *chafao* la señorita! ¿Pero qué se piensa usted? Yo no soy *denguna* fregona: ¿estamos? Soy la Engracia. ¿Conque se arranca usted, como una modistilla, a preguntar por el novio y *endispués tié* a menos hablar conmigo?

El aya estaba espantada; Paz, temerosa del escándalo, dijo tímidamente intentando avanzar:

—No comprendo por qué se molesta... no he querido...

Engracia, sin dejarla poner el pie en la calle, continuó:

—Habrá usted creído que estaba hablando con la *criá*. Pues, no señora... En mi casa soy el ama. Don José y su novio de usted me tratan de igual a igual; y su novio de usted y mi Millán se llaman de tú. Señorita, menos humos. *Entavía*, ¡bestia de mí!, estaba yo adulándola el oído.

Estas palabras la llenaron de confusión; y además, comprendió que la razón no estaba de su parte. Aquella mujer la suponía en amores con Pepe, y

en vez de mostrar enojo la recibía bien, y aun elogiaba su hermosura; hablaba de otro hombre y decía orgullosamente *mi Millán*. ¿Qué era aquello?

—No se esté usted aquí, que se le mancharán las *naguas*. Niño, toca la marcha real—dijo por fin Engracia riéndose y quitándose de la puerta.

Paz, decidida a salir de dudas, se atrevió a preguntarle, entre suplicante y celosa, haciendo un esfuerzo muy grande para mirarla:

—Pero usted ¿no es la...?

—Atrévase usted... la querida de Millán. ¿No era eso lo que quería decir? Pues a mucha honra, que me está sirviendo de padre a mi chico.

—¿Luego ese niño...?

—No es de Millán, sino mío y de mi difunto, que allá nos aguarde muchos años. *Andá*, si no fuera por Millán, ya nos habíamos muerto de hambre.

—¿De modo que usted con quien tiene amores es con ese Millán?

—¡Claro! ¿Pues qué se había usted *figurao*?

Su actitud no pudo ser más tranquilizadora. Paz, segura de que exacerbando la ira de aquella mujer se atraería una explosión de injurias, acaso justas, vió claro que el único modo de cortar la escena y saber la verdad, era proceder lealmente. Apartándose del aya cogió a Engracia de una mano, la llevó unos cuantos pasos hacia el fondo del patio,

y allí, los ojos nublados por las lágrimas y la voz turbada por la ansiedad, le refirió con pudorosa discreción la causa de su pena y el móvil que le hizo dar aquel paso tan doloroso y difícil para ella, concluyendo con estas palabras:

—Saber si está vivo. ¡No quería más!

Pocos minutos de diálogo bastaron para que variasen la actitud y el lenguaje de Engracia: al escuchar lo que Tirso había hecho creer a la infeliz enamorada, y volviendo a su anterior afabilidad, exclamó:

—¡Ave María Purísima! Es decir, que usted se marchó desde la esquina de ahí abajo, esa mañana que *ma contao*, y ha venío aquí ahora creyendo que yo estaba *liá* con Pepe...

Paz, con las mejillas arreboladas por la vergüenza, repuso:

—Sí... No hay idea de lo que he sufrido.

—¡Ya lo creo! Pues que se le quite eso de la cabeza. Y desengáñese usted: cuando se quiere a un hombre todas *semos* iguales: no hay señorío que valga.

—Nadie puede imaginar lo que he pasado antes de resolverme a venir. Usted me perdona, ¿verdad?

—Lo mismo hubiera hecho yo... Y lo *prencipal* es que está vivo.

Paz se despidió gozosa de la madre y besó al

niño. También al regresar aquella mañana tomó el coche llorando, pero de alegría. La dicha volvió a enseñorearse de su alma, como agua pura de manantial comprimido que resurge con ímpetu al cesar la fuerza que lo sofocaba.

La misma tarde escribió a Pepe.

XXXVII

ADORADA Paz:

Por fin recibo carta tuya. ¡Tantas promesas, tantas protestas, y has podido creer que yo quería a otra mujer! Bien haces en pedirme perdón. Otro día te reñiré mucho: ahora, al acabar de leer tus frases de arrepentimiento y cariño, no tengo valor para hacerte sufrir. Lo principal es que eres mía y nunca dejarás de serlo.

Ni yo podría darte idea de las penalidades que aquí nos cercan, ni es fácil que las imagines. Las marchas y contramarchas nos dejan tan rendidos, que casi nos parece preferible entrar en acción a vagar por trochas y vericuetos. No sé qué es peor, si ir perdiendo poco a poco la vida, destrozada por el cansancio, o exponerse a que acabe todo de una vez. Si no fuera por ti y por mi pobre padre, ¡cuántas veces me hubiese decidido a ser el

primero en un avance o el último en una retirada, para que me quitaran de en medio! Tú y mi padre me sostenéis, para vosotros vivo: el pobre viejecito necesita amparo; y contigo, ¡puedo ser tan feliz! No dejes de escribirme con pormenores todo lo sucedido: tengo ansia de saberlo; pero, ¿cómo diablos pudiste creer que te engañaba? Tu carta está confusa, veo en ella mucho amor y mucho arrepentimiento, mas no me doy cuenta de algunas cosas. Explícamelo todo.

De mi padre sé que continúa lo mismo, y esta es la noticia menos mala de las que me trae la última carta de Millán. De Leocadia, casi nada me dice; de la ambigüedad de sus palabras infiero que, o está loca, o ha perdido la vergüenza. Fácilmente comprenderás lo triste que será para mí hablarte así; pero entre tú y yo no hay ya secretos. Mayor pena me causa lo que me dice de mamá. Ignoro si exagerará las tintas del cuadro, para que yo no abrigue esperanza y vaya acostumbrándome a la realidad; pero me parece absurdo lo que está pasando. Dice que al otro día de salir yo de Madrid la mandó recado al convento, participándole dónde estaba mi padre, por si quería ir a verle, añadiendo que el pobre no hacía más que preguntar por ella: mamá repuso que ya se había curado de *cosas terrenales* y que no tenía más familia que Cristo y su divina

Madre, pero que no se olvidaría de nosotros en sus oraciones. Ni preguntó cómo seguía papá, ni qué medicinas tomaba; en fin, nada. Añade Millán que ha enflaquecido mucho y que está muy desmejorada. ¡Pobre madre mía! No me forjo ilusiones; no abrigo la menor esperanza de que llegue el caso: pero, si fuera preciso, si a mi madre le tocara Dios en el corazón y volviese al lado de mi padre, te ruego, por las promesas que me has hecho y por lo que más quieras en el mundo, que les prestes ayuda y les ampares y protejas. De mi hermano no sé una palabra: ignoro su paradero.

¿A quién dirás que tuve el alegrón de abrazar ayer? A nuestro cartero; al fiel y nunca bien alabado *Pateta*, que está hecho un veterano. Dos días ha andado perdido por los montes, con otro compañero, después de ser sorprendido y derrotado el destacamento de que formaba parte. Ahora lo han agregado a mi batallón y me alegro mucho. Cuentan cosas horribles. Desde el pajar de una casa, donde les escondió una buena mujer, vieron fusilar a un telegrafista. ¡Figúrate la impresión que sufrirían! Crueldades como ésta se cometen aquí muchas: en Madrid no tenéis idea de lo que es la guerra.

No creo que este ejército pueda sufrir grandes descalabros; pero lo que pasa en otras partes, cau-

sa en nuestras filas un efecto tristísimo. Lo sucedido en Oristá, la victoria obtenida por Savalls en San Quintín de Besora, la muerte de Cabrinety, la toma de Igualada y el desastre de Albiol, en que nuestros prisioneros fueron muertos a bayonetazos, han envolentonado al enemigo. La guerra va tomando un carácter de ferocidad que espanta. Hay guerrilleros que entran a saco en los pueblos como en los tiempos bárbaros; roban, incendian, ultrajan a las mujeres y martirizan a los niños: uno ha rematado a los heridos con picos y azadas, y otro ha mandado arrancar a los jefes prisioneros tiras de carne en los brazos, simulando los galones del grado que tenían en el ejército. Asombra el número de curas que, hechos fieras, recorren los campos: los hay agregados a cuerpos bien organizados, y otros que, sin reconocer jefatura, van por donde quieren, cometiendo fechorías.

Ahora dicen que anda por estos contornos la partida de un cabecilla también cura, que acaso sea el autor del fusilamiento presenciado por *Pateta*. Si le pillamos, se divierte.

No tengo tiempo para más. Escríbeme siempre que puedas y dime de mil maneras que me quieres: la última será la que me parezca más dulce. Yo no dejo de pensar en ti, y si no me llamaras romántico, te diría que con tu amor llevo en el alma un amu-

leto. No tengas miedo a perderme. Hasta tu nombre me parece de buen agüero, y pienso, *Paz* de mi vida, que por ti se está batiendo media España. Pese a quien pese, serás mía. Adiós, y recibe todo el amor de tu

PEPE.

XXXVIII

FUÉ un episodio que acaso no tenga jamás historiador, una escena suelta de aquel espantoso drama de la guerra.

Amanecía: el sol, como enamorado impaciente, arrancaba a la tierra su túnica de nieblas y de entre las sombras rasgadas por sus rayos iban surgiendo las formas de las cosas.

Frente a los cerros que ocupaba un cuerpo del ejército liberal aparecía, en una hondonada, el pueblecillo de Santa Cruz de Urquilezo, cerradas todas las puertas y ventanas de su miserable caserío de fachadas blancas, en cuyas vidrieras reverberaba la luz del alba. Por los pequeños espacios libres entre casa y casa, que hacían oficio de calles, no se veía ningún hombre: todos eran voluntarios de la causa carlista y estaban en el monte.

En las cañadas próximas no había ganado al re-

galo de la yerba. Varias techumbres despedían el humo de los hogares encendidos, revelando que allí permanecían refugiados los viejos, los chicos y las mujeres. Del río, que regolfando en las riberas serpenteaba entre prados y huertas, se desprendía un vapor gris, deshecho al menor soplo del aire, y la corriente mansa y negruzca pasaba silenciosamente por las presas de los molinos abandonados, cual mofándose de las ruedas paradas. No se oían más ruidos que el leve rozar del viento contra los penachos de los maizales, y a ratos sonar estridente de cornetas lejanas.

Como a media legua del pueblo se erguía Monte-Dalarza, impracticable a la derecha por una serie de ásperos peñascales, cortado a la izquierda por un tajo con honores de sima, que lo separaba del resto de la sierra. Toda la ladera que hacía frente a los cerros ocupados por los liberales, estaba surcada de trabajos de tierra, sin que desde la falda hasta cerca del picacho que coronaba la cumbre quedara en la vertiente un trecho de cien pasos donde no hubiese trinchera-abrigo, pozo de tirador o empalizada de cestones, para disparar a mansalva. En aquella posición, casi inexpugnable, se habían apostado varias partidas, fuertes de hasta cuatro mil hombres, decididas a defender el paso. Las quebraduras que tenían a su derecha eran inaccesi-

bles, y el tajo de la izquierda completamente imposible de salvar. Aquella hendidura, labrada por la fuerza brutal de la Naturaleza, parecía angosta vista de lejos; mas de cerca, sus paredes, formadas por las aristas y angulosidades de las rocas, se apartaban, dejando en medio un vacío ancho y tenebroso, donde en confuso desorden iba el tiempo hacinando peñas rodadas, troncos caídos y malezas barridas por los vendavales. Nadie oyó nunca chocar contra el fondo del barranco la piedra allí lanzada, ni hubo jamás en la comarca quien se aventurase a explorar la pavorosa concavidad, más obscura según iba siendo más profunda, y de cuyos bordes el ganado se apartaba medroso.

La orden recibida por las tropas liberales era, pues no había otro recurso, forzar de frente las trincheras de la falda de la montaña. El plan de ataque consistía en cañonearlas primero, sin disparar un tiro de fusil, y tomarlas después a la bayoneta cuando la artillería hubiera destruído las defensas y desalentado a los combatientes.

A poco de rayar el día comenzó la lucha, cuyos actores permanecían invisibles, unos tras las desigualdades de los montículos y otros tras los parapetos construídos con tierra sacada de las zanjas donde se ocultaban. Primero se vió, hacia la parte de los cerros, el humo de un fogonazo que rastreó

como una nubecilla, y sonó un estampido: luego se oyó otro, y luego muchos más, hasta quedar las colinas cubiertas de un nublado blanco y espeso que tardaba largo rato en disiparse, mientras las sinuosidades de los montes devolvían las detonaciones aumentadas por ecos temblorosos y roncos. Las fuerzas carlistas contestaban con débil cañoneo: debían de tener piezas de escaso alcance, porque sus tiros iban a estrellarse en un ribazo situado por bajo de los cerros, casi en la orilla del río, produciendo los cascos de las granadas, al caer en el agua, anchos círculos de ondas que se estrellaban en las márgenes. Por fin, al cabo de una hora, comenzaron a notarse en la falda de Monte-Dalarza puntos negros e inquietos que semejaban hormiguero turbado: eran voluntarios carlistas que, viendo destruídas las trincheras bajas, subían apresuradamente a refugiarse en las altas. Cuando el cañoneo fué más recio, cayeron algunas granadas cerca de la sima, donde había una batería, y causaron tan horrible destrozo, que un instante después aquellos puntos negros fueron innumerables, distinguiéndose los grupos de fugitivos que ascendían a la desbandada por la vertiente, como reses perseguidas de cerca, en tanto que otros, menos, pero más tercos y valientes, arrastraban a brazo los cañoncejos para emplazarlos más arriba. Al poco rato sucedió

lo mismo en el extremo opuesto, enmudeciendo las tres o cuatro piezas que hacían fuego desde la línea inferior de las trincheras, y entonces varió de carácter la lucha. De entre las quebraduras de los cerros, ocupados por el ejército, salieron dos columnas de tropa, destacándose las manchas de los pantalones rojos sobre el gris terroso del suelo. Ambas, dejando a su derecha el caserío de Urquilezo, bajaron a la carrera hasta la hondonada, y sin detenerse emprendieron de frente la subida hacia las líneas de defensa, mientras la banda de cornetas tocaba paso de ataque.

El general había pedido voluntarios; y como el comandante del batallón de Pepe, donde ya estaba también *Pateta,* fuese el primero en ofrecerse con su gente, se le confió la operación, lanzándose las compañías al peligro, sin que la artillería dejara de hostilizar el reducto próximo a la sima. Cuando los soldados comenzaron a subir la falda de Monte-Dalarza, cesó el fuego de los carlistas: no querían desperdiciar municiones. El calor, que ya picaba, y lo áspero del terreno, entorpecían el acceso; pero, al cabo de media hora, las dos columnas llegaron casi al mismo tiempo a la primera línea de trincheras abandonadas, siguiendo el movimiento de avance sin que nadie tomara punto de reposo. Continuó la embestida, y ya estaban los más delanteros

a corta distancia del reducto, cuando la línea terrosa que señalaba las trincheras altas desapareció de pronto tras una humareda blanca, estrecha y larga, sonando el estruendo de una descarga formidable. Más de veinte hombres quedaron tendidos en las breñas: los demás, volviendo las espaldas, corrieron precipitadamente a la hondonada. De los caídos nadie se cuidó. Unos pedían agua, otros murmuraban nombres de mujeres; pero sus ayes fueron acallados por el gritar de los que huían brincando entre las matas y removiendo pedruscos que bajaban rodando por la pendiente. Entonces, una batería Plasencia, de las situadas en los cerros, avanzó hasta emplazarse casi al alcance de los tiros contrarios, y disparó sin descanso contra las trincheras altas. Los primeros proyectiles cayeron bajos: luego, rectificada la puntería, su efecto fué terrible. Al mismo tiempo los fugitivos, rehechos y animados por sus jefes en la hondonada, dieron principio a la segunda embestida, siendo tan bravo y rápido esta vez el avance que, a pesar de otras dos descargas, las compañías, poco mermadas, llegaron cerca del reducto inmediato a la sima.

Merced a una honda quebradura del suelo el reducto se destacaba por oscuro ante la claridad del espacio; y sobre aquel fondo luminoso, por encima del parapeto de la obra de tierra se divisaba con

asombro la erguida figura de un jefe que, sable en mano, a pecho descubierto, sin agacharse ni buscar abrigo contra las balas que caían en derredor suyo, andaba de un lado para otro dando órdenes y comunicando su pasmoso desprecio de la vida. No era posible mayor ejemplo de heroísmo.

Pepe, que se volvía sin cesar hacia atrás animando a los soldados para que avanzasen, no se fijó en aquel hombre; pero *Pateta*, que iba trepando cuesta arriba como una alimaña del monte, le vió muy bien, y hubo un momento en que, interrumpidos los disparos carlistas, oyó clara y distintamente que con grandes voces decía a los de la trinchera:

—¡Quietos ahora! ¡Quietos, y luego tirar a los oficiales!

Su figura sobresalía del parapeto, aislada, sola y arrogante. Llevaba zamarra larga con cordonaje negro, faja morada y gorra pellejera. *Pateta*, según iba subiendo, le miraba con mayor tenacidad: de pronto, al reconocerle, soltó una palabrota y murmuró con ira:

—¡El del fusilamiento!

Vínosele entonces a la memoria aquella horrible crueldad, acordóse del pobre telegrafista, y afirmando bien los pies en tierra se echó el *remington* a la cara e hizo fuego: sonó el disparo y el cabecilla cayó doblándose por las rodillas.

—¡Abur, amigo!—gritó al verle desaparecer tras el parapeto.

Cuando pocos minutos después llegó al reducto entre los primeros que lo asaltaron, el jefe carlista estaba exánime sobre un montón de alforjas. Sin duda se arrastró hasta allí para morir. Tenía el cuello atravesado por el balazo; de los dos agujeros abiertos por el proyectil manaba mucha sangre, y con la mano izquierda, crispada, conservaba agarrado un trapito rectangular pendiente de una cinta que le salía de entre las ropas del pecho. *Pateta* se acercó con medrosa curiosidad; pero al fijar en él los ojos, lanzó un grito de espanto y tendió en torno la mirada, horrorizado ante la idea de que Pepe se aproximara.

El muerto era Tirso.

Sus facciones no conservaban contracción de ira ni gesto de dolor, y los ojos indicaban todavía el tesón indomable de su alma, sin que bastase a desfigurarle la palidez producida por la hemorragia. Las líneas duras y angulosas de su rostro parecían suavizadas por la muerte, que imprimió en ellas una serenidad admirable, reflejo acaso de la conciencia satisfecha por el deber cumplido. No parecía caído entre los escombros de un reducto, sino sacrificado ante las gradas de un altar...

Lo primero que se le ocurrió a *Pateta* fué cubrir-

lo con arena, yerbajos y cuanto hallase a mano, para que Pepe, si se acercaba, no lo viese: mas juzgó que aun esta precaución era poca; y tampoco podía detenerse a juntar tierra ni recoger maleza. Entonces, desconcertado por la prisa, mientras las cornetas seguían llamándole, soltó el fusil, y tirando del muerto por las manos lo arrastró penosamente hasta dejarlo en el cercano extremo del reducto, junto al borde del tajo: en seguida volvió en busca del arma, y asiéndola por el cañón empujó con la culata el cadáver, que cayó a la sima rebotando contra las aristas de las rocas.

Un momento después, espantado, pero no arrepentido de lo que había hecho, corría hacia la última trinchera, donde Pepe acababa de entrar con su compañía.

Al rodear las tropas vencedoras el picacho de Monte-Dalarza, los facciosos huían cuesta abajo por la vertiente opuesta: ya no se escuchaban disparos ni cornetas: sólo se oía, muy a lo lejos, el relincho de un caballo herido y abandonado en la hondonada.

Por la tarde, ya cesado el peligro, cuantos chicos había en el vecino pueblo de Urquelizo subieron a Monte-Dalarza, ansiosos de ver el lugar del com-

bate, resonando su vocerío de rapaces traviesos donde poco antes tronaron los cañones. Los mayorcitos miraban con semblante serio las huellas de la lucha; los pequeños, riendo alegremente, triscaban como cabritillos; todos iban buscando señales del paso de la tropa, mostrándose mutuamente las peñas donde chocó un casco de granada, la tierra removida en el piso de las zanjas y el musgo manchado por la sangre. Uno se encontró un morralillo con un cantero de pan y medio chorizo envuelto en una carta; pero lo que más les regocijaba era recoger cartuchos vacíos.

Después, subieron hasta el reducto inmediato al precipicio, y con grande algazara inventaron otro juego.

Reunidos en grupos, empezaron a tirar piedras a la sima. Escarbaban con palos para arrancar los cantos grandes de sus terrosos alvéolos; a fuerza de empujones los iban acercando hasta el borde del tajo, y desde allí los impelían al abismo con inocente furia, gozándose en verlos desgajar raíces y chocar contra las paredes de roca. Ignorantes de que en el fondo había un muerto, se divirtieron mucho.

Parecían el símbolo de lo porvenir enterrando el cadáver de lo pasado.

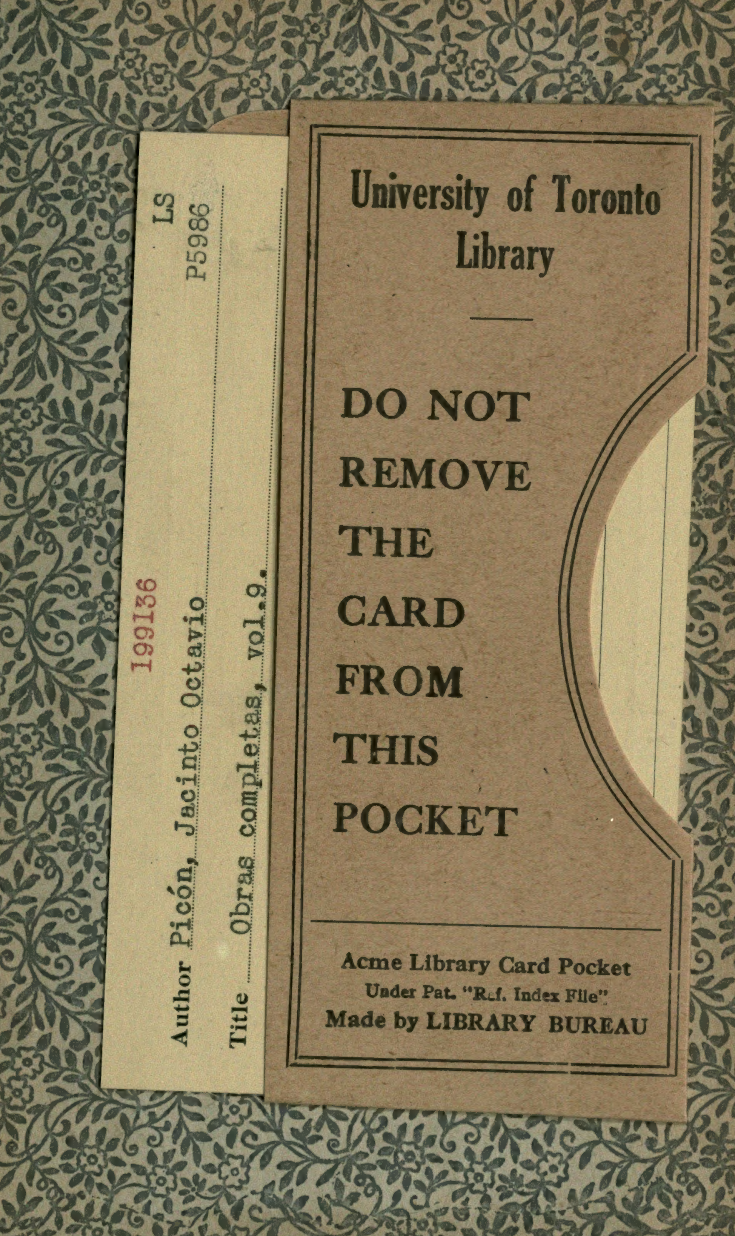
Cerró la noche, negra como un luto por las tris-

tezas humanas; silbó el viento entre los maizales del valle, y el río, emblema de la fuerza inmortal de la Naturaleza, continuó pasando silencioso y lento sin meterse en las presas ni llegar a las ruedas de los molinos parados por la mano de la guerra.

FIN

1886.




LS
P5986
199136
Author Picón, Jacinto Octavio
Title Obras completas, vol.9.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

